

DNT
XIX
656

AVENTURAS
DE UN PROSCRIPTO,

6

Viages por la Sociedad.

Una original novela

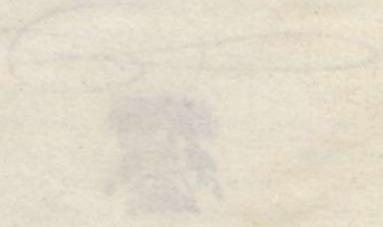
por

Don Perfecto Candarua

**AVENTURAS
DE UN PROSCRIPTO.**

DE LA AUDIENCIA TERRITORIAL DE SEVILLA.

TOMO I.



SEVILLA:

IMPRESA DE DON JOAQUIN BUSTOS

1841.

AVENTURAS
DE UN PROSCRITO.

12-41-176
BIBLIOTECA
de Granada
DE ANDALUCIA

AVENTURAS DE UN PROSCRIPTO,

ó

sean Viajes por la Sociedad.

Obra original escrita

POR

Don Perfecto Gandarias,

Magistrado

DE LA AUDIENCIA TERRITORIAL DE SEVILLA.

TOMO I.



SEVILLA:

IMPRESA DE DON JOAQUIN ROSELLÓ.

1841.

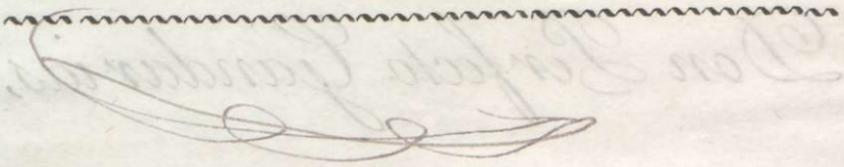


AVENTURAS
DE UN PROSCRITO

de las Aventuras de los Españoles.

Una original copia

Esta obra es propiedad del autor, quien demandará judicialmente al que la reimprima sin su licencia.



Impreso

DE LA IMPRENTA TERRITORIAL DE SEVILLA.

TOMO I.



SEVILLA
IMPRESA DE DON JOSE GARCIA

1841

AL LECTOR.

Lector amado: Después de siete años continuos de sustos, de padecimientos, de amarguras, de tantas angustias y aflicciones tantas, te considero ahora que hemos felizmente hecho tránsito de la tempestad á la bonanza, de la guerra á la paz, de la muerte á la vida, descoso de cosas que te diviertan y alegren. Y he dicho, el tránsito feliz que hemos hecho de la guerra civil á la paz, porque si algunos sucesos pueden interrumpirla, serán muy pasajeros; parecidos á las convulsiones de una fiéra moribunda que, en las agonías de la muerte hace los mayores esfuerzos por no morir.

Cansado tambien de leer papeles muchos, que mas exacerban, que instruyen, que mas son libelos y teas incendiarias, que escritos científicos y luz de la razon, te oigo decir que estás fastidiado de leer tantas mentiras, tantas calumnias, y desvergüenzas tantas. Yo siento esta grande desazón tuya, y como te amo, quiero en parte remediarla presentándote para que leas, mas á gusto las *Aventuras de un Proscrito*, ó sean *viages por la Sociedad*. Me parece te han de gustar ya por su argumento, ya por su moral, y ya por lo que instruyen sus lecciones prácticas, y dirigen para andar por la sociedad. Porque siendo esta un laberinto, importa á todos saber como se ha de andar por el sin perderse. Y estas lecciones son el resultado de las esperiencias y noticias del que por el laberinto ha andado, y componen el ovillo de hilo de Ariadna que ha de servir para andar por aquel.

Otra ventaja tienen estas lecciones, que instruyen agradando. Sus variados é interesantes episodios te deleitarán por la variedad de tantos sucesos acaecidos, que naciendo todos de la accion principal, no la interrumpen, y la animan mas. Nada encontrarás en esta obra que sea contra la religion y buenas costumbres. Ni hay en ellas situaciones tenebrosas y forzadas, caractéres y sucesos inverosímiles, lances en el serrallo, viages disparatados por las regiones imaginarias, y desenlaces contrarios á la razon.

La historia de un amigo, el mas intimo mio, es la que vas á leer, que habiéndome confiado las apuntaciones de su vida, las he ordenado yo, y forman la historia singular de mucha parte de ella. Y te prevengo, lector amado, que nada de lo que en esta historia

se cuenta, lo tengas por fabuloso. Todo lo que en ella se refiere, es muy cierto, aunque parezca ficcion alguna cosa, ya por el modo con que se cuenta, ya por la multitud y diversidad tan continuada de sucesos. Pues la vida, lector benévolo, es una admirable cadena de hechos, pareciéndose á la movable superficie del mar. Un dia no se parece al otro sino en su duracion; y todos nosotros somos otros tantos aventureros, que podriamos servir de héroes en una novela. Y cualquiera que abriese el libro de los destinos lo trataria de fábula. Si así es la vida de todos los hombres ¿cual será entonces la de aquellos que, de peligro en peligro han caminado por la sociedad agitada con la guerra civil?

En esta obra no se trata de ofender á persona alguna. Solo se presentan las vicisitudes de la vida, y de discurrir ingénuo y cristianamente en aquellos puntos á que dan ocasion los abusos, aplaudiendo y vituperando segun los méritos de cada cosa; pero siempre con una total abstraccion de individuales circunstancias, para que colocadas nuestras reflexiones en la esfera de la generalidad, pueda nuestra pluma, libre de respetos humanos, reprender sin agraviar, y aplaudir sin adulacion.

Delicadísima cosa es el escribir, y es tan difícil que un escritor contente á todos, como que todos le entiendan y le aprecien. Por esta razon, no se ha escrito todavía un libro que agrade á todos. Los gustos son tan diferentes, las modas varian tanto, y los vicios se han estendido de tal manera en toda la sociedad, que no hay clase que no se resienta, cuando hay necesidad de hablar de ellas. Pero yo repito, y protesto que mi ánimo no es el de ofender á clase, ni persona alguna; y si alguna hay que se dé por resentida, la digo y concluyo con Iriarte.

A todos y á ninguno

Mis advertencias tocan:

Quien las siente, se culpa;

Y el que no, que las oiga.

Y pues no vituperan

Señaladas personas,

Quien haga aplicaciones

Con su pan se las coma.



AVENTURAS DE UN PROSCRIPTO,

Ó

SEAN VIAJES POR LA SOCIEDAD.

CAPITULO PRIMERO.

*Principio
de la Historia de Eleuterio Mendieta.*

Eleuterio Mendieta oriundo de Ugarte de Mogica, nació en Extremadura por el año de 1800. Sus padres aunque nobles por nacimiento y por la profesion que ejercitaban, eran pobres. La pobreza de estos, y despues los trabajos que sufrieron con motivo de la guerra de la independenciam, les imposibilitaron dar una educacion esmerada á sus hijos. Así es, que los dos mas pequeños, siendo uno de estos Eleute-

rio, estuvieron durante los 7 años que se contaron de guerra, sin recibir instruccion alguna, habiendo quedado al cuidado solo de la madre, por haber seguido la suerte del gobierno español como dependiente de él, el padre. Sin embargo, esta activa y buena madre que falta de todo auxilio tenia que procurarse con su industria y trabajo la subsistencia suya y la de sus hijos, no descuidó absolutamente la educacion de estos, y mal que bien los puso en una escuela de primeras letras donde pudieran estar recogidos, y aprendiesen aunque no fuera mas que à leer y escribir.

Con solos estos pequeños elementos, y sin poder entrar de Cadete por falta de recursos, y no pudiendo tampoco dedicarse á otra carrera, porque en aquellas circunstancias no se conocía otra que la de las armas, Eleuterio estaba dispuesto á continuarla en la clase de distinguido, si la guerra no hubiera concluido luego. Acostumbrado desde muy niño á las privaciones y á los trabajos, no parece le eran estrañas las fatigas de una campaña: y en ella se mostraba como un soldado veterano ya curtido con los frios, calores, nieves y hielos de los acampamentos. Por otra parte le ayudaba su genio particular para la guerra; y si hubiese continuado en el servicio militar, habría tal vez figurado mucho en nuestros dias de revueltas políticas, distinguiéndose en la carrera de las armas por su genio emprendedor y activo. Pues cuando andaba á la escuela, todavía muy niño, en los juegos militares á que se aficionaban, y ejercitaban entónces los muchachos de su edad, por imitar lo que todos los dias estaban viendo ya en unas tropas, ya en otras, Eleuterio descollaba en aquellos juegos, y por su disposicion era siempre el elegido por los demas para mandarlos como general. Organizaba su ejército muchachil de un modo admirable segun las divisiones y subdivisiones que hacia, y convinaba de una manera, que nunca por muchos que tuviese, se embarazaban en las retiradas, y todos al momento del ataque se encontraban en contacto en una misma línea colocados; antes de entrar en pelea, señalaba á cada gefe subalterno suyo la di-

reccion que habia de tomar, y el punto de reunion á donde habian de acudir: era tan estratégico que salía siempre vencedor mas por sus mañas, que por el número y valor de los muchachos que mandaba: fecundo en recursos y pronto en ponerlos en ejecucion, no habia obstáculos que no superase sobre la marcha, como sucedió una vez que continuándole persiguiendo en una retirada mas de lo que él pudo haber pensado, se vió detenido en su huida por una rivera que le impedía la retirada al tiempo mismo que los enemigos le iban al alcance estrechándole cada vez mas por la espalda: y tal fué su serenidad y espedicion, que al momento encontró medio de salir de aquel apuro, escogiéndole de los suyos los mas altos y forzudos, y entrándose inmediatamente con ellos en el agua agarrados bien por las cinturas unos à otros, y mandándoles que bajasen los cuerpos, al modo del juego del burro, quedó formado un puente de espaldas de muchachos que por él pasaron todos los demas compañeros, con admiracion de cuantos lo vieron.

Como la guerra de la independenciam concluyó à muy poco de haberse filiado en vanderas Eleuterio, sus padres variaron de pensamiento, y le dedicaron à la carrera de las letras. En la gramática latina, ya fuese por haberla empezado fuera de la edad apropiado de estudiarla, ya por alguna falta de aplicacion, no hizo progreso alguno, y salió mal latino. Pero en la filosofía empezó à distinguirse, y continuó lo mismo en los demas estudios, aprovechando en ellos, apesar que en las conferencias encontraba algun trabajo, por razon de tener que mandar los textos à la memoria, y Eleuterio no tenia mucha.

Cuando aun no era filosofo, se le vino à las manos una canongía en una de las Catedrales de Aragon: la disfrutó poco; porque no pudiéndose avenir à ciertas cosas que pasaban en el Palacio del Ilustrísimo Sr. Obispo; à cuyo cuidado estaba y en cuyo palacio vivía, los dependientes ó familiares de aquel prelado como mayordomo, secretario y demas, le acabaron de aburrir y fastidiar con intrigas, ponién-

dole en la precision de retirarse à casa de sus padres: y concluida que hubo de estudiar la filosofía en su pueblo, pasó luego á Salamanca, donde estando estudiando leyes, se pronunció la Nacion por la Constitucion del año de 1812, al grito dado en la Isla por las tropas de Riego.

Eleuterio que era liberal, se acabó de declarar en aquella ocasion. Fué uno de los primeros que se alistaron en las filas de los nacionales voluntarios y continuó siéndolo; y prestando servicios hasta el mes de octubre del año de 1823 en cuyo tiempo la Nacion y el ejército constitucional fué vendido por la mas negra perfidia, al abrigo de las cien mil bayonetas que enristraron en sus fusiles los titulados hijos de S. Luis. La cualidad de voluntario nacional, y la de haber sido catedrático de derecho público constitucional en una universidad de segunda enseñanza, motivaron la persecucion política de Eleuterio, sus trabajos, y aventuras como se van à esponer en los siguientes capítulos de esta historia.

CAPITULO 2.

*Del sueño que Eleuterio tuvo en las casas
de D. Antonio en Extremadura
caminando para Sevilla.*

Cuando una noticia ó cualquier impresion fuerte que siente una persona, la aflige ó alegra mucho, sucede que sus espíritus se ponen en continua agitacion, su imaginacion padece frecuentes estravíos, el sueño huye, ó por lo menos no es sosegado, si hay alguno, á causa de la demasiada desenvoltura de los espíritus, los que representan en la imaginacion las imágenes mas vivísimas so-

bre lo mismo que tanto aflige ó alegra á la persona que siente. Entonces los ensueños son frecuentes, porque los espíritus animales sueltos, y vagando por los vestigios que tenemos impresos en el cerebro, renuevan las impresiones que mas nos han afectado mientras despiertos, y escitan al alma como si de nuevo viese ú oyesse con tal fuerza y viveza que, las representaciones en sueños nos presentan las cosas como si las estuviésemos viendo realmente, y muchas veces mejor que si las viésemos. Tal es la fuerza de la imaginacion en los sueños que para hacer mas viva la imágen, nos representa los objetos de un modo tan sensible, que se ven en ellos los colores y maneras que les conviene.

Eleuterio que padecia tanto en su espíritu, que estaba combatido de tantas aflicciones que unas se alcanzaban á las otras; que herido de todas ellas creia hallar remedio donde le buscaba, y lo que encontraba, era una injusticia, un desengaño, una traicion que profundizando mas sus heridas, derramaba en ellas veneno mas activo; Eleuterio, pues, que estaba en el caso de que su corazón estuviere fuertemente commovido, sus espíritus puestos en continua agitacion, y que su imaginacion padeciese frecuentes extravíos, era muy natural que tuviese muchos ensueños, y que estos fuesen todos análogos á su estado. Así es que, caminando para Sevilla tuvo un sueño en las Casas de D. Antonio, que por su originalidad lo escribió al otro dia; y yo lo hago ahora poniéndolo entre sus aventuras como una cosa muy propia, y bien soñada.

Soñó que estando un dia muy triste pensando en la desgracia de toda su familia tan injustamente perseguida por hombres sin piedad y sin religion, maltratada con tanta inhumanidad sirviendo de juguete y de burla á hombres sin vergüenza, sin carácter, traidores de su patria y de sus principios, soñó que, su padre encorvado con los años se acercó á él, y creyendo alegrarle con con la nueva que le llebaba, le dijo= animate, hijo, que los hombres se han compadecido de nosotros, y se me han manifestado muy propicios á servirnos en tu asunto= ¡ Ay padre mio! y que exclamó Eleuterio. El corazón no es traidor, los hombres sí. A mi el corazón me anuncia otra cosa muy contraria á las esperanzas que V. ha concebido con las falsas palabras de esos Camaleones políticos. La compasion es un sentimiento muy delicado para

corazones de bronce endurecidos en el egoismo. Estos se templan con las lisonjas y bajezas, y este temple no le se yo dar= Está muy bien, dijo el padre; pero estando la justicia de tu parte ¿ que puedes temer?= Nada, replicó Eleuterio, mas que los hombres no estén de parte de la justicia= Y si otros que están en igual caso que tu, han salido bien ¿ que temes entonces?= Mucho, contestó Eleuterio, porque yo no soy como esos otros que pueda hacer lo que ellos hacen, y que tanto me deshonraría, si lo hiciese= La aprehension repuso el padre, abulta muchísimo las cosas, y es una creatriz de males, de peligros y de imposibilidades. No temas: à mi me han dado palabra de servirme: ¿ habian de ser tan viles que no la cumpliesen? tan infames ¿ qué se complaciesen en engañar á un anciano de 74 años? No lo creo; si gueme, y si me engaño, acabaré de experimentar los hombres.

Este diálogo soñó Eleuterio que habia tenido con su padre, y que habiendo seguido á este, entraron en un magnífico edificio, y pasando unas galerías por donde paseaban unos hombres vestidos todo de negro, con unas caras de vinagre, que así que vieron á Eleuterio las arrugaron, y arqueando las cejas, como el que se sorprende á la vista de un objeto inesperado ó de ver una estraña novedad, juntando los labios se quedarón mirandole con mucha atencion; pues aunque le estaban viendo, dudaban si sería él, porque no podian persuadirse que Eleuterio fuese, por estarle prohibida la entrada en aquel lugar. Tal era el sueño que tuvo, que hasta los afectos del ánimo de la personas que allí habia, se figuraba verlos pintados en sus semblantes de un modo tan claro que parecia leer en la cara de cada uno, la pasion que le dominaba. Soñó à mas, que veía andar volateando por aquellas galerías, unos figurines que parecían diablillos, por lo pequeños y feos que eran. Algunos de estos andaban montados en unas aves parecidas à unos grandes murciélagos; y estos por ser unas ligeros, y volar mas que los otros, iban y venían con la noticia de lo que habían visto ú oido, y si nada sabian, no dejaban por eso de llevar alguna noticia, porque ellos mismos las forjaban segun mejor les venía á cuento, y les enseñaba el arte de adular. Luego que estos diablillos daban sus avisos, volvian inmediatamente por otros sin parar en su oficio de chisnear. Los demas diablillos que por allí andaban, como no podian volar con tanta velocidad como los otros; es-

taban empleados en soplar por unos tubos de cristal negro amarillo, cuyos tubos estaban amasados con un veneno tan activo, que soplando por ellos las noticias que traian los otros diablillos, se hinchaban tanto, y se inflamaban de tal manera que, reventando con un fuerte estampido, todo el edificio se llenaba de aquella ponzoña, y los que estaban dentro, se enfurecian llenándose de rabia y deseos de beber sangre. Por esto tenian las caras tan avinagradas y tan manchadas con pintas amarillas, perciviendose un olor tan pestifero cuando se entraba en aquel edificio, que ahogaba. Luego que Eleuterio atravesó las galerías, llegó á una puerta que daba entrada á unas espaciosas salas, y á algunas oficinas. Allí se detuvo arrimado á un poste que habia frente á la puerta, y sostenía unos de los arcos de la galería, hasta que se llegó á él un diablillo vestido de negro como los demas, aunque el pelo era todo blanco, la nariz pequeña que denotaba su genio servil, su voz de rufian, y traia una varita en la mano. Acercándose á Eleuterio, preguntó á este ¿ qué se le ofrecía, porque él servia mucho allí? Eleuterio no necesitó de pruebas para creer sería cierto lo que aseguraba el diablillo de tener tanto valimiento, por ser tan comun el valer mucho los que no valen nada; no tuvo reparo en manifestarle el asunto que le había llevado á aquel lugar. De esto tomó pie el mandarin diablillo, que mostraba ser muy charlatan, y habló á Eleuterio en estos términos.—Amigo, le dijo, voy á hablar á V. la verdad: Este es un lugar donde pocos de su clase de V. entran; y los que entran, no todos salen bien: algunos han logrado por mi mediacion. Aquellos dos que V. vé allí solazandos e, señalando para unos que estaban vestidos como él tomando el sol que entraba en el patio, y que uno está refregándose las manos y con mucha risita, pues aquellos me deben á mí su buena suerte. Es verdad que ellos no eran del todo indignos de nuestra gracia, porque mas hicieron á nuestro favor, que sirvieron á la causa de los constitucionales; y despues han hecho muchísimo mas que nosotros; porque sin ser de mi oficio, lo han ejercitado á las mil maravillas. Sin embargo, al principio necesitaron de toda mi proteccion, como que los conocia muy bien, y podia informar de ellos. Acudieron á mi llorando, y disculpandose de algunos pecadillos que tenian, y suplicándome con las manos cruzadas les diese á conocer, é intercediese por ellos con el Teniente de Pluton que re-

genta este Palacio, y á cuyo nombre se administra en él la justicia, del que yo soy indigno Alguacil, que aunque el mas viejo, soy el mas ligero por lo delgado de mis piernas. Hablé é intercedí con el Teniente Pluton, y al instante les admitió á su servicio; les quiere y estima, porque saben hablarle como él gusta; y les ha aprovechado tan bien la metamorfosis, que están del todo desconocidos, y nadie dirá que son los que aparentaron ser en otro tiempo. V. amigito si quiere ser como ellos, y aprovechar como ellos han aprovechado, ya sabe V. lo que tiene que hacer, y yo le prometo todo mi influjo. = Yo le doy á V. las gracias, contestó Eleuterio, lo que pretendo ahora y vengo buscando, es justicia y nada mas. = Pues si justicia busca V., repuso el Alguacilillo, pierda V. cuidado que aquí por la gracia del diablo mayor que manda y gobierna el Infierno, hay muchísima justicia, y yo soy miembro de ella. Ahora mismo voy á disponer que se la den á V.: Tenga V. un poco de paciencia, que vuelvo pronto = Y desapareció con mas ligereza que un puchinera se mete en el zurrón del titiritero, luego que ha representado su papel.

No quedó Eleuterio muy satisfecho con la conversacion que le había dado el diablillo, y mucho menos con la cara de este, y con saber que era miembro de justicia. Así es que le faltó poco para despertar en esta ocasion; porque tan fuerte fué la impresion, que le causó esta parte del ensueño. Pero como de repente volvió á presentarse el diablillo alguacil, sin saber por donde había venido, la imaginacion tambien volvió á representar otras imágenes, y el sueño por consiguiente continuó su curso = Caballero, dijo el Alguacilillo, he hecho presente al Tribunal de justicia que regenta el Teniente Pluton la pretension de V. Y este Tribunal de justicia ha tenido á bien mandar que se le oiga á V. en justicia: entrará V. conmigo en la Secretaría de justicia, y en ella presentará V. su solicitud y documentos, á fin de que si tiene justicia, se le administre la que pide = Muy bien, contestó Eleuterio, y con razon me ha dicho V. que aquí abunda mucho la justicia; porque no oigo mas que justicia, y mas justicia, y en los rótulos leo justicia aquí, justicia recta allí; y yo si he de decir á V. la verdad, me daré por enteramente cumplido y satisfecho, con que me la administren pelada, aunque sea sin el adjectivo recta, porque siendo justicia, por necesidad ha de ser recta;

por ser la esencia de la justicia la rectitud, y no poder haber justicia sin rectitud.—Se conoce amigo, dijo el diablillo, que es esta la primera vez que V. entra en los Tribunales de Pluton, y que V. está enseñado á otras cosas muy distintas de las que pasan en esta tierra. Pero ya estamos á la puerta de la Secretaría de justicia: entre V. y hasta luego que nos volveremos á ver.

Lo primero que vió Eleuterio entrando por la puerta de la Secretaría, fué la nariz del Secretario que hacía mas sombra que una encina, pues aunque no era muy gruesa, era sí muy grande y corcobada. Eleuterio le entregó los papeles á tan buena ocasion que se disponía para ir á dar cuenta de otros. Los cogió y diciéndole que esperase, salió el Sr. Secretario cojeando, porque nada faltaba á la dama para ser bonita. Mientras Eleuterio le aguardaba en la Secretaría, no dejaban de entrar y salir diablos de varios tamaños, ya unos mas grandes, ya otros mas pequeños, ya otros mas medianos; y todos se quedaban encarados en el, haciendo visages con los ojos y con la boca: por manera que Eleuterio temió le cogiesen, y se lo llevasen en alma y cuerpo al lugar donde ellos destinan á los que condenan. Este temor que concibió entonces Eleuterio, se aumentó mas, cuando oyó ruido de grillos y cadenas, y al mismo tiempo golpes y como quejarse muy doloridamente una persona. Eleuterio no pudo menos de horrorizarse y estremecerse tanto que, se lo conocieron en el semblante.

Un diablo grueso y canoso sin dientes y con los carrillos encendidos, como de haber bebido mucho vino manchego, que advirtió tal novedad en Eleuterio, se acercó á este y le dijo = No se asuste V. amiguito, que no es nada lo que pasa en los subterráneos. El carcelero está castigando á un judío, á un negro de los llamados constitucionales, y esos son los golpes que V. oye: no hay que tener cuidado que se le escape alguno de los que están bajo su custodia: es el carcelero mejor que hay: trescientos judíos de los llamados del Empecinado que entraron con este en Cáceres, tiene á su cargo, y á todos los tiene sugetos y mansos. Los castiga sin motivo, los mira sin piedad, y cuando se vé cansado de alguno, le despacha para el otro mundo con un poco de veneno que le proporciona un amigo que tiene boticario. Pero... que es eso caballero? Parece que V. se ha desembrantado mas con lo que acabo de referir? Ya veo yo que es V. malísimo pa-

ra vivir entre nosotros: tiene V. el corazon demasiado blando, y es V. tan delicado como una dama. No se parece V. en nada à unos compañeritos que V. tuvo, que se han avenido tambien con nosotros, que nos hemos hecho uña y carne. Es verdad que estos no tendrán verguenza, ni honor, ni ningunas de esas tonterías con que algunos hombres se preocupan: pero en cambio son pacíficos y tan corrientes que....

No dió lugar á que concluyese, porque el diablo cojuelo llegó mandando á Eleuterio qué de orden del que hacía de Presidente se presentase ante los Jueces. Obedeció Eleuterio, sin poder adivinar, no obstante ser letrado, que práctica era la que se usaba en aquel Tribunal. Al llegar à la puerta del salon donde estaban los Jueces, vió se hallaba allí el alguacilillo su conocido, y se acordó entonces de lo que este le había dicho poco antes. Que en los Tribunales de Pluton las cosas son muy distintas de como son en otras partes— Soñó que los Jueces estaban sentados bajo docel, y à las dos entradas de la barandilla que partía la sala, había puestos de guardia en cada una, dos diablejos de punta en blanco, muy tiesos vestidos á lo serio, que en vez de causar respeto, causaban risa; porque tenían encasquetados unos sombreros de tres picos que parecían unas gorras gallegas muy grasientas, y unos chuzos ó asadores por espadines. El Teniente de Pluton no presidía aquel día, porque como su amo tenia tambien ciertas ocupaciones privadas, en las que pasaba la mayor parte del tiempo. Tambien faltaba otro Juez de los mas antiguos en el infierno, por no haber podido asistir à causa de estar enfermo de una caída que dió, y haberse roto, segun decian, un cuerno. El que le seguia, y le tocaba presidir, era ya diablo muy viejo. Su cara era medio amarilla, la frente estendida, las cejas las tenía muy juntas y densas, los ojos de tabaco encarnado, las narices muy redondas, y con un grano en ellas, los dientes de lobo, y la lengua no le cabía en la boca, teniendo una voz muy bronca, el cuello carnoso, las espaldas muy anchas, las manos bellotas, señales todas de diablo colérico é iracundo. El Juez que estaba á la derecha, era delgado, con pelo blanco, aunque no era viejo: su cara era pequeña, la frente mas pequeña que grande, los ojos lucidos, y miraba medio á cierra ojo, la nariz regular y aguda, la boca regular y barba poca, la lengua sutil, y puntiaguda, en fin manifestaba ser muy lujurioso y muy venal.

El otro Juez que le seguía tenia la cabeza grande, desproporcionada, y corpulenta, como de diablo soñoliento, de ingenio obtuso, flojo y tímido, y la cara crasa denotando pereza, y su frente carnosa y redonda estupidez, como asimismo sus sienes hinchadas y redondas manifestaban su corto, y confuso ingenio no menos que sus ojos prominentes: la nariz algo pequeña significando su genio servil é inconstante; y las manos crasas, breves, y con pequeños dedos su ingenio torpe. En fin, el último de ellos era un churri-burri; pequeño de estatura, cabeza de calabazo, tan corto de vista como de piernas, cerviz breve y angosta espuesto á apoplejía, calvo y panzudo; por último figura ridicula y fea en lo fisico y en lo moral. De esta clase eran los Jueces que componian aquel Tribunal. Así que Eleuterio los vió, formó luego mal concepto de ellos, y desesperó del asunto suyo. No se equivocó; porque decretaron un *no ha lugar* tan largo que llegó hasta el Betis, hoy Guadalquivir. No fué este disgusto solo el que le causaron, segun soñó, sino que para burlarse de él, y hacerle sentir mas, soñó que los mismos Jueces y satelites fingian compadecerse de él, y que aquellos decian no poder separarse de las órdenes de Pluton, hechandole la culpa á este de todo lo malo que hacian, y de todo lo bueno que dejaban por hacer. Con esta política tan odiosa engañaban á unos, entretenian á otros, y ellos se aprovechaban de las circunstancias de todos: siendo el resultado que ellos mandaban mas que Pluton, que eran mas tiranos que este, que en vez de servirle, se servian ellos de él, pues le ponian por manparas á sus infamias, y como si fuese el alcahuete se servian de su nombre, para hacer lo que ellos querian.

Esto soñaba Eleuterio Mendieta, y soñaba la verdad: porque no hay mas despotismo en un Rey tirano, que hay en un ministro infame. Un Rey al cabo, aunque anhele á la dominacion absoluta, se sujeta algo despertando al ruido de las ruinas que el mismo despotismo vá causando en su estado, y tiembla cuando reflexiona un poco, y conoce que puede quedar sepultado bajo de los escombros. Pero un ministro nada de esto siente; por el contrario se alegra, porque de estas ruinas saca él los tesoros que han de servir á su egoismo, y mantener su vileza. Desengañemonos, las almas viles é interezadas de los ministros son las verdaderas causas de la ignorancia y errores de los Príncipes; y los ministros altos y pequeños

son los que sostienen el despotismo, y los que causan la miseria de las familias, la ruina de los pueblos, y las desgracias de las naciones.

Eleuterio soñó que habia salido de aquel lugar de condenados con el corazon todo lacerado de tanto sentir. En la puerta estuvo un rato suspenso considerando la felonía de los hombres, y su inconstancia. Los hombres, se decía así mismo soñando, parece que han hurtado el oficio à la fortuna: esta rueda, ellos voltean; que todo es uno. No está todo el mal en que entre los hombres haya competencia por razon de pareceres; lo peor es, que ellos mismos se hagan distintos semblantes, defecto grande en los hombres, ser contradictores de si mismos. Con esta contrariedad estan las cosas alteradas; por manera que no todo lo que se piensa, ó se presume, sucede: de ordinario sucede lo que, ni se presume, ni se piensa. Piensa el caminante, que es voz humana la que afligida se queja, y es la Hiena, que finge aquellas agonías, para quitarle la vida. Esta diversidad lo tiene todo trabucado: esto de no haber seguridad en los hombres, confundido. La sociedad ya no es aquella union de hombres reunidos con la mira de trabajar de concierto en su mutua felicidad, sino un mercado de gitanos que se juntan con la mira de engañarse unos á otros, de robarse, y de quitarse la estimacion, si alguna tienen. En una palabra, se han llegado á relajar los hombres tanto, que ya entre ellos no hay justicia, no hay honor, no hay amistad, no hay piedad, y todas las virtudes parece que dejando la tierra, han volado al cielo. Asi vemos que lejos de apiadarse de la infelicidad agena, se complacen en agravarla con sus modales altaneros, burlas ofensivas, insultos y desprecios. Por lo que, se puede ahora decir muy bien lo que decía un célebre filósofo. — Que la vista del infeliz causa en la mayor parte de los hombres el mismo efecto que la cabeza de Medusa: á su aspecto los corazones se transforman en piedras. — Asi soñaba Eleuterio, ó mas bien asi discurria en sueño, figurándose que salía de aquel lugar de condenados, todo lleno de afliccion; y sin saber que hacerse, para desahogar sus penas, se fué á dar un paseo á la rivera que corria al pie de una montaña entre esta y la poblacion, y estando paseando oyó al mismo tiempo una voz como divina que cantaba el siguiente soneto =

Este viento suave, que aplaudirte

Quiere con lenidad, para alhagarte,

Yo sé muy bien, que tanto lisongearte,

Parará brevemente en deslucirte.

No busca, no, tu aplauso, el destruirte

Es lo que solicita en adelante,

Porque luego que acabe de hermosearte,

Empezará traidor á consumirte.

Mas ay triste de ti! Que el eco blando

Parece que en rigores va bolviendo,

En palidéz, tu nacar transformando,

En iras sus alagos convirtiendo:

Quien creyera, que el irte allí elevando,

Fué comenzar tu ruina discurriendo!

Qué oigo! exclamó Eleuterio todo sorprendido con el soneto.

¿Será dirigido á mi? porque parece en compendio la historia de

mis desgracias. A mi me han vendido aquellos mismos que tanto

me aplaudían, ellos han abusado de mi amistad, y aun ahora que

huyen de mi, aparentan quererme, y compadecerse de mi suerte.

Esto que parece un misterio, es una política; y á esta cuadra bien

el soneto que hé oido. Sin duda, este es aviso de algun ami-

go. Pero ¿quien podrá ser este? se pregunta. Oye, estando en es-

tas dudas, cantar otra vez, y percibe los versos siguientes:

Valor y Constancia

Son dos Virtudes,

Que al hombre hacen

Superior á las vicisitudes.

Ya no soy tan infeliz, exclamó, el que canta, ó es algun espíritu

consolador que ha bajado á animarme, ó es algun hombre de vir-

tud de los pocos que han quedado, y en quien podré encontrar

alivio en mis penas comunicándoselas. Mas ¿cual será su morada,

donde estará? Mira Eleuterio á todas partes, y ya descubre que

á corta distancia se elevaba una colina muy amena circumbalada

de copados árboles, y en lo mas alto una casita, inmediato á la

que se dejaba ver un hombre que con una regadera en la mano estaba regando varias plantas. No duda Eleuterio que aquel es el que cantaba, y dirigiéndose á la colina la sube, llega, y saluda al solitario; y este dejando la regadera, le recibe con mas cortesanía con mas urbanidad, y sobre todo con mas amor y mas dulzura que los hombres de tono que se jactan de sociales y de finos. Ya el sol calentaba un poco en aquella; por lo que el solitario cogiendo de la mano á Eleuterio le llevó á la entrada de la casita para que estuviese con mas comodidad; y sentándose ambos debajo de un emparrado de siempreviva que había á la misma puerta, y formaba el mirador mas delicioso, viéndose desde él toda la ciudad que estaba situada al pié de la colina, la montaña donde se veian andar pacienco y saltando de peña en peña los cabritillos, una ribera que bañaba aquella misma colina, y corría serpenteando por entre la ciudad y la sierra, y en una palabra desde donde se descubrían multitud de casas de labor, huertas, viñas, y campos vestidos de flores y sembrados de panes, de modo que parecía verse á la naturaleza empeñada en brotar riquezas en toda aquella comarca. Ya que Eleuterio y el solitario se hubieron acomodado en sus asientos bajo tan hermoso dosel, que formaba la siempreviva entretejada una con otra, y sirviéndoles la verde yerba de alfombra, y de cojines ó almohadas la mullida grama, el solitario preguntó á Eleuterio, ¿que pena sentia, porque estaba viendo en su cara pintada la afliccion? Que deseaba saberlo, para si podía aliviarle en algo, no retardar el cumplimiento de una obligacion tan sagrada como es la de auxiliarse los hombres unos á otros. Entonces Eleuterio contó su historia, y le dijo despues de habérsela contado, que habiendo oido cantar los versos que se han referido, formó juicio que el que los cantaba, sino era un espíritu consolador, era un hombre en quien podía hallar alivio confiándose á el, porque por los versos y por la espresion con que los había cantado, se conocía que era hombre de los pocos que hay; y que en esta convencion no había tenido reparo de llegar á el, para recibir los consejos de un hombre experimentado y virtuoso.

Hijo mio, dijo el solitario, mucho me duelen tus trabajos, yo tambien he pasado por ellos, he sido afligido, y sé que las heridas del alma nunca se cicatrizan. Solo con la paciencia y la reflexion es como puede ser aliviar el dolor que causan. Y ya que

té has franqueado conmigo refiriendome tu historia, voy á decirte en muy pocas palabras la mia, para que conozcas quanto he sido trabajado por la ingratitud, por la calumnia, y por la injusticia. Mi patria es esta en que estamos; yo nací en esa misma ciudad que tenemos á la vista: mis padres me educaron bien, habituándome á la virtud con su propio ejemplo, y con la instruccion que me daban. Al cumplir los 17 años, empuñé el acero en defensa de esta misma patria pasando trabajos, corriendo peligros, y á cada momento acercándome á la muerte. Mas de cuatro veces he derramado mi sangre peleando contra los enemigos de esta patria, y mi cuerpo está lleno de heridas cicatrizadas recibidas en el campo del honor. En los veinte años que he servido, no desamparé ni por una vez las banderas que habia jurado: fuí siempre esactísimo en el cumplimiento de mis deberes, no faltando en nada á la disciplina militar, respetando y obedeciendo á mis Gefes. Pues en pago de todos mis servicios, me han quedado impurificado ahora recogíendome los despachos de capitan, y demas diplomas: y reducido á cultivar por mi mismo este pequeño terreno que heredé de mis padres, me sostengo con mi propio trabajo, siendo mi única habitacion esta casita, donde vivo tranquilo y alegremente sin que los hombres, despues de haberme matado civilmente, se acuerden ya de mí, ¿Y cual te parece, hijo, que ha sido la causa de esta muerte? No ha sido otra que la de haber sido un buen militar, y un amante de la felicidad de su patria. Pero aunque esta me ha correspondido tan mal, yo no me olvido nunca de ella, y la deseo toda felicidad, porque al fin es mi madre. Aun desterrado de su patria con injusticia Aristides, pidió á sus reverenciados Dioses, nada les sucediese mal á sus ciudadanos; olvidó de su destierro los males, y pidió para los de Atenas su patria, bienes. Pagó bien por mal; negóse al consuelo de los infelices; no pidió ver vengada con males su ejecutada injusticia, sino premiada con bienes; y fué Aristides nada suyo, para ser todo de su estimada patria. Es verdad que se ven pocos Aristides, y en nuestra patria no son muchos. Pero, hijo mio, es preciso tener paciencia, y sufrir con resignacion las desgracias de la fortuna, los defectos y las imperfecciones de los hombres, y las adversidades de la vida. No tienen las desgracias otra piedra de toque, que la paciencia. Es el ecsamen del valor, sin ella llámase el hombre desgraciado; con ella llámese dichoso.

Es dicha que vale mucho, y solo cuesta tenerla. En las adversidades, la resignacion con que se padecen adquiridas, descuenta el dolor de imaginadas: dar riendas á la pasion, es detener á la razon su movimiento. De nuestra parte no está mas que el poner los medios; ya se sabe que sus tiempos quieren las cosas, y que no se logran tan pronto como se desean, ni se alcanzan con la facilidad que se quieren. Para hacer que produzca un campo que se haya abandonado de muchos años, se necesita tiempo, trabajo, sudor y paciencia; porque primero es necesario descuajarle poco á poco de las malezas que ha criado, despues ararle y beneficiarle y luego esperar el fruto. Todas las cosas, pues, à mas del trabajo del hombre, piden tiempo, y tienen que seguir el curso ó marcha que es natural y propia á cada una antes de desenrollarse ó que lleguen á su grado. La fuente que en su primero ser, aun no es riego à florido pensil, socorrida de cristalinas aguas, es claro rio, que juntándose con otros, es creido profundo mar: Poco á poco se llega felizmente á lo mucho. Todo un año ha menester el jazmin para formar su débil delicada flor. ¡O lo que tarda en elevarse al aire la triunfante palma! Si lo que son pausas al tomar el puerto el Piloto, fueran inconsideradas priesas, ¡O cuantas veces, aun en el mismo puerto, experimentarà el naufragio! Poco á poco compone su oloroso nido el Fenix, para renacer á inmortalidades. Por lo que, hijo mio, te aconsejo que no des entrada á la impaciencia y á la desesperacion, porque no adelantarás nada, y por el contrario te haras mas infeliz. Considera que la patria vá regenerándose poco à poco, y como que nace ahora de nuevo, vá saliendo por sus pasos contados de los vicios, de los abusos, y de todas aquellas inmundicias en que estaba envuelta; y el quererla sacar de un golpe, sería esponerla á que se ahogase, à la manera que se ahogaría el feto, si se violentase su curso natural. Si el servir á tu patria lo haces por cumplir con esta obligacion sagrada y por amor, la satisfaccion que debe resultarte es bastante premio: y si lo haces por interés ¿qué mayor recompensa que la que te reserva haciendo inmortal tu nombre? Esos que ves nadando en la abundancia, y gozando de todas las comodidades y placeres, que son premio de sus vilezas, de su egoismo, y de sus infamias, pues han vendido á su patria, y con su hipocresía y política falsa viven con todos, y á todos venden, esos que ves tan orgullosos con las riquezas que han

robado, llegará el día que los veas recibir el justo castigo viniendo á caer en el desprecio y aborrecimiento de todos, desde la altura á que se han elevado tan ratera y vilmente; y vilipendiados por sus maldades, sus nombres quedarán sepultados en el olvido para siempre.

La bulla de los arrieros que ya se habian levantado, y empezaban á prepararse para su marcha, despertó á Eleuterio, y le sacó de un ensueño tan largo, porque era soñar todo lo que le habia sucedido en los dias anteriores á la salida de su casa: y por consiguiente que todo lo que soñó, era verdad: porque verdad era que no le habian querido recibir de Abogado, pretestando sus enemigos la cualidad de nacional voluntario, y que sus supuestos amigos habian sido los peores para él, con todo lo demas que se infiere del sueño, y se vió en la época á que se refiere, y el lector podrá muy bien entender.

CAPITULO 3.

Refiérese el casual encuentro que Eleuterio tuvo con una jóven en el río de Azucen á media jornada de Mérida.

Habiendo Eleuterio y los arrieros, en cuya compañía caminaba, arribado al río de Azucen que corre entre Mérida y Casas de D. Antonio en Estremadura, y siendo hora de medio dia, hicieron alto parando en dicho rio, y á sus orillas alfombradas con verde yerva y esmaltadas con variedad prodigiosa de flores, se pusieron á comer junto á unas adelfas, con cuya sombra, gorgeo de avecillas, y susurro del agua brindaba aquel ameno sitio con la siesta. En efecto, concluida la comida se acomodó cada cual á dormir un poco, menos Eleuterio que desvelado con varios pensamientos, se quedó recostado en uno de los aparejos, sin poder conciliar el sueño. La amenidad del sitio, la bella union de los pajarillos ostentándose en su alegría, y la alegría en su armonioso canto; la tranquilidad de aquellos lugares, y sosiego de las cabañas que estaba viendo, todos estos objetos concurrían á la vez, á dar mas fuerza y

movimiento á los pensamientos de Eleuterio que comparaba lo que veía entónces con lo que habia experimentado antes: el que por lo mismo mas alejaba el sueño con estos pensamientos. Unas veces dilatava su corazon contemplando á la naturaleza tan risueña, y á poco se abismaba en tristeza experimentando la maldad de los hombres. Esta variedad de pensamientos y contradicción de afectos, fué interrumpida por el suceso mas estraordinario en su género.

Fué el caso, que una jóven que andaba por aquellos campos emigrada de su pueblo, por las causas que luego se dirán, se dirigia sin saberlo, hacia donde estaba Eleuterio sesteando con los arrieros, ó bien para apagar la sed con el agua del rio, ó bien á contentar su hambre con algunas yervas, ó ya á dar descanso á su cuerpo bajo de algun árbol. Lo cierto es, que estando para llegar, vió que habia gente en aquel sitio, y sorprendida sin ser dueña de si en aquel primer momento, dá un grito y huye precipitadamente. Eleuterio sorprendido tambien con tan estraña novedad, habiendo penetrado su corazon un grito tan dulce, creyó desde luego que alguna persona se veía perseguida por malhechores, y sin pararse á reflexionar mas, coje una escopeta de los arrieros, los que despertando se ponen tambien en alarma, y siguen á Eleuterio que ya iba dando alcance á la jóven que huía; la que tropezando en una mata cayó en tierra toda asustada, y rendida de la carrera. Eleuterio la levanta; y la auxilia como pudo, pues cayó desmayada, y mirándola, vé en ella una deidad. Sus cabellos undosos y rubios como un oro dividiéndose sobre su frente blanca y varnizada, colgaban noblemente ensortijados por todos lados; la blancura de su cara sombreada con el carmín de la rosa, sus labios como la grana, el cuello como la nieve, y sus ojos luego que los abrió, parecian dos soles alumbrando al mundo ciego, y su voz sonora y dulce luego que habló, parecia voz angelical enseñando al mundo preocupado. Así fué, que vuelta de su desmayo, preguntó á Eleuterio y á los arrieros que llegaron despues de este, ¿qué quereis de mí? ¿qué significan esas armas? Venis á prenderme? Sois los comisionados ó Alguaciles de Roma? Los ejecutores acaso de sus leyes tiránicas?.. Pues aquí me teneis; yo soy la que he sido deshonrada por esas mismas leyes que debian mas bien protegerme; y la que hace dos meses ha venido á ocultar su deshonra entre estos montes. — Señora, dijo Eleuterio, no teneis porque temer de nosotros,

nada somos de lo que pensais: estos que conmigo veis son unos arrieros honrados, y yo un hombre perseguido por el despotismo. Ya veis cuanto se parecen mis desgracias á las vuestras, aunque no habeis hecho mas que indicarlas.—Caballero, contestó la jóven, las mias son tantas y de tal calidad, que no son para contar ahora de pronto, ni para referirlas ante muchos testigos.—Eleuterio compadecido, deseoso de saber la historia de la jóven, y prendado de su discrecion que competía con su belleza, la dijo y suplicó— Señora, mientras estos buenos hombres se retiran à pensar su ganado, y despues á cargar, tiempo hay para que si me conceptuais digno de vuestra confianza, depositeis con franqueza en mi pecho cuanto querais, bien segura y nada rezelosa de que yo abuse de esta confianza, pues aunque no soy Caballero de título, lo soy de obras.—Tal me habeis parecido, contestó la jóven; y puesto que estos hombres se retiran á cuidar de su hacienda, vamos nosotros á sentarnos en aquella peña, y allí os contaré en compendio mi historia.

HISTORIA DE ELENA F...

Yo, dijo la jóven luego que llegaron al sitio señalado, me llamo Elena F...; cuento 16 años, nací en Mérida de padres ricos y nobles; pero estos por un revés de la fortuna dejaron de ser ricos, para yo empezar á ser desgraciada. Un primo mio, contra quien la fortuna airada esgrimió tambien su ira reduciéndole à una mediocridad, estaba decidido á casarse conmigo, y yo muy gustosa venia en ello; porque habiéndonos criado juntos, se habian formado nuestros corazones à un tiempo, sentiamos por consiguiente de un mismo modo, pensabamos de una misma manera, y por último nuestras inclinaciones eran unas mismas, y nuestro genio en todo igual. Con esta conformidad tan perfecta crecia nuestro amor tanto que, llegó á ser pasion. La franqueza del parentesco con las ocasiones que proporcionaba, y la satisfaccion y seguridad que teniamos de unirnos en matrimonio, dieron motivo y oportunidad à la pasion para anticiparse á lo que estaba reservado para despues

de haberse celebrado aquel. Pero si fuimos apasionados, no quisimos ser escandalosos. Tratamos al instante de casarnos; pero como éramos parientes inmediatos, no pudimos unirnos tan pronto como nosotros deseabamos. Solicitámos la dispensa del Papa, y como no pudimos aprontar luego los intereses, no pudimos obtener la licencia, y por consiguiente no quisieron casarnos. Con esta imposibilidad, y puesta mi honra en peligro, trató mi padre de llevarme á una Aldea á casa de una pastora honradísima que me habia dado el pecho, y me queria con extremo. Pero á los pocos dias de estar en casa de esta buena muger, y de haberse tranquilizado en algun modo mi espíritu con su cuidado y oficiosidad, y esperanzas que me hacía concebir, vino á perturbar mi sosiego una carta que recibí de mi primo, la misma que traigo conmigo, y vais á leer— En esto sacó de aquellos nevados pechos una carta, y entregándosela á Eleuterio para que la leyese, le dijo: Tomad, caballero, esta carta y leerla vos; porque à mi el sentimiento no me lo permite: en ella está mi mayor pena; y ella es la mas grande prueba de confianza que hago de vos—Estaba agitado el pecho de esta jóven, y algunas lágrimas que cayeron de sus hermosos ojos, salpicaban sus rosadas mejillas. Eleuterio tomó la carta que decia así—

«Adorada Elena: abusos de una autoridad política causaron nuestra pobreza; y abusos de una autoridad eclesiástica causan ahora nuestra deshonor para colmo de nuestra desdicha. Ni la primera obra, como debía obrar; ni la segunda es, lo que debía ser. El despotismo de ambas, la ambicion de sus ministros, y el fanatismo de estos pueblos; han erigido en artículos de fé, y naturalizado en ellos las máximas de la tiranía. ¿Esperaremos à que esta nos acabe de esclavizar separándonos en los dias mas dulces de nuestra vida? ¿Consentiremos que el fruto de nuestro casto amor, abra por primera vez los ojos para ver los de su madre llenos de amargas lágrimas? ¿Permitiremos que este fruto precioso se halle imposibilitado de poder pronunciar con labio balbuciente, el dulce nombre de padre? ¿Daremos lugar á que mañana conozca su desgracia, y sienta su deshonor? Bien sabes, amadísima Elena, que las gentes forman juicio de las cosas por los sucesos sin entrar en el ecsamen de sus circunstancias. Por una esperiencia bastante sensible para nosotros, hemos aprendido esta verdad. Si aquí tuviera término nuestra desgra-

„ cia!...; Ah infeliz Elena!... No quisiera declararte lo que pasa.
 „ Mas fuerza es decirtelo: tu preciosa existencia, para mi tan cara,
 „ me obliga à ello. Preparate para lo que te voy à decir con
 „ harto dolor de mi corazon. Es preciso que abandonemos un
 „ pais que si rico por naturaleza, es miserable por los tiranos que
 „ mandan: si benigno por su clima, es cruel por la feroz política
 „ con que gobiernan: si sano por sus aguas y aires puros, está
 „ corrompido por las costumbres de los que le habitan: pais don-
 „ de los abusos de todas clases brotan con el calor de la supers-
 „ ticion, y medran con el cuidado del egoismo: un pais en fin,
 „ donde se crian hombres que à manera de lobos y raposas, se
 „ comen la hacienda del labrador, que dormido no vé que abriga
 „ en su casa el enemigo que le devora. Ya ves, querida, cuan es-
 „ puesto es vivir en una tierra donde tan mala yerva se cultiva,
 „ y cuan peligroso estar entre animales tan dañinos, como los
 „ que se crian en ella, y engordan á costa de la sangre de los
 „ que la habitan. Por lo que, si no quieres ser victima de estos
 „ lobos y raposas, preciso es que te decidas á huir. Ya andan
 „ buscandote, y tu ruina es inevitable, sino te decides luego, lue-
 „ go. Tu eres virtuosa, pues que el oro de tu virtud no se des-
 „ mienta en esta ocasion, en el crisol de la desdicha. Por grande
 „ que esta sea, que sea mayor tu constancia. Te han acusado de
 „ impía; por haber dicho que hasta el cielo está puesto de venta
 „ en Roma. Antes de estenderse el auto de tu prision, ha queri-
 „ do Dios revelarme, por medio de un amigo, la tempestad que
 „ vá á descargar sobre nosotros, para que antes la prevengamos
 „ con la huida. Así que, luego que recibas esta por mano de la
 „ hija de nuestra bienhechora, huirás inmediatamente de la Aldea
 „ con todo sigilo, y retirándote á los escondrijos del campo, me
 „ aguardarás en él, y yo te buscaré por la parte del puente del
 „ rio Azucen mañana á las primeras horas del dia. No te deten-
 „ gas, huye, el peligro es prócsimo, los momentos son los mas
 „ críticos. A Dios, desgraciada Elena: amor y constancia coronen
 „ nuestro amor. Tuyo siempre=F. F.

Digna es V. de compasion; señora, dijo Eleuterio entregando
 la carta; porque no se la persigue á V. por un crimen; sino por
 un dicho agudo, por uua sentencia, por una verdad dicha con dis-
 crecion: pero basta que sea contra los mismos que debieran aca-

tarla. Ha hecho V. muy bien en seguir el pensamiento de su primo; porque de lo contrario hubiera V. sido víctima de los resentimientos de aquellos que no conocen otro Dios, por lo menos así lo dan á entender con su conducta, que su propio y esclusivo interés; ni otras leyes mas que las que su particular política dicta. Si V. hubiese cometido un asesinato, un robo, ú otro delito mas feo, hubiera podido componerse; pero lo que V. ha dicho no se puede transigir, porque la parte contraria pierde muchísimo—Y no conoce V. caballero, dijo la jóven, que lo que estan haciendo conmigo, es contra todas las leyes, y contra la misma religion que profesamos? ¿Es por ventura, algun delito que una persona tan agraviada, se desahogue diciendo la verdad? ¿ó están tambien prohibidos los justos desahogos al afligido, para añadirle afliccion sobre afliccion? Yo es verdad que he dicho, que hasta el cielo está puesto de venta en Roma, pero si lo he dicho, ha sido porque he oído siempre decir que las gracias de la Iglesia no se venden, sino que se conceden de gracia: y á un tio mio clérigo que estaba siempre leyendo en un libro titulado Larraga, le oí decir muchas veces que la simonía es un sacrilegio que se comete con la voluntad determinada á comprar, ó vender por cosa temporal alguna cosa espiritual, ó aneja á ella: y que una de las cosas espirituales que pueden ser materia de simonía, era dispensar en votos, ó en impedimentos de matrimonio. Ya vé V. que aunque yo no he estudiado, estas me parece que son materias corrientes y aprobadas por toda la Iglesia incluso el Papa: porque sino mi tio que era un Sacerdote muy escrupuloso, no las habria leído tantas veces delante de mi. Por consiguiente ¿qué extraño es que sin manchar mi conciencia, ni ofender á nadie, haya yo dicho que se vende el cielo en Roma?—No ha dicho V. nada malo, contestó Eleuterio. Pero el poder de los tiranos tiene muchas veces mas fuerza en este mundo que la verdad.

Es cierto que la religion de Jesucristo es toda de gracia, y que por las obras que hacia aquel divino Señor, no recibía cosa alguna; pues tal estimacion hacía del dinero, que de lo poco que tenia, daba limosna; y faltándole, se vió precisado de mandar á S. Pedro, con milagro, que fuese á buscar con que pagar el tributo de los primogénitos, no siendo mas que medio siclo, que corresponde á 26 cuartos de nuestra moneda, con corta diferencia.

El siempre vivió pobre, y recomendó à sus discipulos esta máxima=*Que es mayor dicha el dar que el recibir*=Y repartiendo continuamente tantos beneficios, nada recibía. Declaró que su reino no era de este mundo; y por consiguiente, que su doctrina no alteraba en nada el órden de las cosas humanas. Esta santa y sublime doctrina la siguieron los Apóstoles, y sus inmediatos sucesores. De modo que la Iglesia cristiana ignorada, pobre, perseguida, ofreció por espacio de tres siglos el modelo de una política celestial, y del único gobierno tal vez que no háya tenido por objeto sino la ventaja de los ciudadanos, sin ninguna mira por la de sus Gefes. Empero; apenas empezó á adquirir algun poder bajo los Emperadores cristianos, que luego perdió de parte de las virtudes lo que habia ganado de parte de las riquezas. Sus ministros atormentados de la sed del oro, abusaban para saciarla, del ascendiente que les daba su carácter, de modo que fué necesario que viniese la autoridad imperial al socorro de las familias que ellos despojaban; y Valentiniano se vió obligado á sancionar una ley, por la que declaraba nulos todos los legados hechos por las mugeres en favor de clérigos ó de monges. A tal llegó la grosería de estos siglos que se creía que la avaricia era el primer atributo de la divinidad, y que los santos negociaban con los hombres su crédito y proteccion. De aquí nos viene el dicho de Clodovéo=*que S. Martin no sirve mal á sus amigos; pero se hace pagar demasiado caro sus trabajos*=Afianzado el clero en la credulidad humana, en la ignorancia general, en las esperanzas, terrores y tinieblas de la supersticion, siguiendo el sistema usurpador de la córte Romana, negoció con las llaves del paraíso y del infierno, abrió el primero à sus bienhechores, y el segundo à sus enemigos; prometió en un otro mundo el centuplo de lo que se hubiese dado en este, y vendiendo el cielo para comprar la tierra, canonizó al crimen mismo con tal que fuese generoso, y anatematizó à los que atacaban sus posesiones, y las consagró à Dios para ponerlas fuera de los tiros de los hombres. Una tradicion generalmente admitida de la segunda venida de Jesucristo mil años despues de su ascension, y del fin procsimo del mundo, anunciado en las cátedras de la verdad, causó una consternacion universal. Todos se daban prisa en adquirir tesoros para la otra vida, haciendo dádivas á los conventos de los bienes que cada particular poseía: apro-

pincnante mundi término, dicen casi todas las cartas, títulos ó privilegios antiguos de donacion. Sin embargo, el fin del mundo no llegó, y todos estos bienes quedaron en poder de los frailes, que procuraron aumentar su valor con los privilegios de toda especie de que se armaron, y la habilidad con que supieron estender sus límites, y defenderlos. El antiguo sistema de orden y disciplina, arreglado al espíritu de los antiguos canones, se olvidó con las nuevas ideas que sobre la omnipotencia del Papa esparcieron las leyes de partida. Ellas sujetaron ademas al esclusivo conocimiento del Pontífice romano las causas civiles y criminales de casamiento, de divorcio y de impedimentos matrimoniales, que segun la antigua legislacion de la monarquía gotica, la de Leon y Castilla, y la observancia del mismo siglo 43 perteneció á la potestad civil por derecho privativo.

En efecto, siendo el matrimonio un contrato civil existente en la sociedad, y perteneciendo á la suprema potestad temporal la inspeccion para que nada se haga en ella que la pueda ser dañoso, resulta con evidencia que á la misma potestad compete establecer los impedimentos del matrimonio. Asi es que en todos tiempos ha estado sujeto á la autoridad civil en cuanto á las solemnidades, y condiciones con que debe celebrarse para producir sus efectos legales, en lo que Santo Tomás conviene. Jesucristo le dió un grado de santificacion que no tenía, elevándolo á la dignidad de sacramento; pero no destruyó en lo principal la calidad del contrato, ni estableció novedades que sujetasen su celebracion á ningunas leyes eclesiásticas. En esta persuasion los cristianos de los primeros siglos se casaban sin observar otras que las civiles, procurando únicamente que el Obispo ú otro Presbítero les diera la bendicion, práctica que adoptó la Iglesia para sensibilizar en lo posible la gracia especial del sacramento, de lo que provino la creencia general de haber en el matrimonio dos propiedades esenciales pertenecientes á dos distintos poderes, una toda temporal sujeta al civil, otra espiritual dependiente del eclesiástico. Sin embargo, ni los Pontífices, ni los Obispos se mezclaron en la celebracion del matrimonio, limitándose únicamente á indagar si merecía la bendicion sacerdotal, que daban hallándolo contraido legítimamente, ó negaban en el caso contrario. Tampoco se encuentra en la historia de los primeros siglos que la Iglesia hubiese esta-

blecido impedimentos dirimentes. Los mas de los impedimentos debieron su origen á la voluntad de las potestades civiles, y por consiguiente á estas toca dispensarlos cuando convenga al bien público; pues no hay principio mas incontestable en todo derecho que el de pertenecer à solo el legislador la relajacion de la ley. Así lo creyeron todos los cristianos en los tiempos mas puros de la Iglesia. Léanse las cartas de S. Basilio á Diodoro, la de S. Ambrosio à Paterno, y lo que dice S. Agustin en el lib. 15.º de la ciudad de Dios; y no habrá quien dude que los emperadores dispensaban los impedimentos del matrimonio, de que se hallan repetidos egemplares en los códigos Teodosiano y Justiniano, y que la Iglesia no se mezclaba en poner obstáculos para un contrato en que su único oficio fué bendecir la union, si la encontraba conforme á las leyes de los soberanos. Hasta que Calixto 2.º se propuso á declarar nulo el matrimonio de la Reina D.^a Urraca con su tío el Rey de Aragon D. Alfonso, con el fin de que el hijo de la Reina, que era sobrino de Calixto, no perdiera la sucesion al trono castellano, que al fin obtuvo con título de emperador de las Españas, no hubo egemplo de que los Papas se mezclasen en estas materias puramente civiles. Este fué el primer egemplo que por los años de 1111.º se verificó en España de contar con Roma para las dispensas de impedimentos matrimoniales: y se juntó que como la monarquía estaba llena de Obispos franceses, monges de Cluni, acérrimos partidarios del Papa, trabajaron tanto para radicar esta opinion, que al fin consiguieron que ya no se contentasen los fieles con las dispensas de los soberanos, ni con las de los Obispos, y se viesen como forzados á acudir á Roma para obtenerlas con su dinero contado. Por lo que, el Sr. D. Henrique 5.º en las Cortes de Valladolid de 1396.º quejándose del excesivo dinero que salia para la Curia Romana, dijo = *de lo cual, entre otros males, se sigue que los mis reinos sean despojados de todo el oro y plata, y sea llevado á otras partes, y tirado de nos, y de nuestra tierra lo nuestro, y llevado sutilmente, haciéndonos peores que bárbaros* = En el siglo 15.º continuando las mismas quejas en las Cortes de Valladolid de 1442.º dijeron al Rey, que se sacaba mucha moneda cada año por la Corte de Roma, lo que redundaba en deservicio público, porque había mucha mengua de ello: con cuyo motivo el Rey D. Juan 2.º prohibió sacar dinero para la Corte de Roma; y

que si algo quisiesen sacar, lo sacasen en mercaderías, y los dineros que se hubieren de llevar para el Papa, fuese en cédulas de cambio, y no en dinero.

Yo Señora, dijo Eleuterio despues de una pequeña pausa, me he detenido mucho en hablar tanto sobre cosas que á unos parecerán intempestivas, á otros fastidiosas por largas: pero si lo son, la utilidad y provecho es mayor, y debe ser mas atendida la ventaja de instruccion que cuantas reglas haya sobre colocacion de discursos. Yo conozco que V. tiene penetracion y que toca con la verdad. Pero tambien observo en V. cierta inquietud hija de la duda que tiene en si habrá ofendido ó no á Dios, cuando V. dijo qué en Roma estaba de venta el Cielo. Y por lo mismo conviene el que yo me haya dilatado tanto á costa de hacerme tal vez pesado en mi discurso, para que en recompensa V. no atormentase su conciencia con dudas infundadas. Estas dudas son efecto de la falta de instruccion de que tanto carecemos, y de la supersticion en que nos criamos. Máxime VV. las mugeres à quienes una educacion equivocada les priva de ilustrar el entendimiento, y las aísla á lo puramente material; como si las faltase tiempo para conocer la verdad ya por medio de la lectura de libros manuales y escogidos, y ya con la conversacion de hombres instruidos; así como no las falta, y pierden muchísimo tiempo en conversaciones de fruslerías, y chismografía: y se las permite pasar horas muy preciosas en la lectura de romances y papeles que preocupan, y conversar con hombres vanos, que luego las deshonoran. Procure V. pues, Señora mia, tranquilizarse, que en nada ha ofendido V. à Dios con lo que ha dicho de Roma; y siendo V. inocente en esto, el testimonio de su conciencia debe ser su mayor consuelo. Lo que V. ha dicho, es lo mismo que han querido decir hombres muy recomendables por sus luces, por su estado, por sus costumbres irrepreensibles, y por su santidad.

Estando en esto llegó uno de los arrieros avisando á Eleuterio que iban á marchar, y que tenían detenido á un hombre para llevarle à Mérida, por haberles parecido sospechoso. Elena entonces con toda su viveza preguntó, que señas tenía el hombre detenido? Y habiendo el arriero satisfecho á la pregunta, aquella quedó tan conmovida que sin ser señora de sus movimientos, exclamó diciendo ¡mi primo detenido por sospechoso!.. ¡ querer presentarle como

delincuente al Gobernador de Mérida!... No: yo lo impediré con todas mis fuerzas...¿donde está mi primo?... llevarme presa á mi, y dejar que goze libertad un hombre que por su honradéz se vé en ese estado.... Señora, la dijo Eleuterio, no se acalore V. que lo que parece ahora un mal, podrá ser ocasion para vuestro bien, y el de vuestro primo. Si este es el que V. se ha pensado, el cielo le ha traído á puerto de seguridad. Los arrieros en cuya compañía caminan, son todos hombres de bien, y dispuestos á servir á los desgraciados. Lo que conviene ahora es que V. se tranquilice, y se venga con nosotros al ható de los arrieros, á reconocer el hombre que tienen detenido, y V. se piensa que es su primo. Si lo es, no le faltarán amigos que hagan por él y por V., cuanto puedan en su obsequio y servicio. Ya sabe V. cuales son mis circunstancias; pero las ofertas de un desgraciado son mas verdaderas que las de uno que nunca lo ha sido; porque habiendo experimentado las desgracias, sabe lo que son estas, y por consiguiente lo que es una persona desgraciada.

Marcharon hacia donde los demas estaban, y antes de llegar, Elena y su primo que se conocen, corren presurosamente ambos á estrechase en los brazos. Asi estuvieron por algun tiempo unidos sin poder ni el uno, ni el otro hablar palabra, hasta que las lágrimas, que parecía rehusaban presentarse como haciendo sentimiento de escena tan tierna, corriendo luego libremente desahogaron aquellos dos pechos oprimidos de tan encontrados y vivos afectos. Dificil es, poder explicar el contraste de ideas en los dos. Era necesario hallarse en las circunstancias en que estos se hallaban, y sentir como ellos sentian, para poder hacer un retrato fiel del encuentro de dos amantes en aquellos momentos=

Elena, dijo el primo hablando primero, tu tambien aquí detenida para mi mayor tormento? ¡Ah suerte cruel!... anudándosele la garganta con el sentimiento. Si cruel, dijo Elena; porque ha reservado á tu prima para instrumento de tu desgracia: yo soy la causa de tus padecimientos; yo la que debo morir: yo la que debo padecer, no tu que estás inocente... Y vosotros, que pareceis hombres de bien, si sois arrieros compasivos, compadeceos de mi primo, dejarle que se retire libremente á su casa á cuidar de su pobre y anciano padre; mi primo es inocente; yo soy sola la culpada; y por lo tanto la que debe quedar en su lugar retenida..... Jamas,

interrumpió el primo. ¡cómo tu quedar presa, y yo en libertad!... Primero he de morir que tal consienta. Mi desgracia está en haberte puesto en este peligro; y mi dolor en no poderte sacar ahora de él. ¿Y pretendes que mi pena sea mayor quedándote sola?.. De ningún modo. No, Elena, no pienses que tengo de separarme de ti. Ya que el amor nos ha juntado, que el mismo amor nos mantenga unidos, separarnos, jamas.

Eleuterio que guardaba silencio contemplando, y sintiendo al mismo tiempo, la desgracia de estos dos desdichados amantes, saliendo de su silencio les dijo. No hay que hablar de prisiones: y supuesto que para evitarlas; están VV. convenidos y resueltos á emigrar de esta tierra, y que con el objeto de verificarlo han abandonado sus casas, y con este motivo ha dado la casualidad de encontrar con nosotros, den gracias á Dios de no haber tropezado con otra clase de gentes que en vez de compadecerse, hubieran empeorado la suerte de VV. Todos los que aqui están, son personas de confianza, y en sus pechos sepultarán cuanto hayan visto ú oído; y ademas ayudarán á mi proyecto.

Los arrieros que estaban enternecidos de ver aquellos dos jóvenes tan hermosos como desdichados, contestaron que estaban prontos á hacer cuanto se les mandase en bien de la humanidad, y que no tuviesen cuidado alguno de que ellos hablasen una palabra de nada de lo sucedido.

Pues bien, dijo Eleuterio, mi proyecto es el siguiente. Que VV. sigan recto el camino de Mérida con sus Caballerías, y Manuel, uno de los arrieros, en las suyas conducirá á Elena y á su primo, y yo con ellos caminaremos por distinto camino, hasta salir á Monasterio, donde VV. esperarán en caso de llegar primero.

CAPITULO 4.

Cuentase el susto de los primos, y como pasaron en un chozo la noche: y dase cuenta tambien de la historia del Pastor.

Con tal miedo caminaban Elena y su primo, que de cualquier bulto que véian en el camino se rezelaban, figurándoseles ver los comisionados de policía. Ya era el sol puesto cuando llegaron á un chozo que estaría una legua á un lado de Mérida. En este convinieron hacer noche, por ser bastante capaz, estar en un sitio muy retirado, rodeado de monte, y no haber en él aquella noche mas que un anciano Pastor; quien los recibió muy cortesmente, franqueándoles con semblante placentero toda la choza, ayudando el mismo á descargar las caballerías, y preparar lo necesario á la comodidad de sus huespedes. Hizo lumbre el Pastor, sacó leche, queso y pan, mostrándose tan obsequioso, tan afable, y con tantos deseos de servir, que todo le parecia poco de cuanto hacia. Eleuterio y sus compañeros de viaje no anduvieron menos solícitos en sacar de las alforjas los comestibles que llevaban. Mientras estas cosas se hacian, reunidos unos y otros dentro de la choza tomando un bocado, el buen Pastor descubría su talento ya con un dicho agudo, ya con algun pensamiento sublime segun el giro que se daba á la conversacion que tenian. Elena y su primo eran los que menos hablaban, y no apartando la vista uno del otro, les parecia un sueño cuanto veian, estando tan distraidos que no acertaban á reflexionar. Acabando de experimentar los efectos de la intriga y de la calumnia, de la hipocresía y de la ambicion, y teniendo ya en su temprana edad, motivos tantos para conocer la falsa política y la superficialidad que afecta tanto por lo general á la culta sociedad, se les hacia cosa nueva, y la encontraban como extraordinaria, la generosidad que había tenido Eleuterio con ellos, y el agrado natural y sencilla urbanidad con que los había recibido y trataba el pastor. No causó menos novedad á Eleuterio la

dulzura, y las maneras de aquel, la espresion de su conversacion, y lo exacto de su racionio. No sabía ó no acertaba à formar juicio de aquel hombre tan particular. Por una parte dudaba si sería algun proscrito que se habría retirado à aquel monte á ocultarse de los tiranos; y por otra le parecía ser un pastor que aplicado desde la juventud à la lectura, y con disposicion bastante, había aprovechado y adquirido aquella instruccion que brillaba tanto en el. En estas dudas estaba, cuando Elena dando unos cuantos suspiros, la dijo el pastor= Señorita parece que suspira V. mucho: sin duda, alguna pena oprime el corazon de V. : sea ella cualquiera, que no pretendo me la declareis, yo os aconsejo que, os esforceis à desalojarla de vuestro pecho; porque si la dejais, adquirirá mayores fuerzas, irá cada dia haciendo mas daño, y por último vendrá à concluir pronto con vuestra existencia. Yo sé lo que son penas; porque desde que entré en la edad de 16 años hasta la de 58, que tenía cuando vine á refugiarme en este retiro, hé sido combatido de las mas grandes. Pero con la resignacion y con la ayuda del cielo hé triunfado; y ahora en recompensa de mis muchas aflicciones pasadas gozo en este retiro de la mas completa tranquilidad. Tan grandes han sido los trabajos que V. ha padecido? Preguntó Eleuterio como manifestando deseos de saber quien fuese aquel hombre de maneras tan finas, y tan retirado de la sociedad.=Grandes caballeros, contestó el pastor: y si gustais oirme, referiré mi historia mientras llega la hora de cenar. Todos convinieron en que la contase, y lo hizo del modo siguiente.

HISTORIA DEL ANCIANO PASTOR.

Yo nací en Sevilla de padres comerciantes con una fortuna mas que regular. Mi padre no era de aquellos comerciantes avaros que no tienen reparo en vender su honor, y su libertad à cualquiera que les imponga precio. Quería que sus hijos fuesen educados é instruidos, porque conocía que todos los hombres tienen una razon que cultivar, una voluntad que dirigir, y unas pasiones que vencer para llegar á ser hombre de bien, y un ciuda-

dano apreciable. Con este fin procuró educarme lo mejor que pudo; y despues de haber estudiado la gramática latina, y adquirido conocimiento de algunas otras lenguas, geografia y matemáticas, me hizo estudiar la filosofía; cuando al concluir esta, cumplí 17 años en el de 1775 año aciago para mi casa por dos razones. La primera, porque mi padre sufrió una pérdida de muchísima consideracion en un negocio de comercio que habia emprendido: y la segunda, porque en dicho año se movió una expedicion contra Argél, para la que yo salí por soldado sin medios para librarme por la desgracia ocurrida en mi casa. Ya tendreis noticia de lo funesta que esta expedicion fué para España por la imprudencia del general que mandaba, que no quiso conocer que la prisá no es la mayor diligencia; que el que no asegura los pies, tiene segura la caída; que poco á poco se reconoce el peligro; que atropellar con todo, solo puede producir un gran despeño. Habiendo perdido España en aquellos abrasados arenales un númeroso y florido ejército, entre los españoles que los Argelinos apresaron, yo fui uno de ellos, haciéndonos á todos cautivos; y por consiguiente condenados á sufrir la suerte que estos tienen encerrados en las mazmorras. Dos años contaba de esclavitud padeciendo las penas que son consiguientes á esta, cuando un dia para mayor afliccion mia, digo afliccion, pues aunque aquel dia me proporcionó un placer, fué para que luego sintiese mas el dolor; vimos entrar en la mazmorra otros cautivos, y entre ellos estaba mi padre, á quien luego conocí, y me colgué de su cuello. No puedo yo esplicaros la alegría que tuve al verle. Tanta fué y mi sorpresa tanta que, se me anudó la garganta, y no podia articular el dulce nombre de padre: por manera que este que no me habia conocido, ni era posible me conociera, por lo desfigurado que yo estaba, quedó asustado con los abrazos tan apretados que le dí, que dudó si sería acometimiento de algún enemigo, ó abrazos de algún amigo que estuviese allí encerrado; porque teniéndome por muerto segun se lo habian creido, no podia pensar fuese su hijo el que le tenia tan estrechamente abrazado, que parecía quererle sofocar. Ya las lágrimas principieron á correr como un torrente por mis mejillas; mi corazon empezó á dilatarse, ya yo cobré aliento, y mas desahogado pude hablar, y con las espresiones mas tiernas decirle=padre mio, padre mio ¿no conoceis á vuestro hijo que os abraza? ¿qué fatalidad os

ha traído à esta sepultura de vivos? ¡Ah desgraciado de mí!... Si el amor que me teneis, os habrá conducido á buscarme en esta mansion del dolor, corriendo por medio de tantos peligros, y á costa de vuestra libertad!... Nada contestaba mi padre, porque todo cuanto veía y oía, le parecía un sueño. Trabajado con las desgracias, fatigado con el peso de las cadenas, detenida su respiracion con el aire de lugares tan mal sanos, y sobre todo afligido con la separacion de mi madre, y martirizado con la idea de haber venido á perder su libertad en el mismo lugar donde hacia dos años perdió para siempre á su hijo querido, verse luego abrazar por uno que le llamaba padre, no sabía lo que por él pasaba, ni en medio de aquel lugar de tñieblas podia salir del error en que estaba, y conocer á su hijo. Yo que advierto esto dejo de abrazarle, y para que me pueda conocer mejor, le cuento como habiendo sido herido al tiempo del desembarque, fui luego cautivo por los Argelinos, quienes me sepultaron en aquella mazmorra con mis compañeros que habian tenido igual suerte que yo; y desde entónces no habiamos vuelto à ver la claridad del dia. Confirmé esta verdad con los mismos compañeros, y para que mi padre se acabase de convencer de que yo era su hijo, le conduje á la escasa luz que entraba por la boca del subterráneo, y le enseñé la cicatriz que tengo en el brazo derecho á resultas de una cuchillada que cuando niño me dió otro. A vista de estas pruebas mi padre que ya habia empezado casi á creer como realidad, lo que por otra parte le parecía ilusion de su fantasía, no pudo menos de convencerse de que yo era su hijo; maxime cuando no habian tenido una noticia positiva de que yo hubiese muerto: pero al fin mis padres lo habian creido asi, y no sin fundamento. Consideren VV. ahora, continuó diciendo el pastor, cuan grande alegría recibiría mi padre, cual sería su gozo al conocerme. Tal fué su placer, y de tal manera con este se estimuló su sensibilidad, que no pudo mas que abrazarme, y sin poder pronunciar mas palabra que la de hijo, quedó desmayado entre mis brazos rindiéndose al extremo de su alegría. Ya que volvió en sí, y que pudo hablar, hijo mio, me dijo, desde que caí en manos de estos bárbaros argelinos, me creí infeliz para siempre: considerándote fuera de este miserable mundo, no quedándome ya en él mas arrimo que tu angustiada madre, que hace un mes aun vivía llorándote; reducido yo por

último à la esclavitud, ya me parecia que os habia perdido à los dos, y que no me quedaba otra esperanza que la de unirme pronto en espiritu á ambos, porque mis fuerzas físicas debilitadas por la edad, y por los trabajos me abandonarían en pocos dias. Tú me las has restituido, y yo me siento ahora mas fuerte apesar de la convulsion que ha causado en mi el exceso de alegría que hé tenido viéndote cuando te creia perdido. Has de saber hijo, pues conozco tendrás buenos deseos de saber como yo he venido á parar à este lugar, que hace un mes salí de Sevilla con una comision muy lucrativa para Barcelona, y conviniéndome hacer el viaje por agua, me embarqué en un bergantin catalán: pero con tal desgracia que, à los seis dias de viaje nos alcanzó otro de esos infames argelinos, que nos hicieron cautivos en menos de nada, robandonos cuanto teniamos, y por último conduciéndonos á este encierro, donde creyendo encontraría mi muerte, hé venido á encontrar mi vida. Ya en tu compañía no me considero tan infeliz como me miraba antes de conocerte, y doy gracias al cielo porque los argelinos me hayan cautivado, y vendigo mil veces el dia que me pusieron las cadenas para traerme á esta mazmorra, y solo me queda ya la pena de tu pobre madre. Al nombrar esta no pudimos menos de enternecernos, y derramar algunas lágrimas. Mas yo para consolar á mi padre, y que no volviese á caer en abatimiento de ánimo, le dije=Padre mio, no hay que afligirnos, reunamos nuestras fuerzas, y no las debilitemos con pensamientos tristes: los males y los bienes están enlazados, y asi entraron en el plan general del universo: experimentamos los unos y los otros, y á fuerza de esta experiencia vemos este enlace: pero por nuestro ilimitado talento, y mucho mas por nuestra irreflexion no alcanzamos los fines de este prodigiosísimo y largo encadenamiento. ¡Oh! si le conociésemos ¡cuanto se disminuirían nuestras penas, y cuanto la virtud ganaría!... Asi, no hay que desesperar, y abandonarse tanto al dolor. Confíemos en Dios. Solon decia, no juzguemos de la felicidad de un hombre hasta su último instante. De este modo procuraba yo consolar á mi padre, cuya presencia al propio tiempo que me alegraba, me entristecia viéndole sufrir en su ancianidad los rigores del cautiverio. Ya nos aliviaron las prisiones sacándonos por el dia á un terrado, que nos proporcionó otro alivio.

Ya os he dicho, Señores, dijo el pastor, que mi padre tenía establecido comercio en la ciudad de Sevilla. Con este motivo tenía bastantes relaciones con los estrangeros, y no le faltaban en Argel. Pero cuando estábamos cautivos, no podíamos valernos de estas, por no tener persona de confianza á quien entregar un papelito para un moro que conocíamos. Yo sabía dibujar un poco, y me entretenía el tiempo que estábamos en el terrado, en pintar con pedazos de pizarra y carbon paisajes en las paredes. Un moro que me vió un dia que estaba pintando un pajarito, estuvo mirando con atencion lo que hacia, y hubo de entrar en ganas de aprender. Me manifestó si queria enseñarle, y yo convine muy gustoso; porque de ello sacaría yo grandes ventajas; y ya que la ocasion se presentaba de utilizarme de mis conocimientos, quería aprovecharme de mi habilidad, que por esto es bueno aprender de todo, porque en los varios sucesos de la vida, es donde se vienen à conocer las ventajas de la aplicacion que se ha tenido en la juventud. El moro agradecido no dejaba pasar un dia sin visitarnos; y aunque no era de muchas facultades, nos socorria con lo que podia, y á mas me valía de él para vender los dibujos que yo hacia en papel, con lo que sacaba para mejorar en algun tanto el trato de mi pobre padre. Cuando ya tuvimos alguna confianza de este moro, le preguntamos si conocia á Mahomad Chaquin, á quien mi padre conocia mucho, y con quien habia tenido relaciones mercantíles. El moro contestó conocerle, pero que habia salido para Lóndres. Nos alegramos mucho de que le conociese, porque esto era otra ventaja mas para el encargo que pensabamos encomendarle, y que no podia ser sino con una persona de mucha confianza. Pero gracias á Dios no llegó este caso, y si el de nuestra libertad, que sucedió del modo que bais à oír.

Un dia que estábamos en el terrado, empezamos á ver grandes llamaradas en la atmósfera producidas por los gases inflamables que se veian cruzar con mucha frecuencia. No hicimos caso entonces creyendo que era efecto del mucho calor que habia hecho en aquellos dias; y en vez de darnos cuidado, nos divertíamos en observarlas, y en ver el color ceniciento de las nubes. Todo el dia estuvo medio nublado. A media noche principiamos á sentir varios movimientos, que empezando como pulsaciones y trepidaciones violentas de pocos segundos, concluyeron con unas oscilaciones muy fuertes de al-

guna mas duracion, y un ruido sordo como de truenos subterráneos acompañaba estos movimientos, que se repitieron un poco antes de amanecer. Siguieron repitiéndose con alguna interrupcion, sin sentirse el viento, y todo en mucha calma. Llegada la tarde, el ruido de los truenos concentrados era tan horroroso y continuo, las conmociones de la tierra tan fuertes y terroríficas, que se temió ver volar ó hundirse todo Argel. Los mas avisados abandonando sus casas, y llevándose las alhajas, siguieron á los mas medrosos que todo lo abandonaron. A este tiempo se oyó un trueno tan espantoso, y de tanta duracion que nos dejó á todos aterrados, y los moros echando á correr despavoridos, nos dejaron abandonados. Un Catalan que había entre nosotros tambien cautivo, hombre de fuerzas extraordinarias y de mucho espíritu, viendo aquel abandono y queriendo aprovecharse de él, nos habló en estos términos= Compañeros, no puede presentarse otra ocasion mas favorable que esta para romper las cadenas, y recobrar nuestra libertad perdida: los guardias y el carcelero han huido: la ciudad ha quedado abandonada y desierta: nadie nos observa: los Argelinos aterrizados buscan su seguridad, y no tienen ahora cuidado de la nuestra. Si convenís conmigo y me seguís, no perdamos tan preciosos momentos con que la fortuna nos brinda= A una voz convenimos todos en seguirle y ayudarle. Buscamos herramientas, que nos fué fa il encontrar á los primeros pasos que dimos, con las que muy pronto nos vimos sin el peso de las cadenas. En seguida nos vestimos de moro, y recogiendo las alhajas que encontramos al paso en algunas casas, nos salimos de la ciudad por veredas escusadas á la playa, con ánimo de embarcarnos en algun navío europeo si hubiese. Pero cuando llegamos, encontramos ya el mar tan alborotado que ponía pavor al ánimo mas valeroso, levantándose las olas à una elevacion, y con una fuerza tan extraordinaria formando unos espumarajos que inundando la playa á larga distancia, y retirándose luego, la cubrían toda de espuma; y vimos que arrojaba à la orilla cables y tablas reliquias tristes de los barcos que habían naufragado. Llegada la noche nos amparamos debajo de un árbol, y á poco sentimos un horroroso estampido parecido á la esplosion que se causa en un almacen de pólvora cuando se incendia. En seguida se levantó un fuerte viento acompañado de una copiosa lluvia. Como á las dos de la mañana principió á aflojar el viento y

ceder el agua, manifestándose señales de sereneridad. Entónces nosotros nos acercamos á la playa, y viéndola sin gente, nos hicimos dueños de una fragata ligera bien equipada que estaba abandonada; y con este auxilio, y con el favor del cielo nos hicimos á la vela sin ser sentidos de nadie: ignorantes del derrotero que debía seguirse, y sin la práctica necesaria, arribamos dichosamente á Menorca. Pero antes de llegar, salió á reconocernos un batel, que nos pareció mirándole con el catalejo ser español; y con el deseo que teníamos de ver compatriotas nuestros, amainamos, y esperamos á que llegase, mudando mientras de vestidos. Ya que estaba cerca hicieron fuerza de timon, y puesto á bordo del bajel el capitán, nos preguntó que gente éramos, á donde nos dirigíamos, y de donde veníamos? Nosotros que por la lengua, y por el uniforme conocimos ser tropa española, y que por el aparato del bajel era un buque de guerra, nos alegramos en extremo; y contestando que éramos tambien españoles que veníamos huyendo de Argel, donde habíamos estado cautivos, el capitán mandó entrar en nuestra fragata algunos de sus soldados para reconocerla, pasando nosotros al batel. Allí esplicamos brevemente nuestra historia, y el capitán convencido de la verdad, se alegró muchísimo de nuestra fuga de Argel; y nos aseguró no tuviesemos cuidado que nada perderíamos, pero que tenia obligacion de presentarnos á su general. Corria entónces el año de 1782, cuando Càrlos 3.^o no pudiendo perder de vista el recobro de unas plazas tan importantes como las de Gibraltar y Mahon, destinó una espedicion contra esta última, á las órdenes del Duque de Crillon. Este general habia ocupado desde luego toda la Isla de Menorca, y no le faltaba mas que ocupar el fuerte de S. Felipe, que á la sazón le tenia puesto sitio ya hacía algunos meses, para lo que habia cuidado de asegurar todas las calas ó senos del mar, á fin de impedir que su Gobernador Murray recibiese refuerzos. Presentados al Duque, é informado este de quienes éramos, nos propuso si queríamos servir en sus tropas. Algunos de mis compañeros aceptaron este partido, y se quedaron. Mas mi padre y yo, nos embarcamos para Barcelona, donde llegamos felizmente, y teniendo que hacer en Madrid, nos volvimos por tierra á Sevilla. Nos dirigimos en derechura á casa de un amigo, no queriendo ir primero á nuestra propia casa, con intencion de que antes se preparase á mi madre si vivía, para evitar

los efectos que en ella causaría nuestra repentina aparición. Mas el cielo que ordena las cosas de distinto modo que los hombres las calculan, hizo que mi madre estuviera en aquella ocasion en casa de nuestro amigo: y conociéndonos luego, lanzó un fuerte grito, y cayó desmayada. Como estaba tan débil con los sentimientos que tanto la habian combatido, tardó mucho en salir de la parálisis en que cayó. Mas con el auxilio de algunos medicamentos fué volviendo en sí; y conducida luego á casa, con el tiempo, con el mucho cuidado, y con la satisfaccion de vernos, recobró pronto salud y fuerzas. Volvimos á establecer nuestro comercio con el dinero y alhajas que sacamos de Argel, y nos favoreció tanto la suerte que, en poco tiempo hicimos unas ganancias considerables. En Granada, á donde viajaba con frecuencia con motivo de mis operaciones mercantiles, se me proporcionó conocer á una Señorita, que aunque no era muy rica, estaba muy bien educada, tenía mucha disposicion, y era muy virtuosa. Luego que la ví adornada con tan apreciables prendas, me enamoré de ella. Declaré á mis padres éste amor, y conviniendo gustosos conmigo, y viéndome correspondido de Cecilia, que así se llamaba la Señorita, y á quien ya conocian, concertamos nuestro enlace, que no tardó en efectuarse. La traje á Sevilla, y antes del año, ya fuí padre. A los míos con ser abuelos, se les alargaron los años de vida, que gozaban con mucha tranquilidad, y contento con sus nietos. Pero la inconstante fortuna que dà el bien con tanta velocidad que parece se le vá de las manos, pero con la misma lo quita: que lo dà, no para que lo poseamos con gusto, sino para que lo perdamos con dolor: que lo franquea para endulzarnos en la felicidad, y lo arrebatá, para acedarnos en la lastima; cansada ya de favorecernos, quiso desairarnos. En el año de 1800, en que fué la peste de Andalucía, Sevilla fué una de las ciudades que mas se inficionaron, cevándose en sus habitantes aquella enfermedad desoladora, sin perdonar ni al niño, ni al jóven, ni al anciano; haciendo indistintamente grandes estragos en todas las edades y clases. En mi casa solo yo quedé para mayor pena mia, viendo hoy morir á mi hijo, mañana á mi esposa, y al otro dia á mis padres. Ya la peste cansada de segar vidas, cesó en sus crueldades, pero mi pena iba cada dia mas en aumento. Tanto que, habiendo tenido en seguida de la pérdida de mi cara familia, otra pérdida considera-

ble de interés en el comercio, aburrido me resolví venir á este sitio á ocultar mi dolor, y buscar en lo posible su remedio en la soledad, que parece el lugar mas simpático á la situacion del triste. Compré con lo que me había quedado este pequeño monte que habeis visto, una cabrada, y algunas ovejas, y con dos pastores que me ayudan, y dan compañía, paso una vida sosegada, y en lo que cabe feliz, trabajando unas veces en el campo, otras leyendo, otras contemplando la naturaleza, y otras en conversaciones gustosas é instructivas con mis compañeros los pastores, ó con las personas que vienen á esta humilde cabaña.

Y aquí teneis, buenos amigos, en pocas palabras mi historia, que me propuse referir con intencion de que esta señorita cesase algun tanto en su dolor, considerando que todos tenemos en este mundo que sufrirlo, ya unos por un motivo, ya otros por otro; y que solo podemos hacer en nuestro alivio reflexiones que le moderen, para no caer en una desesperacion, tal vez creyendo que somos los únicos que padecemos, y que creyendo que los demas son felices, y comparándonos con ellos; nos hacemos doblemente desgraciados. Y ahora bamos á cenar, para buscar luego el dulce descanso en el sueño.

CAPITULO 5.

Refierese el encuentro y conversacion que Eleuterio tuvo con unos caballeros á dos leguas antes de Villafranca: y tambien se cuenta en este capítulo, como hicieron noche en un chozo de otro Pastor, con la conversacion instructiva que tuvo este con Eleuterio.

Ya el sol era sobre el horizonte cuando Eleuterio y su compañía se despidieron del anciano solitario, de quien se habló en el capítulo anterior; las aves despues de haber saludado al astro del dia, y en sus trinos dado gracias al hacedor, habían dejado á sus hijuelos en los nidos, para buscar su alimento; el cordero andaba retozando tras de la madre, y esta con sus balidos le llamaba al prado; el coronado ciervo dirigiéndose á la fuente, cortaba el aire en su carrera haciendo gala de la ligereza de sus pies; la perdíz seguida de sus polluelos andaba rebuscando por entre las matas la simiente que estas sueltan; y en fin todos los animales como si empezasen á vivir de nuevo, y resucitasen de la noche, salían á gozar de la naturaleza corriendo presurosos á ocuparse en su destino, y el universo todo parecía que se desarrollaba con todas sus gracias, hermosura, y brillantéz. No podía presentarse dia mas sereno, mas templado, ni mas alegre. Solos Elena y su primo eran los tristes. Un tropel de ideas encontradas los confundía; y cuanto mas pensaban en su desgraciada suerte, tanto mas sentian el peso de esta. Eleuterio experimentado ya en los trabajos, observaba la afliccion de los dos primos, y apuraba todos los encantos de la filosofia, y aplicaba las dulzuras de la religion para consolarlos, y no dejaba pasar ocasion alguna en que pudiera distraer á los dos jóvenes amantes. Sería hora de mediodia cuando llegaron á una

huerta poblada de varios árboles frutales, y sembrada de toda clase de legumbres, con diversidad de flores, y un espacioso estanque en medio. Delicioso sitio este, dijo Eleuterio, y la hora única para poder disfrutar de su amenidad, merendando bajo la copa de un árbol junto á las cristalinas aguas que salen del estanque. En efecto, convinieron en hacer mediodía en la huerta; y mientras la casera disponía la comida, Elena y su primo con Eleuterio pasearon por entre las calles que formaban los árboles, cuyos frutos agradaban al olfato y convidaban al gusto. Dieron vuelta á toda la huerta, y luego se pusieron á comer. Se sentaron todos al pié del estanque en una alfombra de céspedes esmaltada de flores, y con los aromas de estas, el canto meliflúo de los pejarillos, y la amenidad del sitio, se les figuraba estar en el paraíso. Hasta los dorados peces, y plateadas tencas para aumentar el encanto, subían á la superficie del agua haciendo en esta globitos como de cristal de roca. Elena les echaba pan, y acudían de tantos colores, que de todos formaban uno el mas hermoso. Estando entretenida en esta diversion, reparó que en las paredes del estanque, había unos arbolitos vueltos con las raíces hacia arriba. Esta particularidad llamó su atención, y no pudo menos de manifestar á Eleuterio, que estaba á su lado, la novedad que la causaban aquellas plantas: este miró hacia donde estaban, y conociéndolas, dijo á Elena— Señorita: esos arbolitos que parece están plantados al revés de los demas, aunque se parecen en todo á las otras plantas, son en realidad animales, y voraces que se comen unos á otros. ¿Que decís? Preguntó Elena sorprendida de lo que acababa de oír. Que son animales voraces que se comen unos á otros, repitió Eleuterio. Mucho tiempo, continuó diciendo, han estado los filósofos engañados tambien creyendo que eran verdaderas plantas; mas ya está muy averiguado que son verdaderos animales. Muévense arrancando el pie ó la raíz del lugar donde le tenían, y trasplantándole á otro sitio. Este ramaje, manifestando uno que había cortado, que tambien imita los ramos de las plantas, son los brazos con los cuales agarran la presa que les ha de servir de alimento. Cuando junto á un polipo pasa un insecto, ó puede coger á otro polipo menor que esté cerca de él como hermano ó hijo, se lo come. En lo que los polipos se diferencian de los demas animales es en ser por si mismos fecundos, así como las plantas: nácenles las ramas

por los costados, y son otros tantos hijos. Si los desprendeis del tronco ó del padre, resulta de cada uno de ellos otro polipo diverso, y vá creciendo con el tiempo. Muchas veces sucede que este mismo polipo antes de separarse de su padre tiene hijos, que son otras ramitas, y estos otros; y vienen à formarse uno como árbol en que hay padre, hijos, nietos, y viznietos. Otro admirable modo hay de multiplicarse, que es por division. Si partimos un polipo en dos ó tres pedazos, al dia siguiente hallamos otros tantos polipos diversos; bien asi como sucede à algunas plantas, cuyas ramas arrancadas y plantadas luego prenden, arrojan raizes, y se hacen plantas perfectas.

Que los polipos, dijo el primo de Elena, que son semejantes à las plantas, y por consiguiente menos sensibles que otros animales, se coman unos à otros, no es maravilla: pero que los hombres seres racionales sean como los polipos, que se coman unos à otros, manifestando en esto que se acercan mas à la naturaleza de los polipos, que à la de un ser racional, es lo que hay que estrañar; porque quanto mas los seres se parecen, y se acercan por la semejanza de su naturaleza, mas se aman y unen. Pero en los hombres no sucede asi; y apesar de su perfecta igualdad en naturaleza, y de estar dotados de razon, son mas carnivoros y avaros que los polipos. Porque al fin, estos quando se tragan à sus semejantes, parece que los vuelven à parir segun la naturaleza de los mismos. Mas en el hombre no sucede esto: se tragan à sus semejantes, por el ansia de tragar, por avaricia, y porque nunca se ven satisfechos. Y el avaro no ama à nadie, porque su avaricia absorbe todos sus afectos.

La avaricia, dijo Eleuterio, es el mal mas grande que puede haber entre los hombres; porque nunca se halla sola, y siempre vá acompañada; y son sus intimas amigas, la mentira, la traicion, el robo, el juramento falso y el asesinato. Y para prueba de ello, y que sirva de entretenimiento durante la comida, voy à referir una historia que leí en Aulo Gelio de un músico de Corinto.

Cuenta Aulo Gelio, que Arion fué un gran músico, y amigo de Periandro Rey de Corinto, el cual confiado en la gran suavidad de la música, quiso ir à ver algunas tierras, y ganar dineros; y para esto se despidió de Periandro, y pasó à Sicilia y à Italia, donde fué estimado en mucho, y muy amado de todos. Juntó

gran suma de dineros, y luego procuró volverse á Corinto su patria; y para esto se embarcó en un navío de unos amigos suyos al parecer de Arion, porque se confió de ellos, y eran naturales de su propia patria. Pero como la avaricia á nadie guarda lealtad, luego que el navío estaba en alta mar, deseosos del dinero que llevaba Arion, determinaron matarle, el cual viendo la felonía de sus amigos, les dió cuanto llevaba, con tal condicion que no le matasen; pero respondieronle que lo habian de matar. Entónces Arion les dijo, ya que asi es, dejadme por lo menos vestir las ropas, con las cuales me adorno, y compongo cuando canto, y dejadme por caridad tocar un poco, para que muera consolado. Alcanzó esto, y vestido tomó instrumento con que tañia, y puesto en la popa del navío comenzando á cantar, se arrojó en el mar, á ocasion que unos delfines que habian llegado á oír la música, lo arrebataron en el espinazo, y lo llevaron á Corinto en mas breve tiempo que le llevàra el navío en que se habia embarcado; porque ningun animal, ni de la tierra, ni mar, hay mas ligero que el delfin, y es aficionado á la música, porque tiene nueve estrellas en el cuerpo, que es el número de las nueve musas. Luego que hubo llegado à Corinto, fué á visitar á su amigo Periandro, y pareció ante el como el delfin lo habia llevado, y le contó lo que le habia sucedido con los marineros. Pero Periandro teniendo para si le quería engañar, mandó que lo guardasen en un aposento. Entretanto los marineros llegaron á Corinto pensando que Arion se habia anegado, y luego Periandro los envió á llamar, y les preguntó que hacía Arion en Italia, como estaba, si tenía salud, dijeron que sí, y que habia juntado gran cantidad de dinero. Entónces mandó que Arion saliese fuera del aposento donde estaba, y los marineros se espantaron viéndole, à los cuales mandó Periandro, que luego le diesen el dinero.

Que pícaros marineros, ¿ y será cierto lo que V. ha contado? Preguntó la casera hortelana que estaba presente cuando se referia la historia— Señora la contestó Eleuterio, yo no lo ví, pero lo creo como si lo hubiese visto. La avaricia es un monstruo que le vemos todos los dias mas hambriento cuanto mas come; es enemigo cruel de todos los vivientes, porque quisiera ser solo, y sacrificar los demas á su interés propio. Nadie ignora que las fieras son mas blandas con los hombres, que el propio hombre con el hombre, cuando

su corazón hierve en avaricia. La primer víctima que sacrifica el avaro es el amigo, porque es el mas inmediato. Así no estraño que los marineros que iban en el navío de Arion, apesar de ser amigos de este le sacrificasen á la avaricia de aquellos. Por lo demas, que los delfines le llevasen en las espaldas á Corinto, se lee un caso igual en uno de los libros Godos, que un príncipe de Francia cayó en un estanque muy hondo, en el cual había delfines, y uno de estos le libró que no se ahogase, y desde entonces parece se llama el príncipe de Francia el delfin.

Bendito sea Dios, y cuantas gracias tengo que darle, dijo la hortelana cruzando las manos mirando al cielo, porque me ha criado en esta huerta para ignorar tanto de malo como hay en el mundo, y librarme del contagio de tanta peste. Aquí no conocemos eso que V. cuenta de avaricia, y vivimos contentos y sanos con lo que tenemos, procurando aumentarlo con nuestro trabajo y buenos medios para nuestros hijitos.

Su vida de V. amiga dijo Elena, es envidiable, y yo de buena gana me quedaría acompañándola, conviniendo V. en ello, toda la vida. Pero nos hemos detenido bastante, y ya es hora de dejar este apacible sitio, que habita una muger tan feliz en el seno de su familia, querida de esta, libre de disgustos, y bien hallada en este lugar de delicias, gustando de la calma de la naturaleza que le rodea— No digais, hija, contestó la hortelana, si yo conviniera en que os quedáseis: yo os lo suplicaría, sino conociera que vos no habeis nacido para el campo; y que tendreis padres ó parientes á quien vais ahora á acompañar. Solo me ha faltado para ser completamente feliz, haber tenido una hija ó sobrinita que me hubiese acompañado durante la ausencia de mi esposo é hijos cuando están fuera ocupados en las labores del campo.

Se dieron apretados abrazos las dos, y despues de repetidos ofrecimientos, la hortelana instruyó al arriero de la vereda que habian de seguir para ir á dormir á buena pastoría, sin tener necesidad de tocar en Villafranca, ni tampoco entrar en camino real.

Siguieron los viajeros su marcha por donde la hortelana los encaminó, y ya habrían andado una legua, cuando ven seis hombres á caballo que bajando por una colina se dirijian fuera de camino hácia ellos atrochando por entre matorrales. Desde luego se creyeron Eleuterio y compañeros, que aquellos hombres eran la-

drones, y cuanto mas se les acercaban, mas lo creian, por verles cargados de armas, muy jaques, y con tanta patilla y pelos por toda la cara, que parecian enmascarados con un pellejo negro de borrego churro. Elena se asustó muchísimo considerandose ya perdida en poder de unos facinerosos; y no menos se asustó tambien su primo que pensó lo mismo; y lo que mas le acongojaba, era no hallarse con armas para defender á Elena. Pero con una navaja que tenia, hizo resolucion de defender á su prima hasta derramar la última gota de sangre por ella, y aun hacer en último estremo lo que Virginio Romano hizo con su hija, en caso de que alguno se atreviese á insultarla. Pero todo se quedó en susto.

Ya que llegaron los que se les habian figurado ladrones, los saludaron, y ecsaminandolos mejor, víeron que eran cazadores por los arreos que llevaban, y porque los perros que cansados habian quedado rezagados, iban saliendo uno tras de otro á la vereda en busca de sus amos. Los cazadores unidos á los otros seguian la vereda al paso de la recua hablando de la caza, y manifestando con este motivo su alta alcuña, ponderando unos los perros que tuvo su padre el marqués de tal, otros los hurones que crió su abuelo el conde de tal, y otros las escopetas que conservaba su hermano el varon de tal. Pero estos caballeros dejando repentinamente la conversacion sobre la caza, pasaron de un salto á coloquios amorosos con Elena, quien con su discrecion los ponía á raya. Mas la imprudencia, ó hablando mas claramente, el atrevimiento de aquellos caballeros, la pasaron de otro brialco que dieron, queriendo divertirse con Elena como tenían de costumbre hacerlo con otras. A su primo se le empezaron á encender los ojos, é hincharse las venas de la frente; Eleuterio temió una catástrofe: y el arriero mirando á unos y á otros iba con los brazos cruzados sin acordarse de arrear los mulos. Pero Elena mas serena que todos disipó bien pronto las nubes que iban á formar la tempestad. Caballeros, dijo dirigiendo la palabra á los Señoritos, VV. me disimularán les diga que así como VV. han manifestado que son Marqueses, Condes, y Varones, les diga ahora que yo soy una muger pobre, pero honrada; que gusto de una conversacion instructiva y jocosa, pero que aborrezco las deshonestas y licenciosas; que estimo al hombre de bien y entendido, pero odio al licencioso, al atrevido, al mal educado y escandaloso. Elena dijo estas palabras con

tanta energía, sin perder aquella su gracia, que no fué necesario mas para que los Señoritos se moderasen; los que solo contestaron, que no se pusiese tan orgullosa, que ni querian hablarla ya, ni mirarla. A este tiempo sucedió un fracaso que llamando la atencion de todos, parece que contribuyó à distraerlos de la primera desazon.

Fué el caso que uno de los caballeritos haciendo gerigonzas con su caballo, se arrimó tanto al mulo donde iba montado Eleuterio que se hubo de enredar la espuela de media vara que llevaba el primero, con los lazos de la carga del mulo en que iba Eleuterio; y avispándose el animal con los resoplidos del caballo, dieron en tierra el caballerito y Eleuterio haciéndose ambos un ovillo. Este acontecimiento paró á los demas, y hechando pie á tierra, acudieron al caballerito sus amigos, y á Eleuterio los suyos. Vieron no se habian hecho mas daño ni el uno, ni el otro que unas leves arañaduras en las manos, y volviendo á montar, siguieron caminando. Los Señoritos cumpliendo su palabra de no hablar, ni mirar á Elena, se quedaron atras dando conversacion á Eleuterio que era el último de todos: y como aquellos fueran vertiendo sangre por la herida que les abrió Elena, respiraban por ella, y la conversacion vino á recaer por último sobre el particular. Asi que, preguntaron á Eleuterio ¿qué clase de Señorita era aquella que iba en su compañía, de que pueblo era, donde iba, y si era casada ó soltera? Eleuterio les contestó, que no podia decirles mas que era de Trujillo, y que en los dias que la habia conocido, habia dado pruebas de talento y mucha honestidad, y que en sus conversaciones se conocía haber recibido una educacion poco comun... Pues ahora amiguito mio, dijo uno de los caballeritos, acaba de dar esa Señorita una prueba contraria à lo que V. manifiesta. Ya V. ha presenciado de que modo tan chocante ha correspondido á nuestros obsequios, hablandonos con tanta aspereza, y tratandonos con tanta grosería. Una muger de principios tiene otras maneras, es mas purista, y se manifiesta blanda y complaciente con todos aquellos que la honran obsequiándola. Su corazon es sensible, sus palabras dulces, su conversacion hechizera, y su amistad apetecible. Por el contrario, una muger que no ha tenido educacion, obra selvaticamente; en la dureza de su corazon, las sensaciones pierden su fuerza, sus palabras quedan en el oido una aspereza, como

la que causa en la garganta del que come el maguño de la sierra, su conversacion atruena, y amistad no la conoce.

El retrato que acabais de hacer, caballero, dijo Eleuterio, de la muger civilizada, y de la inculta, es el mas acabado por ser el mas sencillo, sin faltarle nada para ser claro. En pocas palabras ha explicado V. muy bien y con mucho primor lo que es la una, y lo que es la otra. Pero V. perdone le diga, que en la aplicacion que V. ha hecho, no ha estado acertado. Ha equivocado los retratos aplicando à Elena el que la es enteramente opuesto. Pues su caracter es dulce, ella es amable, tolerante, y sociable. Y si hemos de juzgar por la cara, la suya no puede ser mas hermosa. Ahora si, que es tambien muy pundonorosa, y moderada—Sé ya lo que V. me quiere dar á entender, dijo el Señorito, y saco por consecuencia de todo lo que V. ha dicho à favor de esa Señorita, que esta está criada al estilo antiguo de los Butivambas, y que V. está demasadamente preocupado con ideas que ya apestan de mohosas. Es lastima que un jóven tan despejado como V., no haga un esfuerzo para hechar de si las ideas que le infundieron en su niñez—Caballero, contestó Eleuterio, yo doy á V. gracias por el interés que toma en mi bien; y no me ofendo porque V. diga que estoy preocupado, porque no estraño que V. lo diga; otros dicen lo contrario, que soy un ecsaltado por la novedad de las cosas: pero ni unos, ni otros me conocen, ó ellos no se conocen. Yo no busco mas que lo mejor, y lo busco en todos los tiempos, porque en todos ha habido cosas buenas. Si por la antigüedad de las opiniones hemos de llamar á uno preocupado, entónces caballero no es V. menos que yo; porque tan mohosas serán las ideas de V. como las mias. Yo no hallo en los tiempos presentes, ni encuentro en los antiguos mas que buena y mala crianza. Desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias ha habido hombres relajados y disolutos, tal, que en los tiempos fabulosos suponian delinquentes à las mismas deidades. Adulteros á Júpiter, Marte y Venus; lascivos á Pan, y Apolo. En los tiempos medios, vemos que bajo un Neron, ó un Heliogábalo, Roma fué un lupanar, donde las infames prostitutas, desde el centro de la disolucion, decidian de la suerte de los ciudadanos, disipaban las rentas del estado, y distribuian los honores y gracias á hombres, en quienes la corrupcion ocupaba las veces del merito, del talento, y de las

virtudes. En nuestros dias no tengo que decir, porque los tenemos presentes. De modo que ya V. vé, caballerito, lo mohosas que son sus ideas por antiguas. Por lo que, á juzgar de la bondad ó malicia de las cosas por su antigüedad, las ideas de V. no son buenas, y V. está muy preocupado con ideas tan antiguas como Júpiter y tan favoritas en aquellos tiempos de los dioses fabulosos, como ahora V. pretende lo sean tambien=Yo convengo con V. dijo el caballerito sin acordarse ya de las ideas mohosas, y por lo mismo que no debemos de juzgar de las cosas por su antigüedad, y sí por su naturaleza, convendrá V. tambien conmigo que no hay cosa mas natural y propia a la fina educacion de personas de alto tono, ni ocupación que mejor les diga que esos obsequios que V. reprueba como pecaminosos, siendo asi que hasta los Emperadores y los Dioses de la fábula eran muy afectos à ellos como V. mismo dice=No Señor, no le niego á V., contestó Eleuterio, y desde luego le concedo que parece natural en las personas de alto rango, porque como menos ocupadas son las que mas se dedican á esos obsequios, parece por lo mismo natural en ellas ese prurito de obsequiar, ó hablando conforme á las ideas de V., ese modo de querer que à la fuerza hayan de ser correspondidas por quien, como, y cuando ellos quieran. Pero tambien digo á V. que esto es ya una licenciosidad, no un obsequio: que á este modo de producirse, le queremos engalauar para que parezca mejor, con el verbo obsequiar, que significa cosa muy distinta de lo que se quiere signifique, y enteramente opuesta à lo que se hace regularmente=Ya veo yo, dijo el Señorito, que V. vá muy equivocado atribuyendo á mi clase esa cosa de licenciosidad, que es lo mismo que libertad, que es precisamente lo que mas aborrecemos, los que como yo se precian de moderados y cortesanos, y descendientes de marqueses y condes. Nosotros no pretendemos reformar gobiernos, ni mejorar leyes; pero tampoco nos preocupamos con ideas que perjudican á los gozes de la vida. Lo primero es una libertad, es una licenciosidad, como V. acaba de decir; y lo segundo es vivir en sociedad con buen humor=Ha leído V., caballero, la fábula de la pava y la hormiga? preguntó Eleuterio=No señor, contestó el Señorito=Gustará V. que se la diga?=Mucho que gustaré: cabalmente es uno de mis mayores recreos cuando salgo de cazería, el reunir á mis guapos por las noches para que me cuenten cuentos

alegres y picantes, como gente que lo entiende por los muchos que oyen todos los dias en las tabernas, y que han aprendido en los presidios donde han estado=Muy bien; pero la fábula que voy á contar, es muy distinto género de cuento que los otros, dijo Eleuterio, y no se si gustará. Ella viene bien à lo que V. ha dicho de vivir en sociedad con buen humor, y á lo demas de la conversacion que teniamos. Al fin, V. dice que es despreocupado, y siendo asi no se ofenderá de mi cuento, que es como sigue=

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
 Los criados de Pedro,
 El corral se dejaron
 De par en par abierto.
 Todos los pavipollos
 Con su madre se fueron
 Aquí y allí picando
 Hasta el cercano otero.
 Muy contenta la Pava
 Decía á sus polluelos:
 Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea, comed hormigas,
 Y no tengais recelo,
 Que yo tambien las como:
 Es un sabroso cebo,
 Picad, queridos míos:
 ¡O qué dias los nuestros,
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos cocineros!
 Los hombres nos devoran,
 Y todos nuestros cuerpos
 Humean en las mesas
 De nobles y plebeyos.
 A cualquier fiestecilla
 Ha de haber pavos muertos.
 ¡Qué pocas navidades
 Contaron mis abuelos!
 ¡O glotones humanos,
 Crueles carniceros!
 Mientras tanto una hormiga

Se puso en salvamento
 Sobre un árbol vecino,
 Y gritó con denuedo:
 Ola! con que los hombres
 Son crueles, perversos
 ¿Y qué seréis los pavos?
 ¡Ay de mí! ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¡Qué digo! á todo el pueblo
 Solo por desayuno
 Os le vais engullendo.
 No respondió la Pava
 Por no saber un cuento,
 Que era entónces del caso,
 Y ahora viene á pelo.
 Un gusano roía
 Un grano de centeno:
 Viéronlo las hormigas:
 ¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
 Aquí fué troya (dicen)
 Muere, picaro perro.
 Y ellas ¿qué hacian? nada:
 Robar todo el granero.
 Hombres, pavos, hormigas,
 Segun estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo,
 Pero el delito propio
 No mas que pasatiempo.

Yo, Caballerito, continuó diciendo Eleuterio, hablo con imparcialidad; y aunque V. me vé atravesado en la carga que lleva este macho donde voy montado, y que ya llevo los pantalones abiertos de lo mucho que tengo que abrir las piernas para ir así, tengo no obstante mi carta de ejecutoria forrada en tafilete con ramos de oro, y broches de lo mismo; y además otras cosas ventajosas á los de mi clase que puedo perder, si los hombres se encuentran. Pero yo amo sobre todo á la razon, y todo lo sacrifico á ella. Y para que no nos confundamos en la inteligencia de las palabras, será bueno que fije su verdadero significado. Esto supuesto, la libertad del hombre en la vida social es el derecho que cada ciudadano puede ejercer sin causar perjuicio á sus asociados. Esta libertad es justa, racional, que nadie puede privar al hombre de ella, sin violentarle, y sin ir contra lo que Dios dispuso. Si las leyes, al parecer, ponen cortapisa á la libertad, no es verdaderamente á esta facultad preciosa á quien se la ponen, sino al abuso que el hombre puede hacer de ella en daño de la sociedad, y de sus individuos. La justicia no quita al hombre la libertad ó la facultad de trabajar para su propia felicidad; le impide solamente el ejercitar este poder de un modo dañoso á los derechos de los otros, los cuales la sociedad está obligada á defender. En el estado de sociedad los derechos de los hombres, ó la libertad de obrar, están limitados por la justicia, la cual les enseña que deben obrar de un modo conforme al bienestar de la sociedad, cuyo interés general es el mismo que el particular de sus miembros. Todo hombre que vive en sociedad sería injusto, si el ejercicio de sus derechos propios ó de su libertad dañase á los derechos, á la libertad, y al bienestar de sus consocios. Así que, los derechos del hombre en sociedad consisten en el uso de su libertad, conforme á la justicia que debe á sus conciudadanos. Y para mayor claridad pondré un ejemplo de lo que es licenciosidad ó libertinaje que es lo mismo, pero muy diferente de lo que es libertad racional. Supóngase V. que Pedro pasando las lindes de la honestidad pasa á tener conversaciones torpes y ofensivas para los delicados oídos de una jóven: que esta le reprende en buenos modos; pero que Pedro tomándolo á juego, no se modera; y entrando mas en gana de jugar, usa de las manos. He aquí tiene V. un ejemplo de lo que es libertinaje.

Y V. dijo el Caballerito con aire de enfado, quiere aplicar ese

ejemplo á nosotros por lo ocurrido con su defendida y compañera de viaje?— Yo no Señor, contestó Eleuterio; lo he puesto solamente para dar mas claridad á la materia— Mira chico, dijo entonces otro de los Señoritos, mejor será que piquemos y déjate de conversaciones ociosas que tanto fastidian; no te metas en disputas con el Señor que tiene cara de sopista, y estos estudiantones hacen de lo blanco, negro, y de lo negro blanco. La vereda que sale al camino real es esta que aquí vemos; vuelve riendas, y pica al morito, y adelante.

A su estilo y su modo se despidieron volviendo las espaldas con mucho aire, y sin decir queden VV. con Dios. Elena y su primo no sintieron esta despedida; y Eleuterio en vez de llorarla, se rió. Siguieron su camino, y habiendo llegado á la choza donde iban dirigidos, encontraron que á la puerta estaba sentado un Pastor robusto, fresco como el aire que respiraba, y tan placentero y alegre como la campiña en que vivía. Cuatro niños tan hermosos como cuatro angeles le rodeaban, y su muger la pastora blanca como la leche que estaba migando, y su pelo rubio como el oro, estaba á su izquierda, todos sentados en asientos de corcha, muy atentos oyendo al cariñoso padre, y tierno esposo que estaba esPLICÁNDOLES las obligaciones del hombre. Asi que, Eleuterio y sus compañeros llegaron, los recibieron con cortesanía; y preguntando si podrian ser hospedados por una noche, contestó el Pastor que por dos y mas tambien; y dejando sus lecciones y asiento, haciendo lo mismo su muger é hijos, y todos ofreciéndose á los huéspedes, se mostraron con estos serviciales y alegres. Eleuterio, Elena y su primo tomaron asiento á la puerta del chozo, acompañados de la hermosa pastora y niños, á quienes se unió por último el pastor, luego que dió las disposiciones para que se colocasen las caballerías en sitio apropósito. Eleuterio que cuando veía una pintura ó un libro, no podia disimular su mucha aficcion á ámbas cosas, había cogido el que tenía el pastor para dar lecciones á sus hijos. El mas pequeño de estos viendo á Eleuterio con el libro en la mano leyendo en el, dijo que aquel era el libro por donde su padre les enseñaba á leer y ser buenos. Esta graciosidad del chico la aplaudieron todos muchísimo; y Elena le premió con unas naranjas que había cojido en la huerta donde habían estado comiendo; y Eleuterio dejando el libro, besó al niño, y le regaló un pito de

codorniz, diciéndole que si el padre era buen maestro, el hijo era buen discípulo.

Dióle el pastor las gracias por lo que le favorecía, y le dijo, que no hacía mas que seguir el ejemplo de sus antecesores; que siempre en su familia había conocido paz por el cuidado que sus abuelos y padres habían tenido de enseñar á sus hijos en la ley de Dios y en la moral del Evangelio: pues que esta era una enseñanza tan sencilla que en todas partes podía acomodarse en las chozas, en las selvas, y en los desiertos: que era compatible con todos los oficios, porque sin interrumpirse estos, podía enseñarse y explicarse aquella doctrina, y todas las horas eran buenas: que él desempeñaba esta principalísima obligacion de un padre, en aquellas que la familia se reúne mas generalmente, con particularidad por la tarde cuando de su trabajo se retiraba al chozo, y alguna parte de la noche mientras llegaba la hora de recojerse la familia, la empleaba en leer alguna historia ó novela moral de las que había heredado de sus abuelos, que con las que él luego había comprado cuando había tenido proporcion, formaba una biblioteca pequeña; pero sin romances que son los que mas generalmente leen los pastores; y los que nadie debía leer por sus patrañas, y mala doctrina.

Sois un pastor apreciable, le dijo Eleuterio, padres hay muchos que viven en el centro del mundo civilizado, que se precian de ser bien criados, finos, y gente de tono, y no hacen lo que V. que con vivir en el campo, y con poquíssimos medios, educa mejor á sus hijos. Por el contrario, aquellos, que son muchísimos, abandonan el asunto mas delicadísimo de su familia, que es la educacion, para que mientras son hijos conozcan, lo que deben á sus padres; y cuando sean padres, conozcan lo que deben á su patria. Y ya que V., buen pastor, es tan aficionado á la lectura, no será inoportuno, porque así se hará menos pesado el tiempo que falta para cenar, referir lo que he leído en el diálogo de los oradores sobre este mismo particular de la educacion, hablando de las antiguas costumbres Materno y Mesala. Decia este: no escondidas causas quieres saber, Materno; ni de tí mismo, ni de este secundo, ó de este Apro ignoradas, aunque me dais el cargo de sacar á plaza lo mismo que nosotros todos sentimos. Porque, ¿quien ignora, que no solamente la elocuencia, sino tambien las demas

artes se desviaron de esa antigua gloria, no por falta de hombres, sino por desidia de la juventud, descuido de los padres, ignorancia de los maestros, y olvido de la usanza antigua? cuyos males teniendo su primer origen en Roma, difundidos despues por Italia, ya corren por las provincias; si bien los nuestros están mas à nuestra vista. Yo hablaré solo de la ciudad, y de estos defectos propios y nacidos en nuestras casas; los cuales pasan inmediatamente á nuestros hijos, y se ban amontonando por todos los grados de la vida; pero antes hablaré de la severidad é instruccion de nuestros antepasados sobre el modo de educar los hijos, y formarles el corazon. En primer lugar, desde el principio, el hijo que le daba á cada uno su casta madre, no en el lugar de una alquilada nodriza, sino en el seno; y entre los brazos de la buena madre era educado: cuya principal loa era saber cuidar de su casa, y mirar por sus hijos. Escogíase alguna parienta de anciana edad, á cuya providad y acreditada conducta era encargado el gobierno de toda la familia; en cuya presencia ni era permitido hablar cosa alguna que fuese notada de torpeza, ni hacer lo que pudiese parecer indecoroso: y no solamente templaba con cierta santidad y modestia los estudios y tareas, sino tambien los recreos y juegos de los muchachos. Asi sabemos que se gobernaban en su educacion Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia de César, y Atia de Augusto: cuya enseñanza y severidad tenian por mira el que el natural de cada uno sencillo y puro, y no viciado con ningunos siniestros, recibiese en lo íntimo de su ánimo las artes liberales; y que ya se inclinase á la milicia, ya á la Jurisprudencia, ya al estudio de la elocuencia, solo en esto se ocupase, y todo entero lo aprendiese.

Pero ahora, continúa Mesala, el niño recién nacido es entregado à alguna criaduela griega, y se le agrega uno que otro esclavo, acaso el mas vil de todos los de la casa, y de los que nada valen para servicio alguno serio: el tierno ánimo del niño se empapa desde luego de las patrañas y errores de estos; ni á nadie de los de la casa se le dá nada de lo que se diga ó haga delante del amo niño, puesto que ni aun los mismos padres avezan á sus hijos á la bondad ni á la modestia, sino á la lascivia y libertinage; por cuyo medio se introduce la desenvoltura, y el menosprecio de lo propio y de lo estraño. Aun mas: me parece que los vicios pecu-

liares de esta ciudad se engendran en el vientre de la madre, el aprecio que se hace de los histriones, y la pasion por los gladiadores y luchadores á caballo, en cuyas diversiones ocupado y poseido el ánimo ¿cuanto lugar deja para las buenas artes? ¿A quien hallarás que en las casas hable de otra cosa? ¿qué otras conversaciones de los jóvenes oimos, si alguna vez entramos en los auditorios? Ni aun los maestros gastan otras pláticas con sus oyentes mas frecuentes que estas: acarrean discipulos, no por haber examinado en ellos la buena conducta y el talento, sino por el atractivo de sus cortesías, y la ñagaza de la adulacion. Dejo á parte el estudio de las primeras letras, en las cuales se pone poco esmero; ni se gasta mucho tiempo en la gramática en entender los autores, y en estudiar la antigüedad; ni en el conocimiento filosófico é histórico de las cosas, ni del hombre; ni de los tiempos; sino que se apresuran para ir á oír à los que llaman retóricos; cuya profesion mostraré bien pronto, cuando se haya introducido primero en Roma, y cuan poca autoridad haya tenido entre nuestros antepasados=

Así habló Mesala, dijo Eleuterio, y si hubiese hablado en nuestros días diciendo lo que entónces dijo, no hubiera tampoco faltado á la verdad; porque està sucediendo igual que en tiempo de la decadencia del imperio romano, y si Mesala viviese, y le oyeran lo que acabo de referir, no tendria muchos amigos. Lo cierto es que la educacion forma los sentimientos y costumbre del hombre; y que por lo mismo debe ser uno de los cuidados mas principalísimo no solo de los padres, sino tambien del gobierno. Licurgo miraba la educacion como el mas importante objeto de un legislador. Y en efecto el hombre es un ser inteligente posible, que nace solo con la facultad de sentir, y la capacidad de adquirir ideas; pero que necesita de cultura para desarrollar sus facultades intelectuales, y en la primera época de su vida que le dirijan, y pongan en el camino del bien por medio de una buena educacion. Si á los hijos no se les dà educacion, si se les abandona, se extraviarán en el camino de la vida, y se despeñarán en los precipicios de los errores y de las pasiones. El hombre cuando viene al mundo no trae ideas innatas, por las que y sin necesidad de los conocimientos de los demás, pueda obrar siempre por si solo y conforme à la razon, y sin dejarse engañar de las ilusiones del vicio, y

esclavizar de las pasiones desordenadas. El hombre segun las impresiones que recibe, así obra. Si por ejemplo, á un niño se le ha enseñado que el robar, no es malo, que el matar es lícito; sus ideas serán homicidas, su conducta en adelante criminal y su carácter fiero: mas por el contrario, al que en su infancia le hayan hecho sentir impresiones contrarias, será de un carácter afable, de un pensar humano, y de un corazon benéfico. En la infancia es cuando el hombre aprende á obrar bien ó mal; y el ejemplo sobre todo es el que mas le estimula, y le mantiene en su conducta; porque no basta que reciba buenas ideas, si despues se tuerce con el poderosísimo influjo del ejemplo. En la infancia es cuando empieza su carácter à formarse, y cuando se viste de buenas ó malas inclinaciones. Nuestras ideas, nuestras opiniones, nuestros afectos nos son inspirados en la niñez. Si estas son buenas, obraremos bien. La sana educacion en una palabra, propone que los hombres desde su infancia se habituen à la virtud, enseñàndoles á dirigir bien sus pasiones, á evitar todo lo que sea contrario á su propia felicidad, y á la de los demás, poniéndoles delante los motivos que los estimulen y conduzcan á su bienestar. La educacion es el resultado de las reflexiones y esperiencias de los hombres. ¡ Infelíz del que no se aprovecha de ellas!

El asunto de la educacion, dijo entónces el pastor, fué el principal encargo que el Santo Tobias hizo á su amado hijo, enseñàndole, que su primera diligencia fuese el saber gobernar bien su casa en Santo temor de Dios, y en puntual cumplimiento de la divina ley. Porque este es el principal fundamento constante de la verdadera prosperidad de todas las casas y familias. Esto mismo nos enseña Cristo Señor nuestro en su Santo Evangelio, desengañàndonos, que todas las casas, que estuvieren fundadas sobre la débil arena, darán luego en tierra; porque saldrán los rios de las tribulaciones, y se llevarán el fundamento; y soplarán fuertes los vientos contrarios de las adversidades, y arrojaràn en el suelo toda la fábrica.

En esta conversacion pasaron una buena parte de tiempo, gustosos todos los que allí estaban, de oir razonar al pastor y á Eleuterio. Los que habiendo luego entrado en materia de agricultura, hicieron tomar parte en la conversacion, á uno de los hijos del pastor que se hallaba bastante instruido con conocimientos muchos

del reino vegetal. Y de esta manera se hizo agradable á Elena la estancia en el chozo; que de otro modo tal vez la hubiera sido pesada.

CAPITULO 6.

Chasco sucedido á Eleuterio en Villafranca de los Barros; y aventura ocurrida con un caballero que encontró caminando á Fuente de Cantos.

No esperó Eleuterio á que hiciesen el almuerzo, y despidiéndose del pastor y su familia, se dirigió por una vereda á Villafranca, donde tenía que ver á un amigo, y donde creyó encontrar á los demas arrieros que se habian separado en Azucen. Sus compañeros de viaje le aconsejaron no se marchase sin desayunarse primero, y que no hiciese el disparate de ir andando, porque podría suceder que cuando el llegase á Villafranca, no encontrase ya en ella á los otros arrieros. Mas Eleuterio persuadido de lo contrario por lo temprano que era todavia no habiendo aun salido el sol, y atendiendo al poco tiempo que el tardaría en llegar á Villafranca, y estando acostumbrado como lo estaba á andar á pie todas las mañanas, no quiso llevar caballería, por no ir con este cuidado é incomodado tirando de ella como sucede regularmente cuando se las lleva de diestro. Pero cuando llegó á la posada de Villafranca, y preguntando por los arrieros, le contestaron que hacia mas de una hora que habian salido, conoció lo mal que habia hecho de ir sin caballería, y mas lo conoció luego cuando dirigiéndose á casa de su amigo, la encontró cerrada; porque este se habia ausentado con toda su familia hacia ya dias. Esta noticia que se la dió un vecino que se asomó á la ventana de su casa, á los golpes que Eleuterio daba en la de su amigo, la sintieron los pies de Eleuterio mas que si les hubiesen aplicado ventosas; y

sus tripas no sintiendo menos la noticia, empezaron á murmurar, como sucede cuando las cosas no salen á gusto de los demas, y á quejarse con aquel ruido que acostumbran cuando no las tienen contentas. Pero Eleuterio fué mas prudente en esta ocasion, que lo fué anteriormente; pues cuando los errores no provienen de voluntad, sino de entendimiento, se enmiendan luego las faltas, asi que se conocen. Conoció que sus tripas murmuraban con sobrada razon, y que sus pies hacian sentimiento con justa causa: y asi disimulando esta agitacion que desde el centro de la region de su vientre se estendia hasta las estremidades de su cuerpo, contentó á las tripas con un mollete de tres cuartos y una copa de aguardiente, y á los pies dándoles un poco de descanso; cortando de este modo una revolucion que le hubiera sido fatal, si hubiese continuado. ¡Oh!..¿cuantas revoluciones políticas se hubieran cortado, si los Príncipes á quienes han alcanzado, hubiesen sido tan prudentes, como Eleuterio lo fué en esta ocasion!.. Porque á la verdad ¿qué hubiera sido de este, si sus tripas se hubiesen enredado, y en sus pies levantado ampollas? De que servia su cabeza sola entónces? De nada, absolutamente de nada. Hambre y esperar, hacen rabiarse—dice un refran castellano, que para mi son eternas verdades.

Este apuro en que se vió Eleuterio en medio de las murmuraciones y quejas de sus tripas, y sentimiento de sus pies, fué una leccion viva para él. Conoció que deben considerarse hasta las cosas mas despreciables, y tenerlas presentes. Porque como dice otro refran castellano—Tripas llevan corazon, que no corazon tripas—Cuyo refran nos enseña la mutua subordinacion y dependencia que tienen unas cosas con otras, y que no se deben desatender las que por algun respecto se consideran de menor aprecio. Si Eleuterio hubiera tenido presentes estas verdades cuando se determinó pasar á Villafranca en ayunas y à pie, sus tripas no le hubieran faltado. Y si los Reyes se penetrasen tambien de estas verdades, tampoco se verian en apuros como sucede á los Príncipes caprichosos y preocupados figurándose que ellos se bastan asimismos, y que todos están naturalmente sujetos á él. Debieran estos no olvidar jamas, que el retirar el Príncipe la mano à la gratificacion de los servicios, es lo mismo que estender el impulso á las decisiones de su imperio. Que solo se hallará, y abandonado

de los suyos en la mayor urgencia, quien no los remunera, como sucedió á Dagon. Luego que Dagon en presencia del Arca, se desprendió abatido, le elevaron al trono los sectarios, que le rendian vasallage: mas cuando al dia siguiente repitió la caída, no hubo corazón que se moviese á leblantarle de la tierra. Y se ofrece la duda: si antes los de Azoro socorrieron al Idolo; ¿porqué despues no le colocaron en el solio? Porque la primera vez que cayó Dagon, no perdió las manos, como en la segunda. Sin ellas conocieron los subditos estaba ya incapaz de ejercer la franqueza, que dicta el galardón de los servicios; y como el hombre solo se ejercita en obsequiar á su Rey, cuando le asiste la esperanza del premio, si esta le falta, tambien fallece el ánimo, para auxiliarle en los fracasos del mayor ahogo.

Salió por último Eleuterio de Villafranca bien convencido que no alcanzaría ya á los arrieros, teniendo que andar á pie toda la jornada, y sin tener con que alimentarse. Si hubiese continuado andando con la prisa que empezó, tal vez hubiera podido incorporarse con aquellos. Mas temia que las tripas volviesen á quejarse, y los pies á sentirse. Por lo que, procuraba de cuando en cuando hacer un poco de descanso, y engañar á las tripas con alguna yerva ó fruta silvestre de las que encontraba en el camino.

Lo que mas le entristecia, era ir solo sin tener con quien hablar y distraerse, pesándole tanto el haberse separado de sus compañeros de viaje con quienes habia caminado tan divertido en los dias anteriores. Pronto vinieron á sorprenderle ideas tristes, como es consiguiente al que padece y está solo maxime si tiene imaginacion viva, y abriendo las heridas de su alma, empezó á acongojarse tanto que, no pudiendo respirar porque la opresion que causaba su afliccion y cansancio, le ahogaba, se dejó caer á un lado del camino sobre la verde yerva de una linde. Así estuvo un buen rato hasta que la razon disipando la negra nube que sus melancolicas ideas habian formado, dieron lugar á la reflexion, y entónces Eleuterio entrando en conversacion consigo mismo, empezó á reconvenirse, reprehendiéndose de su cobardía. ¡Qué triunfo para mis enemigos, se decia, si me viesen abatido!...; como se burlarían!...; qué bien se reirían de mí!... Por el contrario, ¡qué rabia se apodera de ellos cuando encuentran firmeza de espíritu!... Cuando los demonios triunfan de las débiles, flacas, y miserables

criaturas que han vendido su alma por temor de ver sus cuerpos desnudos, y sus carnes flacas, como se regocijan, como celebran el triunfo allá en lo mas interior de la gruta tenebrosa donde se enrosca la infernal culebra. Por el contrario, cuando no pueden triunfar de un alma determinada y fuerte, entónces parece que la gruta se abre á fuerza de los horrorosos bramidos que dan los demonios llenos de rabia, y que por las hendeduras de la infernal cueva sale el veneno que la culebra vomita para concluir con el género humano envenenando á todos los hombres (1)

Pero hay entre estos algunos que prefieren mas los trabajos y dolores, que las delicias con que les convida el demonio, y quieren morir primero, que sucumbir á este. ¿Y yo no he de tener valor para imitarlos? ¿Yo hé de envilecerme como los primeros? Horrorízate, Eleuterio: avergüénzate de solo pensarlo. Entre los infortunios las mugeres se hacen varones; y entre las delicias los varones se hacen mugeres, ¿Y yo he de tener menos espíritu, menos firmeza que una muger? Y yo me había de envilecer en las promesas con que el diablo trata de engañarme, para que sucumba á sus infamias? No, jamás; quiero sufrir, quiero padecer trabajos, y que el diablo rabie; mi triunfo está en mi lealtad. El bien verdadero solo le concede la fatiga; sin esta no se logra la fama. De la pena nace el descanso y la felicidad, y en el trabajo se conoce el valor: en los combates del cuerpo, se fortifica el espíritu; y la flaqueza del primero es disposicion para la valentía del segundo. Los trabajos cultivan y perfeccionan las almas.

Alentado Eleuterio con estas reflexiones, cobró ánimo, se puso en pié, y continuó su camino. Como no tenía con quien hablar, lo hacía consigo mismo. Yo, se decía, es verdad que he perdido muchísimo, y que pudiera estar ahora como un gran señor, si como otros hubiera besado, como se suele decir, la correa al diablo; y me hubiera hecho de su partido. Pero tambien no esperarí, y temería, porque bienes espera el que padece; males el que goza. Esto debe entrar en cuenta en la consideracion de nuestro bien ó ma-

(1) Esto de la culebra y de los demonios hace alusion á la sociedad de la culebra que se formó en españa á principios del año de 1824, de donde salian las persecuciones contra los liberales.

lestar. Porqué ¿á cuantos en medio de sus delicias y riquezas les faltará la tranquilidad de conciencia que yo tengo ahora, no obstante lo que mis enemigos me persiguen, y molestan? Se podrá decir que están seguros de los demonios los que tan á discrecion se han entregado á ellos? Yo creo que no: porque los diablos no tienen palabra, ni conocen el honor. El día que les falte victima que sacrificar, empiezan por sus neófitos.

Pero aunque no hubiese este temor, yo nunca me alistaría en sus banderas, por no estar oliendo á azufre, á zumaque, y á otras porquerías: como tambien por no estar contemplando á todas horas las caras tan horribles que tienen, y los cuerpos tan defectuosos, porque el que no es cojo, es tuerto, tiñoso, desorejado, ó desnarizado.

Por otra parte debe consolarme la consideracion que varios son los estados de la suerte. No siempre esta ultraja, y cuando menos se piensa, tal vez afloja el arco de la ira: muchas veces despacha los trabajos, para que sean precursores del alivio. Quien se rinde al primer abanze de la pena, no está muy esperto en la milicia de la vida; que es lo que me sucede á mi ahora por ser nuevo en esta clase de milicia empezando á vivir. Y por lo mismo que estoy ahora en la primera época de mi vida, deben ser mas fundadas mis esperanzas. Por lo que, estoy en el caso de sufrir con ánimo constante y varonil todo acontecimiento, sabiendo ya por alguna esperiencia que en este mundo no son ménos variables los infortunios, que las glorias. ¿Quién padeció totalmente desconocido de la felicidad? ¿quién logró siempre la felicidad, sin que conociese el padecer? Pues si alternan con tan vegulada sucesion la desgracia, y la dicha ¿Porqué el hombre se alegra con la dicha? ¿porqué le entristece la desgracia?

En estas reflexiones iba Eleuterio entretenido, cuando al llegar á los cercados del pueblo de los Santos que lindan con el camino Real á dos leguas largas de Villafranca, vió á un soldado sentado que al parecer estaba como descansando. Así que Eleuterio se aprosimó á él, le saludó; y el soldado correspondiendo á su saludo, le preguntó si caminaba á Sevilla? Contestóle Eleuterio que si. Entónces el soldado dijo que él tambien llevaba la misma direccion, y que si lo tenía á bien, caminarían juntos. No tuvo reparo Eleuterio; y unidos los dos prosiguieron su marcha. Pregun-

tàronse uno à otro por el objeto del viaje, que es lo primero, y lo que sucede generalmente cuando se reúnen dos en un camino. Eleuterio le declaró el suyo que era á recibirse de Abogado; y el soldado le manifestó sin reserva alguna que él no llevaba objeto determinado, porque habiéndose desertado de su regimiento, iba à correr la ventura. Hombre de Dios, como habeis hecho tal? dijo Eleuterio. No conoceis que vuestra ventura no puede ser buena, porque bais espuesto á que mañana os prendan, os lleven al regimiento, os formen la sumaria, y os pasen por las armas, ó por lo menos os lleven á presidio?. Pasar por las armas!... llevarme à presidio!... Tontería dijo el soldado riyéndose con mucha flemma, y con mucha gracia porque no era nada tonto. Han variado ya, continuó diciendo, los tiempos, y con ellos la disciplina militar. Si antes se castigaba la desercion, ahora se premia (1). Lo que antes se tenia por un delito, ahora se tiene por una accion heroica. Si, *amiguito mio, no crea V.* que tema yo cosa alguna por haberme desertado. Al contrario, tengo esperanzas de ser capitán; y si ademas de la desercion, lo hubiera podido hacer robando la caja del regimiento, crea V. de positivo, que entonces por esta gracia mas, coronel me hacian.

Vaya, calle V. por Dios militar, dijo Eleuterio, como quiere V. que yo crea cosas como las que V. dice. No está V. en su cabal juicio, ó quiere V. ponderar las cosas tanto que las lleva á un extremo. ¿Cómo quiere V. persuadirme de una cosa tan opuesta á la razon, tan contraria á la justicia, tan dañina para la disciplina militar, tan perjudicial al estado, tan contagiosa para las otras clases, y por consiguiente tan destructiva del órden social? Yo no le niego á V. que haya dejado de haber mucho de lo que V. dice; pero tanto no lo puedo creer.

Pues qué V. lo crea que no, dijo el soldado, yo lo he visto, y lo que veo, es lo que entiendo. Y si lo que yo digo le hace á V. creer que yo he perdido el juicio, lo que V. no quiere creer, me persuade á mi que V. ha tenido las vistas perdidas, ó que ha esta-

(1) Esto que dice el soldado sucedió en el año de 1824, y en aquellas épocas debe entenderse; aunque tambien ha habido mucho de esto en nuestros dias últimos.

do encerrado en algun lugar obscuro sin haber visto nada de lo que ha pasado; y que ahora sale V. deslumbrado de la obscuridad, y no vé lo que pasa. Cuantos ladrones, cuantos asesinos, cuantos hombres criminales en todo sentido, acaban de ser en estos últimos dias hechos Capitanes, otros Coroneles, otros Generales? Y por el contrario ¿á cuantos y cuantos millares de valientes y denodados oficiales, llenos de cicatrices sus cuerpos, que derramaron su sangre en el campo de batalla defendiendo á su patria y á su Rey en la guerra de la independenciam, los vemos sumidos en la miseria por la mas grande ingratitude?...

No pudo proseguir el soldado, porque á este tiempo llegaron dos á caballo, cada uno con una pica de la que usan los baqueros, con mucha botonadura en todo el vestido, con unos sombrerillos de poca ala, muy remangada esta para arriba, y el casco muy alto y picudo: las caras no se veian bien, porque unas grandes patillas las cubrian. Saludaron á Eleuterio y al soldado, y estos correspondieron por su parte. Despues de haber caminado un poco de tiempo en silencio, uno de los de á caballo, que parecia ser amo del otro, fijando la atencion en Eleuterio, preguntó á este ¿cómo es que vá V. tan escotero, y andando, siendo asi que su traje y cara indican ser persona delicada? ¿Ha sufrido V. algun quebranto que le hayan robado, porque parece vá V. muy pensativo? Muchos le pasado y paso, contestó Eleuterio, pero no porque me hayan robado en el camino: y ahora voy andando por mi pie, porque los arrieros que conducen mi pequeño equipaje, si se puede llamar así á una maletilla, van delante: y si voy pensativo, es porque me voy acordando de mi muger é hijos.

¿Qué es V. casado? volvió á preguntar el caballero. Si señor, contestó Eleuterio, siguiendo los estudios estaba cuando me casé. ¿Y casado ha podido V. estudiar? volvió á preguntar. Y con mucho sosiego, dijo Eleuterio; porque con la mesada que mis padres me tenian señalada, y lo poco ó mucho que yo ganaba con la pluma en el tiempo que me dejaban libre los estudios, lo fuimos regularmente pasando mi muger y yo, de modo que insensiblemente me encontré con la carrera concluida, sin haber tepido mas quebrantos que los que me han sucedido despues de finalizados mis estudios, que es cuando mas conviene estar soltero. Porque libre entónces se hace el amor á una camarista que por muy

fea, ó por muy bonita, se la busca un novio; ó á una de las siete ú ocho hijas que tiene un consejero à cual mas petimetra y mas remingada, se casa con ella uno, y en dote se dá al marido una toga, ó una vara de primera clase que ha quedado casual ó pensadamente vacante. Porque en mi carrera, segun los tiempos, el que quiera hacer suerte, es esto lo que tiene que calcular y ecsaminar, y lo demas aunque sea lo mas principal, en este negoció no es mas que un accesorio, que si lo hay bueno, y si de ello se carece, tampoco hace falta.

Pues en mi clase, dijo el Caballero, cuando alguno pretende casarse con alguna de uestra familia, solo ecsaminamos dos cosas en el pretendiente. Primera, si este es de la sangre; y segunda, si tiene habilidad. Esta habilidad se reduce à varias cosas, que todas son muy semejantes, y por no ser molesto no las quiero referir todas; pero diré las mas principales, cuales son las de saber bien picar, capear, y matar un Toro. El Caballero que pretende la mano de la hija de otro Caballero, para recomendar su pretension, debe acreditar que posee estas bellísimas y utilísimas habilidades. Es verdad que en el dia se ven muy decaidas tan preciosas cualidades. Antigüamente, no valía nada un caballero que no se presentaba á capear, picar y matar un Toro. ¡Oh!.. y que tiempos aquellos!.. ¡cuanto ha perdido España, con haber desaparecido aquellas ilustres funciones de Toros!

Es cierto, contestó Eleuterio, que estas fiestas y los torneos eran unas de las brillantes y lucidas funciones públicas de la galantería de los moros andaluces. En otro tiempo estas fiestas se celebraban con grande magnificencia; y son tan antiguas en nuestra Nacion, que buscando su origen, le encontramos en los Arabes, que por tanto tiempo dominaron la españa. Eso no se yo, dijo medio llorando de sentimiento el caballero, cual fuese su origen, porque yo nada he leído de historia y de antigüedades. De lo que sí me acuerdo muchísimo y con mucho dolor de mi corazon, que cuando yo me criaba, eran tan frecuentes las funciones de toros en mi pueblo, que no pasaba semana sin haber una corrida ó capea. Mi padre el Marqués de... era el director de todas, y mi casa nunca se desocupaba de toreros; porque eramos tan apasionados á estos que siempre andábamos juntos, y no sabíamos estar sino con ellos. Es verdad que tambien procuraban darnos gusto en todo, pro-

porciónándonos otras distracciones, y llevándonos donde pudiéramos divertirnos libremente, y aun muchas veces traian la diversion á nuestras propias casas. Tal era la vida inocente, tranquila y divertida que teniamos entónces, y no la que hemos conocido en estos últimos años, en los que todo se observaba, y de todo se censuraba con la maldita libertad=

No se acongoje V. tanto caballero, dijo Eleuterio, que muchos toros y toreros hay en el mundo, y muchísimos aficionados que gustan de cuernos: No se han acabado enteramente; y sirvale á V. esto de consuelo. Cuando V. cree que tan ilustre diversion, y tan buen gusto se ha concluido, sucede todo lo contrario; porque se trata ahora de que vaya en regla la cosa (1) ¿Cómo? preguntó el caballero llenándose de gozo con la noticia. Estableciendo cátedras, contestó Eleuterio, donde se estudie con perfeccion la Tauromaquia= Qué me alegro, dijo el caballero; pues unas cátedras de Tauromaquia hacen mucha falta, y las que se establezcan ahora, darán honor y lustre á la Nación española, y saldrán sin duda hombres eminentísimos.

Si señor, dijo Eleuterio, se trata ahora por lo pronto, segun carta que he visto y escribe uno que es tambien aficionado á cuernos, de establecer una cátedra en Sevilla señalando al Sr. Catedrático torero 20,0 rs. anuales, que ni una tercera parte tiene un catedrático de filosofía; 12,0 rs. al substituto; y tres mil á cada discípulo=; Hombre!. exclamó el caballero... ¡qué asombro qué portento! ¡cuanto tiene la españa que agradecer á un gobierno que piensa tan sabiamente! = Por lo menos, dijo Eleuterio, sabe divertir el hambre de los españoles, distraer la imaginacion de estos, y librarlos de malas tentaciones. Y aquí, caballero mio, viene bien un cuento, que con vuestro permiso voy á contar, y de este modo iremos mas entretenidos por el camino. Es como sigue=

Cuéntase del gobernador de una ciudad que era tanta su ambicion que tenia esclavizados y empobrecidos á los habitantes con sacadiñas é impuestos sobre impuestos, tanto que, el mismo conociendo lo mal que obraba, y temeroso no le saliese algun dia mal

(1) No olvide el lector que esto se escribía en el año de 1826 y siguientes.

la cuenta, porque ya se murmuraba públicamente de su conducta, discurrió un medio para salir bien, y no perder. A esta clase de hombres que nunca les falta consejeros y operarios para todo, de un talento acomodado á sus ideas, si talento se puede llamar al modo engañoso con que obran: los reunió á todos un dia, y despues de haberles manifestado cuanto necesitaba de ellos en un tiempo que algunos revoltosos murmuraban de su gobierno, y de su autoridad legítima y bajada del cielo, concluyó pidiéndoles consejo para obrar con acierto en circunstancias tan críticas. Los consejeros interesados tanto ó mas que el mismo gobernador en el asunto, no se pararon en barras, y ponderando mucho mas el peligro, dijeron = que todo se perdía si no se ponía pronto y eficaz remedio al mal; que es lo que se acostumbra siempre decir y aconsejar en semejantes casos siendo como un pensamiento general y comun con que se formalizan todos los consejos y consultas. Mal continuaron diciendo los consejeros, que los revolucionarios originaban con la lectura de libros que trastornando las cabezas, se volvian locos, y por consiguiente inquietos y alborotados; que por lo mismo el remedio mas eficaz era quemar todos los libros, y para distraer al público, y apartarlo de que pensase ni aun en su propio bien, era tambien muy útil y provechoso divertirlo con funciones de toros, y torearles asi sus pensamientos con algunos vicios, porque de este modo se les tenia en una perpétua infancia é incapacidad para obrar; pues el vicio apaga la energía en el hombre, le embrutece, y le tiraniza, que es lo que convenia hacer con el pueblo para tenerlo bien sujeto. Conformóse el gobernador con el dictámen de su consejo maquiabélico, y le salió bien la cuenta, aunque muy mal á la ciudad. Esta que en otro tiempo fué tan rica y respetada, fué luego por su servidumbre y embrutecimiento á que la redujeran sus malos gobernantes, el desprecio y ludibrio de las demas.

Y bien, preguntó el Caballero, las funciones de toros son malas? Son siempre crueles y bárbaras, contestó Eleuterio; y además de los toros y caballos que en las corridas perecen, que son otros tantos instrumentos benéficos arrancados á la agricultura, los tales espectáculos hacen insensibles é inhumanos á los hombres que se jactan de profesar una religion toda dulce y de caridad hasta para con los mismos animales. Y ya que en atencion á esto no se des-

terrasen del todo las tales funciones, por lo menos deberían moderarse por respeto siquiera á la misma religion, reduciendo las corridas de toros à solo capearlos, sin nada de picadores, que deberían prohibirse=

Ya veo yo, dijo el Caballero, que es V. muy severo, y está montado á las ideas modernas; y que si V. hubiese asistido al consejo que tuvo el gobernador de su cuento no había de haberse conformado con el dictamen de los demás= Que estoy montado á la moderna me dice V.; vaya por que ayer me dijo otro caballero que lo estaba à lo antiguo. Y en efecto soy franco, y no me hubiera conformado en nada con lo que acordó aquel consejo. Habiendo asistido á el, en vez de aprobar los medios que propusieron, me habría opuesto á ellos con todas mis fuerzas, y hubiera dicho al gobernador delante de todos los consejeros aduladores que le rodeaban= que el mando, como enseña Platon, no es para gloria de aquel, que le administra; y sí para utilidad de aquel á quien gobierna: que aquel imperio será poderoso, cuyos válidos fueron pobres: Que por consiguiente, los derechos, la libertad, los bienes y los intereses de todos le deben ser más respetables que las pretensiones y súplicas de los cortesanos aduladores: que à ninguno debe conceder el derecho de oprimir, porque no podría con justicia atribuirsele á si propio: que el príncipe, gobernador, ó cabeza cualquiera de un pueblo ó de una nacion, es el defensor, y no el dueño de los que están bajo su direccion. Y por último diría, que un impuesto ó tributo es un robo, cuando no tiene por objeto la conservacion del estado: que una ley ó un edicto no harian nunca legítima una violacion manifiesta de los derechos del ciudadano: que los tesoros del estado son y pertenecen al estado, y que no pueden sin prevaricacion, ser consagrados à sus propios placeres: y le hubiese dicho, que los libros no causan males para que merezcan ser quemados; porque no menos influyen las letras en la region del alma, que los astros en la esfera del cuerpo; y como dice Casiano, los libros son un remedio purgativo de las malas costumbres, con quienes se mantiene la vida de la gracia, y Eneas Silvio hablando de las letras, dijo, que à los plebeyos eran plata, á los nobles oro, y á los príncipes piedras preciosas; por lo que en vez de aconsejar al gobernador que los quemase, le hubiese inclinado el ánimo á que formase una rica biblioteca, y que á ejemplo

de Osimanda, Rey de los Egipcios plantase á la fachada de aquella el letrero que este Rey plantó á la fachada de la suya en estos términos. = *Aquí se guardan las medicinas para el ánimo* = Y tambien.....

Una aventura particular distrajo al caballero de las reflexiones que hacia Eleuterio, no dando lugar á que este concluyese. Sucedió que inmediato al camino se presentó un toro, al parecer bravísimo segun señas que observó en el animal el caballero. Este luego que le vió, fué tanta la alegría que manifestó á la vista de la fiera, que una madre no tiene tanta cuando se presenta su hijo perdido. Ahora verán VV. dijo el caballero, ahoran verán VV. de cuanto provecho es la tauromaquia, y se convencerán de su grande utilidad. Y diciendo y haciendo enristró su lanza, y se puso bien sobre la silla para picar al toro; y lo mismo hizo el criado.

Mas Eleuterio y el soldado que iban en cuerpo gentil, sin armas, y que no habiendo tratado con toros, no conocian sus intenciones, temieron les sucediese alguna avería en esta ocasion. El caballero que conoció en aquellos este miedo, les aseguró que no tuviesen cuidado alguno, que allí estaba el y su criado para defenderlos de los toros mas bravos. Pero el soldado dándole las gracias, le suplicó le entregasen las alforjas para aliviarles de este peso que tanto les estorbaría al tiempo de picar; y que Eleuterio y el se subirían con las alforjas á una encina, donde se creian mas seguros, y al propio tiempo en mejor sitio para ver la funcion de toros, y que esta fuese completa y mas lucida haciendo servir la encina de tendido, desde donde ellos representarían tambien su papel imitando al respetable público empinando de cuando en cuando la bota, y despues de algunos tragos harían bulla y gritería sin dejar de silvar, porque todas estas cosas y otras parecidas á estas, son muy propias á las funciones de toros, las alegran, y completan.

Convino el Caballero con lo que propuso el soldado, y entregando á este las alforjas, se subió con Eleuterio á una encina, siendo esta su mejor aventura, porque apesar de que el estómago de Eleuterio no era aventurero, sin embargo no dejó de alegrarse en aquella ocasion que se sentia desfallecido, y junto con el soldado representaron muy bien su papel de chisperos de Madrid, empinando la bota, y humedeciéndose las fauces que las llevaba ya secas, pues se habia agitado mucho andando todo el dia. *obau*

A la segunda vara que pusieron al toro, acometió con tanta fuerza, que echó fuera las tripas al caballo del caballero: y queriendo este poner otra, el toro cargó con mas impetu que antes, y concluyó con el caballo, pisoteó al caballero, le maltrató bastante, y le hubiera muerto, à no venir en auxilio unos bueyes de carretería que estaban inmediatos. Con esta tragedia finalizó la función, llebándose muy mal parado al caballero entre cuatro hombres.

CAPITULO 7.

*Reúñese Eleuterio con sus compañeros de viaje;
y el arriero refiere la fiesta del toro de San
Marcos; con otras cosas curiosas.*

Aunque Eleuterio llegó muy cansado y media hora puesto el sol, no quiso quedarse á dormir en Fuente Cantos, y sin descansar, se fué con un pastor que con el objeto de saber si habia llegado bueno, y si queria volverse á la compañía de Elena y su primo, habian estos comisionado á aquel, para que Eleuterio supiese la cabaña donde hacian noche, y le acompañase en caso de que quisiera pasarla con ellos. Estos que estaban con este cuidado, y que sintieron ladrar à los perros de las inmediatas majadas, persuadiéndose que sería Eleuterio que venía con el pastor, salieron á recibirle; y encontrándose los tres amigos, tuvieron tanta alegría como tienen los que son verdaderos, y se vuelven á ver despues de una separacion, aunque sea corta. Y Elena le preguntó ¿si habia llegado à Villafranca á tiempo de que no hubiesen salido los arrieros, y cómo lo habia pasado aquel dia? Ratos muy malos, y tambien muy buenos he tenido, contestó Eleuterio, y les esplicó su viaje desgraciado sin omitir circunstancia alguna, contando todo lo que le pasó desde su llegada á Villafranca hasta que se reunió con el caballero de las astas de Toro. Aquí hizo suspension Eleuterio en su narracion; Elena y su primo, habiéndoles llamado

bastante la atención el título de caballero de las astas de toro, preguntaron à Eleuterio ¿que quien era aquel caballero de título tan raro y singular?.. No lo he explicado ya, les dijo, porque reservo para mañana hablar en el camino de esta aventura, que forma la segunda parte de mi espedicion de hoy que es la mas extraordinaria y graciosa. Como ya es tarde y se necesita tiempo para contarse y glosarse, me ha parecido mas oportuno dejarla para mañana que vendrá mejor para ir distraidos, y no sentir tanto las cuestas de Sierramorena que hay que empezar á subir— Nos agrada el pensamiento dijeron los primos, y Elena chanceándose manifestó que, aunque Eleuterio había referido la primera parte de su espedicion, no la había glosado, sin duda huyendo de tener que acusarse así propio, por haber sido un poco caprichudo, no habiendo querido hacer caso de lo que le había aconsejado una amiga— Conozco que he obrado mal no habiendo seguido sus consejos, la contestó Eleuterio: pero habiendo purgado ya esta falta, y estando arrepentido de ella, me parece que soy digno de volver à vuestra gracia. No hay lugar de volver, dijo Elena, porque vuestra amiga os estima con la misma benevolencia y amistad que antes: y mas bien soy yo la que necesito mostrarme siempre agradecida á vuestros servicios, para no caer en la fea nota de ingrata. Pero dejando cumplimientos à un lado, lo que interesa ahora es que ceneis para que busqueis luego el descanso de vuestras fatigas en el sueño.

Al dia siguiente puestos en marcha caminando para Sta. Olalla, Eleuterio tomando el hilo de la aventura del caballero de las astas, continuó el cuento diciendo las que llevaba como por adorno dibujadas en el sombrero y en los arreos del caballo. Rieron mucho Elena y su primo con la estravagancia del caballero de llevar tantos cuernos; y no rieron poco con lo que el arriero dijo sobre esto mismo. Pues contó este, se acordaba haber visto cuando era muchacho, que en su pueblo en las casas de los títulos, que eran muchas, se coronaban los zaguanes y tránsitos mas principales de las casas, con las astas de los ciervos y toros que se mataban, y cuantos mas cuernos coronaban la casa, tanto mas alegres estaban sus dueños, teniendo por gala y timbre el tener muchos cuernos. Pero ya estos, si fuesen VV. à mi pueblo, no los verían colgados: así como tampoco si fuesen á la feria de Brozas, no verían:

el toro Marcos que llevaban en procesion el dia mismo de S. Marcos, como yo lo ví en un año que mi padre me llevó á la feria siendo yo todavía muchacho, y que me acuerdo mucho por lo que me sucedió, que contaré con mucho gusto si VV. me lo permiten, refiriendo al mismo tiempo à que se reducía la fiesta del tal torito, porque es muy digna de contarse por su originalidad. Desde luego tenéis permiso para contarla, aunque el cuento dure todo el dia, dijo Eleuterio, pues ella será una prueba privilegiada del amor que se tienè á los toros, y del gusto con que se veneran los cuernos.

La vispera del Santo, continuó el arriero diciendo, estando yo jugando con otros muchachos en la Plaza de Brozas, ví salir de la Iglesia Mayor, que està en la misma Plaza, al Cura vestido de capa de Coro, y demas clérigos de sobrepelliz que todos en forma de procesion iban con otras gentes, que sin duda entre ellas iban los Mayordomos de la Cofradía de S. Marcos, como interesados en la función é individuos los mas principales de ella. Yo como muchacho y amigo de toda clase de funciones, me agregué á la comparsa con tanto mayor gusto quanto que supe iban por el toro Marcos, que ignorando yo que toro era este tan obsequiado, entré en tanta mas curiosidad y gana de saber á que se reducía todo aquel aparato: pues nunca yo habia visto ni oido tal cosa, habiendo visto constantemente en mi pueblo, que si bien iban algunos curas á sacar los toros del matadero las veces que los habia amaromados, estos clérigos llevaban sus manteos terciados y sombrero de canal, y no iban en forma de procesion, sino mezclados entre la turba gritadora. Llegamos à un corral fuera del pueblo, y como concurrió tanta gente, solo pude oir que el Cura en nombre del Santo Evangelista llamaba al toro, y que un hombre, que no puedo decir si sería el Mayordomo de la Cofradía del santo ó quien fuera, andaba dando vueltas al rededor de tres ó quatro toros que estaban encerrados en aquel corral. Que uno de estos apartándose de los demas, se hechó fuera, y en medio de la procesion fué conducido á la Iglesia donde estuvo con mucho juicio todo el tiempo que duraron las visperas. Al otro dia se hizo la procesion general llevando la imágen de S. Marcos en andas, y el toro delante. Pero aquí fué troya; porque en lo mas setio de la procesion, sin saber como, ni porqué se enfadó el toro, y á sus berridos

y meneos de cabeza, dejaron caer las andas los que llevaban el santo que se rompió con la caída los brazos, los clérigos vestidos de sobrepelliz y bonetes empezaron à gatear por las ventanas; algunas mugeres perdieron hasta las enaguas; otras mal parieron, y que se yo cuantos otros milagros haría el dichoso toro de San Marcos, porque yo salí tan pisoteado y magullada la cabeza que no pude ver ni enterarme de mas, pesándome haber visto tanto.

Qué lastima, dijo Elena, que no se hubiese hallado entónces en la feria de Brozas el caballero de las astas para que hubiese lucido su habilidad, haciéndose al propio tiempo útil á todos los que iban en la procesion. Aunque hubiese estado allí el caballero de los cuernos, contestó Eleuterio, nada habría adelantado; y se hubiera subido á una reja ó dado à la huida como los demas, asustado no tanto del toro, como de creer que en la procesion iría algun Judío, ó algun hombre que estoviese en pecado mortal, y que por esta causa, ó por anunciar alguna procsima calamidad, el toro habia vuelto á su natural ferocidad. Pues tal ha sido siempre, y será la fuerza de la supersticion, mientras halla hombres interesados en sostenerla...

Me acuerdo haber leído que en un lugar poco distante de Zamora estaba el toro en un corral, de donde fué à sacarle el cura revestido, y con todo el aparato de la Iglesia, pues la funcion del toro de S. Marcos no solo se celebraba en Brozas, sino en otras muchas partes de españa; pero aunque el cura le llamó repetidas veces con el nombre de Marcos, el toro no respondió sino con bufidos, y ademanes de acometer. Que por último, no siendo posible reducir al toro à que fuese á la fiesta, se levantó en el pueblo el rumor, de que su resistencia provenía, de que el cura estaba en pecado mortal. Y es posible, dijo el primo de Elena, que se hayan de tolerar unas supersticiones tan opuestas á la religion, y tan perjudiciales á la sociedad?...

Estas y otras supersticiones, contestó Eleuterio, traen su origen del gentilismo, asi como las funciones de toros le traen del morismo. Antes de ser españa cristiana, fué gentil. Y aunque la religion de Jesucristo destruyó despues en ella la idolatría, no sacó del todo las hondas raizes de algunas supersticiones y ritos del gentilismo, cuyas raizes han procurado conservar ciertos hombres por el provecho que de ellas sacan, sirviéndoles para el colorido que dan

mas á su gusto y conveniencia á las cosas. Pues aquellos en vez de cortar estas raíces procurando limpiar la viña del Señor, lo que han hecho es comerse el fruto sin trabajo. Y hé aquí la causa por que conservamos, apesar de la fuerza del tiempo que todo lo destruye, ciertos vicios y costumbres supersticiosas del tiempo del gentilismo. Rara vez se desnudan las almas de los hábitos que tomaron en la primera edad, y mucho menos si se fomentan.

En muchas Iglesias de Francia se celebraba en memoria de la huida de la Virgen Maria á Egipto, una fiesta llamada *la fiesta del asno*. Una joven doncella, adornada ricamente, con un niño de pecho en los brazos, montaba en un asno enjaezado soberbiamente, que se conducia en procesion al altar. Se entonaba la misa mayor con pompa; el animal estaba acostumbrado á arrodillarse en los momentos convenientes. Se cantaba en su honor un himno tan impío como pueril; finalizada la ceremonia, el Sacerdote en vez de las palabras ordinarias con las cuales se despide al pueblo, rebuznaba por tres veces, y los asistentes, en vez de responder segun costumbre, *Deo gracias*, debian rebuznar otras del mismo modo. En Atenas para conocer los sucesos prósperos ó adversos que habían de suceder, no omitían el atender á la cola del toro del sacrificio: si estaba retorcida, el negocio que se trataba emprender, era difícil; si caida era señal de derrota y desgracia; si levantada era prueba indudable del buen éxito. Si la victima iba libremente al paraje del sacrificio, era tenido esto por mal agüero. Para conocer su intencion ponian una espada sobre su espalda, y si en lugar de asustarse el toro movía la cabeza, como que lo aprobaba (lo que se lograba hechándole un poco de agua en la oreja) concluian que la ofrenda era agradable, y que el éxito sería feliz. Los Atenienses ponian tan grande importancia en esto, que en tiempos desgraciados eregian altares en el paraje mismo en que se detenía la victima; y conservaban mucho en la memoria que un feróz toro rompió la cuerda, y se escapó de diez hombres que le sujetaban, para seguir mansamente á la vieja sacerdotisa al lugar del sacrificio. Antes de una batalla ofrecian sacrificios solemnes, y en estas ocasiones las víctimas las llevaban adornadas con cintas y guirnaldas de flores; y aun tambien acostumbraban á dorar las astas. Y si los auspicios no eran favorables, los griegos arrojaban los escudos, y se sujetaban al enemigo por no hacerse

reos de impiedad y de desobediencia à la voluntad de sus ídolos. En una circunstancia semejante es probable que Mardonio hubiera derrotado el ejército de Pausanias, si los presagios que mudaron de pronto no hubiesen exaltado el valor de los griegos de tal modo que hicieron huir á los persas—

Esto nos hace ver que en todos los países y en todos los tiempos ha habido supersticiones y hombres interesados en sostenerlas: Que estas supersticiones han corrompido las verdades y sencillas ideas respecto à la divinidad, llenando el mundo de fanatismo y de mojigangas, de costumbres bárbaras, y de cultos impíos. A cuantas devociones ridículas é idólatras se entregan ciegamente los hombres que estraviando su imaginacion oprimen sus áuimos y espíritus, y les hacen pasar una vida triste, esclavizada, é infeliz? Enfermedad es esta por lo regular de la multitud, y peligrosísima para la verdad de la religion cristiana, y para la felicidad política. Pues semejantes devociones anublan la brillantez de la religion, obscurecen su grandeza, y ocultan su verdad bajo apariencias que la ponen en ridículo. De aquí nace que los hombres demasiado vivos en el pensamiento, por que se paran poco en el escamen de las cosas, den en el extremo opuesto, y que á estos sigan otros hombres que mas imitan que piensan. Si es respecto á la felicidad política ¿cuantos daños han causado estas supersticiones en la libertad de las haciendas, y en el bienestar de las personas? Bajo la máscara de piedad el interés y la ambicion han bebido la sustancia de las haciendas de tantos ricos egoistas que han creído que en el Tribunal Eterno se vende la Justicia, como se compran las cosas en la tierra, y que allí se espian los delitos, las trampas, los malos manejos, los engaños y todas las maldades que á ocultas y á las claras han cometido en este mundo. Pero volvamos á la aventura del caballero de las astas.

Despues de haber Eleuterio hecho á sus compañeros de viaje una pintura de la persona, armas, arreos, y aun indicado algo del carácter del tal caballero, les hizo tambien relacion de lo que hablaron sobre los casamientos, de las cualidades que debian tener, segun aquel, los que pretendiesen la mano de alguna dama de su clase y sangre; el sentimiento y llanto que tuvo acordándose de las antiguas funciones de toros, sobre cuyo asunto hizo viniese á topar por fuerza la conversacion que llevaban y que habian em-

pezado; y por último concluyó Eleuterio refiriendo el encuentro que el caballero de las astas tuvo con un bravo toro que se presentó en aquella ocasion. Que si por las armas y escudos de una orden, maneras y usanzas de los caballeros de ella hemos de pensar, tal vez no nos equivoquemos en decir el encuentro que tuvo con otro caballero de la orden que por alguna culpa de las de ordenanza andaba en cuatro pies purgando con las yervas del campo como otro Nabucodonosor, purificándose a fuerza de lanzazos en los encuentros que tuviese con sus compañeros de orden en los caminos.

Pero el pobre del caballero de las astas, dijo Elena, debió quedar muy mal herido: yo le compadezco mucho, y aunque no le conozco, siento su desgracia como si fuese amigo mio. Sin duda el tal caballero debe estar falto de juicio cuando se espuso á unos riesgos tan conocidos, hasta el estremo de llorar porque habían dejado ser mas diarias las funciones de toros, como lo eran en tiempo de sus abuelos= Yo, dijo el arriero, estoy para mi que el caballero torero debe estar muy contento con que le haya pateado el toro y roto la cabeza: la razon que tengo para decir esto, es que, con motivo de haberle cogido el toro en campo raso, cobrará fama de buen picador, y todos dirán, ¡que valiente es el señorito!. Solo el pudo atreverse á picar el toro mas bravo del mundo á campo raso, fuera de plaza, y sin auxilio alguno, ¡qué heroicidad!. Estas voces llegarán á entrar por las orejas de la Señorita con la que está casado ó trata de casarse, y esta entonces llenándose de alegría con oír referir las hazañas de su querido, no la disgustará ya que las repitan, aunque sea con peligro de su vida ó quede imposibilitado en cama por toda ella. Este sinsabor se quita al instante con oír á los maestros de su querido, los que sin faltar de su lado, pues son los que mas confianza y entrada tienen en los gabinetes de los Señores, consuelan á la Señorita, la hacen ver que son proezas, y que los aplausos que por tanto se reciben del público son unas satisfacciones que no tienen todos, y con estas cosas y otras, mi Señorita se alegra, empieza á reirse, y ya desea que su amado ande aventurero buscando fama aunque sea en las astas de un toro= Vaya, vaya arriero, dijo Elena, parece que pica V. en viveza, y que no le falta retórica= Precisamente, Señora, contestó el arriero, esta y la gramática latina con un poco de filosofía es lo

que pude estudiar, porque la guerra de la independencia me sacó de los estudios para llevarme à unas brigadas, y despues vine à parar al camino para ganar el sustento de mi familia con los mulitos que á fuerza de tiempo, de mucha economíá y trabajo he podido comprar. Pero esto no es del caso; y lo que he dicho respecto á nuestro Caballero y de mi Señorita, cualquiera lo conoce, y dirá lo mismo que yo. Y si pudiéramos estar ahora en la fantasia del primero, bien seguro es que le veriamos en ella tan contento y satisfecho de su valor y habilidad, que olvidado de sus dolores se vestia de majo, se encasquetaba su sombrero de picador, montaba de un brinco á caballo, que despues de haber estado una hora larga mirándose à uno y otro lado, cogía la vara, que blandía por unas cuantas veces segun reglas de estilo, la ponía segun las leyes de ordenanza tauromatesca, y por último veriamos que marchaba con aire toruno acompañado de cuatro ó cinco satelites de los de capa y trabuco, entrando en triunfo por las poblaciones recibiendo enhorabuenas, mas contentos que si hubiesen ganado una batalla à los enemigos de la patria. Que luego se mandarian dibujar corriendo la torada, para colocar el cuadro en el gabinete al lado del árbol genealógico, como una hazaña que daba lustre á la familia=

En verdad, dijo el primo de Elena, que tiene razon Manuel en lo que acaba de decir. Yo sé que toreros han sido muy bien acomodados sin mas méritos que los de su profesion, al mismo tiempo que se han presentado militares cargados de servicios patrióticos y años de milicia, y que nada han conseguido. Y tambien he visto tener aquellos mas entrada en algunas partes, que estos últimos. ¿Y en que consiste esto? Es claro en que con los unos hay mas confianzas que con los otros. Por último, estamos viendo todos los dias con cuanta voluntad se protege á tantos holgazanes como hay en la sociedad, particularmente cuanto se obsequia á aquellos jaquetones que por sus lindas habilidades debian estar donde los destina la ley, y á donde van muchos tal vez con menos motivo. Tanto es el obsequio, el amor, la amistad, la confianza y satisfaccion que hay con estos majos, que ya no hay Señorito de los de tono, de estos mosquetes de la sociedad, que no busque con ansia à uno de los tales guapos para hacer alianza con él, prometerle su amistad, su valimiento é influjo. ¿Y en que con-

siste esto?.. Me parece consistir en lo que dicen los siguientes adagios castellanos” Dios los cria y ellos se juntan= Dime con quien andas, te diré quien eres=

Las amistades, dijo Eleuterio, son las mas firmes y estrechas aquellas que forma la simpatía, esto es, aquellas que se hacen entre personas que tienen unas mismas inclinaciones y gustos, unas mismas maneras aunque parezcan diferentes en algunos de los amigos, por estar bañadas con algun falso barníz de los muchos que se venden en la sociedad. Yo conozco à muchísimos que se quejan del atrevimiento é insolencia de los guapos que VV. hablan; y no conocen de que estos son atrevidos por la proteccion que se les dispensa. Pero ya se vé, muy buenas cosas decimos con la boca, cuando obramos lo contrario por la disipacion, la inconstancia, y el vicio que nos domina.

La vista de Sierramorena, que aunque enteramente despoblada y en el mismo estado que tenía cuando el principio del mundo, es pintoresca, y para la atencion de todos los viajeros que consideran, observando los deliciosos sitios que tiene, y que pudieran, puestos en cultivo, ser una riqueza mas y considerable al estado ya con el aumento de poblacion, y ya por consiguiente con el aumento de producciones de muchos y esquisitos frutos, al mismo tiempo que ser el amparo de innumerables familias pobres, y el seguro de los viajeros, la perspectiva de todo este terreno estensísimo é inculto, prestó materia abundante á nuestros viajeros, para que todo el día tuviesen conversacion útil y provechosa por las ideas que les ocurrían tan conducentes á la agricultura.

CAPITULO 8.

Tornada de Santa Olalla: cuéntase lo que sucedió á Eleuterio con un barbero.

Olvidóse decir en el capítulo anterior que un amigo de Eleuterio vecino de Fuente Cantos y amo del pueblo, proporcionó á Elena y su primo un pasaporte tan bueno que un Embajador no lo lleva mejor. Con esta seguridad pudieron ya entrar en camino Real, pero sin haber podido reunirse con los demas arrieros hasta que se juntaron en Santa Olalla. En este pueblo se creyó Eleuterio tan muerto como su abuelo, con la sola diferencia que este murió con el peso de los años, y aquel se persuadió morir degollado al peso de una enorme navaja de afeitar, que parecía mas bien un cuchillo de matar cerdos.

Fué el caso que le dió á Eleuterio gana de afeitarse, y buscando barbero se presentó uno en la posada tan alto como el gigante Goliat, tan belludo por el pecho y brazos que parecía un javalí, y tan descomunal en todas sus partes que mas parecía un Cyclope que un raspa barbas. Cuando Eleuterio le vió, se le quitaron las ganas de afeitarse, y empezó á arrugar la frente. Pero ya no había remedio; por el había sido llamado, y de no ponerse voluntariamente en sus manos, quien sabe por donde lo hubiera tomado el Sr. Sanson el barbero, que con este nombre le llamaban: y aunque Eleuterio le hubiera pagado la diligencia disculpándose de no estar ya en disposicion de afeitarse, no había lugar á salir del compromiso en que estaba, porque por desgracia suya ni aun disculpa cabía, porque estando Eleuterio diciendo que tarda venir el maestro, se presentó este al mismo tiempo manifestando acababa de llegar del campo, por cuya causa no había podido antes ponerse á sus órdenes. Aunque nunca lo hubieras estado, dijo para sí Eleuterio, ni jamás yo te hubiera visto, me habría pesado tanto como el haberme dado gana de afeitar, de lo que estoy tan arrepentido; porque mas hubiera querido tener toda mi vida las barbas

de un capuchino, que tener ahora la precision de ponerme en tus manos.

Entraron en un cuartito frente à la cocina, único en la posada, y que hacia de despensa, de carbonera, y de dormitorio de la mesonera; y sentándose Eleuterio en la mejor silla que habia aunque temblaba mucho por sus muchos años, el maestro Sanson sacó el recado de afeitar que fué colocando por su órden en una mesa muy grasienta. Habiéndolos colocado, cogió el paño de barba donde los llevaba rebujados, y Eleuterio no muy bien miró el paño, que cerró los ojos, y apretó las narizes. El paño no se sabe de que tela sería, lo cierto es que Eleuterio ha dicho que asi que le vió, le pareció ver un suadero de mulo, y que pesaba tanto como tres libras y media de porquería, tanto que, cuando se lo puso, le llevó la cabeza hacia abajo segun pesaba; y que sino hubiese sido por el miedo que tuvo al tiempo que el maestro Sanson le ató el paño al pescuezo con un cordel que el mismo paño tenia por tranzadera, y que con aquel miedo se le entorpeció el olfato, y se sofocó algun tanto la aprension, habría hechado las tripas de asco. Pero fué todavía mas el miedo de Eleuterio cuando abriendo un poco los ojos á tiempo de que Sanson estaba afilando las navajas, vió que estas eran como un alfanje de anchas y grandes; y sobre todo cuando entró en muchas sospechas, fué mientras Sanson estaba en la cocina por agua caliente. Entonces entraron en el cuarto tres hombres que por sus caras y maneras parecian primos hermanos del maestro Sanson, y este ademas padrino de aquellos. Llevaban puestos unos vestidos de terciopelo con mas botones que reunirse pueden en todas las platerias de Córdoba, con la particularidad que con tanta botonadura no llegarían á una docena los que iban abotonados: los botines iban sujetos á las piernas solo con las presillas, dos botones dados abajo, y arriba sujetos por unos cordones de seda con mucha borla, y los demas colgando sin abotonar dejando ver una rica media: los calzones igualmente abiertos sin abrochar descubriendo los calzoncillos de un lienzo riquísimo: al cuerpo ceñian unas cananas, y en ellas enganchadas dos pares de pistolas, y un cuchillo de mas de cuarta y ancho, sin duda de la misma fábrica donde se habian trabajado las navajas de afeitar de maestro Sanson: el chaleco era el que mas abotonado llevaban con cuatro botones, y los demas sueltos sirviendo de campanitas

como los chinescos que se usan en las músicas de los regimientos: la pechera anchísima y muy plancheada, y al cuello de la camisa dos botones de oro con una piedra cada uno que á Eleuterio le parecieron diamantes.

Estos tres hombres así que entraron donde Eleuterio estaba, se quedaron mirándole, y diciendo uno ¿sabeis camaradas que este señor, señalando á Eleuterio, se dá muchísimo aire á aquel ladron, judío, negro, comandante de nacionales que nos prendió á un cuarto de legua de la feria de Torrequemada en el año de la constitucion? (1) En verdad, dijeron los compañeros mirando con mas atencion á Eleuterio, en verdad que es un vivo retrato, y jurariamos que era el mismo— Eleuterio que todo esto oia, y con los ojos á medio abrir, lo obserbaba todo, se iba cada vez convenciendo mas que su vida peligraba. Estos picaros, se decia asimismo, me han conocido, y sin duda en convinacion con el maestro Sanson, que será tan bueno como ellos, me van á degollar; porque las navajas son mas á propósito para esto, que para afeitar; el cordel con que me tiene atado, es demasiado grueso para atadero de un paño de barba; lo mucho que tarda Sanson en llegar con el agua, indica complot; y por último à vista de estos galeotes que en vez de dar las buenas noches, vienen amenazando, que es de inferir mas que tratan de asesinar-me?... ¿si daré voces?... Pero no, esperemos al último apuro y á mejor ocasion, porque la gente anda ahora ocupada pensando el ganado, y no me oirán.

Estas reflexiones se hacia Eleuterio, que muy mal sentado en la silla temblona, con el suadero de algun mulo sarnoso puesto por paño de barba y sujeto al pescuezo con un grueso cordel en lugar de cinta, las narizes hinchadas de tanto apretarlas para no oler, y muy serio sin pestañear, estaba la figura mas adecuada para que la hubiese dibujado un Apeles. Bien se puede asegurar que aunque los ahijados del Sr. Maestre Sanson, como en efecto lo eran los tres camaradas, llevasen intencion de hacer algun daño á Eleuterio no se lo hicieron sin duda por la risa que les causó viéndole en aquella triste figura, con las muecas que hacia cuando el Sr. Sanson empezó à afeitarle. Pues despues de haber

(1) Fué en el año de 1822.

estado Eleuterio esperando media hora larga en aquel banco de la paciencia, sin atreverse á hacer el mas ligero movimiento por no caer de silla tan movable, y viendo á medio cierra ojos á los tres garifates, y oyendoles, y sobre lo que veia y oia formando los mas tristes calculos, llegó ya maestre Sanson con el agua caliente. Pero ¡qué agua tan caliente!... No solo las barbas de Eleuterio que eran bien escasas, los huesos de su cara se habrían pelado, si maestre Sanson llega à bañarle con ella. Fortuna de aquel que la vacía, que era un bebedero de gallinas, no pudiendo resistir á la fuerza que hacia el agua hirviendo, se rompió, y un perro que allí estaba, con el ruido que hizo la vacía al romperse, se hubo de espantar y huir, y tropezando en la huida con el puchero donde estaba la demas agua, la vertió toda.

No se apuró mucho el Sr. Sanson por este fracaso, ni Eleuterio sintió que el agua se vertiese. Se fué aquel á la cocina por mas agua, cojió el primer puchero que encontró arrimado á la candela, que por casualidad era el mas lleno de pringue, le llenó de agua fria, y con ella se puso á bañar á Eleuterio. Pero válgame Dios! cuantos refregones llevó este buen hombre con los callos tan duros y ásperos de las manos de maestre Sanson!... Ya le pesó se hubiese vertido el agua caliente, porque con ella se habrían ablandado algo aquellos callós, que con solo pasarlos suavemente por la cara la desollaban llevando enrollado el pellejo. Considere ahora el piadoso lector el martirio tan grande que sufriría el desgraciado de Eleuterio al rasurarle despues del baño de agua fria y pringosa, y con la cara toda arañada y despellejada, por no dar á entender lo disgustado que estaba con semejante bárbaro, y que el amor propio de este se ofendiese, y resentido le saliese peor. Así es que cuando el Sr. Sanson le preguntaba, que lo hacía muy á menudo, si estaba buena la navaja y gustaba su mano, Eleuterio respondía siempre que en su vida había conocido otra igual, y en esto no mentía; y para que le dejase pronto; le suplicaba no se esmerase mucho porque ya era tarde, y con poco que el hiciese era muchísimo en comparacion de lo que otro barbero pudiera hacer, aunque se estuviese toda una semana rasurando una misma cara. Y en esto tampoco faltó Eleuterio á la verdad, pues era imposible que hubiese barbero por malo y bárbaro que fuese, que hiciera tanto daño como maestre Sanson ha-

cia con solo pasar una sola vez y suavemente las manos por la cara, y otro estarla ludiendo muy fuertemente por un año entero.

Sin embargo en medio de tantas congojas y dolores como hicieron pasar à Eleuterio, no pudo menos este de reirse interiormente viendo los ademanes, los moviimientos, las figuras tan raras que maestro Sanson hacia cuando estaba afeitando. Cada vez que limpiaba la navaja en el paño, al tiempo de volverla á arrimar á la cara, describía media docena de docenas de circulos en el aire, à semejanza de aquellas vueltas que los platilleros hacen con los platillos cuando cortan con ellos el viento para hacerlos zumbar. De modo que Eleuterio temiendo que alguna vez caia la navaja de golpe y le degollaba, se encomendó á Dios, diciendo= Dios mio, misericordia; libradme de las manos de este Ciclope; y no permitais que muera con este paño de barba, y de esta manera que parezco el ahorcado mas feo de cuantos en el mundo lo han sido= Y por otra parte se reia viendo lo mal que pegaban aquellas pinturas en un madero tan tosco como era Sanson. Si es con la cara hacía tantas muecas, ponía unos ojos tan espantosos, y abría una boca tan grande, la torcía tanto, que su cara parecía cara de fantasmagoría, y con su boca parecía que se iba á tragar á Eleuterio con la silla donde estaba sentado, y los arreos de afeitarse inclusa la vacía.

Durante este largo martirio, se divertían los amigos de maestro Sanson, y se mojaban sus barbas en aguardiente que era un gusto. Sanson los acompañaba hechando de cuando en cuando sus tragos, que cuanto mas los repetía, mas figuras hacía. Tampoco faltó entre ellos el escribano del pueblo que llegó á tiempo que la botella, y alargándole el primer vaso, se lo bebió con tanta ligereza como si hechase una rúbrica. Unos y otros se trataban de compadres, y todos se pusieron tan alegres como si celebrasen el parto de alguna comadre. Solo Eleuterio era el triste. Porque mientras los primeros bebían aguardiente, Eleuterio tragaba amarguras.

Ya por último al tiempo de concluir maestro Sanson de desollarle, llegó el amo de la posada montado en un valiente mulo como si viniese de camino, y á su llegada toda la compadrería cesó de reir y de beber, y metiéndose todos en la cuadra con el posadero, que sin duda era tambien compadre de los finos, dejaron solo á Eleuterio hecho amo de la botella y del cuarto, sin que por entónces sospechase lo que luego sucedió.

Mas luego que vió salir al escribano muy ligero, à maestre Sanson recoger muy de prisa el rico juego de afeitar, y que se iba sin esperar à que le pagasen, y que los tres majos sacaron sus caballos y sin decir chulismus se marcharon siendo ya las ocho ó las nueve de la noche; empezó á creer lo que antes habia sospechado de aquella gente, y á sospechar que iban entónces à hacer algun milagro, ó que por los que habian hecho, se veian en algun peligro y trataban huir de él.

En efecto, no habría pasado media hora, cuando sintió que entraba tropa en el pueblo. La curiosidad, y el no tener que hacer, le llevó à la puerta de la posada donde tambien estaba el posadero: y como preguntase á este ¿qué tropa fuese aquella que tan tarde caminaba? Le contestó con mucha socarronería, que era la partida destinada à perseguir malhechores, porque hacia tiempo que una cuadrilla de ellos andaba por aquellos caminos sin dejar transitar persona alguna que no fuese robada y maltratada, sin haberse podido descubrir el lugar donde tienen su guarida aquellos picaros, ni como se gobiernan para hacerse con municiones y demas que necesitan; porque las justicias y vecinos de aquellos pueblos son todos tan zelosos, y vigilan tanto, que no se puede presumir que de ellos reciban auxilio, como sucede en otras partes que tienen menos temor á Dios, y mucho menos amor al Rey: que allí por la misericordia divina todos eran muy religiosos, amantes del Rey, y todos hombres de bien, trabajadores que comian de lo suyo, y tan pacíficos que entre ellos no habia ni un papirote. Tanto se sinceró el hombre, con un tono y un modo tal, que Eleuterio en vez de quedar satisfecho, se cargó mas de sospechas, pues sabía por esperiencia que cuanto mas los hombres se sinceran, mas engaño encubren.

No le salieron vanas, porque estando ya recogidos, llamaron á la puerta, y habiendo abierto el mozo de la paja, entró el capitan de la partida con parte de la gente que mandaba, porque la demas cercaba ya la posada, y haciendo levantar y reunir á todos los que dentro estaban, la registró toda. Elena empezó á sobrecojerse viendo aquel aparato de tropa, creyendo fuese ella á quien buscaban. Su primo tuvo el mismo temor. Los arrieros medio dormidos, creyeron los iban à embargar. Pero Eleuterio acabó de conocer quien era el amo de la posada, quien el barbero, quien

el escribano, y quien los otros guapetones que componian la compadrería; y como estuviese junto á Elena y su primo, les dijo no tuviesen cuidado alguno, que con ellos no iba nada.

El posadero que estaba muy despabilado, salió al frente, y dirigiéndose al Comandante, le empezó á inciensar, y hacerle zalameñas ofreciéndole persona y bienes en unos términos tan blandos y gitanescos que, el Comandante, que por casualidad era militar segun ordenanza, no le dió lugar à seguir adelante con su adulacion y artes, y le dijo que puesto que el se decía amo de la posada, le ahorrraba preguntar por el que era; y así que se diese preso. El posadero entonces fingiendo sorpresa, se negó á este convite disculpándose, diciendo que sentía mucho el no poder cumplir con lo que le mandaba; pues siendo realista no podía ser preso sin permiso de su gefe. No hay mas gefe, contestó muy enfadado el Comandante, que yo en el pueblo: esos permisos no son mas que motivos para entorpecer por lo menos la administracion de justicia; y por lo mismo que es V. realista, debía V. estar mas pronto á obedecer á los encargados del Rey, y no desacreditarle del modo que V. lo hace.

No tuvo otro remedio el Sr. realista que conformarse á la fuerza, y darse preso. Y despues que el Comandante de la tropa hubo registrado la posada, y recogido ciertas alhajas que encontró, y llevaba puestas en una lista, recibió declaracion á todos los que allí estaban, y llevándose al posadero, quedó un sargento con seis soldados encargados de la casa. No sabemos lo demás que sucedería, ni en que pararía la prision del posadero: porque cuando fué hora, cada cual se dispuso y dejó la posada para continuar el viaje, pagando al sargento los gastos de hospedaje.

CAPITULO 9.

Las brujas de las ventas de la Pajanosa.

Si la aventura que se ha referido en el capítulo anterior es chistosa y singular, no es menos graciosa la que se vá à contar en este. Por ser costumbre en los arrieros el no salir de sus costumbres, pararon en las ventas llanadas de la Pajanosa que distan de Sevilla cinco leguas, pudiendo haber arribado á Santiponce segun la hora que llegaron á aquellas. Eleuterio, Elena, y su primo se fueron los tres para entretener el tiempo, á ver un cortijo que está inmediato. Cuando regresaron, era ya puesto el sol, y á tiempo que llegaban á la misma posada otros viajeros que habian salido de Sevilla aquella misma tarde, uno de ellos al parecer platero, y los otros cuatro, pues eran cinco, caballeros propietarios. Hacia alguna calma, la noche se presentaba serena y muy estrellada; por lo que Eleuterio con sus dos amigos huyendo del bullicio de la posada, sacaron unas sillas á la puerta para disfrutar de noche tan hermosa. El platero y los caballeros hicieron lo mismo, luego que merendaron.

Al poco rato llegaron á la misma posada otras tres personas, que por sus trages parecian monjas. Eran dos mugeres, la una como de cerca de 60 años con una nariz y una barba que se venian á encontrar una con otra; los ojos muy pequeños y hundidos apenas se le veian; cejas no tenia; ni pestañas, sin duda ó nació sin unas y otras, ó en alguna pelotera se las arrancaron, ó de mucho sudar se le habrían caido: pero à falta de cejas y pestañas tenia unos vigotes tan largos y canosos que parecia un granadero muy veterano: en vez de sombrerillo ó pañuelo á la cabeza, traia toca, y una mantilla muy larga y redonda; la basquiña y jugon eran de sayal franciscano; y de la cintura colgaba una camandula, ó rosario muy grande. Con todos estos trebejos, la fisonomía de su cara, y figura de toda su persona, presentábase la beata mas completa. La otra que venia con ella, llevaba puesto un sombre-

rillo negro con velo del mismo color que la tapaba la cara, por lo que no se la pudo ver si era bonita ó fea, moza ó vieja: solo si el talle manifestaba alguna finura y elegancia, apesar que un vestido todo negro que llevaba de la hechura de una túnica, no dejaba observar bien las perfecciones de su cuerpo esbelto. Las dos iban cada una en su jaquita, y un gitano haciendo de escudero, sin mas equipaje que unas alforjas.

Cuando estos personajes llegaron á la posada, los que estaban en la puerta sentados, se quedaron mirandolos como quien vé visiones, sin poder formar idea de lo que veian, y tanto miraban. Las dos ginetas no bajaron de las caballerías en la misma puerta; sino que lo hicieron en un rincon escusado de la posada donde nadie las viese, tanto que el mismo escudero que llevaban, no hizo mas que cantar las jacas, poner una silla de modo que las Señoras por si solas pudiesen bajar mirando á la pared del rincon y dentro del circulo que hacian las caballerías, no las pudiesen ver al tiempo de apearse, y evitar asi el que alguno cayese en tentacion si por casualidad veian las piernas, como es muy fácil, y sucede las mas veces que una muger baja de una caballería. Todo este cuidado y compostura decia bien con el ropaje que vestian.

Mas no obstante todo este recato, la vieja se agarró de la otra que parecía mas jóven y viuda, y ambas salieron á la puerta, y se sentaron entre los que allí estaban. No pudieron disimular los que componian la tertulia, la alegría que les causó la presencia de aquellas dos raras mugeres. Ya creian unos y otros que iban á pasar la noche muy divertida, aumentándose la tertulia con dos personas que por su rareza serían el objeto de la diversion. La vieja leyó esto mismo en el semblante de todos, alegrándose mucho de la alegría de aquellos, como mas adelante se dirá. Por lo que aceptó gustosísima el asiento con que la brindaron á ella, y á su compañera. Y luego que se hubieron acomodado, uno de los caballeros deseosísimo de saber que personas eran aquellas dos mugeres, preguntó á la vieja ¿que significaba aquel hábito, y aquel luto, y velo de la compañera?

No pudo hacerse una pregunta mas oportuna para lo que la vieja intentaba: y aprovechándose de la ocasion, empezaron á suspirar y llorar las dos beatísimas mugeres, sin contestar cosa alguna al caballero. A este se le avivaron mas los deseos de saber

quienes eran, y sus contertulios entraron tambien en gana de saber lo mismo. Esto era lo que buscaba la pícara vieja, y observándolo todo por sus ojinos, prosiguió con sus lamentos y llanto tejiendo en el telar de su infernal astucia la tela de sus enredos; y la del velo sin necesitar que la pellizcasen, pues estaba cuasi maestra, ó maestra del todo, lloraba y gemía al compás de la vieja, y ámbas hacian el duo mas patético.

Enternecidos los de la tertulia esforzaron la demanda para que manifestasen las dos mugeres sus desgracias, prometiendo remediarlas en cuanto pudiesen. La vieja entónces, astuta como ella misma, no dejó pasar esta coyuntura tan favorable para poner en ejecucion sus planes, diciendo que era muy larga de contar su historia, y muy lastimosa para recordarla á la dolorida que veian vestida de luto. Esta como si la hubiesen instruido de antemano y preparado para este caso, apretó mas en su llanto, y fingió un pequeño accidente. Todos los de la tertulia se levantaron á auxiliarla, y luego que volvió en sí, ó hizo que volvía, la llevaron á una estancia inmediata á la que tenian ocupada los caballeros. Así que la trasladaron, la vieja les suplicó que se retiraran dando las gracias por lo que habian hecho en su auxilio, y prometiéndoles que luego que se aliviase la doliente, bajaría á contarles la historia de aquella infeliz muger, pues era imposible contarla delante de ella sin esponerla á otro accidente; y que mejor estaba sola, y sin oír á nadie. En efecto, se retiraron los que habian acompañado y ayudado, dejando solamente en el cuarto á la vieja con la dolorida, y á la puerta quedó el escudero jitano.

Pasado algun tiempo bajó la vieja á cumplir con lo ofrecido, y acomodándose en la silla que la pusieron, dió principio á la historia en los términos siguientes= La desgraciada que habeis visto, señores, es hija de una de las familias mas distinguidas de Estremadura. Sus pañales fueron de holanda, su cuna de ebanó chapeada de oro, y colgada con tela de lo mismo. Yo que quedé viuda de un capitán en el año de 1809, y que á pocos dias de haber nacido esta niña, se me murió á mi otra cuasi del mismo tiempo, entré en casa de sus padres que me rogaron para criarla dándola el pecho. Quanto mas dias pasaban, mas amor la iba teniendo, contribuyendo muchísimo á tanto amor no solo el criarla, sino la casualidad de hacer tau pocos dias que habia muerto la

que tantos dolores me costó; por lo que pareciéndome que era la misma, la llegué á amar tanto como si la hubiese parido. Mucho lloré la muerte de mi marido, porque me mantenía, y sostenía el lujo que yo gastaba como una Reyna, mandando mas que él con ser capitán. No podré nunca olvidar un marido tan complaciente y bendito, y verteré siempre abundantes lágrimas á su memoria...

Pero apésar de tanto como le quería, quiero todavía mas á esta desgraciadísima jóven, y la he querido siempre; porque cuando la estaba criando no dormía, ni sosegaba las veces que yo conocía tuviese alguna desazon con algun pequeño flato que se padecen en la niñez. Todavía me acuerdo de una noche que se puso tan inquieta mi pobrecita de resultas de unas papas mal hechas que la dió una de las criadas, que yo parecía una magdalena sin dejar de llorar, y mi carita santa, que no tenía cuatro meses, conociendo mi sentimiento y no pudiéndose explicar con su linda boquita, alargaba sus manitas teniéndola yo en el regazo, y la benditona fijando la vista en mí, parecía me quería consolar, y decirme que no llorase, porque lo que padecía, no era nada.

Bien saben VV. que en las casas grandes, entre la gente de alto tono es usanza muy antigua la de no criar los hijos, ni llevar cuenta con ellos. Razon porque estos estiman mas á las que les han dado el pecho, y á los criados con quienes se han criado, que á los que les han dado el ser y son sus padres. Hago esta advertencia para que VV. no estrañen si en la narracion de esta historia digo que mi hija de leche me quería mas que á sus propios padres, y que para casarse, fuí primero consultada yo, que aquellos. Pero tampoco infieran VV. de aquí que ella no los ha querido, porque los ha estimado siempre muchísimo, y los quiere todavía con estremo. Y una de las pruebas de que es así, es el gran deseo que tiene de verlos y de abrazarlos, tanto que, despierta muchas veces á media noche, y con los vivos deseos que tiene de llegar á los brazos de sus padres, dispone inmediatamente la marcha, sin detenerse en considerar lo intempestivo de la hora, ni los peligros del camino, en nada se detiene; y nosotros tenemos que seguir su gusto sin hablarle una palabra, por ver si dejándola hacer lo que quiere, conseguimos algun alivio en sus muchas penas, porque peor fuera, y mayor sentimiento y trabajo para mí, si las penas acabasen con ella en el camino. Por lo que,

advierto á VV. que si por casualidad ven que dentro de dos horas, ó de tres nos ponemos otra vez en camino, no lo estrañen, por la razon que he dicho. Ni tampoco estrañen VV. que no llevemos mas equipaje que el que VV. habran visto: porque ha sido disposicion de mi hija de leche que ha gustado caminar de este modo.

Nada de cuanto V. diga estrañamos, Señora, dijeron los que la oían; y estamos ya con vivas ansias por saber pronto los principales sucesos de la historia que nos ha empezado á contar de esa señorita, á quien V. quiere tanto.

La sagáz vieja que conoció se iba el auditorio fastidiando un poco, porque no se referían cosas estupendas, acontecimientos estraordinarios, y hechos espantosos, les suplicó tuviesen un poco de paciencia; y para que ninguno se fuese mientras su hija de leche y el escudero hacian lo que habian ya dispuesto hacer, les dijo que ya iba á llegar á lo principal de la historia; y para mas entretenerlos les picó la curiosidad, ponderàndoles que iban á oír los sucesos mas grandes, y las aventuras mas raras, que jamás habrían oído, ni era facil volviesen á oír otras iguales. Y continuó del modo siguiente=

Contaba ya doce años la hija de mi corazon, quando advertí una noche, pues dormíamos juntas en un mismo aposento, que no tenia sueño tranquilo. A la mañana del dia siguiente fijé mas la atencion en ella, y observé que estaba distraida. No quise por entonces preguntarla cosa alguna, conociendo que con mas que observase, podría obligarla mas, porque podría disimular menos. Pero habiendo observado lo mismo en los dias sucesivos, y advertido mas inquietud que antes, me resolví á preguntarla; que era lo que sentía? si estaba mala? Me contestó que ningun sentimiento tenía, y que á Dios gracias se encontraba muy buena. Me pareció prudente no insistir en la pregunta. Pasados dos dias volví á preguntarla que sentía, que me lo declarase sin miedo alguno, que no debía dudar un momento de mi entrañable amor, y que por lo mismo cualquier cosa que me confiase, no saldría de mi pecho; que se declarase, y no fuese niña; pues yo tenía advertido que en muchas noches no hacía sueño tranquilo, y habia observado además que andaba muy distraida, Con esta fuerza que yo la hice, obligué tanto á la mi alma que ya vino á decirme la verdad. En-

tonces me declaró que hacía mas de un mes que soñaba todas las noches, que en su aposento entraba un jóven muy hermoso, y vestido muy elegantemente como si fuese un príncipe: que este despues de estarla contemplando por algun tiempo desde la puerta del aposento, se acercaba à su cama, y postrándose de rodillas, la presentaba una corona que un cupidito recibía de las mismas manos del jóven príncipe, y la ponía luego en la cabeza de la hija de mis entrañas. Que al tiempo de estarla colocando, despertaba de pronto, y desaparecian aquellas dos angélicas figuras, quedando tan rendida, que aunque luego volvía à dormirse, era siempre con un sueño pesado.

No me pareció tampoco oportuno declararla en aquella ocasion que tambien yo tenía sueños iguales à los suyos. Como eran que un gallardo jóven vestido de ricas telas, montado magestuosamente sobre un blanquísimo caballo, paseaba todos los dias por la puerta de casa seguido de un lucidísimo acompañamiento de jóvenes á caballo, todos castaños y tan iguales que parecia una tropa de ángeles, porque todos eran blanquísimos, y con el cabello ensortijado. Tampoco me pareció conveniente declararla la observacion que yo había hecho en las rayas de sus manos, por las que se leía su destino de casar con un príncipe desconocido, y que este había de morir à poco tiempo. Todo esto la oculté por no darla mas motivo à sus sueños, y evitar que con ellos tuviese mayor inquietud.

Así continuamos por espacio de dos años, hasta que en el de 1822 llegó al pueblo un personaje muy parecido al que nosotras habíamos soñado. Era jóven y buen mozo; su porte el de un grande príncipe, porque vestia uniformes bordados todos de oro, cadenas y sortijas de un valor inapreciable. Los que le acompañaban, que tambien eran jóvenes hermosísimos y ricamente vestidos, aunque familiares suyos, parecian grandes señores en todo. Ya hacia cuatro dias que estaban en el pueblo, cuando una tarde que estábamos sentadas las dos en un balcon haciendo labor, como teníamos de costumbre, le vimos venir acompañado del papá de mi niña que se dirigian á casa. No puedo decir que efecto causaría esta repentina novedad en el corazon de mi hija. Porque á la verdad, yo no fui dueña de mí para poder observar lo que pasaba en el corazon de otro, cuando en el mio sentí una palpi-

tacion tan violenta que sin cesar hacia *tras ti, tras ti, tras ti*. Baste decir que en todo el tiempo que yo estuve como enagenada reflexionando sobre lo que pasaba dentro de mí, no advertí que mi niña se había marchado dejando la labor que estaba haciendo. Luego que volví en mí, y ví que se había ausentado, pregunté por ella á una doncella que con nosotras estaba tambien haciendo labor, y me contestó que su papá la habia llamado, y seguía en la visita con el caballero que poco antes habia entrado con él. Con esta contestacion de la doncella, con lo que habiamos ya visto en el caballero, y con el *tras ti* de mi corazon, acabé de convencerme de la verdad de nuestros sueños. Al fin me persuadí todavia mas con lo que despues al tiempo de recogernos me dijo mi hijita; porque antes no habiamos podido hablar á solas á motivo de que la visita duró hasta media noche, y el caballero cenó en casa, y en todo aquel tiempo no faltó del estrado mi niña hasta que se fué el caballero, y ella vino à buscarme á nuestra habitacion.

Ahora que estamos solas y en libertad de hablar, madrecita mia, me dijo, voy á manifestaros todo lo ocurrido en esta noche respecto à mi, y á que me aconsejeis en el asunto mas importante de mi vida. Ya hace un año que os espliqué el sueño misterioso que tanto me desvelaba. El jóven que ha estado cenando esta noche en casa es el mismo, no hay duda, es el mismo que en sueños se me presentaba todas las noches en los términos que os espliqué. Nuestros ojos se han estado encontrando todo el tiempo que ha estado en casa; durante la cena son muchas las finezas que me ha hecho; mi corazon no ha dejado de palpar anunciándome que el jóven que estaba viendo, era el mismo que habia visto en sueños; y mi padre por último en el poco tiempo que conmigo ha hablado á solas, tambien me lo ha indicado en la pregunta que me ha hecho, preguntándome si me agrada el jóven que ha cenado en casa, y si con voluntad libre le recibiría por esposo. Yo aun no le he dado una respuesta decisiva, esperando consultar este asunto con vos. Y para que podais hacerlo con mas acierto, debo manifestar que tengo inclinacion à este jóven desde mucho antes de verle en su propia persona, y de deciros que le amo con un amor irresistible.

Calló el piquito de oro, y quedó esperando el consejo que la

daba. Yo no quise diferirlo para el día siguiente, por evitarla una mala noche dándola que pensar con mi silencio. Hija mia, la dije, el estado que abraze la criatura, debe pensarse mucho, porque como tu misma has dicho es el asunto mas importante de la vida. A los padres que han de casar sus hijos, y á los mismos hijos, que son los mas interesados en el acierto, y á todos juntos les conviene pensarlo bien. Tu padre manifiesta mucho juicio en las preguntas que te ha hecho, y tambien que te ama muchísimo. Porque hay padres que consultando solamente con sus intereses, violentan á sus hijos para que abracen un estado contrario á su voluntad, y de este modo los hacen infelices. Tu lo quieres á él, y él te ama á tí; los dos sin haberos visto, os amabais ya, es claro que es dirigido por el cielo este matrimonio. Estas cosas y otras parecidas á estas la dije, como muy instruida yo en ellas, por haber sido muchísimas veces casamentera; y la dije mas, que los que se casan, son felices si se tienen amor, si la muger no es mas rica que el marido, si las edades no son muy desiguales, si la hermosura de la muger es decente, pero no estremada, si no son prodigos ni avarientos, en fin si la muger es callada, sufrida, y paciente. Todas estas cualidades se hallan en vosotros; y á mas tus sueños, y los mios, que te he ocultado porque no cabilases, confirman que es voluntad del cielo que os caseis.

Pero ya es tiempo que sepas los sueños que yo he tenido muy parecidos á los tuyos. He soñado por varias veces que un capitán de guardias que acompañaba á un príncipe incógnito, pretendía mi mano. Y cuando he visto al sujeto que acompaña al jóven que pretende la tuya, me ha parecido ser el mismo que yo he soñado. Si estos dos hombres es el uno príncipe y el otro capitán ¿que necesitamos consejos, ni para que perder tiempo en pensarlo, si estos casamientos se conoce que los hace la divina providencia, porque de otro modo no era posible que ajustasen tan bien los sueños con la realidad?

¡ Ah madrecita mia!...; y cuanta razon tiene V.!... Pero falta todavía saber si el que me quiere y pretende, es príncipe, y el que V. quiere, es Capitan. Pues supongamos, la contesté yo, que ni el uno es príncipe ni el otro es capitán. Tu estás enamorada del jóven que parece príncipe?.. Si que estoy, dijo mi niña, no percibe V. el golpeo de mi corazon que parece se quiere hechar fue-

ra del pecho, para unirse al de aquella belleza?. Si que oigo, la contesté, y tu tambien debes oir el *tras ti, tras ti*, que trae el mio. Asi no hay para que hablar mas. Nosotras nos morimos por ellos, ellos nos han venido à buscar, estos casamientos hace un año que están anunciados por medios milagrosos, y los novios son por lo menos riquísimos. Asi queden aprobados los dos, y bamcnos á dormir, para si mañana se celebran las bodas, que estemos descansadas y con fuerzas para gozarlas.

No dormimos mucho porque el esceso de alegría nos desveló tanto que, la noche se nos hizo tan larga como un siglo. Antes de ser dia ya estabamos en pie sacando de los baules todas las joyas y ropas viendo y reviendo los vestidos sin poder acertar entre tantos, cual nos habiamos de poner que mejor nos dijese. Asi estuvimos por dos horas sin determinarnos, hasta que por último ya convenimos en los que habian de ser. En seguida, las doncellas nos sirvieron el desayuno, que lo hicimos muy ligeramente, y despues de habernos labado bien, peinado y perfumado, que en todos estos officios emplearíamos seis horas ó mas, nos pusimos al balcon á ver venir los luceros de nuestro feliz dia; pues es de notar que ya sabíamos nosotras que aquel dia era el destinado para pedir la mano de la niña de mis ojos: y aunque nada se había tratado de mi, yo lo daba por supuesto, porque donde vá el caldero vá la sogá, y no podían faltar nuestros sueños.

Ya era hora de comer cuando se presentaron los dos amantes, á nuestra vista mas gallardos y mas hermosos que nunca. Con sus brillantes vestidos quedamos deslumbradas, y con la gentileza de sus personas fuera de sí. Las lenguas se nos anudaron; las orejas se nos pusieron encendidas: y los corazones empezaron con el martilleo de *tras ti, tras ti*, tan violento que no nos dejaba respirar. Empezaron los saludos y la salva de cumplimientos, ellos desde la calle, y nosotras desde el balcon. Avisado el Sr. Marqués de que llegaba el Príncipe, salió de toda etiqueta à recibirle á la escalera. La mi Sra. la Marquesa estaba de toda gala en el salon de palacio, y luego entramos nosotras á hacerla compañía, habiendo salido con el Sr. Marqués acompañándole un hidalgo amigo suyo, el capellán de casa, y el mayordomo, únicas personas que habian de asistir á las bodas; porque fué condicion precisa puesta por el incógnito Príncipe que no habian de concurrir otras á este asunto,

ni tener noticia de él otra persona alguna. Porque de lo contrario haciéndose público, cada uno hablaría á medida de su gusto, y no faltarian personas que envidiosas de la fortuna de la Señorita, pusieran en duda el alto nacimiento del que pretendia su mano; y de aquí, como sucede, saliesen los chismes y los enredos.

Luego que el Príncipe con su acompañamiento entraron en el gran salon donde estabamos nosotras, volvió á empezar de nuevo el tiroteo de cumplimientos. Concluidos estos, el Príncipe se puso á cortejar á su futura esposa, y los demas á hablar de caballos, de perros, y de escopetas; y yo á mirar á mi sol, que cuanto mas le miraba, y le remiraba, y mas trabajaba haciendo bailar á mis ojos, él ya fuese por vergüenza, ó ya por no faltar á la conversacion en que estaba con los demas Señores, no correspondía; verificándose aquello que dice el adagio para esplicar el deseo de una cosa que no puede conseguirse = *que los ojos se abalanzan, los pies cansan, las manos no alcanzan* = Por último pude dar algun alivio á mis deseos cuando quedamos solos en el salon con el hidalgo y el mayordomo de casa. Porque el Príncipe, los Señores Marqueses, la Señorita, y el capellan se retiraron al gabinete á ajustar la boda. Entónces como yo quedé haciendo las veces de mi Señora la Marquesa, mi señor capitan de guardias teniendo que mantener conversacion conmigo, se esplicó alguna cosita, aunque no tanto como yo deseaba. Sin embargo, no formé queja de esto, á causa de atribuirlo á cortedad, y á que no se esplicaba bien en español.

Salieron los Señores del gabinete habiendo ya concluido los tratados matrimoniales, y vueltos al salon, el Sr. Marqués nos dió parte de la boda ajustada entre su hija y el consabido caballero, que se reservaba para otro dia decir quien era; y que por entónces bastaba supiesen que daría muchísimo lustre á la casa; y que el matrimonio se habia de efectuar al otro dia siguiente, aunque fuese sin despachos, por convenir asi, y para que pudiesen inmediatamente marchar los dos esposos á su destino, y hacer luego público y solemne como correspondía el matrimonio celebrado. Recibieron las enhorabuenas del caso, yo apreté á mi hija entre mis brazos derramando en su pecho copiosísimas lágrimas de alegría. En seguida me preguntó el Sr. Marqués si era gustosa en acompañarla, pues sola yo podia hacerlo, y no otra persona segun

estaba convenido. Consideren VV. Señores, qué contenta me pondría yo con esta proposicion que me hizo el Marqués, y si iria gustosísima acompañando á la hijita de mis entrañas, y en compañía de su esposo, y del capitan de guardias á quien tanto había empezado à querer por parecerme un hombre tan bueno. Al instante, y sin tener que pensarlo, contesté al Sr. Marqués que era gustosísima en seguir á mi Señorita, de quien no podia separarme, á no separarme la muerte.

Convenida en que acompañaría á los Príncipes, se dispuso la comida, y el regio novio suplicó al Sr. Marqués que yo tambien me sentára à la mesa con ellos, porque era muy puesto en razon, en correspondencia y obsequio del amor tan entrañable que yo profesaba á su esposa, la que me tenia por su segunda madre. La comida duró hasta las once de la noche habiendo empezado á las cinco de la tarde. Lo restante del tiempo hasta las tres de la mañana, hora en que cada cual se retiró á dormir, se pasó en oír cantar y tocar el piano à mi niña la princesita, y en juegos de prenda, que eran de mi mayor gusto por la utilidad que de ellos sacaba hablando con mi capitan de guardias, diciéndole al oído tantas cosas cuando por una prenda me condenaban á contentar, que ya tanto le decia que el bueno del hombre parecia iba entendiendo mas la lengua española, segun se le observaba en sus ojos cuando me miraba.

Al otro dia, el capellan de casa casó á los novios en el oratorio habiendo sido testigos el capitan de guardias, el hidalgo amigo del Sr. Marqués, el mayordomo y yo. Mientras se celebraba el matrimonio, yo tenía fijos los ojos en el capitan que estaba sonriéndose, y en cuya sonrisa advertía yo me quería decir= que pronto nos veríamos en igual lance, y que él lo deseaba como yo= Con estas esperanzas me sabía todo á dulce, todo á gloria, y pasaba las horas mas divertidas y alegres. A los tres dias de bodas, mi capitan de guardias á nombre de su amo se entregó de la dote de mi niña, que entre alhajas, ropas, y dinero se puede asegurar ascendía todo á mas de cuatro millones de reales, lo mas en oro: porque ropas no fueron mas que las precisas á causa de que el príncipe dijo que no le convenía llevar mucho equipaje en razon de tener que caminar á la ligera. A los dichos tres dias fué la despedida cruel, y el Sr. Marqués con el

hidalgo su amigo, el capellan y el mayordomo nos acompañaron hasta Monasterio cuatro jornadas de casa. Y nosotros via recta llegamos à los dos dias á Sevilla. Estuvimos en esta ciudad un dia; y en seguida nos embarcamos en el vapor para Sanhúcar. Luego pasamos á Cádiz, y á los muy pocos dias de estar en aquella lindísima poblacion, nos declaró el Príncipe su pensamiento para sí conveniamos con él. ¡Jamás hubiesemos convenido!... ¡Nuestras desgracias vienen de lo que entónces se resolvió!...

Fué el caso, y les pido á VV. ahora que presten toda su atencion á lo que voy á referir porque es donde dá principio nuestra desventura, fué como iba diciendo el caso que el Príncipe recibió un pliego en que le daban noticia sobre los alborotos que habia en su reino con motivo de su ausencia, suplicándole sus leales que se pusiese inmediatamente en marcha para su reino si quería conservarlo, pues con su sola presencia se calmarían los alborotados. Con este motivo el Príncipe nos dijo, despues de habernos leído el pliego, ya ven VV. que sin detenerme un momento debo partir luego; que esta marcha es muy precipitada para princesas, y que para hacer mas breve el viaje, debo hacerlo por agua, cosa que no à todos conviene, particularmente á las Señoras delicadas. Por lo que me parece mejor, salvo el parecer de S. M. mi princesa, que quedeis en Cádiz mientras yo paso con la celeridad del rayo à poner paz en mi reino: que sosegado pronto como lo espero, haré público mi casamiento, para venir en seguida en busca vuestra, y que entreis con todo sosiego y por tierra, y con toda la pompa que conviene á una Princesa cuando entra en su reino á tomar posesion de él. Y para evitar cualquier insulto que pudiera suceder, si algun picaro llegase á oler las riquezas que traeis de casa de vuestros padres, me parece conviene tambien que las embarque conmigo, quedando solo en vuestro poder el dinero preciso para la subsistencia en Cádiz, viviendo con la decencia y comodidad de un particular, para de este modo evitar que sospechen de si sois Princesa, y asi podais vivir mas segura y tranquila.

Nosotros, como se ha dicho, accedimos á este pensamiento del Príncipe, aunque con bastante sentimiento nuestro: porque si por una parte nos convencian sus razones, por otra el corazon nos anunciaba mal. Así fué: porque á los 20 dias de haberse embar-

cado, se presentó uno de los criados con la infausta noticia que el Navío donde iba el Príncipe había naufragado, y perecido todas las personas excepto cuatro marineros, y el que traía la noticia que á salvo de unos maderos pudieron librar de la furia del irritable mar. Nosotras que no estábamos preparadas para esta noticia, quedamos mortales cuando nos la dieron. La gente de casa fué avisada por el criado, salieron en busca del médico que llegó al momento, y con el auxilio del arte fuimos volviendo en si saliendo de aquel mortal accidente. Recobradas las fuerzas, y tranquilizados mas nuestros espíritus á fuerza de tiempo, determinamos encerrarnos en un convento para acabar de pasar el resto de nuestros dias. Pero siendo la voluntad de mi hija ver antes á sus padres, nos dirigimos ahora á casa de estos. Y he aquí, Señores, nuestra historia: que yo voy ahora á ver con permiso de VV. que es lo que quiere mi viudita, porque me parece haber oido que llama Juanillo nuestro criado.

Retiróse la vieja; y á poco tiempo bajó con la viudita de sus entrañas, y mientras el Juanillo aparejaba las jacas, ellas se despedían de la tertulia que se habia formado á la puerta de la posada. Todos los que allí estaban, trataron de disuadir á la viudita para que desistiera de una marcha tan intempestiva á aquellas horas, haciéndola ver los riesgos y peligros del camino no llevando mas compañía que un hombre. Pero todo fué inútil. Las dos montaron cada una en su respectiva caballería, y Juanillo á pié se puso á caminar delante con una porra al hombro tan grande como el porron de un tambor mayor.

Ninguno de los que allí estaban, estrañaron la marcha aquella tan á deshora, y tan á poco de haber llegado, por lo que ya la astuta vieja les habia dicho y advertido; con cuya prevencion nada sospecharon, y dejándolas ir, pasaron lo que faltaba de tiempo hasta recogerse, en hablar de la peregrina historia que habia contado la vieja. Uno decía, que segun el juicio que habia formado por el relato de la historia, el héroe de ella que se decia príncipe incógnito, debia ser un grandísimo pícaro de los muchos que siendo unos grandes ladrones sin salir á los caminos, roban á mansalva en las ciudades fingiéndose unos personajes. A esto se oponía el primo de Elena diciendo que el tenía por verdadera la historia que habia contado la vieja; pues aunque era bastante pe-

legrina, sin embargo nada había de que admirarse en unos tiempos que, se veían á los príncipes andar de incógnitos fuera de sus reinos; y que por otra parte no podía menos de ser así, cuando el Marqués no había reparado, y había estado tan pronto á entregar su hija; lo que no hubiera hecho á no estar bien seguro de la cualidad del pretendiente; y que por último, no era facil que este se hubiese fingido príncipe por tanto tiempo, sin que la policía le hubiera descubierto= Pero á esto contestó otro, que si bien era cierto que los principes andaban fuera de sus nidos volando de una á otra parte, como pájaros asustados y temerosos, no obstante un príncipe que así anda, no se detiene á capitular bodas. Que el Marqués tratase de averiguar la certeza de la personalidad del pretendiente, era lo primero que debió de hacer. Mas el pretendiente pudo legitimar su persona con cualquier papel mojado, con tal que tuviese grabadas muchas armas, muchos escudos, llenos de leones, águilas, castillos, y flores lis; y con estas cosas, y otras como estas rebujadas con algunas patrañas bien estudiadas, y con pensar que un príncipe iba á enlazar con su hija, era lo sobrado para que el Sr. Marqués quedase satisfecho y repleto, y el capellan consejero suyo quedar mas que el, porque es bien sabido lo que unos y otros son. La policía ya se sabe lo que es, porque es bien público que á un hombre de bien se le llena el pasaporte de notas y rutas, y á un bribon se le encuentra robando con la carta de seguridad en el bolsillo= Cada cual de los que habian oido la historia, dijo su parecer, habiendo, como sucede siempre y en todas las cosas, diferentes opiniones, unas contrarias enteramente, otras no tan opuestas, pero ningunas conformes. Por último llegó la hora de marchar, y entonces vieron con sus propios ojos, y algunos á costa de sus riquezas, el verdadero resultado de la historia del príncipe incógnito. Y fué de esta manera=

Mucho antes de venir el dia, cuando ya hacía mas de cinco horas que la vieja y la princesita se habian marchado, y despues de haberse estado rompiendo la cabeza los que habian oido la historia contada por la vieja, sobre su verdadera inteligencia, causados ya de hablar de ella sin poderse convenir en cosa alguna, trataron tambien ellos de ponerse en marcha, unos para llegar á Sevilla á buena hora, y otros para hacer una jornada de

diez ú once leguas. Con este motivo cada cual se retiró á recoger su equipaje, y al tiempo que el criado de uno de los caballeros cogió las maletas para bajarlas, se cayó el hierro de una que atraviesa los anillos con que quedan cerradas. Esta novedad llamó la atención del amo que la había cerrado, y que conservaba en el bolsillo la llavecita del candado que asegura el hierro. Hace que el criado vuelva á poner sobre la mesa la maleta, desabrocha las correas, levanta la tapa, y advierte que el hierro está partido. Al pronto, esto no le hizo novedad por haber podido suceder muy bien con un golpe, ó haberse sentado encima de ella. Pero cuando registrando esta, no encontró un bolsillo de onzas que guardaba, ni tampoco una caja de ricas sortijas con un aderezo de un valor extraordinario que llevaba para regalar á la novia, entónces dió un grito que atronó á los que estaban despiertos, y á los dormidos los hizo despertar, y salió de su habitación dando voces como un loco, diciendo, ya, ya dí yo con la verdad de la historia que ha contado esa bribona vieja; donde está que la quiero matar, venga mi caballo y escopeta que voy en su busca para hacerla migas= Toda la posada se alborotó, y puso en alarma, y enterados los demas de lo sucedido con el caballero gritante, unos principian con mucha prisa á desliar baules, otros á desabrochar maletas, y alguno que tenia ya cargado, vuelve á descargar fardos, y todos muy afanosos y con gran cuidado se pusieron á sacar ropas y otras cosas que llevaban, para ver si les faltaba algo, y habian sido tambien robados. Por manera, que la posada presentaba una revista de ropa como la que hacen los militares gefes cuando zelan y cuidan del buen órden y aseo de sus batallones.

Estando en esta faena sale otro caballero tirándose de los pelos, y publicando que á el tambien le habian robado todo el dinero que llevaba en la maleta como cosa de 20, 2 rs. en onzas de oro, y una cadena con su correspondiente reloj guarnecido de diamantes que valdría 30, 2 rs. En seguida salió tambien el platero hechando barajos que hacian temblar la venta, y diciendo que le habian robado la caja donde guardaba las cosas de oro fino, perlas y diamantes, que entonces la tenía llena de estas alhajas, y ademas de esto le habían llevado muchísima plata, que todo lo robado ascendería á mas de medio millon. A Eleuterio y sus amigos

Elena y su primo nada les robaron, porque ni llevaban mas que unas ropas muy usadas, y un poco de dinero en el bolsillo de la que tenían puesta, ni aunque hubiesen llevado mucho en las maletas, como se acomodaron en un rincon del zaguan de la posada, no era facil hacer el robo á vista de la gente que entraba y salía continuamente.

Así que sosegaron un poco los robados, y que ecsaminaron el modo cómo lo habían sido, vieron que el hierro de las maletas y las cerraduras de los baules habían sido serrados con algun muelle de reloj. Y entonces conocieron que la historia que la vieja había contado, era una patraña estudiada con el fin de entretenerlos cebando su curiosidad, para dar lugar á que la princesa con el bribon del escudero hiciesen el robo. Y por esto cuando la picarona de la vieja refería la historia, hacía grandes pausas, lloraba á veces, gargajaba otras, y siempre tuvo cuidado de hacer á sus oyentes alguna advertencia, cuando conocia que estos podian entrar en desconfianza; como fué la que les hizo de que no estrañasen, si marchaban á hora intempestiva de la noche. Esta advertencia fué hecha con la idea de que no entrasen en sospechas, y registraran en seguida sus equipajes; pues aunque tenían las llaves de los cuartos en el bolsillo, era muy facil abrirlas y cerrarlas con las ganzúas, que son tan abundantes en Sevilla que parece hay fábricas de ellas; y tan poco como se ecsaminan las conductas de los herreros.

El gitanazo del escudero tuvo buen cuidado de volver á liar los baules, y cerrar las maletas atando primero el hierro con una guita, para disimular mas, y tener mas tiempo de huir. Pero dió la casualidad que el hierro de una maleta no quedó bien atado sin duda, que cayó al suelo al tiempo de cargarla el criado con las demas para bajarlas, y esto fué bastante para descubrir el robo; pues estos y los ladrones son siempre descubiertos por estas que llamamos casualidades, que es lo cierto que nunca faltan.

Los robados montaron en sus caballos, y dividiéndose en varias direcciones, dieron espuela en busca de los ladrones. No se sabe si darian con ellos, aunque no era muy facil entre tantos escondrijos como hay en Sierramorena. Eleuterio nada nos dice del resultado de este robo; porque en aquella misma hora que los otros salieron en busca de los ladrones, se dirigió el con sus compañeros de viaje para Sevilla, donde nuevos cuidados y disgustos

vinieron à ocupar enteramente su atencion, como se vá à ver en el capítulo que sigue.

Y estas brujas que andan son, querido lector, las verdaderas brujas; y no las que se suponen que vuelan escediendo la velocidad de las aguilas, y hallándose en todas partes en poco tiempo, y transformándose unas en sapos, otras en gatos y perros. No haga caso de estas últimas; pero si cuidate mucho de las otras que engañan, roban, y envenenan con su malicia y malas artes. De estas hay muchas en el mundo. De las que vuelan, ninguna hay. Porque todo eso que te cuentan de brujas y brujos que vuelan, de hechiceros, mágicos y duendes, todo es falso falsísimo. Todas son fábulas que nacieron en el gentilismo; y la ignorancia, la supersticion, y el interés de algunos las ha conservado en el cristianismo, con ofensa de la divinidad, y escàndalo de la razon.

CAPITULO 10.

Eleuterio y sus compañeros llegan à Sevilla.

Elena y su primo se detienen cuatro dias en esta poblacion; y pasados se despiden de su intimo amigo embarcándose para Cádiz.

Entre siete y ocho de la mañana entraron Eleuterio y sus amigos en Sevilla. El dia era uno de los mas alegres de primavera: el sol estaba claro, y corria un airecito tan suave y grato, que templando el ardor de los rayos del sol, y trayendo del campo los aromas de las flores, embalsamaba y dulcificaba la sangre de todos causando deliciosas sensaciones, y elevando sus espíritus à pensamientos súbimes. La ciudad toda estaba en movimiento con motivo de unas fiestas públicas; sus habitantes vestidos y adornados con ricas ropas y alhajas, se cruzaban por las calles riyendo en sus semblantes el contento y alegría, que parecía que un genio

benéfico dejando el olimpo habia bajado á morar entre los Sevillanos.

Eleuterio que sabía ya por esperiencia que la justa pretension que llevaba, no era bastante fuese justa para salir bien en ella, le pareció que aquella ocasion de estar todos de buen humor, era la mas oportuna para conseguir gracias, y procuró aprovecharse sin pérdida de tiempo, antes que viniera la tristeza ó especie de disgusto que dejan los grandes regocijos luego que pasan. Vistiose al instante de sus manteos quedando tan otro con ellos, que sus mismos compañeros dudaban, si era él. La sota na apenas le tapaba los muslos; el manteo que le llegaba á las rodillas, tenía tantos agujeros que podia verse por el una corrida de toros; las medias que en algun tiempo serían negras, tenían tantos cosidos que parecian hechas de pequeñitas piezas; y el sombrero apuntado que fué á comprarlo á una ropería vieja, le costó dos rs. Luego que se divertieron un poco con tan singular y pronta metamorfosis, declaró á Elena y su primo el pensamiento que habia concebido y empezado á poner en ejecucion, y despidiéndose de ellos, se terció el manteo, y salió por aquellas calles visitando á los Jueces que habian de entender en su asunto, porque cuando fué á comprar el sombrero, se encontró con un condiscípulo que le dió una lista espresiva de aquellos.

Elena y su primo aprobando el pensamiento de Eleuterio, le imitaron queriendo tambien aprovecharse de aquella ocasion de regocijos. Pues hechando cuenta con sus pocos recursos, y viendo que estos no eran bastantes para pasar á Gibraltar, donde pensaban establecerse y ganar la subsistencia el uno con el oficio de sastre que por diversion habia aprendido y la otra con la costura que lo hacía muy bien, calcularon sacar partido del buen humor que reinaba en aquel dia en todos los Sevillanos. Mucho tuvieron que violentarse para poner en ejecucion el medio que adoptaron, que fué el de pedir limosna. Al fin se resolvieron de ir á las casas mas principales, para lo que se informaron primero. En los rostros de ámbos se leia su desgracia escrita con el carmin que el pundo-nor hace salir en las mejillas de las personas de honra y estimacion. No habia mas que mirarlos para conocer que eran personas decentes, y que su mala suerte los habia reducido á aquel estremo. De ningun modo podian ser confundidos con los picaros embanca-

dores que abusan de la bondad de las personas benéficas. Su vergüenza, su modo, y la finura de sus espresiones manifestaban bien á las claras su delicada educacion, su honradéz, y la verdadera necesidad con que pedian. Y bien fuese esta la causa, bien el humor de los sevillanos en aquel dia, ó bien la interesante persona de Elena capáz con su presencia sola de ablandar corazones de bronce, lo cierto es que en cuatro dias que estuvieron en Sevilla, juntaron mas de dos mil rs. Con este dinero hecharon nueva cuenta, que les salió mas à su gusto; porque calcularon que pagado el viaje hasta Gibraltar, les quedaba todavía dinero para subsistir algun tiempo en aquella plaza, interin con su propio trabajo se proporcionaban los medios de subsistencia, dando á conocer su habilidad en coser. Alentados mas con esta idea, se movieron para embarcarse, aunque con el mas grande sentimiento por separarse de su íntimo amigo Eleuterio, que les fué acompañando hasta que los dejó dentro del barco. Tal y tan grande fué el afecto que estas tres personas se cobraron, y el cariño que se tenían ya y tan sensible la separacion que, desde la Ciudad hasta el muelle fueron abismados en un profundo silencio, porque el dolor les ahogaba: nada pudieron decirse al tiempo del embarque, y los abrazos y lágrimas suplieron las espresiones. Luego que Eleuterio perdió de vista el barco donde iban sus amigos, se retiró á su posada, donde le dejaremos ahora que descanse, mientras contamos lo que adelantó en su asunto en aquellos cuatro dias que hacia estaba en Sevilla.

Y Eleuterio encontró los ànimos dispuestos à servir y à hacer gracia, como lo había pensado; pues aunque su pretension era justa como se ha dicho, siempre cuando se pide justicia, se pide tambien gracia, y en esto están conformes todos los formulistas. Hago esta advertencia para que el lector no crea que porque digo encontró los ànimos dispuestos à hacer gracia, Eleuterio no tuviese justicia. Nuestros prácticos están tambien conformes en que es necesario preparar antes el corazon para que tenga cabida la gracia; y teniendo esta primero lugar, luego la justicia donde quiera se acomoda, porque como es una señora tan justa, tan prudente y tan buena en cualquier parte se encuentra bien, y aunque la pisen, no se incomoda y menos chista. En el mismo asunto de Eleuterio tenemos un caso práctico. Aunque à los mas de los se-

ñores hallo dispuestos á servirle, sin embargo el principal entónces porque censuraba los papeles, y titulaban el moderno, estuvo al principio muy irreducible á la razon, no tanto por malicia, quanto por no atinar con el verdadero conocimiento del asunto.

Tropezando con este espantajo, Eleuterio se asustó un poco, porque si es cierto que no era espantadizo, los engaños y falsedades que había experimentado, le habían hecho rezeloso: y esto no se mire como defecto en Eleuterio, sino resultado de los desengaños que tenía ya, porque muchos hombres que se le habían declarado por amigos, le habían vendido luego. Así no hay que estrañar que Eleuterio tuviese desconfianzas, y se asustase de cualquier cosa, particularmente si veía un burro vestido de charvarí... Bien convencido él que la justicia que le asistía, no era bastante para salir airoso en el negocio, y conociendo que así como en el cielo hay Santos que son los príncipes, y validos en la corte celestial, que por su intercesion entran en ella nuestras almas, siendo la proteccion mas segura, si los buscamos con reverente devocion; así tambien no faltan en la tierra Santos y Santas muy milagrosos y milagrosas que recurriendo á ellos, se alcanzan con sus auxilios, las gracias y bienes que se desean, trató de buscar uno que fuese muy rezado. El que encontró era campanudo, el principal santo entonces en Sevilla, muy milagroso, y de aquellos Santos, que son mas que los otros y pueden mas, y traen aparejados ayunos, fiesta de precepto, y repiquetes, y que tienen por preferencia lámpara y velas encendidas todo el dia. Se encomendó á el muy de veras despues de muchas reverencias y padres nuestros, y con su intercesion logró al instante la gracia del Sr. Moderno, que con el favor de tan grande Santon, se hizo luego aquel amigo de Eleuterio. Sin embargo, este acordándose de lo que el Apóstol Santiago escribe en su carta católica que valen mucho las continuas oraciones de los justos para conseguir gracias, no se estuvo ocioso descansando solo en el favor ó proteccion de aquel Santon, sino que corrió por todo Sevilla en busca de algun justo, y sino pudo encontrar lo que buscaba, por lo menos pudo reunir un paquete, y llenar una balija si hubiese querido, de oraciones ó cartas de recomendacion, porque de esto en todas partes abunda, y en Sevilla mas que en ninguna parte, y puestas en versos si se quieren.

Con estas oraciones y con la intercesion de aquel Santon de tanta escelencia, Eleuterio puso su asunto en tan buen estado que ya le daban la enhorabuena; porque lo demas que faltaba para salir bien, consistía en que él lo hiciese bien, lo que no dudaban sus amigos. Pero como nunca falta un diablillo tras de la puerta que lo enrede todo, tampoco faltó en esta ocasion para desgracia de Eleuterio.

Escriben graves autores y varones Santos, que lucifér con la maligna inquietud que usa su protervia anda continuamente en vela, sin darse al sueño, ni al descanso; sino que de dia y de noche vigila indeficiente maquinando tentaciones, y alterando à los hombres para que unos á otros se consuman, á manera de peces: valiéndose su malicia, segun asegura Pelusiota, de las oportunidades que ofrecen los incidentes de la vida, para inflamar los ánimos acia la venganza, á la enemistad, á los recuerdos de la injuria, y à otros efectos de rencor, para sacar de estas irritaciones daños innumerables. Que como lucifér esté muy ocupado en el gobierno del infierno, como Príncipe de los demonios y Rey de las tinieblas, tiene en la tierra un ejército de esclavos que le sirvan, que imitando à su amo, y ardiendo en corage como él es tanto lo que comprende su irritacion y rabia infernal, que si el amparo omnipotente no estorbare su furia, ya estubiera el mundo desierto de personas fieles, y ajustadas. Nada que no sea arruinar à los hombres de bien, sacia el paladar de la ambriente malicia de estos diablillos. Ellos no tienen mas ocupacion que tentar á las gentes, pervertirlas, y engañarlas hasta con el rosario en la mano, y otros actos devotos; pues si están empleados en la sociedad, teniendo alguna obligacion ó cargo civil, no cumplen con él, y se valen de las facultades y autoridad que les dá el cargo, para mas á su seguridad y gusto atormentar las almas, hacer padecer los cuerpos, y arruinar familias enteras: y cuando lo consiguen, esta es su mayor gloria y contento. Son estos diablillos tan enemigos del género humano, y le odian lo mismo que hace su amo lucifér. Respirando el mismo aliento pestifero que este, mas envidiosos, mas ambiciosos. y tan rebeldes como él, todo se les hace poco, quieren ser solos, y se revelan contra Dios. Ellos por arruinar á una persona que les estorbe para sus criminales intentos, cortarán los vientos, correrán toda la tierra, surcarán los mares, revolverán el

abismo concitando sus furias infernales, sin omitir instancia ninguna por conseguir su depravado intento.

Pues un diablo de estos apesar de ser muy gordo, y de andar medio deslomado, se apareció diabólicamente en Sevilla para tentar las almas, y atormentar á Eleuterio. Como el infierno se estiende tanto, y tiene tantos lugares habiendolo en cada uno de estos tantos diablos, el deslomado fué visitando á sus compañeros, y concitándolos contra Eleuterio que estaba muy ageno de lo que le iba á suceder; (porque los diablos son tambien muy políticos, y aunque son los primeros autores de nuestra discordia, entre si tienen su liga, y de comun consentimiento conservan su tiranía) Este diablo deslomado que siempre tenía los carrillos muy hinchados, era por la pez de las botellas de Pepe botello que llevaba en la boca, y sus ojos encendidos, era el azufre de las calderas del infierno que ardía en ellos, y el hedor insoportable de sus narices, era el humo que salía de ellas como de una olla podrida. En las visitas que hacía, escupía un poco de esta pez, dejaba caer algunos lagrimones del azufre derretido, y llenaba la casa con el zahumerio pestífero de sus narices. De modo que todas estas cosas, y cada una de por si, eran sufficientísimas para engendrar mal humor, y peor voluntad en los compañeros del diablo deslomado. Pero este bribon, aunque era un diablo de poco talento, era como todos de muy mala intencion y muy refinada malicia, como el lector conocerá por lo que se vá á decir.

Si tienes memoria, lector querido, y has leído el capítulo 4º de esta historia donde se dá razon del sueño que Eleuterio tuvo en el pueblo en las casas de D. Antonio, te acordarás se dijo allí que habiendo entrado Eleuterio en el salon de los Jueces en aquel lugar de condenados, había un Juez que tenía la cabeza grande, desproporcionada, y corpulenta, como de hombre soñoliento, de ingenio obtuso y flojo; la cabeza crasa denotando pereza, y su frente carnosa y redonda estupidez. Pues este mismo, lector amado, es el diablo deslomado que vino á Sevilla siguiendo á Eleuterio por distintos caminos, para luego sorprenderle en lo mas crítico de la pretension. Ya ves con que malicia caminaba.

Es verdad que hay autores que dicen, que el ir este diablo á Sevilla, fué causa un incubo sucedido á una hija suya. Los diablos se deleitan muchísimo en estos juguetes, y como por chanza se la

pegan à sus mayores amigos, y à sus mismos parientes, usando en esto como en todo lo demas, no de la libertad racional de que son enemiguísimos, sino de lo que se llama propiamente libertinaje.

El caso parece fué, que en casa del diablo deslomado entraba otro vestido de Capitan de Reales Guardias: este se enamoró de una hija del primero, y con voluntad y mucho gusto de la misma creyendo que era efectivamente un Capitan de Guardias, segun debe pensarse piadosamente lo creería, y por consiguiente un hombre honrado y de honor, como debe ser todo caballero oficial, y que cumpliría exactamente su palabra; se concertaron una noche, y la diablilla la niña no reparó mucho en anticiparse á dar lo que otras mas cautas y virtuosas no conceden sino despues que se ha verificado el matrimonio; apesar de ser estas últimas muy censuradas de liberales.

A poco tiempo el Capitan de Guardias desapareció como era consiguiente, y llevóse el diablo lo que la niña guardaba, lo que la niña debió haber guardado mas. El incubo se iba manifestando cada dia mas; y no quedaba ya otro recurso para ocultarlo en lo posible de la curiosidad pública, que el acostumbrado de ir á tomar aires, y beber otras aguas. Determinaron llevar la niña á Sevilla hasta que se desembarazase de aquel mal que padecia, por ser ciudad populosa y apropósito para el caso. Su padre, ya que no podia hacer lo que el Dios Proteo que se apareció, segun la fábula, á la madre de Apolonio, asegurándola que habia de concebir de él, y que estando dormida en un prado, unos Cisnes la despertarian, y rodeada de ellos, al instante pariría sin fatiga alguna, ya que el deslomado no podia hacer lo primero, aunque podia hacer lo segundo, porque los diablos como hemos dicho ni guardan parentesco, ni tienen verguenza, y tienen si bula para todo, por ser unos libertinos, y ya que no hizo lo segundo, cosa que no le habria disgustado, quiso por lo menos asistir á la desocupacion del mal de la niña, para aliviarla con su presencia y un rosario de los que llaman camandulas en la mano, rezando padres nuestros al rededor de la cama de su hija, al modo que los Cisnes rodearon á la madre de Apolonio en igual caso, y terminase la enfermedad de aquella, sin fatiga alguna.

Notarán algunos como cosa impropia que el diablo ande con

rosarios. Pero no hay para que estrañarse. Los diablos se valen de las cosas santas para su conveniencia, y cubrir sus maléficis planes engañando al mundo con capa de santidad. Cuéntase de un demonio, que habiendo servido á un caballero en forma de paje algunos años, al despedirse de el, descubriendo quien era le pidió, que el salario que le debía, lo emplease en comprar una campana para la Iglesia de aquel lugar, que carecía de ella. ¿Quien creerá que el demonio aplica dinero á obras pias? Lo cierto es que esto es muy comun entre los diablos. Estos son muy hipócritas, y asímismos se dicen, y se hechan esta cuenta= Pues ningún bien en la verdad tienes, finge á lo menos de fuera lo que no tienes, porque no seas de todos aborrecido, si por tal fueres de todos conocido.

Tambien otros notarán la calma del diablo deslomado hechándose á dormir sin tratar de reparar la ofensa de su hija, obligando al diablo guardia á que se casase con ella, ó vengándose de el de cualquier otro modo, supuesto que podía hacerlo ocupando un lugar tan distinguido en el infierno. Y aun quando fuese un simple diablo, pudo vengarse siempre, por ser cosa que ellos saben muy bien hacer. Es verdad que quando un diablo ofende á otro, el ofendido aunque sea donado no tarda en desquitarse del ofensor aunque sea un padre general= Se cuenta de la venganza que usó un diablo con otro, que por lo chistoso del cuento lo referiré, porque me parece que mis lectores lo han de leer con gusto, por su chiste y porque tambien viene á cuento, y es como sigue=

Uno de los dos diablos llevaba robada una hermosa muger sobre un caballo de madera por el aire. Viólo el otro, y usando de sus artes le hizo bajar con el caballo, y la dama á la plaza del lugar de donde le habia visto, y donde le hizo estar inmóvil, con gran verguenza suya, á vista del pueblo. Pero él ofendido halló modo de vengarse, usando de las mismas mañas; porque el diablo que le habia cortado el vuelo, y estaba viendo con risa el espectáculo desde una ventana, hizo que se le apareciesen en la frente unas formidables hastas, con que no pudiendo retirarse, porque no cabía la horrenda armazon por la ventana, estuvo espuesto un rato á la mofa del concurso, hasta que, deshaciendo este su encanto, deshizo el otro el suyo; este recobró su figura, y el otro continuó su vuelo= Esto parece sucedió entre los dos diablos.

Mas como el deslomado de nuestra historia era tan bruto, no tenía habilidad para deshacer encantos. Sin embargo no le faltó maña, y fué tal su bellaquería cuando visitó á sus compañeros en Sevilla, que ya que habia conseguido ponerles de mal humor y peor voluntad, les dió, sin que nadie se los pidiese, malos informes de Eleuterio, razon porque se declararon contra él. Asi es, que Eleuterio el dia que habia de salir de su pretension bien despachado, como lo esperaba, se encontró con la novedad de haberse mandado suspender el curso de su asunto: con lo que quedó tan sorprendido, que por de pronto no supo que resolucion tomar. Pero como estubiese ya acostumbrado á estos pebetes que los diablos confeccionan en las infernales oficinas, y como le favoreciese la superioridad de espíritu que habia adquirido en los trabajos, salió pronto del susto, y serenado continuó haciendo las visitas que el ceremonial de aquel tribunal ordena, tan ridículas que baste decir que; el que tiene necesidad de hacerlas, parece un pobre porfiado y remolon de aquellos que clavados á la puerta de una casa se están en ella toda una mañana esperando la gente de alto señorío que entra para subir acompañándola hasta la puerta de la sala del estrado, pidiendo entre dientes, y medio rezando una oracion que señala tambien el ceremonial, que aunque corta, á los mas se les olvida, razon porque casi todos la dicen entre dientes, y solo dicen claro *pido, pido*; por lo que parece que piden limosna como unos pobres holgazanes.

Los mas de aquellos señores recibieron á Eleuterio, no como la vez primera que los visitó, sino con hocico torcido, y ojo saltón. Digo los mas, porque nunca falta un ángel que defienda á la criatura, aunque los demonios aleguen la jurisdicción que tienen sobre ella por estar concebida en pecado. Para mas sorpresa de Eleuterio dió la casualidad que bajando de cumplir con el ceremonial, se encontró á la mitad de la escalera al diablo deslomado que subia. Si Eleuterio hubiese visto entónces la cabeza de la encantadora Gorgona, no hubiera sentido un efecto ni mas fuerte, ni mas repentino, como sintió viendo en aquel lugar al maldito deslomado. Nada se dijeron al encontrarse. Eleuterio ignoraba estubiese en Sevilla, y por lo mismo fué mayor su sorpresa. Con este casual encuentro entró en sospechas, y no pudo menos de formar mal juicio, y de hechar la culpa al diablo deslomado de la nove-

dad que habia en su asunto. Impulsado de estas sospechas se fué á hacer oracion al Angel de su guarda, quien le reveló todo cuanto habia, que es lo mismo que vá referido, y Eleuterio se habia figurado. Mas le dijo el Angel, pues le aconsejó, no le convenia continuase el asunto en los términos que se habia puesto escigiendo informes; y que debia dejarlo en aquel estado hasta mejor ocasion.

Eleuterio siguió este consejo tan prudente, y tan acertado como revelado por un Angel. Y aun cuando este no se lo hubiese revelado, es muy regular que el mismo Eleuterio de suyo hubiese desistido, por el peligro que habia en el negocio: porque al retirarse de la casa de su Angel custodio, se encontró en el camino con una turba de diablillos mamones que conocian á Eleuterio, y estaban en Sevilla estudiando el arte de endiablar. Asi que los vió, varió de direccion entrando por una calle estrecha que llaman el callejon de las brujas, y corriendo como quien huye, iba diciendo con David= "Señor á tu amparo me acojo, libradme de tantos enemigos!...

Como iba tan precipitado tropezó con un caballero, el que oyendole las palabras de David, ó bien creyendo fuesen dirigidas á el, ó bien movido de sentimientos benéficos, detuvo á Eleuterio, para preguntarle que le sucedía? ¿en que podía servirle?... Eleuterio se paró, y reflexionando un poco despues de haber mirado atentamente al caballero, dió gracias á este por su atencion y fineza, contestándole que nada particular le sucedía, y que perdonase la desatencion de haber tropezado con el, pues no habia estado en su voluntad el evitarlo, porque iba distraido. El caballero con esta contestacion de Eleuterio entró mas en curiosidad y deseos de saber quien este fué, y lo que le sucedía; porque no viendo á persona otra alguna que le persiguiese, no podía dar con la causa de la huida tan ligera de Eleuterio, ni por otra parte observaba en el señal de locura, ni de picardía. Por último, el caballero para salir de esta confusion en que le puso el encuentro de aquel, le obligó tan de veras á que entrase en su casa á descansar, que Eleuterio no pudo escusarse, y de pagar tantos obsequios al caballero con la confianza de contarle su historia, cosa delicada en aquella época. El caballero que lo era en toda la estension de la palabra, se compadeció de Eleuterio, y le proporcionó el acomodo que se dirá en el capítulo siguiente=

CAPITULO 11.

Acomódase Eleuterio en casa de un rico propietario de Sevilla.

El caballero de que hablamos en el capítulo anterior con quien Eleuterio tropezó en la calle de las brujas, se hizo tan amigo de este, que depositando en él toda su confianza, le encomendó varias comisiones, y entre ellas fué una la de sacar á un hermano de aquel de ciertos locos proyectos. Para esto esperó ocasion oportuna, que no tardó en presentarse. Una tarde que iban los dos á ver el nuevo paseo que estaban plantando llamado de las delicias, se encontraron con el hermano del caballero que allí estaba, viendo tambien trabajar á los presidarios en una noria de vapor. Le saludaron, y el contestó= Cuanto me alegro, hermano, que aquí estés: mira en esta obra que hace poco se empezó, y está ya concluyéndose, y con que poco costo se ha hecho, y luego me dirás si voy yo descaminado en la que tengo proyectada= La tengo muy bien vista, replicó el hermano, y encuentro que hay mucha diferencia entre abrir un pozo donde entra abundancia de agua, à abrir una mina de donde probablemente no saldrá ni un grano de plata= Y despidiéndose de su hermano siguió paseando con Eleuterio. Este dijo á su amigo, que si como habia entendido era hermano suyo aquel caballero con quien habia hablado, sentía mucho no haberse ofrecido á él, como iba á hacerlo, y se lo habia impedido una despedida tan pronta. A lo que le contestó el amigo que no tubiese pena, que su hermano andaba muy distraido con proyectos que le iban á arruinar, sino le apartaba de ellos alguna persona que le ganase la voluntad. Diré á V. Sr. D. Eleuterio que proyectos son los de mi hermano que le han trastornado la cabeza en términos tales que parece está absolutamente sin juicio.

Nosotros eramos tres hermanos, y á todos tres nos dejó nuestro padre un patrimonio regular para vivir con decencia y como-

didad; porque el mayor entró en posesion del vínculo que es de los buenos que hay en Andalucía, quedando un patrimonio de bienes libres à cada uno de los otros dos hermanos, para de esta manera igualarlos en lo posible à los tres. A los seis años de casado mi hermano mayor, quedó viudo y dueño de la dote crecidísima de su muger por sobrevivirla una niña que tubieron en el primer año de matrimonio. Esta tuvo la desgracia de verse enteramente huérfana al cumplir los diez años, á causa de un accidente que quitó la vida à su padre, y por cuya razon quedó bajo la tutela y curadoría de mi otro hermano mayor, que es el que V. acaba de ver. Este hermano mio que siempre ha sido de mucho juicio, hace dos años que le metieron en unos malditos proyectos que le han enloquecido, con detrimento de sus bienes y de los de mi sobrina. No hay monte ni sierra que esté libre de su temeridad; cuantas montañas vé, las quiere revolver con mil picas y cien sobrestantes buscando oro, plata, hierro ó algun otro metal; y cuando esto no encuentre, como le ha sucedido en cuanto ha minado, se contenta como él dice, con la tierra esquisita que se encierra en las entrañas de la tierra para fabricar loza finísima como si fuera china; para cuyo efecto ha abierto una fábrica. De este estravío de mi hermano culpo yo á cuatro tunantes que llevados del olor de las riquezas de mi sobrina que aquel administra, se le han pegado como moscarrones para chuparle la miel que puedan, y con este fin le han trastornado la cabeza con el humo mefítico de la adulacion.

Pues, aunque sabemos que en tiempos de mas supina ignorancia, sin embargo que en los nuestros no hay poca, hubo truhanes que se llamaban zahoríes por la perspicacia de su vista que penetrando los cuerpos opacos podian ver lo que hay en las entrañas de la tierra, y por consiguiente saber los lugares donde hay oro, plata, ú otro metal, y que con esta supuesta virtud estafaron à algunos simples codiciosos, esperanzándolos de que se los manifestarían, y dejándolos despues burlados; y que otros con la vara adivinatoria engañaban á gente demasiado crédula, como se cuenta de un tal Jacobo Aimar natural del definado que llevó su engaño por toda la Francia, por Italia, Flandes, Inglaterra, y Alemania, hasta que el Príncipe de Condé, Luis de Borbon, haciendo venir á Jacobo Aimar de Leon de Francia á París, descubrió

el engaño: no se puede decir que mi hermano ha sido engañado por estas artes, por no estar ya en uso, puesto que alguna cosa se ha ilustrado la gente, y porque además mi hermano no tiene nada de tonto. Pero ya se vé, han quedado, y quedarán en el mundo para tormento de las almas, otros zahoríes y otra vara adivinatoria que tienen mas fuerza engañifa, y mas virtud para trastornar hasta los cerebros de los sabios, haciéndoles creer que lo blanco es negro, y lo negro blanco. Estos zahoríes son los aduladores, y la vara adivinatoria la misma adulacion.

En todos tiempos la adulacion ha hecho muchísimo daño, traído infortunios y desgracias á las familias, y causado la ruina de poderosísimos reinos. En las familias ricas que tienen la imprudencia de abrigar al animal mas dañino de todos los animales domésticos, al adúlador, se ven mas claramente los gravísimos daños que causa trastornando el buen órden y armonía, introduciendo una guerra intestina, engañando á todos y volviéndolos locos con la vara adivinatoria, de la adulacion. Sino hubiera adulacion, no habría tantas revoluciones civiles en los reinos. Porque no habiendo aduladores, no habría tantos tiranos, y no habiéndolos, los hombres vivirían contentos, por no tener motivo de que quejarse, no teniendo un peso que les oprimiese. Si tantos príncipes hay malos, es porque hay tanta abundancia de zahoríes políticos que les engañan, haciéndoles creer que sus subordinados son felices, que el reino está gustoso y tranquilo, y que en todos los pueblos reboza la abundancia, se administra justicia, y que todo está bien, sin haber mas que gozar sin temor alguno de la tierra ni del cielo. He aquí las causas de las revoluciones; porque de esta manera vienen los males con el abandono y desorden en el gobierno, se escaspera el pueblo, cuyas reclamaciones se desatienden ó no se oyen, en la persuasion de que está bien y nada tiene que reclamar, agotan su paciencia con desoirle, suceden las convulsiones conforme la vida vá faltando, por carecer de lo necesario, así como se vé que sucede á los peces de un estanque cuando se le quita el agua. He aquí como la adulacion es la traicion mas infame, porque despues de entregar la sociedad á la tiranía, espone al tirano á terribles revoluciones, y muchas veces á su propia ruina. Por esto son los aduladores los verdaderos revolucionarios, los mismos que con máscara de legitimistas y de hombres de bien y

de órden persiguan cruelmente á los verdaderos amantes de su patria y de su Rey, á aquellos que son los mejores servidores, porque son los mas interesados en el bien nacional, por no tener afectaciones estrangeras, y por vivir de su propio trabajo, y no de la intriga y del enredo, y como desprendidos de la sociedad que los mantiene, siendo por consiguiente unas veces indiferentes, y las mas contrarios al bien general de esta misma sociedad.

Si los Reyes tuviesen la virtud necesaria para aborrecer á estos Zahoríes políticos, mi querido amigo, ¿qué felices seríamos?. Porque á nosotros lo que nos interesa es que las leyes se observen, que sea una verdad lo que se llama Gobierno, que la industria y el comercio, las ciencias y las artes, esten siempre protegidas y en la libertad que necesitan para prosperar, y en una palabra que el bien general, el bien de los pueblos sea siempre el bien que se busque, y no el bien de exclusivas clases y personas, para las que no ha de servir la sociedad, sino aquellas á la sociedad. De este modo, nada importa, ni nos interesa que el Rey tenga este ú el otro título.

En eso está la dificultad, repuso Eleuterio; que es tan poco comun haber Reyes de tanta virtud, que no se dejen engañar de aduladores. Para que un reino esté lo mas bien posible gobernado, es preciso que el Rey no lo gobierne todo, que los poderes estén distribuidos, y que haya leyes fijas. Ya V. ha manifestado una de las causas que tanto daño hacen á la sociedad. Son muy pocos los hombres prudentes y fuertes que resisten á las asechanzas de los aduladores; y de aquí puede V. inferir lo que sucederá á los Reyes.

Es verdad, dijo el caballero, y por lo mismo volviendo al asunto de mi hermano, he dicho que de su extravío culpo á los aduladores, apesar de la buena fé é intencion de aquel. Yo quisiera, y V. nos haría el servicio mas importantísimo, se hiciese cargo de la administracion y direccion de la casa de mi hermano, lo que no me será muy difícil proporcionarlo asi, siempre que V. acepte, como yo lo espero de su muchísima bondad. Es favor, que merezco á V., contestó Eleuterio; pero yo no he manejado ni propios ni agenos bienes algunos; y por consiguiente faltándome la experiencia en esto, nunca podría llenar los deseos de V. A ninguno le estaría mejor esta administracion que á V., que ya conoce

los bienes de su hermano y sobrina, y es pariente tan inmediato que está señalado por la ley cuando aquel se incapacite por algun motivo.

Con mucho gusto los administraría, Sr. D. Eleuterio, sino me fuese repugnante pedir ante un tribunal que se declarase demente á mi hermano, ó por cualquier otra razon incapaz para continuar en la curadoría de mi sobrina. A mas que aun cuando yo quisiera, nada adelantaría. Porque esos mismos que han arruinado á mi hermano, tratarían de perderme por otro estilo y otras artes. Sabe V. muy bien la puerta que hoy hay abierta para las venganzas, y que cualquier tunante no tiene mas que mojar la pluma en el tintero de lucifér, y poner una delacion contra una persona honrada y pacífica, y mientras se averigua lo que es, tirar con ella en tierra. Esto sé que habían de hacer conmigo, y no les costaría trabajo alguno á los aduladores de mi hermano el hacer esto si llegasen á entender que yo trataba de quitarle la administracion de los bienes, que ellos se están comiendo con sus tunantadas= En este caso, replicó Eleuterio, mejor y con mas facilidad lo harían conmigo= No señor, no hay que temer tanto, dijo el caballero. Ahora me ha ocurrido una idea, que queriendo V. servirme, con ella podemos adelantar algo en el asunto, sin comprometernos= Yo estoy muy obligado y pronto á servir á V. en cuanto me mande; y deseo ocasiones que me proporcionen poder serle útil. Diga V. cual es su idea, que de todo corazon quiero complacerle= Es muy sencilla, contestó el caballero, y yo le doy á V. gracias por sus sinceros ofrecimientos= El medio que he discurrido, es muy noble y decoroso, y aunque indirecto, con él podrán cortarse los males que se están causando á la fortuna de mi hermano y de mi sobrina. Para esto cuento con V., y le voy á decir como. Yo presentaré á V. en la casa de aquel, manifestándole que es V. un amigo mio que acaba de llegar á Sevilla, y desea acomodarse en clase de mayordomo en una casa honrada: que ademas de la inteligencia que V. tiene en papeles y cuentas, entiende mucho de minas. Con este informe que yo dé á mi hermano, le recibirá á V. con muchísima alegría, y le ofrecerá con alma y corazon todo cuanto tiene suyo y ageno, y él mismo hará fuertes instancias para que V. se quede en casa, y la dirija. En los primeros dias, cuidará V. hablarle de minas, y luego que le haya

ganado la voluntad por este medio, podrá con mas seguridad hacerle ver que sus proyectos si son buenos en sí, son perjudicia-
lísimos en la aplicacion, ya porque se les dá un lugar preferente y
exclusivo, y ya porque se necesitan otros medios para la ejecucion.
En fin, V. sabrá con su discrecion lo que le há de decir para con-
vencerle, y apartarle de su temeridad. = Mucho es lo que V. exi-
je de mis pocas fuerzas, dijo Eleuterio, y dudo que yo sea capáz
de desempeñar una comision para la que se necesita mas talento y
tino que el que yo tengo. Solo lo muchísimo que yo estoy obliga-
do à V., puede decidirme á aceptar un cargo tan delicado.
Pero con el temor de desempeñarlo mal, acepto porque V. así lo
quiere, y yo debo servirle.

Convenidos en el plan, salieron à dar un paseo, y siendo lle-
gada la hora de retirarse, lo hicieron así entrando en casa del
hermano, que tambien se habia ya retirado, y estaba refrescando
para ponerse luego á discurrir en sus minas. Aquella noche estaba
solo con su ama y sobrina, porque los aduladores compadres su-
yos se habían ido á divertirse á su costa. Que estubiese solo en
aquella ocasion, fué muy provechoso para lo que había pensado el
amigo de Eleuterio, y en lo que este había convenido. Así es que
fué recibido como se apetecía. El hermano del caballero amigo
de Eleuterio se puso muy contento luego que supo que este era
muy entendido en minas. Al instante le metió en conversacion
sobrè estas; y Eleuterio para acreditarse, y no dejar desairado á su
amigo que habia dado el informe, tomó la palabra, y se esplicó
en los términos siguientes. =

Nuestra España, señores, es riquísima, tal que Plinio hablando
de ella al fin de su historia natural testifica que por todas las par-
tes cercanas del mar, España es la mejor y mas fertil de todas las
tierras, sacada Italia. Todo se encuentra en el suelo de España.
El oro y la plata con los demas metales se encierra en los mon-
tes con abundancia, y no hay cerro por pequeño que sea donde
no se encuentre algun metal. El padre Mariana en el capítulo 44
libro 4º de su historia de España dice que habiéndose quemado
ó por ventura ó de propósito los árboles y los matorrales de los
montes Pirineos, con la fuerza del fuego, las venas de oro y de
plata, de que así aquellos montes como todo lo demas de España
estaba lleno, tanto que decian que Pluton Dios de las riquezas mo-

raba en sus entrañas, se derritieron de suerte que salieron arroyos de aquellos metales, y corrieron por diversas partes. Los cuales apagado el fuego, se cuajaron, y por su natural resplandor pusieron maravilla à los naturales, si bien los menospreciaron por entonces por no tener noticia de su valor; mas las otras naciones entendido lo que pasaba, se encendieron en deseo de venir á España con esperanza que los de la tierra, como ignorantes que eran de tan grandes bienes, les permitirían de muy buena gana recoger todo aquel oro y plata, por lo menos les sería cosa muy facil rescatarlo por dijes y mercaderías de muy poco valor. = Esto dice el padre Mariana, y lo refieren tambien otros clásicos autores como Aristóteles, Posidonio, Diodoro Siculo Atheneo, y otros.

El hermano del amigo de Eleuterio que cuando este refería los portentos que cuenta la historia sobre oro y plata en España, no pestañeaba aquel, y con toda la boca abierta, muy sacado el pescuezo alargándole todo lo que podía para oír á Eleuterio, colgado de la narracion de este, con las manos puestas en las rodillas sin mover pie ni miembro alguno, salió de pronto del arrobamiento en que estaba, y levantándose con los brazos abiertos, fijó la vista en su hermano, que parecía se lo quería tragar, y le dijo. = ¡Te convences ahora hermano de que no hay en España montecito que no esté preñado de oro y plata!... ¡Que á muy poco que se cabe, y levante tierra en cualquier montecillo, se encontrarán luego los dos preciosos metales, y se sacarán con la misma facilidad que se sacan las criadillas!... Ya no debes dudar de esto, porque el S. D. Eleuterio es amigo tuyo, y de mucha confianza, y dice lo mismo que yo fundándose en la historia, y citando muchos sabios que lo afirman. =

Que hay minas de oro y plata en España, dijo el amigo de Eleuterio, nadie lo duda; pero que en ellas se encierren las riquezas de una nacion, y su bien estar esté en atender á las minas con abandono de lo mas principal, como es la agricultura, es una locura. Lo que hace á una nacion feliz es la agricultura auxiliada del comercio y las artes. Sin un estado floreciente del cultivo, ninguna nacion fuera nunca poderosa. El bienestar de sus individuos está en que los ganados de todas clases se multipliquen, las producciones todas de la tierra continúen en mayor aumento, y haya libertad para que las cosas siguiendo su natural curso, salgan fuera los

sobrantes, y en cambio entre el dinero ú otra cosa que no tengamos. Es un error creer que acumulando oro se consigue la felicidad de una nacion, y el bienestar de sus individuos.— A los hombres les sucede respecto de las riquezas segun un célebre autor que yo no he de ser menos que mi amigo el Sr. D. Eleuterio y se me debe permitir traerlos á este lugar, les sucede lo que en todos tiempos les pasó relativamente á los objetos de su culto. Para hacer mas sensible al pueblo la idea de los seres espirituales, se le esponen á la vista bajo la figura de imagenes; y luego olvidándose este del objeto representado, suele poner en ellas toda su confianza, y hacerlas el término de su adoracion. De la propia manera el vulgo de los que mandan se olvida de las verdaderas riquezas representadas por el dinero, y solo dan incienso à esta imàgen ó signo de ellas. Así seducidos ó alucinados por su poder y brillo mágico, creen que solo con acumular oro y plata harán cuanto es posible para proporcionar la opulencia y el bien de la nacion; y para dicho efecto toman á menudo providencias destructoras del cultivo y del trabajo, que son el único manantial de las riquezas. De este error general provienen luego otros muchos particulares; por ejemplo, la predileccion por las minas, el terror panico sobre la extraccion de la moneda, el anhelo por conseguir un saldo en dinero en la balanza del comercio, la idea quimérica del producto ó beneficio de la circulacion del numerario, y otros mas. A la verdad que si no todas las naciones estan infatuadas de la quimera de la piedra filosofal, á los menos parece que en gran parte adoptan la aficion de los alquimistas.—

Eso no, replicó el hermano del amigo de Eleuterio, eso no, la piedra filosofal no es quimera, la Chricopeya no es fábula. El Sr. D. Eleuterio podrá decir si hay muchos libros escritos por personas de mucho juicio y categoría que hablan solo de estas materias. El caballero llamado el Baron de Bello Sol, y su muger Madama de Berteró, que vinieron de Hungría á Francia el año 1636, buscando minas que descubrian con el uso de una vara, madama de Berteró que era mas instruida que su marido el Baron, escribió un libro sobre esta materia con el título de la restitution de Pluton, dedicándosele al Cardenal de Richelieu hombre muy conocido por su sabiduría. El caballero Borri escribió muy sabiamente lo mismo. Raimundo Lulio, Arnaldo de Villanova, Theophrasto Paracelso,

Bernardo Trevisano, Nicolàs Flamel, y otros muchos profesores de la Crisopeya, trasmutaron otros metales en oro.

Pues á todos estos, dijo el amigo de Eleuterio, les hubiera yo paseado por las calles dándoles una docena de azotes en cada esquina, y luego les hubiera llevado á presidio, y á sus libros les habría arrojado al fuego. Pero dejando á esos embusteros, vamos á mirar las cosas á la luz de la razon. Las primeras ocupaciones de los primeros hombres fueron cultivar la tierra, y guardar ganados. Lo último en que se ocuparon, fueron las minas. Naturalmente no pudo ser otra cosa. Si por una fatalidad hubiesen trastornado este órden, es decir, si primero se hubiesen dedicado á minar que á cultivar, el género humano no ecsistiría. Porque no pudiendo vivir sin alimentarse, si se hubiesen dedicado primero á las minas que al cultivo de las tierras, les habría faltado á pocos dias el alimento luego que hubiesen consumido las producciones escasas que la tierra dá espontáneamente, y todos habrían perecido necesariamente quedando las minas para depósito de aguas ó mansion de fieras. Por último, hermano, yo quiero suponer ahora que de todas cuantas minas abrieses, sacarás oro en abundancia. ¿Asegurarás con esto solo tu bienestar abandonando por otra parte tus haciendas? Me parece que era difícil segun lo que regularmente sucede con el mucho dinero. Que luego el diablo te incitaría á gastarlo en chucherías, y á poco tiempo te verías burlado sin oro, y sin hacienda, y por consiguiente sin tener que comer, y mucho menos con disposicion para beneficiarla, y que algo te produjesen tus bienes. Y cuando el diablo no te tentase por este camino, no faltarían estraños que con maña, zalamerías y dijés te sacasen tu oro y plata despues de haberte costado muchísimo sacar estos metales de la tierra, viniéndote á suceder lo que á los españoles con los estrangeros, segun lo ha referido el Sr. D. Eleuterio: y en verdad que ha sido asi como él ha dicho, y sino fuese el terreno de españa tan productivo y feraz, ya estaría esta hace muchos años borrada del libro de las naciones. En una palabra, si las minas fuesen el objeto predilecto del gobierno, vendría tiempo que nadando en oro, se hiciesen rogativas porque este precioso metal se convirtiese en los mas despreciables alimentos. El último objeto debe ser el de las minas, y cuando haya muchos sobrantes de las anticipaciones que necesita el cultivo de la tierra,

cuando no se sepa en que ocupar à muchos brazos ociosos, es cuando pueden laborearse; y aun en este caso debe haber hombres muy inteligentes para su direccion.

Por hombres inteligentes, dijo el otro hermano, no debo tener cuidado teniendo en casa al Sr. D. Eleuterio que ha manifestado tener muchísima inteligencia en esta materia; y yo le suplico ahora que continúe hablando sobre minas, pues hemos sido tan imprudentes que con nuestras réplicas simples y contestaciones tontas, le interrumpimos en lo mejor de su discurso, sin haber mi hermano tenido un poquito de paciencia esperando á que concluyese.

No necesita V. de suplicarme, contestó Eleuterio, una ligera indicacion de V. tiene para mi la fuerza de un mandato, y así satisfaciendo á los deseos de V., digo. Que el oro se halla, ó en las minas debajo de tierra, ó entre las arenas de algunos rios, y prudentemente hablando, este oro no se diferencia del primero: ambos tienen un mismo origen, y se puede creer, que las hojitas, ó granos de oro, que trae el agua embuelto en sus arenas, los arrebató su corriente, pasando por alguna mina. El oro de estas, ó està en granos, ó en piedras: el que està en granos se halla algunas veces duro, y del peso de un grano, ú octava parte de una onza, tal vez de muchos grosos, y aun de dos, ó tres marcos. El oro en piedra, como ordinariamente se encuentra, es un mineral duro lleno de planchitas, ú hojas pequeñas, mas ó menos brillantes, como tambien mas ó menos ricas, detenidas en las venas de la tierra, que forman sulcos, ó rancos, cuya longitud, y espesura constituye la riqueza de quien posee estas minas. Muchas veces se hallan estas hojitas, ó especie de betas íntimamente unidas á las rocas, á los marmoles, y á las piedras preciosas, segun la proporcion con que el agua conduce los materiales que componen todas estas cosas. Y tanto el oro de las arenas como el de las minas, necesitan mucha elaboracion para sacarlo en limpio; pero es distinta la elaboracion que se hace con uno y otro, como os diré si llegase el caso de tenerse que hacer.

De la Crisopeya diré solo, que el autor, que debajo del nombre de Theophilo tradujo, é ilustró con adicciones el tratado de Alquimia de Eirendo Philaleta, filósofo muy bien sobre la posibilidad del oro artificial, esplicando como el arte puede hacer las

obras de la naturaleza; lo cual consiste, en que usa de los sujetos y agentes naturales, de modo, que la naturaleza pone la actividad, y solo corren por cuenta del arte la direccion, y aplicacion. Prueba sólidamente, que en la vulgar filosofía es innegable la posibilidad del oro por arte; porque siendo, segun la escuela peripatética, la materia indiferente para todas las formas, si el artifice encuentra con el agente proporcionado para introducir en ella la forma de oro aplicándole debidamente, logrará sin duda la produccion ó educion de dicha forma. =

Esa es la dificultad, replicó el amigo de Eleuterio, encontrar lo que no es facil, ese agente que se há de introducir en la materia. Pero nosotros somos tan presuntuosos y vanos que nos consideramos capacísimos para hacer y entender en todo, como si nuestro entendimiento fuese infinito. Todos los Alquimistas son unos embusteros enbaucadores. Sirva de ejemplo el suceso siguiente = Un Alquimista se presentó en el palacio de Ernesto, Marqués de Bade, ofreciendo á aquel Principe hacer oro en su presencia. Y tratándose de la ejecucion, dijo, que no tenía la materia de que se hacía, pero que eran unos polvos de poco precio, que se hallarían en cualquier botica ó tienda de drogista. Dijo como se llamaban, salió un criado del Marqués, de orden suya, à buscarlos. La primera tienda que encontró, fué la de un droguista extranjero, que habia espuesto sus mercaderías á las puertas de palacio. Preguntóle, si tenía tales polvos, respondió que sí, y le vendió alguna cantidad en tan bajo precio, como si fuesen de salvadera. Llevólos al alquimista, el cual poniéndolos al fuego, y mezclando un poco de azogue, sacó al fin algun oro. Gratificóle magníficamente el Marqués, por el gran secreto que le habia revelado, y queriendo despues ejercitarle por si mismo, solicitó mayor cantidad de aquellos polvos; pero en ninguna botica parecieron, ni se halló boticario ni droguista, que no dijese, que jamas habia oido la voz con que el alquimista los habia nombrado. El Droguista que estaba á la puerta de palacio, y de cuya tienda se habian sacado, ya se habia desaparecido, marchándose á engañar á otra parte. = Bernardo Penoto, quimico hábil, que murió casi en edad de cien años, y toda su vida anduvo buscando la piedra filosofál, pidieronle sus discípulos y amigos que cercaban el lecho, que les comunicase los secretos que habia alcanzado tocante á la Crisope-

ya, y él les respondió. = Amigos, no tengo otro secreto, que farios, sino este; que si tuviéreis algun enemigo poderoso, á quien querais destruir, procuréis inspirarle el deseo de buscar la piedra filosofál. Este es el mayor mal que le podeis hacer. =

Otro Alquimista esperando una considerable gratificacion de Leon 10^o, generoso protector de las artes, y de buenas letras, le dedicó un libro de alquimia; pero la que le hizo el Pontifice, se redujo á una bolsa vacía, que le envió, diciendo, que pues sabía el arte de hacer oro, no necesitaba de otra cosa, que bolsa donde hecharlo. Yo repito los quemaría con otros muchos libros supersticiosos y falsos que hay, y por desgracia de la sociedad, descredito de las letras, y agravio de la verdad santa, son los que manosean mas los hombres, que no hay cocina de pobre, choza de pastor, y antesala de rico donde no se lean: mientras que los libros de sana moral, las historias instructivas, y otros libros tan útiles, se pudren en las librerías. =

Cada uno tiene su genio, dijo el hermano, y los amigos es necesario congenien para poderse mantener en amistad. Tu hermano no congenias con el Sr. D. Eleuterio, porque este piensa como yo segun lo há manifestado en los sabios discursos que há hecho sobre una materia que es tan de mi gusto. Por lo mismo, mejor será se quede en mi casa, supuesto que tu no tienes minas, y eres tan opuesto á todo lo que tiene relacion con ellas. = Sea mil veces enhorabuena, hermano, contestó el caballero; yo soy muy gustoso en que el Sr. D. Eleuterio se quede, y no por esto dejaré de ser siempre su verdadero amigo; y quedándose él, yo me retiro ya. = No, dijo el hermano, cenarás primero con nosotros. = No puede ser, le contestó el hermano, te lo agradezco, y otro dia será. Por ahora tengo que retirarme, porque tu sobrino Juanito estará ya esperando con algun cuidado, por haberme detenido mucho, y ser ya muy tarde: los que tenemos familia necesitamos estar siempre al frente, porque tantas veces como dejamos de estarlo, estamos sin gobernar, y por consiguiente en abandono la casa. Mañana vendré si puedo, á ver como le vá á mi amigo el Sr. D. Eleuterio. = Nunca, contestó este, me puede ir mal siendo su hermano de V. tan bondadoso como es.

Hecha la despedida, y estando ya en el portal de la casa se vió rodeado del ama que cuidaba al hermano y de otros sus familiares,

que se le agarraron unos á los brazos, y otros á las faldillas de la casaca, afeándole y reprendiéndole por haber llevado al Sr D. Eleuterio que acabaría con sus discursos de trastornar el juicio de su hermano, y que se pusiese mas loco que lo que estaba con tanto hablar de minas. — El amigo de Eleuterio que se vió asi acometido, y aprisionado por los criados de su hermano, se persuadió que tambien estos habían perdido el juicio como aquel. Les suplicó le dejaran, que nada habia hecho que no fuese para provecho de su hermano. Mas ellos no por esto cedian de su empeño, insistiendo en que si no hubiese llevado al Sr. D. Eleuterio, ó D. Demonio, que daba mas fomento con sus discursos á la locura de su amo, no habría hablado una palabra de minas en toda aquella noche, estando solo como estaba.

Por último le dejaron, tranquilizándolos con declararles el pensamiento en que había quedado convenido con su amigo Eleuterio, á fin de ver si podian apartar á su hermano de las locas empresas, y sacarle de las minas en que se iba ahogando. Con esto le dejaron ir; y el ama y todos los familiares quedaron muy contentos, apresurándose cada cual á dar esta importante noticia que habian descubierto, á la sobrina que ignorante y creída de lo contrario como ellos lo estaban, se había encerrado en su habitacion á llorar su última desgracia.



CAPITULO 12.

Continúa la narración del capítulo anterior, con otros sucesos dignos de contarse en este.

De
L
L
L

El Sr. D. Policarpo, que así parece se llamaba el hermano del amigo de Eleuterio, mandó pusiesen la mesa, y sirviesen la cena. Duró esta sobre tres horas, no por la abundancia de platos, sino porque el Sr. D. Policarpo se estaba mas de un cuarto de hora para tomar un bocado hablando de minas, de reunir mucho oro y plata, y otras cosas de estas que tenía metidas en sus cascos. El ama y la sobrina que cada vez que le oían hablar sobre minas, que eran pocas las horas del día que no hablase de este asunto, se revolvían y aquella noche parecía que las pellizcaban, ó que las pulgas se las comían, según lo mucho que se movían. Por último, á fuerza de tiempo acabaron de cenar, ó por mejor decir, se cansó D. Policarpo de estar con el brazo levantado y la cuchara entre los dedos, y dejando la mesa, se levantaron los demás, y él se puso á pasear con Eleuterio: el ama y la sobrina se retiraron á disponer el aposento donde había de dormir Eleuterio. D. Policarpo no dejó su conversacion favorita sobre minas, y continuaba hablando como una cotorra, y como si en un año no hubiese hablado palabra. Eleuterio que ya se sentía incomodado y cansado de pies á cabeza de oír tantos disparates, deseaba con ansia llegáse el momento de retirarse á dormir, aunque fuese al rincón de un pajar prefiriendo como mejor este lugar, que estar en un rico estrado al lado de un loco.

Ya quiso Dios que entrase el ama diciendo que el aposento estaba dispuesto y la cama hecha para cuando gustase recojerse el Sr. D. Eleuterio. Este que hasta entónces había estado con los oídos tapados por no oír á D. Policarpo, y sin desplegar los labios por no dar pábulo á la conversacion de este, aplicó tanto

oído á lo que decía el ama, que aprovechando la ocasion, dijo al momento, que sí que era muy gustoso, no tanto por él, como por consideracion á la familia de casa que cansada de estar todo el dia trabajando, era muy justo descansase siendo ya las dos de la mañana. = Si han concluido sus officios, replicó D. Policarpo, pueden retirarse á dormir cuando quieran, y V. Sr. D. Eleuterio puede hacer lo mismo, sin usar de ceremonias, si es que ha llegado ya su hora; en esta casa debe V. estar con tanta libertad como en la suya; yo para no dormir, no quiero sino estarme paseando, y aprovechando tiempo calculando sobre mis minas. Eleuterio agradeció muchísimo la indicacion de D. Policarpo, y como un favor el mas singular la licencia que se le daba para que se retirase, como lo hizo sin pérdida de tiempo, entrándose en su aposento. Este estaba inmediato al dormitorio del ama y sobrina, dividido por un ligero tabique; por manera que Eleuterio pudo oír la conversacion que aquellas dos tenian, = Y decía el ama:

¿Estás mas consolada hija? ¿te has convencido de que tu tío D. Pedro ha traído á casa al Sr. D. Eleuterio, procurando nuestro bien? ¿has observado, como yo, durante la cena, una tácita desaprobacion en el Sr. D. Eleuterio, de los proyectos de tu tío D. Policarpo? Yo le he estado observando todo el tiempo que la cena ha durado, y he reparado el disgusto con que oía á tu tío. No le he visto hacer, ni decir todas aquellas cosas que dicen y hacen los aduladores. Por el contrario, le he visto muy moderado en sus acciones, muy acorde y racional en su conversacion, sin mezcla de bajeza ni servidumbre, sin hacer, en una palabra, ridiculezes majaderías y sin hablar despropósitos. No se portan así los bribones que á tu tío le han vuelto la cabeza, para medrar con sus locuras.

Estamos conformes en esto, Sra. Doña Maria, dijo la sobrina; porque si mis pocos años no han sido bastantes todavia para que haya hecho esperiencias, las lecciones de V. y de los libros que he leído, y tanto me recomendó mi querido padre, han suplido la falta de mis años. Por lo que, no dejo de conocer la gran diferencia que hay entre el Sr. Eleuterio y los charlatanes que se fingen amigos de mi tío D. Policarpo. Por otra parte, el Sr. D. Eleuterio es amigo de mi otro tío, y siendo así, debe ser muy hombre de bien cuando le ha admitido en su amistad. Así es, que

por todas estas razones no sospecho ya nada del Sr. D. Eleuterio, y me parece que esta noche la he de pasar mejor que otras, y he de dormir mas en la confianza que me alienta, fundada en la prudencia que ha manifestado este caballero, quien sabrà poner el oportuno remedio à los caprichos de mi tio. Siendo así, dijo Doña María, no perdamos tiempo, que ya es la una de la mañana, y necesitamos del descanso. Dios nos dé buena noche y sea sobre todo.

Valgame Dios!... exclamó Eleuterio cuando oyó aquellas dos criaturas... ¡Que suerte es la mia por tantos estilos triste!... Parece que estoy destinado à vivir unas veces en el infierno, otras en el purgatorio, sin poder pasar una vez à la felicísima mansion de los bienaventurados!... Porque bien reflexionado ¿que mayor purgatorio que estar entre un loco y unos tristes? En todo el larguísimo tiempo que hà durado la conversacion tan seguida que sobre minas me ha tenido D. Policarpo, he padecido tormentos indecibles: mis huesos se han quebrantado con una fastidiosa y pesadísima conversacion, molido está mi corazon, los sesos parece que se me salen por los ojos del dolor tan grande de cabeza que me ha levantado, y las tripas se me vienen à la boca con las ansias que tengo; y por mis venas en lugar de sangre, siento correr un fuego vivísimo con la calentura que me abrasa, Para mas martirio me han puesto en este aposento desde donde oigo los suspiros y lamentos del ama y sobrina que atribulan mi alma ya tan affigida: contempló la situacion tan congojosa particularmente de la sobrina. ¡infeliz jóven!... cuanto te compadezco, cuanto tu dura suerte oprime mi corazon!.. Basta que seas digna del aprecio y amor de los buenos, para que seas desdichada; y que un desdichado sea el predestinado à aliviar tu dura suerte, si es que hay alguno que lo sea, y pueda aliviar la de otro. De todos modos agradéceme la voluntad, amable jóven, yo hago un sacrificio con haberme comprometido à acompañar à tu tio D. Policarpo, solo con el objeto de trabajar por despreocuparle, y sin mas interés que la satisfaccion que me resultará de haber mejorado tu suerte, si soy tan afortunado que lo consiga. ¡Ah!... y la mia quien la mejorará!... ¡Y mi familia, que será de ella!... En estas y otras reflexiones desconsoladoras se engolfó Eleuterio, como era natural en una persona sensible, pensativa, y con la herida abierta de

tanto padecer. Y no se durmió, hasta que el mismo dolor le rindió, que fué mas bien quedar letargado, que dormido.

Considere ahora el lector, si en el purgatorio se padecen tantas fatigas interiores, tantas angustias melancolicas, las desolaciones del alma, las obscuridades del espíritu, y cuantas miserias, desastrosos y calamidades dieron de si los tiempos para atormentar á Eleuterio; y si entre el infierno y el purgatorio se juntan tantos instrumentos para tantas clases de penas, y si se reunen tan gran multitud de demonios de todos colores y de todas clases, como se han reunido en este mundo para atormentar y terrorizar á Eleuterio. Pero este con mucho valor y constancia se mantenía firme en el proceloso y agitado mal de la vida; y aunque tembló al ver tantos precipicios y tantas espinas en el camino, no se acobardó, y siguió heroicamente la senda, entró en el puente larguísimo, altísimo, estrechísimo, y sobre esto sumamente resvaladizo, que los demonios colocaron sobre un anchuroso profundo rio de azufre, y plomo derretido, para que resbalando las almas débiles se precipitasen en él, y fuesen pastos de las serpientes y dragones que en vez de peces se crían en el mismo rio, cuyas almas luego que han estado en el estómago hediondo de las serpientes y dragones, salen enteras entre el excremento de estos peces infernales, y son las que sirven para alborotar y revolver el rio con silvidos desatemplados, y con una espuma tan amarilla que están hechando continuamente por boca, narizes, oídos, y ojos.

Eleuterio entró en el puente, y aunque los demonios sobre las sulfúreas ondas le esperaban con harpones encendidos, para dispararselos, y apesar que le convidaban amigablemente, pero con condiciones viles, á que se uniese á ellos, y pasaría una vida feliz, porque de lo contrario sería miserable, no consintió en hacer traición á la virtud, y pasó el puente sufriendo las penas mas grandes, como se verá en las siguientes aventuras. Y permitaseme esta pequeña digresion, ya por convenir asi para mejor inteligencia de esta historia, porque unas figuras aclaran otras, y ya por haberme parecido muy oportuna hacerla en este lugar al tiempo que Eleuterio está sin accion en la escena, y los Sevillanos todos en los brazos de Morfeo.

Antes de venir la aurora anunciando el día, el ama y la sobrina de D. Policarpo tubieron que dejar la cama saliendo de ella

azoradas y temerosas con las voces descompuestas que daba su tío, señales evidentes de prócsima tempestad. Con tanto como había hablado por la noche, el continuo calcular sobre minas, y el poco dormir, se perturbó tanto su cerebro, con una alteracion tan espantosa en toda su economía animal, y desarreglo tan grande en todas sus funciones, que creyó era llegada su última hora. Cuando llegaron el ama y la sobrina, se asustaron sobre manera viendo que tenía los ojos desencajados, que por su frente corría un copiosísimo sudor frio, y que todo lo demas del cuerpo, particularmente las estremidades, las tenía yertas, y que con media vara de lengua fuera parecía que se ahogaba con las ansias que tenía, sin poder conseguir el provocar. Corriendo hicieron que los criados se levantasen, para que fuesen à llamar el médico.

Ya llegó este, y pulsando al enfermo torció la boca, salió del aposento, y dándose golpecitos en la palma de la mano izquierda con los guantes que tenia en la otra, preguntó al ama y à la sobrina; que habia el enfermo cenado aquella noche, si se había sentido desazonado los días anteriores, y si habian notado en él *gritis* ó algo de *alcañiquis*? que el ama, ni la sobrina no supieron decir à Eleuterio cuando hablaron luego con el, porque el médico tampoco se esplicó mas claro hablando en su lengua, creido sin duda que hablaba con unas doctoras en medicina; aunque ellas no se acobardaron por no entenderla, y contestaron lo que les pareció mejor, quedando por su parte el medico muy satisfecho, sin dejar de preguntar, y ellas de responder. Por manera, que sin ofender à nadie, y sin escrúpulo alguno de conciencia, se puede decir, que las preguntas del médico, y respuestas del ama y sobrina, se parecian al juego de los disparates.

Despues de este graciosísimo juego, se puso el S. Doctor à toser y gargajear, y asi que hubo espectorado bien llenando la sala de flemas, empezó à explicar al ama y sobrina una parte de la medicina, mientras el pobre enfermo se moría de ansias. Aquellas estuvieron prestando un poco de atencion à la explicacion del médico; pero como no entendian el lenguaje misterioso de la facultad médica, el ama con la sonora voz del doctor, que no hay duda era muy harmoniosa, empezó à dormirse, y la sobrina à dar vuelo à su imaginacion, y à pensar en asuntos que la interesaban mas que todas las disertaciones médicas que se han escrito: duró algun

tiempo está, y concluida que fué, volvió el médico á pulsar al enfermo, y estándole pulsando, comenzó á vomitar con tanta abundancia y violencia que, no solo manchó todo el vestido del doctor, sino que hasta por dentro de los pantalones de este entró el vómito corriéndole por los muslos y piernas abajo con la violencia que salió. El médico asustado con el estrépito que hizo tan cochino cañonazo, no reparó en la metralla ni sintió el daño que en sus vestidos y carnes había causado, y huyendo de oír otra descarga, salió precipitadamente diciendo que aplicasen inmediatamente á la cabeza del enfermo media docena de docenas de sanguijuelas, porque la misma naturaleza había indicado ya el remedio.

Salieron á buscar las sanguijuelas, pero cuando llegaron con ellas, era tanto lo que D. Policarpo había vaciado, y estaba ya tan despejado, que no permitió se las aplicasen. El ama y la sobrina con amorosas razones y buenos modos insistían en que se las pudiese, haciéndole fuerza con alguna otra razon de las poquísimas que habían podido comprender al médico. D. Policarpo se aferró mas y mas en no dejarse aplicar las sanguijuelas, y fué tanto lo que se irritó con el empeño de ama y sobrina, que enfadado ya, las dijo, ¿me quieren VV. matar á chupones? ¿No me han consumido VV. bastante sangre con sus malditos genios, que me quieren sacar mas?... no crean VV. que yo me muero; guarden sus sanguijuelas, para cuando las necesiten; que yo vichos que chupan, mé parece que no han de chupar lo mas malo. Traiganme la ropa que me voy á vestir, y vaya una á ver quien llama que tal vez será D. Francisco que venga de la mina.

No se equivocó, porque al tiempo que entraba aquel en el gabinete, salía ya D. Policarpo acabando de abrocharse la chaqueta que usaba en casa. Mi amigo D. Francisco, le dijo, tan temprano en casa? alguna buena noticia trae V. ¿qué? se ha adelantado mucho en la mina? Si Señor, contestó D. Francisco, muchísimo que se ha adelantado, tanto que, hemos descubierto.... alguna enorme masa de oro puro, interrumpió D. Policarpo, y sin esperar á que aquel concluyese y dijera lo que había descubierto, empezó á entrar y salir de un aposento en otro refregándose las manos de contento, y haciendo cabriolas con las piernas apesar de lo flojo que estaba con el vómito, y diciendo llena la boca de risa, y sin querer oír á nadie. = Si, bien lo había yo calculado, y presunía

con fundada razon que hoy habían de traerme tan grandiosa noticia; no podia faltar, porque segun estaba indicado, la mina que se señaló, es la mejor del mundo. ¡ Que suerte la mia !... ! Qué fortuna tan prodigiosa !... ¡ Que feliz soy !... Voy corriendo á disfrutar de mi gloria: que ensillen al momento caballo, jaca, ó burro, y sino me irá andando, porque ya no siento nada en este mundo, con una mina que todos los males cura.

Tan sin juicio estaba el hombre de Dios, que ni oia ni entendia lo que D. Francisco quería decirle, hasta que este le cõjió de un brazo cuando ya iba de escape por la escalera abajo á gozar de su gloria como el decia.

Donde quiere V. ir tío, decía la sobrina con su natural dulzura, no considera V. lo débil que está? Sosieguese V. un poco y espere á mejorarse que tiempo tendrá para ir á la mina. ¿ Quiere V. perderse, y darnos un disgusto?... ¿ cómo es eso? replicó con agitacion el tío, ¿ qué has dicho, niña imprudente? ¿ qué reconvencciones son esas hechas por una sobrina á un tío? ¿ Y tu eres la señorita que tiene fama de talento y bondadosa? Poco te conocen los que te alaban y defienden. ¿ Yo dar disgustos y perderme?... Esto es decir en mis hocicos que soy un desvaratado, un disipador, un calavera. Por vida mia, espresándose con irritacion y amenazando á la sobrina, que nadie ha tenido semejante atrevimiento, sino mi atrevidísima sobrina.

D. Francisco se puso al medio, y la pobre sobrina poniéndose de rodillas y vertiendo lágrimas, suplicó á su tío la perdonase si en algo le habia ofendido, que su intencion nunca habia sido esta, y nõ con ánimo de injuriarle habia hablado de aquel modo, que la parecía no era ofensivo por concepto alguno, y menos cuando era procurando su propio bien.

Ya te entiendo buena alhaja, dijo el tío mirándola con enfado, vayase á coser, y pase por esta vez, que á otra no habrá perdon que valga. Cuidado que vuelvas, ni aun con deseo de verme bueno á pretexto de mi salud, á mezclarte en asuntos mios, y que tambien son tan provechosos para tí. Yo no estravió tus bienes; al contrario procuro, me afano y sudo sangre trabajando en su aumento, para que tu mañana gastes y triunfes á costa de mis desvelos y fatigas ¿ qué bien te aprovecharás otro dia de tantas ricas minas? A fé que no dirás entõnces que administré mal tus bienes....

Basta de sermon, intercedió D. Francisco diciendo, todo es nada: sientese V., sosieguese, y atienda. — Es que esta mi sobrina, replicó el tio, porque yo no era gustoso en el matrimonio que iba ideando con su primo Eduardo, que era tan bella alhaja como ella, está desde entonces tan de hocico conmigo, que nada de cuanto yo hago la parece bueno. — Todo está bien, insistió D. Francisco, cogiéndole por el brazo, y haciendo que se sentase. Lo que así hizo à sus instancias, retirándose la sobrina á desahogar su pena con el llanto á lo mas retirado de la casa.

Eleuterio que con las voces desentonadas de D. Policarpo despertó, ó salió de su letargo, sentado sobre la cama estuvo escuchando desde su aposento sin atreverse á salir de él, por no acertar en lo que habia de hacer, y fuese mejor en tan apurado caso. Por una parte le parecia que debía salir, para procurar que D. Policarpo se tranquilizase, y no maltratase tanto à la sobrina; y por otra se le figuraba que no habiendo ganado todavia la confianza de aquel, tal vez se enfadaría mas, interpretando las cosas al revés, segun el prisma por donde las viese, como acababa de suceder con lo que habia dicho su sobrina. Por esta razon, y por oír á D. Francisco, amigo íntimo y de toda confianza de D. Policarpo, segun se daba á entender, mediaba en el asunto, se estuvo quieto en la cama; pero siempre sobresaltado hasta que le pareció que los dos se habian quedado solos, y que D. Policarpo mas sosegado, preguntó á D. Francisco. — Con que vamos, amigo, espíquese V., ¿que se ha descubierto en la mina?... Entonces Eleuterio tambien mas tranquilo aplicó el oido, y estuvo oyendo la conversacion que entre los dos tenian; y que D. Francisco le respondió, nada Sr. D. Policarpo, nada.... ¡Nada!... replicó este todo asombrado. ¿Ahora salimos con esto que nada? Mucho se ha descubierto, repuso D. Francisco, pero he querido decir que nada de lo que V. se habia figurado. Me explicaré. Es el caso que ayer tarde trabajando en la mina se arrancó una grandísima piedra á fuerza de palancas que habia quedado como en el aire despues del último barreno que se dió, presa solo por un lado. Arrancada esta piedra quedó abierto un agujero tan espacioso como una ventana ó mas, por donde empezó á salir, y continuaba aun saliendo esta mañana, un olor tan pestífero, que hemos tenido que abandonar aquel sitio por evitar fuésemos sofocados con aquella hediondez.

Discurriendo yo que debía hacer en aquel caso, me determiné por último de venir á consultarlo con V. para que me instruya en lo que debemos hacer.

Eleuterio cuando oyó este relato, infirió que D. Francisco era sin duda el director y comisionado en las minas; y dijo para sí, no me equivoqué yo, y me confirmo ahora mas que este amigo de D. Policarpo, es un solemne tunante adulator: prestemos atencion, y oigamos lo que este dice, que será digno de oirse.==

No hay duda, dijo D. Policarpo contestando á su amigo D. Francisco, no hay duda mis proyectos todos son acertados. Ahora verán los que tanto se burlan y rien de mi, si tengo razon, y sé muy bien lo que me hago. Segun la relacion que V. acaba de hacer, Sr. D. Francisco, lo que se ha descubierto, es el centro de la mina, donde está su foco, donde se halla y se coje el oro llamado puro ó virginal, que introduciéndose por la tierra ó paredes que circundan la concavidad descubierta, forma las vetas de oro en lo demas de la mina, y que tanto trabajo cuesta luego para purificarlo. Y en prueba de que es así, el olor que ha empezado á salir por la abertura que ha dejado la piedra ¿es olor de azufre Sr. D. Francisco? Si señor, contestó este.== No podia menos, dijo D. Policarpo, y consiste en que el oro se compone de azogue y azufre; y el no poder sufrir el olor que sale, consiste en que como tengo dicho, dentro de la concavidad está el foco, donde el azogue y azufre en fuerza de mayor decocion ó depuracion vienen á convertirse en oro purísimo.== Envidio su talento de V. dijo D. Francisco, con la mitad que yo supiese, me contentaba; à buen seguro que hubiese venido á molestar á V. ahora y el trabajo no se habría suspendido.==

D. Policarpo así que oyó de haberse suspendido el trabajo, le dió un fuerte dolor de tripas que no pudo disimularlo, y exclamó con todo el sentimiento de su alma..; Desdichado de mí!...; Como ha hecho V. tal, hombre de Dios!... Me pierde V. teniendo que pagar ahora esos jornales sin servicio: es friolera la pérdida que tengo con haber V. suspendido el trabajo, y tener que pagar jornales de todo un dia sin haberse trabajado nada, habiendo tantos medios para haber podido inmediatamente ventilar la mina.== Por lo mismo que hay tantos medios, repuso D. Francisco, no he querido hacer uso de ninguno por no confundirme entre tantos, y

no saber cual elegir, prefiriendo como el mas prudente y acertado venir á consultarlo con V. como inteligentísimo en esta materia, asi como en todas las demas. = Pues está reducido á muy poco, dijo D. Policarpo, y es que los operarios, asi como está el rio cerca, conduzcan agua á la mina en los cántaros y pucheros que tienen para su servicio, para no tenerlos que comprar nuevos y evitar estos mas gastos; que vaciándolos en la mina, cuiden de mojar muy bien todas las entradas, paredes y rincones, para que el agua se divida y forme algunos vapores, porque el agua asi deramada y esparcida en gran cantidad por dentro de la mina, se reduce á vapor, y mezclándose y confundiéndose con el aire, se opone al gas mefítico, y le impide ser funesto.

En el mundo no se encuentra otro hombre tan sapientísimo, habló D. Francisco con toda la retórica de la adulacion; ¡qué penetracion! ¡qué facilidad para todo! ¡qué don de explicarse!... Es V. el non plus ultra de los hombres. Las cosas mas árduas son para V. facilísimas, y las mas obscuras las presenta V. tan claras como la luz del mediodia. Otra duda me ocurre, y es que como se ha de entrar en la mina para hacer la operacion de labarla sin peligro de sofocacion?

No hay necesidad, dijo D. Policarpo con tono magistral y lleno de satisfaccion, de entrar precisamente en la mina para hacer el laboratorio. Desde la puerta por la parte de fuera se puede muy bien hacer, en donde nada hay que temer; porque el gas mefítico que está encerrado, no circula ni sale por ella; sin embargo, convendrá que llesves para aplicar de cuando en cuando á la nariz un poco de álcali volátil, en un pomito pequeño. = Un pomito solo, repuso D. Francisco, para tantos como trabajan en la mina, es muy poco. De otra cosa me parece que habian de gustar mas, y les habia de dar mas ánimo; y es una buena carga de vino añejo, ó un gran barril de aguardiente del superior.

¡Jesus que disparate! sería matarlos, prorrumpió D. Policarpo en exclamaciones, luego que oyó cargas de vino, y barriles de aguardiente. Porque los hombres, por lo regular, cuanto mas ricos, son mas ambiciosos; y cuanto mas ambiciosos mas mezquinos. D. Francisco que era mas que tuno y medio no quiso insistir, y dejándose ir con la corriente, dijo, tiene V. muchísima razon Sr. D. Policarpo, no habia caído yo en lo que V. prevee si viesesen vino

los trabajadores: está visto que yo no puedo hablar con V. sin que deje de decir un disparate; porque si mis discursos pueden pasar entre gente menos instruida, no ante V. que es un pozo profundísimo de ciencias, que todo lo sabe, y la mas pequenísima falta no se escapa á sus ojos de Argos. Es decir que yo no obro á tientas ni à bobas, dijo D. Policarpo; y que por consiguiente, mis proyectos van bien fundados, y yo debo ser el hombre mas poderoso de España ¿ Es verdad, Sr. D. Francisco?— Los proyectos de V., contestó D. Francisco, van tan arreglados que nada ha dejado V. por anotar en su bastísimo, y sapientísimo plan, á fin de que nada falte para conseguir lo que ha de hacer à V. poderosísimo. El oro y plata que V. tiene que reunir, será tanto que, por necesidad tendrá que mandar construir almacenes capaces de poder guardar los tesoros.

Ya he pensado yo en esto mismo, dijo D. Policarpo, y un poquito mas de lo que V. propone. Ponga V. Sr. D. Francisco atencion à lo que voy à decirle, para que le sirva de instruccion y gobierno en lo que tiene que hacer. Suponiendo yo el mucho oro y plata que tengo de reunir; y por consiguiente que tendré muchos envidiosos que las apetecerán, para inutilizar los planes que formen los que intenten robarme, he discurrido un medio, y es el de encerrarla en bóvedas subterráneas, para lo que me servirán las piedras de sillería que se han sacado de la mina, y las que se saquen, en el palacio que pienso edificar de esta forma. Primero, el palacio ha de tener tres pisos: sus paredes tanto las principales como las interiores han de ser de cantería todas, con sola la diferencia que las interiores han de tener una vara de ancho, y las principales dos: las bodegas que serán subterráneas, y tambien todas de cantería como casernas hechas á prueba de bomba, servirán para guardar el dinero: despues circunvalará todo el palacio una gruesísima muralla de seis varas de ancho toda de cantería: luego mandaré abrir unos fosos tan profundos como el rio Betis. Construido el palacio en esta forma, el que quiera robarme, se desaminará con tantos imposibles como se le presenten, y desistirá de su criminal intencion.—¿ Y ventanas y puertas no ha de tener el palacio? preguntó D. Francisco. ¿ O piensa V. sepultarse vivo? Siendo con mi dinero, respondió D. Policarpo, no me dará cuidado de sepultarme vivo. Pero aun no he concluido de explicar á V. todo el plan de mi palacio.

He pensado tambien descubrir una mina de bronce no muy lejos de donde está la de oro, que se está descubriendo ahora. De esta mina se ha de sacar el material para hacer las puertas todas de bronce. Para las rejas que conviene que sean de hierro, he pensado descubrir otra mina. = ¿Y para que tanto hierro y bronce? preguntó D. Francisco = Y Dios quiera sean bastantes todas estas seguridades para estar seguros. No solo tengo que guardar el dinero, sino á mi sobrina que por ella pudiera venirme mal. Por lo mismo sigo el parecer de Theopompo que siendo preguntado que le parecía de unas grandes murallas que estaban á la vista, respondió. = *Si son para guardar hombres sobran: si son para guardar mugeres, no bastan.* = Y sino fuese por la necesidad que hay de que todo palacio tenga ventanas para la ventilacion y otros usos precisos, no las dejaría. En su lugar para que entrase la luz y no tuviese que gastar en aceite, abriría solamente unos agujeritos: y para que entrasen los comestibles y otras cosas de que necesitamos en la vida, pondría unos tornos como los que se usan en los conventos de monjas.

Y había V. de poder vivir tan encerrado? preguntó D. Francisco. Porque no, le contestó D. Policarpo. Las monjas pasan toda su vida encerradas en un convento; y ellas viven ¿pues que mas tienen ellas, que yo? = Sí, replicó D. Francisco, pero vá mucha diferencia de mugeres á hombres; y ademas el encierro en que V. piensa pasar la vida, es todavia mas estrecho, y no tiene desahogo alguno; las monjas al fin tienen su recreo en la huerta que los mismos conventos tienen dentro, por donde se pasean aquellas muy á su gusto respirando aire libre y fresco por la noche, divierten la vista y distraen la imaginacion por de dia en las azoteas; y por último pasan las tardes muy contentas en los locutorios hablando con los frailes y algunas otras personas de su agrado, y toman chocolate juntos y en buena armonía, sin que llanto de niño les incomode, ni cuidado otro alguno les inquiete y perturbe su paz y dicha.

Es que yo tambien, dijo D. Policarpo, pienso tener jardines y huertas muy grandes y deliciosas, que no haya otras en el mundo, ni haya habido despues de las que Semíramis hizo para engrandecer á Babilonia; pues á imitacion suya he de hacerlos suspendidos en el aire por medio de diferentes órdenes de arcos y

bóvedas que los sostendrán.

¡Qué idea tan agigantadísima, qué proyectos tan bastísimos!... exclamó el adulator de D. Francisco. La empresa de V., Sr. D. Policarpo va á ser tan famosa como la de aquellos Gigantes que declararon guerra á los Dioses, y amontonando montes sobre montes para escalar el cielo, y apoderarse de él, Júpiter los confundió, y de su sangre nacieron hombres, que fueron tan malos como sus padres, porque cometieron los crímenes mas enormes. Esta empresa de los Gigantes fué seguramente agigantada; pero la obra que V. trata de emprender, no es menos grande, y es mas sabia y provechosa que la de aquellos. Aunque si bien se reflexiona, no estará escenta de que nazcan hombres que envidien á V., y que queriendo imitarle y aun escederle, para conseguirlo, cometan crímenes los mas horrendos. Porque tal sucede generalmente entre los hombres que, por no ser menos los unos que los otros, y desear todos nombradía, no reparan en los medios; y tal sucede que en las nuevas obras que emprenden, perjudican mas, que provecho causan; y que destruyen cosas muy buenas por substituir las con otras que si no son malísimas, son menos buenas.

Ahora me recuerda V., dijo D. Policarpo, una notable particularidad de mi plan. Y es que para embotar las armas de Júpiter, he pensado poner en mi Palacio veinte pararrayos. = Y con tanta defensa, repuso D. Francisco ¿quien será el temerario que se atreva á intentar la entrada en casa? Cualquiera loco que tubiese tan atrevido empeño, desistiría de su criminal intencion á la vista de un palacio tan defendido. Concluida que esté la obra, bien puede V. perder todo cuidado, y hecharse con toda tranquilidad á dormir. Deseos tengo ya, dijo, de ver concluido ese magnífico y no visto palacio con sus jardines, que será una de las maravillas del mundo, que vendrán los estrangeros empujándose por los caminos en peregrinacion para ver lo que nunca se ha visto, ni puede verse de mayor maravilla; y la fama llevará á todas partes al autor de tanto prodigio... ¿Qué gusto, qué satisfaccion tan grandísima será el oír por todos los ángulos de la tierra el nombre de D. Policarpo repitiéndose con asombro por todas las gentes del mundo?...

Tambien á V., repuso este, le ha de tocar algo; siquiera por ser director de las minas, la fama no olvidará su nombre. =

... Pero sabe V. lo que digo D. Policarpo, que habrá siempre necesidad de estar continuamente abriendo las puertas de palacio, si es que yo he de seguir dirigiendo las minas; y en este caso no parece se consigue el objeto que V. se propone de que nadie entre en él, si ha de haber necesidad de abrirse para que yo entre. No hay que dar cuidado, replicó D. Policarpo, todo lo he tenido presente cuando tiré mi plan, y nada me he dejado en el tintero. = ¿Y que medio ha discurrido V.? preguntó D. Francisco. Uno muy sencillo, contestó D. Policarpo, y está reducido á que tanto V. como todos mis dependientes que tengan precision de andar fuera de palacio, vivan en casas que edificaré de la otra parte del canal que ha de circumbalar la muralla, y cuyas casas servirán de fuertes que defiendan al mismo palacio: y por medio de cuerdas recibirán VV. mis instrucciones, y yo los avisos y noticias que VV. tengan que darme. Tambien tengo pensado otro medio para salir de palacio siempre que quiera sin necesidad de andar abriendo y cerrando puertas. Porque mandaré hacer un globo aereostático muy bien acondicionado, y luego que yo con repetidas esperiencias me considere suficientemente capaz para manejarlo, y bastante instruido para darle direccion que convenga, me saldré por los aires, y por los vientos volveré à entrar en mi palacio sin necesidad de tenerlo que hacer por la puerta. Pero no perdamos tiempo, el trabajo está suspendido, y es preciso que marche V. inmediatamente à la mina para que continúe.

Eleuterio y el ama, mientras D. Policarpo se satisfacía en hablar de minas con D. Francisco, estuvieron en el comedor consolando á la sensible Luisa, que lloraba por las reprensiones tan sin fundamento, tan fuertes y tan acres con que su tío la habia tratado tan de mañana. Doña Maria, la abrazaba y la decia. =

No hay razon para el enfado de tu tío, y ha dado un escàndalo con su imprudencia. Pero ¿que se ha de hacer hija?.. Es preciso sufrirle porque el cielo habrá ordenado que padezcas para probar tu virtud: encomiéndalo todo á Dios, para que se haga su santa voluntad, y Dios sea honrado en todos sus siervos, que sabe sacar de los males bienes: estudia, y aprende á sufrir con paciencia cualesquier defecto ó falta agena, porque todos tenemos mucho en que nos sufran los demas. Si todos fuésemos perfectos, ¿en que

estaba entonces nuestra virtud? ¿donde nuestro mérito?....

Dice V. muy bien, contestó Luisa, conozco que la paciencia nos es necesaria à todos porque en esta vida acaccen muchas adversidades; y de cualquiera suerte que ordenemos nuestra paz, no puede estar nuestra vida sin batalla y dolor. Yo lo conozco y bastante lo sufro; las impertinencias de mi tio, la opresion en que estoy, y ver mi caudal que se derrite en las manos de los que le engañan, lo sufro todo esto con paciencia. Pero no puedo sufrir que mi conducta y mi opinion padezca, tratándome delante de gentes de despilfarradora, entretenida y loca. ¿Que juicio formarán de mi los que oigan todas estas cosas? ¿como ecsisto yo con una opinion que tanto me destruye, que tanto me quita la honra? Muchas veces he oido decir que la vida de una persona sin honra, es un cadáver, cuya sombra ofende al mas indiferente. Y yo digo que una muger sin honra y sin buena opinion à todos espanta, y huyen de ella.

Verdad es, Señorita, dijo Eleuterio; pero tambien es cierto que quien quisiere condenar á muchos por la fama, habrá de condenar á otros sin razon. La satisfaccion que dà la buena opinion, es uno de los consuelos mas grandes, es el placer de los placeres; pero poco duradero es este bien, cuando no le buscamos en nosotros mismos, en nuestra propia virtud. Las gentes por lo regular, reflexionan poco; y de los que reflexionan algo, muchos son interesados: asi es que unos y otros muestran á veces querernos, parece que nos estiman, nos alaban, y engrandecen mientras valemos y representamos algo; mudan las circunstancias del sujeto, mudó la opinion de los que le aplaudian, y el que antes era bueno, ya es malo; y por el contrario el que antes era malísimo, luego es bueno; no porque haya mudado de conducta, sino porque ha mudado de posicion, y han variado las circunstancias. Esta suele ser la opinion por lo general. ¡Infeliz del que funda su satisfaccion en este juguete de opinion!... Pronto su satisfaccion se convierte en amargura, sino está fundada tambien en su propia virtud.==

Las reflexiones de V. me convencen, dijo Luisa; mas yo quisiera encontrar un medio que pusiese término á tantos disgustos, porque no soy sola la que padezco, sino toda mi familia, y yo con mucho gusto me sacrificaría porque tuviesen tranquilidad.==

¿Y que medio quieres tu que se busque? preguntó Doña Maria. Irte á vivir con tu tio D. Pedro, no es conveniente; porque entonces tu tio D. Policarpo podrá creerse otra cosa, podrá llegar à persuadirse que aquel te ha engañado para casarte con su hijo Juanito, ya que no pudo ser con Eduardo; y en este caso se aumentarían las desazones, y serían mayores los disgustos.— Pues bien replicó Luisa, me entraré en un convento cuando otro remedio no haya.

¡ En un convento Señorita !... repuso Eleuterio. No apruebo esa determinacion: yo no se lo aconsejo á V., y sí que lo medite mas y espere V. al tiempo que traiga la ocasion de mejorar su suerte, ya que hasta el dia ha podido sufrirla. Lo que conviene ahora es que V. se serene, para pasar á la habitacion de su tio que ha quedado solo, y podrá sospechar de nosotros. Entraron à verle y acompañarle, y en todo el resto de aquel dia no ocurrió cosa particular, mas que el ocuparse en la ordinaria conversacion de minas.



CAPITULO 13.

Lo que es un sueño.

Al día siguiente antes mucho de venir el día, se sintió á D. Policarpo andar por la casa, y que refunfuñando decia. = Parece que la familia toda està muerta cuando habiéndolos llamado tantas veces, maldito si me han respondido: sin duda estarán rebujados en las sabanas dormiendo á pierna suelta: me impaciente con lo que hacen conmigo: luego dirán que uno tiene mal genio, que no hay quien me sufra, que es uno malo, que los trato mal; cuando son ellas las picaras que se meten en cama con mucho descanso, y aunque me esté muriendo, no se cuidan de mi. Volvamos á llamar á la bribona de mi sobrina, que es la que menos me quiere por lo mismo que soy su tío carnal.

La sobrina despertando á las voces de su tío, se vistió y encendiendo una luz la entró en su habitacion: saludóle con afabilidad y cariño preguntándole como estaba. Pero el brusco del tío la contestó con mucho enfado, y la preguntó con tono aspero, si tenía hecho el desayuno, y dispuestas las cosas que habia de llevar á la mina. = Le respondió que no. = Pues que ¿no sabias, la replicó el tío, que tenía que salir hoy? ¿porqué no has madrugado mas, y me has llamado mas temprano? = Como V. no me previno le llamase, contestó Luisa, y por otra parte se incomoda V. tanto, cuando estando dormido se le llama, no he querido molestarle y mucho menos cuando no me mandó le llamase.

Salas por parte de mañana muy puntual, dijo el tío, me gusta que te hayas enmendado: haciendo con esactitud lo que te mande, y nada mas que lo que yo te diga, estando siempre obediente á los preceptos de tu tío que tanto se desvela por tu bienestar, es el modo que yo te quiera, si cabe mas cariño que el que te tengo. Las sobrinas no han de mezclarse en los negocios de sus tios, han

de cuidar de estos, y hacer solo lo que estos manden, sin abrir la boca mas que para contestar con humildad á lo que sus tíos las pregunten. Pero dime ¿donde has puesto el oro que han traído de la mina?— ¿Cuando tío?— Anoche despues que yo me acosté.— Yo tío nada sé; ni me han entregado oro, ni he visto nada.— ¿Cómo que no? Pues que ¿D. Francisco no trajo anoche un grano de oro virginal que pesaba una libra, y que sacaron de la mina luego que hicieron la operacion en que yo le instruí ayer por la mañana?— Todo cuanto V. dice tío, será cierto; mas aseguro á V. con toda verdad, que yo nada he visto, ni grano alguno de oro me han entregado.— Estamos frescos... es lo que yo digo... esta señorita quiere quitarme la vida... Sí, explicándose con colera, tu quieres concluir conmigo á fuerza de sentimientos, para aprovecharte cuanto antes de mis bienes: eres una picara, una bribona que me estás engañando.— Tío seré lo que V. quiera, pero le ruego que no se acalore, porque si le han traído, en casa estará: podrá ser que Doña Maria lo haya recibido; voy á preguntar si lo ha visto, que podrá ser que lo haya guardado sin acordarse de que lo tiene. Decía esto la sobrina con lágrimas que empañaban sus hermosos ojos.

A esta sazón entró Doña Maria, diciendo:— ¿qué alboroto tan de mañana es este? ¿es posible, Sr. D. Policarpo, que no ha de haber paz en esta casa, y que siempre ha de estar V. airado con su sobrina?... La razon y la fé igualmente condenan esta conducta de V. El que se encolerizare, dice el Espíritu Santo, contra su hermano, será culpado en el juicio de Dios, y de los hombres.— Dejese V. de sermones Doña María, dijo D. Policarpo, á lo que me interesa: á mas que yo no he nombrado á mi hermano para nada, ni mi enfado es ahora con él, sino con mi sobrina.

Considere V., Sr. D. Policarpo, volvió á replicar Doña Maria, que está V. escandalizando con sus proposiciones; que está V. dando mal ejemplo; y el mal ejemplo ha condenado mas almas, de las que ni el zelo de los Apóstoles, ni la elocuencia de los Predicadores han convertido. Un escandaloso es Apóstol de Satauás, y Predicador del demonio, y segun dice el Profeta, está sentado en la cátedra de pestilencia.

Tiene V. razon, Doña Maria, que los hombres son malos, y al lado de las mugeres peores. Mas al caso: yo no pretendo sentarme

sobre cosa que no sea mia; sobre lo que es mio, porque me ha costado muchos desvelos, agudísimos dolores de cabeza, y muchísimo dinero, es sobre lo que me quiero sentar.

— Y que quiere V. decir con eso? preguntó Doña Maria; porque yo nadita de cuanto V. ha dicho entiendo, ni tampoco es fácil poder entenderlo. — Pues no hablo en griego, contestó D. Policarpo, quiero decir que no trato de sentarme sobre la cátedra de la pestilencia, sino sobre mi oro finísimo.

Ahora entiendo á V. menos, dijo Doña Maria; no se de que oro habla V. — Del grano de oro virgen que han sacado de la mina, y D. Francisco ha traído esta noche, cuando yo estaba en cama: cuyo grano de oro sino lo ha recojido V., lo habrá guardado mi sobrinita la linda para sus urgencias coquetiles.

No forme V. juicios tan temerarios, Sr. D. Policarpo, ni tan ofensivos á su sobrina y á mi: á ámbas nos injuria con solo pensar lo que dice. Y si V. no trata de moderarse, puede desde este momento buscar otra ama que aguante sus impertinencias y sufra sus injurias; porque yo prefiero mas pedir una limosna de puerta en puerta, que vivir en casa de un hombre tan desconfiado y malicioso, y.... pero tengamos prudencia, y enseñemos al que no la tiene.

No hay medio, sino lo han recogido VV., lo habrá cojido alguno otro de casa; porque yo no lo he soñado; D. Francisco lo trajo, y D. Francisco en casa lo entregó. — A D. Francisco, dijo Doña Maria no se le ha visto en casa desde ayer mañana que estubo volviéndole á V. la cabeza con las minas. — Pronto lo veremos, yo voy ahora allá, y se descubrirá el enredo. — Piensa V. muy ligeramente, Sr. D. Policarpo, y no quiere creer que sus proyectos le tienen trastornado el juicio, y le arruinan. — ¡Yo arruinarme con mis proyectos!... V. Doña Maria es una vieja que no sabe lo que se dice, y la disimulo muchos atrevimientos.

A esta ocasion trajo la sobrina el desayuno, y entre bocado y bocado, decía: algunos tontos esperan mi ruina para reirse de mí. Pero no, no se verán en este espejo, y yo sí que me he de reir á carcajadas de todo el mndo. Entónces vendrán con zalamerías llamándome el cuerdo, y cuando vean las cargas de oro que entran en mi casa, se han de comer los dedos de envidia. Ya verá V. Doña Maria que poderosísimo voy á ser; porque mina como la

mía es para hacer rico á todo el mundo. Y montando en un mal caballo así que se desayunó, se fué solo á la mina. Luego que quedaron solas el ama y la sobrina, esta empezó à desahogarse dando suelta al llanto, é insistiendo en entrar en un convento y dejar á su tio, porque ya no habia paciencia para sufrirle tantos despropósitos, que eran menos tolerables en él que en otro. = No es verdadero paciente, decia Doña Maria procurando el consuelo de la sobrina, no es verdadero paciente, hija mia, el que solo sufre lo que quiere, y de quien el quiere. Nunca, Luisa amada, digas no puedo sufrir esto de aquella persona, ni es razon que yo sufra tales cosas, porque me injurió gravemente, y me levantó cosas que nunca pensé; mas de otro sufriré de grado todo lo que pareciere se debe sufrir. Indiscreto es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira quien la ha de galardonar, antes se ocupa en hacer caso de las personas, y de las injurias que le hacen. Y por último, hija mia, como dice el adagio "el hijo del bueno sufre lo malo y lo bueno." Tu eres nacida de padres muy benditos; te dieron una educacion buena, y debes haber aprendi-lo á resistir con la virtud, la adversa suerte. Para que no desmientas tu educacion, y queden tus padres en su buena opinion, debes sufrir con ànimo constante todo acontecimiento, que en este mundo no son menos variables los infortunios, que las glorias. ¿ Quien padeció totalmente desconocido de la felicidad? ¿ Quien logró siempre la felicidad, sin que conociese el padecer? Dices que ya es imposible continuar mas en casa de tu tio, y que estás resuelta á entrar en un convento.

Si, Doña Maria, ¿ como quiere V. que yo deje de sentir la pérdida en mi honor? ¿ Que se dirá entre las gentes luego que mi tio haya dicho al primero que se haya encontrado, que vá á la mina porque habiéndole traído anoche un grano de oro que pesaba dos libras, no parece y sospechando que yo lo he ocultado, vá á averiguar la verdad? Todo esto es capaz de ir publicando con su frenesí. = Todos los que le oigan, dijo Doña Maria, proferir un disparate tan grande, se hecharán á reir; y dirán compadeciéndose, *D. Policarpo se ha vuelto enteramente loco. ¡ Pobrecito !. Dios de mucha paciencia á su sobrina para que pueda sufrirle, porque sin ella, que sería del desdichado?* = Esto dirán todos los que le oigan: y si otro loco dijese otra cosa, los demas le despreciarán. = De todos

modos, repuso Luisa, yo quisiera evitar todo motivo de disgusto á mi tío. No vive con tranquilidad estando yo en su casa, por el mal juicio que ha llegado á formar de mi. De toda su incomodidad parece que yo soy la causa, y que yo lleno de amargura los dias de su vida. Estoy persuadida que no viéndome, había de estar mejor; y tal vez se le quitarían muchas de sus manías; y aun se desvanecerían del todo sus agigantados proyectos que le han conducido á la demencia. Por lo que, en conciencia debo evitar tantos males, aunque sea acosta de mi libertad metiéndome en un convento. Así es preciso, Doña Maria, que veamos el medio de poner en práctica mi pensamiento, porque estoy resuelta á encerrarme. Yo la tengo á V. por mi hermana, por mi mayor amiga, por mi madre; y por lo mismo en V. tengo puesta toda mi confianza, de V. estoy recibiendo los mas sanos consejos, y por tanto espero ahora toda su proteccion y ayuda.

No me he olvidado de lo que hablamos ayer sobre este particular. Toda la noche, sino es un poco que me quedé traspuesta cuando venía el dia, la he pasado pensando en lo que debia hacerse, y fuera mejor. No he podido fijarme en ninguno de los medios que he discurrido, porque en todos he tropezado con mil dificultades. Lo que por último he pensado, que supliquemos á D. Eleuterio se tome la molestia de pasar á casa de tu tío D. Pedro para que este venga, y con él consultemos el punto, porque no debemos hacer cosa alguna sin su consejo, y mucho menos en asunto tan grave como es este.

Convenida Luisa en que se llamase á su tío, Eleuterio fué luego á avisarle, y refiriéndole cuanto habia pasado en casa de D. Policarpo, y lo afligida que estaba la sobrina, no pudo menos de reir á carcajadas, apesar de dolerle tanto el mal de esta, y sentir las locuras de aquel. Cuando llegó á casa de su hermano, Luisa se le abrazó, pidiéndole por todos los santos que no la abandonase; y la sacase de tantas aflicciones. Doña Maria que tenia deseo de contar lo que habia sucedido en casa, no descansó hasta que dió minuciosa cuenta de lo ocurrido, á D. Pedro.

Y soltando la lengua sin poderla contener, decía:— Su hermano de V. Sr. D. Pedro se ha extraviado en su juicio de tal manera, que ya no es aquel D. Policarpo que conociamos tan bueno, y á quien yo con tanto gusto servia. Es ya otro hombre muy contrario

á lo que antes era. A su sobrina la trata como á una mugerzuela; y á mi como á una beata parlera. A todas horas nos insulta, y está intolerable. Ayer por la siesta estando yo á una diligencia precisa en casa de la viuda de D. Jaime, parece llegó el lindo de Francisco á tratar con su hermano de V. sobre la mina; y como llegáse á decirle se habia descubierto, sin esperar á que dijese lo que, se levanta su hermano de V. lleno de alegría entendiendo se habia descubierto muchísimo oro puro; y se empeña en aquella hora de calor y de bomitivo que estaba, en que ha de ir andando á la mina para disfrutar luego de su gloria, como él decía, pues no habia caballería en casa, ni quería esperar se buscase. Luisa entónces le suplica que no vaya, sino quiere perder la salud, y dar sentimiento á la familia. Su hermano de V. interpreta á su modo esta súplica de la sobrina, y enojándose mas con ella, la amenaza, la llena de improperios, y haciéndola sentar, la tuvo así en el mayor dolor mirándola airadamente, hasta que dándole gana de irse á acostar, parece la dijo con imperio, que le dispusiese la cena, y se la llevase á la cama. = D. Eleuterio me ha enterado de todo: Doña Maria, no se moleste V. en referir lo que ya sé; y vamos á tratar de lo principal. = Todavía falta lo mejor, replicó Doña Maria, deseosa de contar hasta las mas pequeñas circunstancias, vá V. Sr. D. Pedro á reir, con lo que voy á decirle y concluyo. Esta mañana su Sr. hermano se ha levantado con tantas ganas de oro, que los buenos dias que ha dado, ha sido preguntar á Luisa que donde habia puesto el grano de oro puro que D. Francisco habia traído. Luisa sorprendida con tan estraña pregunta contestó que nada habia visto, y que nada sabia. Su tío mas firme que el mismo oro, se empeña que le ha de decir inmediatamente donde está el que le habian traído de la mina. Luisa usando de su justa y natural defensa, repite que nada sabe. Y montando en colera, la acusa diciendo que ella es una picara que lo habrá escondido. Luisa abochornada con semejante imputacion, se aflige, llora, y se sincera. A esta ocasion entro yo en la sala donde ámbos estaban, y enterada del caso tomo la defensa de Luisa, y me opongo á su hermano de V.: le hago algunas reflexiones cristianas, y se mofa de mi. Finalmente y para concluir pronto, su hermano de V. mas duro que la roca donde ha abierto la mina, insiste en que D. Francisco habia traído anoche un grano muy grande de oro puro,

y que habia de parecer luego que llegase á la mina, y se informase de los operarios.

En verdad que es cosa de reirse, dijo D. Pedro; vaya que es aprehension singular la de mi hermano. ¿Y por estas cosas te afliges, mi querida Luisa? ¿Tu haces sentimiento de lo que te dice uno que delira en sueño? No hagas caso, que dia llegará que se espabile con sus propios desengaños, y conozca sus errores, y á las personas que debe querer, despreciando á las que debe aborrecer, conociendo que le han engañado.

Tiene V. razon mi apreciable tio, pero siento lo largos y pesados que son los sueños de mi tio D. Policarpo, y sus consecuencias.— Y bien no haciendo tu caso ¿qué tienes que temer?

Muchísimo, dijo Doña Maria; supongase V. que su señor hermano sueña que Luisita para disfrutar libremente de los bienes de su tio, le quiere matar: que con la pesadilla del sueño se levanta, coje un cuchillo, y entra en la habitacion de aquella cuando está dormida; y lo que él soñó que querian hacer con él, lo haga con la sobrina clavandola el cuchillo. Ya tiene V. aquí un caso muy posible y fácil de suceder con sueños tan pesadísimos como son los de su hermano de V., que tantas desazones nos causan.

Tiene V. sobrada razon, dijo D. Pedro, y que dado este caso á todos nos cogía la desgracia. Y bien ¿que has pensado tu hacer, querida Luisa?

Yo habia pensado, y estaba resuelta á dejar la casa de mi tio, para irme á la de V.; pero Doña Maria se opone no conviniendo en esto conmigo.

No señor, dijo Doña Maria, porque su hermano de V. se habia de encolerizar mas persuadiéndose, que ya que no se pudo efectuar el matrimonio entre Luisa y su hijo de V. Eduardo, é ignorarse el paradero de este, habia V. engañado á Luisa para casarla con Juanito.

En verdad, dijo D. Pedro, que Doña Maria discurre bien, y que de ninguna manera conviene que Luisa pase á mi casa: y la misma razon que hay para esto, la hay tambien para que yo no tome parte directa en este negocio.

Entonces, dijo prontamente Luisa, ¿quien la ha de tomar? Ninguna persona puede aliviar mis amargas penas mas que V. porque solo V. es el que puede interesarse por mí. ¿Y será posi-

ble que he de perder esta esperanza que ponía en V., que no he de encontrar este único amparo que me quedaba en la tierra!... ¡ Tan huérfana hé quedado Dios mio!... ¡ Tan sola y necesitada que tengo que mendigar un auxilio extraño!... ¡ Quien me socorrerá, si los míos me abandonan! Yo moriré, y la muerte me será mas dulce que la vida!... Si, amadísimo tío, poniéndose de rodillas con las manos cruzadas, no me abandoneis, no permitais que una sobrina que os adora, sea mañana víctima cuando podeis hoy librarla. Por Dios suplico me ampareis.... ¡ Ah!.. Si Eduardo viviera, si estuviera presente, ya me salvaria!.. Pero el desde la morada de las almas os ruega y pide tambien por mi.==

Levanta, hija, no me aflijas tanto, ni oprimas mas mi corazon haciendo mas agudo mi dolor con la memoria del hijo que he perdido. No te abandonaré, ni esto he querido decir con manifestarte que no tomaré parte directa en el negocio. Protesto que me sacrificaré por ti; pero es muy prudente usar de mucha cautela en este delicadísimo asunto.==

Si, dijo Doña Maria, hágalo V. asi en caridad. Yo le tengo á V. por hombre de bien y muy buen cristiano; y V. sabe que la caridad no debe limitarse solamente á no hacer mal al prójimo; sino que se debe tambien procurar, é impedir, el que le venga mal alguno, solicitando remediar los que le amenazan, para que no le lleguen, ó si llegaren, procurando consolarle, y aliviarle, sino puede librarle totalmente; y cuando, ni aun esto pudiese, compadeciéndose en sus penas, sintiendo sus aflicciones y tomando parte en ellas.==

Asi debe ser, dijo D. Pedro, y ojalá todos y siempre obrásemos de ese modo, evitaríamos tantas y tantas penas como nos afligen diariamente. Mas todo es charlatanería, y poco obrar. Yo me retiro ahora para evitar un encuentro desagradable con mi hermano, si por casualidad llegase á venir estando yo aqui. Cuando venga, yo buscaré ocasion de hablarle sobre el particular, sin darle á entender que he visto á VV. Por el contrario, le diré que en el café lo he sabido todo; y á VV. les encargo mucho el disimulo, y que no manifiesten alegría delante de él, para no dar lugar á que présuma algo, y entre en sospechas; y si preguntase á D. Eleuterio si me ha visto, que conteste que hace mucho tiempo no me vé.

Habiendo quedado solas en el gabinete, Doña Maria preguntó á Luisa ¿ Estàs ya mas tranquila hija mia? = Si señora, y parece que se me ha quitado un enorme peso del corazon que no me dejaba antes respirar. = Tambien me parece á mi, que hemos de salir bien de nuestro apuro, sin que haya necesidad de llegar á últimos estremos. De todos modos, conviene que nos pongamos en manos de Dios, y que se cumpla su santísima voluntad. El asunto tiene espinas, y debemos no entregarnos á una confianza absoluta. Poniendo los medios sino se consigue el fin, tendremos paciencia; en no consintiendo del todo, no tendremos tanta pena, si por nuestra desgracia salimos mal.

Las horas empezó á contar Luisa pareciéndola que los minutos eran años, y que el sol no adelantaba en su carrera, deseando con ansia ver llegar á su tio D. Policarpo, para que llegase el momento de que hablase á este, su tio D. Pedro. ¡ Miserable condicion nuestra! Lo que antes nos fastidiaba, luego lo apetecemos con ansia. Antes deseaba que su tio estuviese fuera, porque en aquel tiempo que duraba la ausencia, gozaba de paz, y ahora ya desca que llegue.

Por último llegó su tio D. Policarpo ya entrada la noche, muy cabizbajo, y preguntando si alguno habia estado en busca suya mientras el en la mina. = No Señor, nadie ha venido en busca de V. ¿ y ha encontrado V. lo que buscaba con tanta ansia? le preguntó Doña Maria. = Si no lo he encontrado hoy, lo hallaré mañana. ¿ Porque lo pregunta V. Doña Maria? = Lo pregunto, para si no lo ha encontrado V., practicar diligencias á ver si parece, y que no quede la cosa así perjudicando la buena opinion de su sobrina y la mia. = No se de que me habla V. Doña Maria. = Del grano de oro que dijo V. habia traído anoche de la mina D. Francisco, y supuso V. que habiamos guardado su sobrina y yo para nuestras urgencias, formando tan mal juicio de nosotras =

Ahora sale V. con eso, Doña Maria, quiere V. martirizarme mas de lo que yo estoy. = Señor D. Policarpo hablemos claro, porque á mi no me gustan tapujos, sino que quiero las cosas claritas, que se vean todos sus pelos y señales para evitar confusiones; mientras mas amigos, mas claridad; porque los amigos deben ser como el agua cristalina que se vea el fondo. =

Dejese V. de enredos, Doña Maria, que no traigo ahora la ca-

beza para cuentos. = La que odia los cuentos, y trata y desea, porque su opinion està comprometida, de desvanecer enredos soy yo: yo soy muy interesada en esto, como tambien su sobrina de V. y como V. dijo que luego que viese á D. Francisco, se averiguaría el paradero de el famoso grano de oro que había traído aquel de la mina, y yo supongo que viniendo V. de allá le habrá visto, y le habrá preguntado á quien entregó el dichoso grano, por eso pregunto ahora á V. que es lo que trae averiguado sobre este particular.

Ya tengo dicho Doña Maria, que no tengo la cabeza para esas cosas, y que no sé de que me habla.

Pues tan flaco es V. de memoria que no se acuerda ya del alboroto de esta mañana, y tan pronto se ha olvidado del escándalo tan grande que causó el grano? = Ya he dicho á V., Doña Maria, que mi cabeza no està ahora para nada, y dejeme en paz que me voy á descansar. =

D. Policarpo entró en su retrete, y Doña Maria y Luisa quedaron solas hablando sobre la poca memoria de su tío, y mala cara que traía de la mina. Una y otra no hacían mas que derretirse los sesos procurando adivinar la causa del enfado del tío, aumentando esta molestia á la incomodidad que tenían ya de sufrírle. Hacían lo que hacemos todos, agravar mas nuestras penas con nuestras cabilaciones.

¿Qué otra novedad tendremos? decía Doña Maria. Mucho me dà que cabilar el modo que ha tenido tu tío de preguntar, y contestar. Porque, á la verdad, ha sido muy chocante su entrada. Preguntar tan á secas, sin dar las buenas noches, si alguno ha venido á buscarle; hacerse el desmemoriado afectando ignorar lo ocurrido esta mañana sobre el grano de oro; no pedir nada de alimento; mucho pasearse; traer la cara tan opaca y avinagrada, y tan repentinamente encerrarse en su habitacion, son todas señales ciertas de tempestad.

A bien que trueno gordo ha de ser, dijo Luisa, para que nos asuste, segun estamos acostumbradas á las tormentas. A mi modo de ver, pienso que mis dos tios deben de haberse encontrado, y haber hablado sobre nuestro asunto.

Muy bien podrá ser lo que tu piensas; sin embargo que atendida la hora que ha llegado tu tío D. Policarpo, no era fácil se

hubiese encontrado con el otro, ni tampoco la ocasion era la mejor. Mas presumible es que no le haya salido la cuenta de su oro virginal, y que esta sea la causa que produce su enfado.

Mala hora en que mi tio se metió en tan locos proyectos que tanto le han trastornado su cabeza, y traído desazones tantas á casa. ¿ Quién habia de pensar que mi tio D. Policarpo, hombre de tan buen juicio, habia de venir á parar á semejantes locuras?

Tu tio habria siempre conservado su sano juicio, y nosotras no tendríamos de que quejarnos de el, sino hubiese tenido la malísima suerte de tropezar con aduladores, y la debilidad de escucharles. =

¡ Cuantos infortunios y desgracias ha causado en todos tiempos la adulacion !... ¡ Que astuta y sutil es esta segunda Piton, que aunque una persona sienta su mordedura, consiente que continúe mordiéndole por el placer que le causa !... Ella es todo podredumbre que emponzoña solo con el aliento hasta las mas altas plantas; pues aunque se humilla hasta barrer el suelo, se desquita luego con la sangre que chupa y el veneno que deja en la cisura que hace. El adulador es como el animal anfibio que arrastra como la culebra y vuela como las águilas; porque la adulacion y la mentira son las dos alas con que se eleva á las alturas.

La estimacion y confianza que tu tio D. Policarpo hace de D. Francisco, es una buena prueba de lo que tu dices, hija mia. Este charlatán que se marchó despues de habernos robado, se ha metido otra vez en casa y vuelto á la gracia de tu tio, y con sus zalamerías y embustes le está completamente engañando.

Y quien tiene la culpa de esto, y que D. Francisco se ria, y nosotros lloremos? Nadie mas que V. Doña Maria; porque si V. no se hubiese empeñado por él, no estaria hoy en casa.

Es verdad, hija mia; pero yo no tengo corazon para ver lástimas, y no aliviarlas aunque sea en mi mayor enemigo. D. Francisco ejecutó una accion feísima; mas como luego al cabo de algunos años se presentó tan mal parado, tan miserable, tan humilde, y confesando su pecado; que habia de hacer mas que compadecerme del prójimo, y rogar por él. Porque todos, hija mia, estamos sujetos al error; y á que las pasiones nos esclavizen; nuestros talentos son limitados, y nuestras pasiones vigorosas. Muchas veces creímos con buena intencion que obramos bien, y nos equivocamos.

mos inocentemente; y otras veces la necesidad nos impulsa á obrar mal. Nadie en este mundo es perfecto ni en sus obras, ni en sus acciones, ni en sus pensamientos; por consiguiente es preciso que nos disimulemos unos á otros las faltas que tengamos, si hemos de vivir en paz.

Si, pues ya V. vé Doña Maria que en paz vivimos por haber V. disimulado tanto las faltas gravísimas del dichoso D. Francisco, y que bien que paga los beneficios recibidos. Desengáñese V. Doña Maria, los aduladores nunca son buenos; ni pueden serlo, porque el oficio ratero que tienen, les envilece tanto que, los prostituye para siempre. Los aduladores allí vuelven la proa de su pensamiento donde mas esperanza se muestra de interés, sin tener cuenta con lo que de ellos publicará la fama.

De todos modos, hija mia no debemos jamás arrepentirnos de haber obrado bien aunque despues nos encontremos que el beneficio hecho, se recompensa con una ingratitud. Y por ahora basta ya de conversacion, y poniéndolo todo en manos del Señor, esperemos de su misericordia infinita que nos sacará de este penosísimo estado.



CAPITULO 14.

*Lo que ciega la adulacion; y quanto
precipita la codicia.*

Don Policarpo afligido con las pérdidas que ya iba sintiendo, como se dirà, le habian tenido inquieto toda la noche sin poder conciliar el sueño, trastornando mas su juicio con este doble motivo, dejó la cama antes de su costumbre, y paseándose por su habitacion, se le oia esclamar... ; Que fatalidad!... ; que pérdida tan grande!... ; Que golpe tan terrible!... ; Quinientos mil reales nada menos!... Con esta cantidad compraba hoy una provincia. Quinientos mil reales de mi alma, de mi vida y de mi corazon ; Donde estais?... ; Que os habeis hecho? Venid, venid à darme consuelo. Yo prometo cuidaros mas en mis gabetas, y que no os dé el aire, para que no sufrais enfermedad contagiosa. =

Doña Maria que sintió à su amo pasear, y le oyó sus exclamaciones, aunque sin poder entender á que se dirijían, entró à preguntarle si se habia puesto malo, ó que tenia. Mas D. Policarpo alzando la vista al cielo y cruzando las manos, no dijo mas que quinientos mil reales ; que asombro!... Doña Maria que oyó esto solo y que nada mas le dijo D. Policarpo, entendiendo lo contrario que este sentía, ó fingiendo que no le entendia, ó verdaderamente equivocándose con los quinientos mil reales creyendo que eran ganancias, y no pérdidas, tambien exclamó y dijo: = ; Que suerte!.. A fé que este dinero no podia venir à mejor tiempo. Bien caen ahora para enderezar la casa, y pagar los criados que todos se quieren marchar, porque hace cuatro años que no se les paga sus salarios y ya no quieren esperar mas.

D. Policarpo que tal oyó, manda callar à Doña Maria, diciéndola que no la insulte en la desgracia = Pero en que ofendo á V. para que asi os enfadeis por lo que he dicho? En mucho, replicó

D. Policarpo, porque os burlais de mi cuando mas debíais compadecerme, si es que sois muger caritativa y piadosa.

Doña Maria sorprendida con lo que su amo la dice, esclauó ; Yo burlarme de persona alguna, y mucho menos de V. cuando precisamente es todo lo contrario, que manifesto tanta alegría por lo que he oido decir á V?.. Pregunto que tiene V.? y me contesta, quinientos mil reales ; No me hé de alegrar con tan gratisima noticia? = Ea, calle, volvió á replicar D. Policarpo, no me irrite mas con sus mofas. =

Doña Maria mas sorprendida sin poder conocer lo que sentia su amo, y pensando si se habría llegado á poner absolutamente loco, ó si ella por contagio empezaba á estarlo, guardó un poco de silencio pensando en esto, hasta que habiendo reflexionado en su interior, y encontrándose sana, volvió á hablar diciendo á su amo que no se enfadase, porque ella ignoraba el motivo para compadecerse de él. = Entonces D. Policarpo la dijo, que sino sabia que la fábrica de loza era preciso abandonarla para no empeñarse mas gastando sin fruto, y que por consiguiente eran perdidos los quinientos mil reales que se habian gastado en ella.

A bonita ocasion viene la pérdida, dijo Doña Maria, y tu que no puedes, llévame acuestas. Yo habia entendido lo contrario; porque como pregunté à V. que tenia, y me contestó à secas que quinientos mil reales sin mas explicacion, creí que era ganancia que habia tenido en algun negocio. Ahora ya lo entiendo, y digo que tiene V. sobradísima causa para quejarse de la cabeza, de los pies, de las manos, del estómago. y de todo el cuerpo. ; Pequeño golpe es la pérdida de quinientos mil reales, y mucho mas atendiendo á los apuros en que estamos!... Pero ; cual es la causa que obliga á que se abandone la fábrica? =

Que el director, contestó D. Policarpo, estuvo ayer à verme en la mina, y me ha dicho y hecho ver que cuanto se trabaje, todo es perdido; por quanto ni las tierras tienen la arcilla suficiente, ni tampoco es la mejor para trabajarla, y por otros muchos inconvenientes que me manifestó, y que imposibilitan absolutamente continuar con la empresa.

Pues digo à V. que es chasco: sale lo que yo tengo dicho desde un principio, que todos tratan de engañar á V. y sacarle el dinero. Bien ha podido el Sr. director haber conocido la imposi-

bilidad en un año que hace está dirigiendo el establecimiento, si es que no la conoció desde luego, y antes de haberse metido en tan crecidos gastos. A peor ocasion no podia venir esta desgracia, que es harto grande en las circunstancias presentes. — ¿Porque? preguntó D. Policarpo. — Porque todos los criados de casa se quieren despedir, como tengo dicho á V., sino se les paga en el dia todos los salarios que tienen devengados desde que V. empezó á levantar fábricas, y abrir minas. Ahora todas son ejecuciones por arriba y por abajo, que parece que la cólera fulminante ha entrado en esta casa con los pestilentes hálitos que vienen de las minas. El zapatero, el sastre, el herrero, el carnicero, la verdulera, el vinatero, la lavandera, el panadero, la huevera, el comerciante, todos unos tras de otros á manera de procesion han vuuido hace dos dias preguntando por V. y dejando recado para cuando V. llegase, se le dijera que iban á ejecutarle sino pagaba inmediatamente.

¡Jesus!... ¡Jesus mil veces!... exclamaba D. Policarpo poniéndose las manos en la cabeza.... ¡que suerte tan cruel es la mia!...

Pues no es nada lo que V. ha oido, repuso Doña Maria, en comparacion de lo que vá á oir. Las casas que todas están ruinosas, se acabarán de caer sino se componen luego, luego. Los olivares y viñas que están perdidísimos, acabarán de perderse este año, segun informan los capataces, si se les deja sin darles alguna labor y beneficio; porque estando tantos años sin cultivo alguno, será mucho dar en este año, apesar de ser abundante si á las siete viñas del prado que componen dos mil y tantas peonadas, se les coje seis arrobas de uvas; y á los ocho olivares de piedras verdes que hacen quinientas y cuarenta yuntas, se les coje aceituna para el gasto de casa.

¡Es posible, Dios mio, exclamaba D. Policarpo, que tantas desgracias juntas hayan de cargar sobre mi á un mismo tiempo!... ¡Válgame Dios, y que suerte tan desesperada, es la mia!..! Amparame, favorecerme Santo Dios!.. decia con las manos levantadas mirando al Cielo.

Ahora que truena, dijo Doña Maria, se acuerda V. de Santa Bárbara. Todavía tiene V. que saber mas, y es que se me ha concluido el dinero mio con el que yo iba supliendo las faltas de casa, y ya no me quedan ni tres cuartos con que comprar una va-

ra de galón para los zapatos de V.

Yo me desespero, dando vueltas D. Policarpo y pegándose golpes en la cabeza como un loco furioso, yo no quiero vivir mas, voy á tirarme al rio.

No, no Señor, no haga V. tal disparate, cogiéndole Doña Maria por un brazo, serénese V. que la desesperacion no es propia de almas cristianas, y lo que V. consigue con ella es empeorar mas su suerte esponiendo su alma y cuerpo à perdicion. No hay mal que por bien no venga. Tal vez sea esto un aviso del Cielo con el que llama à V. á reflexion, para que viendo el precipicio, se retire V. antes de caer en el. Todavía tiene V. fincas que puestas en cultivo sacándolas del abandono en que están, darán á V. mas fruto que todas las minas. Mas aqui entra su hermano de V., que el Cielo le traerá para alivio de todos. Yo dejo á VV. para que hablen con libertad si tienen algun asunto de que tratar.

Ya Luisa, que entre sus bellas prendas sobresalía su esquisita penetracion, habiendo oido lo que pasaba en la habitacion de su tio, conoció que aquella era la ocasion mas oportuna para que su otro tio D. Pedro hablase à su hermano D. Policarpo sobre el asunto que quedó pendiente en el anterior capítulo. Asi es, que no perdió momento y le mandó llamar con urgencia. Luego que vino, estando al cuidado de su llegada, le instruyó brevemente de lo que pasaba. Prevenido el tio con la instruccion de la sobrina, y favorecido de las circunstancias, entró ventajosamente en conferencia con su hermano, despues de haberle hecho que se sentase, y suplicando le oyese.

Me es muy doloroso, querido hermano, le dijo, tener que molestarte ahora que tú estás en afliccion y amargura. Pero son ya demasiado públicas tus desgracias, para que yo las mire con indiferencia dejando de tomar parte en tu suerte, aunque por otra parte conozca que mi visita tal vez podrá desagradarte: porque tal es nuestra condicion que en vez de ser señores de nosotros mismos, nos hacemos esclavos de los caprichos y miras interesadas de otro, agradándonos mas esto que los consejos de un padre, de un hermano, ó de un verdadero amigo, persuadiéndonos que estos nos tratan de inferiores con sus avisos y consejos, y que con ellos nos quieren sujetar, sin advertir que estos nos estiman de corazon, y con sana intencion nos aconsejan; y que

los otros son unos aduladores que ocultándonos siempre la verdad nos engañan, y nos pierden. Tal es nuestra fatal y miserable condicion. Pero afortunadamente hablo con un hombre que es amante de la verdad, y que escucha atento á los que se la dicen. Los vínculos que nos ligan á los dos, y la obligacion doble que de estos mismos vínculos nace, me precisa, querido hermano, á hablarte con claridad, y no puedo escusarme, sopena de faltar al cariño con que te he amado siempre, y á las atenciones con las que te he preferido en todos tiempos. Me es muy trabajoso verme en necesidad de tener que manifestarte lo que mi corazon siente en esta ocasion. Yo se muy bien que no es la mejor para tí, porque no ignoro la herida que tienes abierta en el tuyo, y que tocarte á ella, será lastimarte. Pero, hermano, los errores á un principio, para aquel que sabe aprovecharse, suelen ser aciertos para los fines. Quiero decirte, que si tus pensamientos, tus cálculos, tus proyectos te han traído á un mal estado y cuasi arruinado, no te han acabado de arruinar del todo, y te han dado una leccion práctica, viva, para que sepas aprovecharte mejor en adelante de los bienes que te quedan. Cuida de las heredades, y de tus ganados, beneficia tus olivares, viñas y tierras, y estas entonces haciéndose mas productivas con el auxilio del cultivo, te harán mas rico que las minas dándote ciento por ciento. Ninguno, hermano, debe emprender cosas superiores á sus fuerzas; y adquiere mas gloria quien desempeña bien un proyecto acomodado, aconsejado de hombres de sana intencion y de experiencia, que el que forma vastos designios, sin poder conseguir el fin de su intento. Faeton, hijo de Climene, resentido, como cuenta la fábula, de la injuria de Epafó, que le negaba fuese hijo del Sol, suplicó á su padre le reconociese con alguna señal extraordinaria. Su padre comprometido por la promesa que le hizo, consintió en que dirijese su carro; y faltándole las fuerzas á Faeton para detener los caballos, iba incendiando todo el universo, y Júpiter le contuvo precipitándole en el Pó. Asi pagó su temerario intento, y asi se precipitan todos los que como Faeton se arriesgan á proyectos y empresas temerarias.

Entonces, interrumpió D. Policarpo, siguiendo tus principios, vendríamos á parar en un mal muy grave; porque se infundiría un terror en los hombres que no les dejaria obrar, y en este ca-

so, ó mas claro en este temor y desaliento, se abandonarían, no se verían obras grandes, y se retrocedería à los primeros tiempos, en los que escepto algo de agricultura y pastoría, nada mas, ó muy poco se sabía.

No he querido yo decir, repuso D. Pedro, que los hombres abandonen el estudio de la naturaleza dejando de hacer esperimentos, y de adelantar en las artes, ocupándose en el comercio y ejercitando su industria en distintos ramos y varias maneras, que traen tantos bienes à la Sociedad, engrandeciéndola, y llenándola de riquezas y comodidades. Lo que he dicho que los trabajos deben ser proporcionados à los talentos, à los intereses, disposiciones y fuerzas de cada persona: que en los proyectos y empresas no debemos entregarnos ciegamente à las ilusiones de nuestra fantasía, ó à la charlatanería de algun truan que à costa nuestra quiere y procura hacer su negocio: porque cuando llegamos à concebir un medio de hacernos poderosos à poco trabajo, nos cegamos tanto, y tanto nos volvemos la cabeza con esta idea, que todo lo sacrificamos viniéndonos à suceder lo que à una persona que la hicieron creer unos picaros, que por medio de encantos la harian Príncipe, si todo el dinero y alhajas las echaba en la cueva encantada, lo que habiéndolo hecho se las robaron, dejándola pobre. La prevision, hermano, debe presidirlo todo, y ninguno debe aguardar à escarmentar en su propia esperiencia, porque las lecciones de esta, son siempre caras.

Tú dices bien, dijo D. Policarpo, si yo fuese solo, porque para mí tengo bastante con lo que tengo: pero mirando por el bien de Luisa, me pone en necesidad de entrar en proyectos, procurando el adelanto de su dote, en lo que tengo una obligacion.

Luisa, repuso D. Pedro, tiene tambien bastante con las pingües legítimas que sus padres la dejaron; y lo que mas desea, es la paz y sosiego, que es lo que mas necesita, porque segun se dice de público, pues yo ni la veo ni la oigo, parece que con el mal genio que sacas de los humos pestilentes de las minas, la sueles llenar de injurias y amenazas, haciendo sentir demasiado à la pobre niña.

Pero nunca pasa de un dicho y de una amenaza, replicó D. Policarpo, siendo preciso hacerlo asi para educarla con el fin de

hacerla humilde.

¿Bonito modo de educar!... *No seas tío para mí*, fue en Roma un adagio que Luisa puede alegar con razon. Ni como hombre, ni como curador, ni como tío puedes educarla de ese modo. Las fuerzas que la naturaleza te ha dado superiores á las de Luisa, y la autoridad que tienes sobre ella, son para que la defiendas, la protejas y la ayudes; no para que la ultrajes, la esclavices, y te sirvas tan tiránicamente de la autoridad de tutor. Si la ley la puso bajo tu custodia, la misma ley por semejante motivo la saca de tu férula. Si eres tío y algo haces por ella, no has de vender los beneficios que la hagas con mezcla de valdones y malos tratamientos. Considera que Luisa es una huérfana de padre y madre, que nos recuerda nuestro comun origen, que representa à nuestro espíritu unos ascendientes cuya memoria debe inspirarnos ternura y respeto; que nos advierte ser una misma sangre la que corre por nuestras venas; en fin, ten presente su delicadeza, su sensibilidad, su pundonor y su virtud. Si no puedes tenerla en casa, por ser este cargo muy pesado para tí, que entre en un convento ó colegio hasta que tome estado.

¿Y sus bienes quien los ha de administrar? preguntó D. Policarpo. — Quien sea capaz y justificado, contestó D. Pedro. — Es decir que yo no lo soy, cuando hablas tan indeterminadamente. — Es que tú harlo harás con atender á los tuyos, porque segun te has explicado antes, no puedes con la carga de los de otros. — Pero tengo á D. Francisco que es mozo para todo. — Cierto será lo que dices, segun se entienda ese para todo. Mas lo que interesa ahora, es que Luisa entre en un convento ó colegio. — Si, ya trataremos de eso, no hay que apresurar asunto tan delicado. — Está bien, dijo D. Pedro, yo tampoco ecsijo que en el dia sea. — Se lo propondré á Luisa, dijo D. Policarpo, veremos que dice, y con lo que diga hablaremos. — Muy bien, descuido en esto, y quedando á tu cuidado el avisarme, me retiro ahora confiado que se arreglará de una manera satisfactoria para todos.

D. Pedro se retiró á su casa, y el tunante de D. Francisco que estaba esperando con impaciencia á que se marchase por no atreverse á presentar delante de D. Pedro, porque sabia que este le aborrecia de veras, luego que D. Policarpo quedó solo, entró en su habitacion, y como se dirá en lo que sigue, verá el

lector lo que ciega la adulacion, y lo voluble que hace al hombre que la dá asilo.

D. Policarpo habiendo hecho sentar muy cerca de sí à D. Francisco, empezó con él la conversacion diciendo: ya sabe V. amigo D. Francisco, las pérdidas tan grandes que he tenido, que en mi casa no hay un maravedis; que necesito mucho dinero si he de continuar en mis empresas; que de no reunir todo el que me hace falta, tendré que abandonar la mina, despedir todos los criados, y buscar mi subsistencia en casa de algun amigo, si le encuentro. En este apuro, ¿le parece á V. que busque dinero á réditos hipotecando algunas fincas, y en caso necesario las venda? — Es un pensamiento muy acertado, contestó D. Francisco, que le iba mucho provecho en ello.

Entonces puede V. desde luego, sin pérdida de tiempo, practicar diligencias en busca de quien quiera prestar, aunque sea con la ganancia de veinte, treinta, cuarenta, ó sesenta por ciento, con tal que nos saque del apuro de hoy. Y si tal fuese la desgracia mia que no se encontrase quien quisiese hacer este préstamo, se podrá vender la dehesa grande aunque sea por una tercera parte ó menos de su valor. Con el dinero bien del préstamo, bien de la venta tendremos para pagar la mitad de lo que se debe á los criados, que con esta media paga se aquietarán con la esperanza de conseguir la otra media; y con lo restante tendremos para atender á los gastos de la mina, y en hacer ensayos en la Crisopeya, esto es, en ver si consigo transmutar el hierro, cobre, plomo, ú otro cualquier metal en oro. Le parece á V. Sr. D. Francisco buen cálculo este?

Como el de un consumado matemático, contestó D. Francisco que para mas cebarle por la cuenta que le traia, prosiguió ensalzando el talento de D. Policarpo, y exclamando ¡Que maravilla!.. Solo á un talento como el de V. estaba reservado un descubrimiento tan singular y admirable. Es su ingenio de V. tan fecundo, que nada le es estraño. Si V. tuviese dinero, sería el hombre mas poderoso del mundo... ¡Que lástima que un talento tan privilegiado como el suyo, quede ocioso por falta de metálico para poner en ejecucion los proyectos que concibe!... Me querrá V. decir como se hace el milagro de volver en oro los demas metales?.

Se lo explicaré dijo D. Policarpo; ha de saber V. que to-

do: los metales constan de unos mismos principios específicos, como son azufre y mercurio, ó azogue; y solo difieren unos de otros, segun su mayor ó menor perfeccion accidental, la cual depende de la mayor ó menor depuracion, decoccion y fijacion del mercurio, y azufre de que constan: por consiguiente cualquier metal se puede transmutar en oro, reduciéndolo del ser imperfecto al perfecto, adelantando con el arte los grados de depuracion y fijacion del mercurio y el azufre. Para que esta operacion salga bien hecha, y se logre lo que se desea, se han de buscar por agentes el azufre y azogue filosóficos, de los cuales el primero se llama masculino, y el segundo femenino; y en uno y en otro mezclados reside la virtud seminal adecuada para la produccion del oro. Este azufre y azogue se han de buscar en el mismo oro por la disolucion de este metal en sus principios, y exaltados de este modo tienen la virtud de teñir y penetrar íntimamente todos los demas metales, dándoles al azufre y azogue de que constan, aquel grado mas perfecto de fijacion, con el cual se compone el oro.

¡Qué portento de sabiduria!... Volvió á exclamar D. Francisco: Ni las entrañas de la tierra están ocultas al entendimiento de V.; todo lo penetra, todo lo vé. No quiero demorar un momento mi comision. Voy corriendo en busca de dinero que es lo que interesa, porque un minuto que el ingenio de V. esté parado, es una pérdida muy considerable para todos nosotros, y para todo el mundo. ¡Feliz siglo en el que estamos!... ¡O siglo venturoso de oro que te reproduces en nuestros dias!... Voy, voy corriendo por dinero.

No, espere V. que antes tenemos que hablar de otra cosa. Ya ha visto V. qué de madrugada me ha visitado mi hermano. Pues ha de saber V. que despues de haber formado un grande círculo con sus viejas y rancias sentencias, metiéndose en el centro, habiendo antes dado varias vueltas por toda la circunferencia; ha venido à proponerme que es muy útil y conveniente que Luisa entre en un convento ó en un colegio. ¿Qué le parece à V. de lo temprano de la visita, y de lo particular de la propuesta?

Muy mal, contestó D. Francisco. La visita es bastante sospechosa por lo intempestiva; y aun cuando no lo fué, y conviniere que Luisa entrase en convento ó colegio, para V. seria siem-

pre muy perjudicial esto, porque en seguida habian de tratar de quitar à V. la administracion de los bienes que corresponden á su sobrina, lo que les será muy fácil conseguir: y en este caso nos arruinaban completísimamente poniéndonos en necesidad de abandonar la mina.

¿Y si se empeñan en ello, que hemos de hacer? Esperaremos á que acudan à la Justicia, para que esta nos cargue luego las costas.

Para todo hay remedio menos para la muerte, dijo D. Francisco. Yo conozco mucho á un caballero que está enamorado de Luisa. Es muy rico; y aun que tiene algo de tonto, es de buena índole, y de él se hace lo que se quiere. Tan bueno le ha criado Dios, que no oponiéndose á gustillos de muchachos, todo va bien para él. Es jóven que baila, y anda muy elegantemente, y aun que no sabe contar, sabe tararear. Este jóven apreciable es el que nos conviene, porque siendo de tan buena condicion, no se meterá en negocio alguno, ni se opondrá á lo que V. haga.

Paréceme acertado el pensamiento, dijo D. Policarpo; ¿pero querrá Luisa casarse?

Y tanto, máxime con un gallardo mozo que es muy caballero, señor de muchas propiedades, y de mucho dinero, ¿cómo habia de despreciarlo con unas cualidades tan ventajosas? Una muger ¿qué otra cosa desea mas que casarse, aunque sea con la sombra de un hombre?

Se lo propondremos á mi sobrina hoy mismo. — Sí, no hay que perder tiempo, dijo D. Francisco, y cuidado que conviene mucho que V. la ponga buen semblante, que la acaricie mucho, y la manifieste buena voluntad. — Todo eso haré, y mucho mas, que vaya á la comedia, al paseo, haciéndola ver cuanto gusto, que se divierta.

Haciéndolo así, dijo D. Francisco, saldrá bien la cosa, y manos á la obra, V. á negociar con su sobrina, y yo con mi caballero, antes que otros nos tomen la vez. Dejó á V. los papeles de nobleza, y razon de rentas para que los registre, porque casualmente los traigo en el bolsillo, que me los ha entregado ahora hace pocos dias su dueño, para que se los copie un amigo mio.

Son los aduladores unas gentes que en nada dicen verdad. Ya hacia mucho tiempo que D. Francisco traia ideada esta boda, y

los papeles de nobleza y rentas preparados para cuando se presentase ocasion oportuna manifestarse à D. Policarpo. Este luego que D. Francisco se marchó, los estuvo examinando, y como el humo de la adulacion sombrea tan bien las cosas, le parecieron tan buenos los dichosos papeles, que creyendo era llegada su felicidad si se casaba Luisa con aquel caballero, rebosando en gozo con esta idea, llamó á Doña Maria, la que entrando al punto y viéndole tan alegre, le preguntó, si estaba ya resignado y conforme con la suerte.

— Sí, señora, contestó D. Policarpo; yo no siento tanto mis propios males, como los de mi querida Luisa: mas ya el Cielo prepara á esta un gran bien. Siéntese V., Doña Maria, y sabrá lo que hay. — Sin que V. me lo diga, lo conozco yo; pero me alegro que V. tambien lo conozca, señor D. Policarpo. — De veras le conoce V., Doña Maria? cuándo le ha visto V.? dónde, y que le ha parecido? y mi sobrina le conoce? le gusta? querrá casarse con él? — Señor D. Policarpo no entiendo á V. ¿de qué casamiento me habla? — Vaya, vaya, dijo D. Policarpo con sonrisa, no hay que hacer tanto la disimulada, todo se sabe, yo soy muy gustoso, estoy muy contento, y deseo se verifique pronto el enlace de mi sobrina con ese caballero que V. conoce. — Yo, repuso Doña Maria, no conozco caballero alguno que pretenda la mano de su sobrina ni creo tampoco que esta trate por ahora de casarse. — Cómo que no, si acaba de decirme V. que le conoce antes que yo?

— Como que no, replicó Doña Maria; desgracia es por cierto la nuestra que no nos hemos de poder entender cuando hablamos, y siempre hemos de estar metidos en confusiones. Yo lo que he dicho es, que conozco que el Cielo ha de premiar la virtud de Luisa, y en este conocimiento he estado siempre y antes que V. Y si V. ha entendido otra cosa, no tengo yo la culpa.

Yo, dijo D. Policarpo, lo que he querido decir és, que un caballero muy buen mozo, de mucha razon y habilidad, y muy rico pretende casarse con Luisa. Ya V. puede conocer que esta es una conveniencia de las que se encuentran muy pocas; y que Luisa será feliz contrayendo matrimonio con un sujeto tan apreciable; por lo que dije á V. que el Cielo preparaba un gran bien á Luisa.

Y V. sabe, preguntó Doña Maria, si Luisa apetecerá ese bien, y si conoce y la gusta ese caballero que V. dice es tan apreciable?

No señora; pero si sé que el caballero está muy enamorado de mi sobrina, y que desea casarse con ella; para esto he llamado á V. como persona de la mayor confianza de Luisa, á fin de que la haga sabedora de este bien, y la incline á casarse en caso de que ponga alguna dificultad, que yo no espero.

Yo no tengo reparo, dijo Doña Maria, en hacerme cargo de esta comision. ¿Y cómo se llama el señorito, de dónde, y de qué familia. — Se llama D. Gonzalo Gonzalez, Garcia, Fernandez, Zúñiga, Pelayo, y Sancho de Sancho, &c. — Mucha relacion es para retener en la memoria. — Con la esplicacion que yo le haga en compendio de la genealogía del pretendiente, retendrá V. mas fácilmente sus apellidos. Aquí Doña Maria tiene V. el árbol genealógico (desenrollando D. Policarpo un papelon mas grande que una sábana de cama matrimonial). Este primer óvalo presenta la raiz de toda la familia de nuestro caballero. Dentro de él ya V. vé que se lee Fernan Gonzalez, conde que fué de Castilla en el año de 923. Que en su primer matrimonio, como se lee en este otro óvalo que está debajo en línea recta tuvo por hija á Urraca, muger de Ordoño Tercero de Leon; y segunda vez casado con Sancha, hija de Sancho Abarca, tuvo de esta á Garcia Fernandez su hijo, como está demostrado en este otro óvalo, conde muerto en batalla sangrienta contra moros. Sancho Garcia su hijo está en este otro óvalo que sigue, conde que abrió el camino de Francia para Santiago....

No se canse V. mas, dijo Doña Maria, ya estoy enterada; y si yo presento á V. mi genealogía, del primer Rey que hubo en España desciendo, porque desde entonces empiezan las generaciones de mi familia á contarse.

— Pues ya V. ha visto, Doña Maria, que nuestro joven pretendiente nada menos desciendo que de condes de Castilla, y apurando mucho la materia, de Reyes de Leon y Galicia trae su origen. Resta ahora que V. vea el estado de sus rentas, que todas se registran en este papel (abriendo un libro muy pintada su fachada). Primero, tiene en Burgos 50 casas que componiéndolas por estar algo ruinosas, serán de las mejores: Itew; 42 partes de dehesas

que aunque no son de las mas grandes, son de las de mejor pasto por estar abrigadas y libres de malos aires: Item; un monte que haciéndose un apostadero en él, dará mucha bellota à su tiempo: Item: una quinta con sus correspondientes tierras de labor, que beneficiándolas y sacándolas de un empeño, son de la mejor calidad: Item; 400 vacas y 400 yeguas que existian en tiempo del abuelo del caballero, y poniendo un pleito al que ahora las tiene, podrán recobrase: Item: tambien existian en la quinta cuando su padre era en este mundo, 20 manadas de pavos, cada manada de 100 cabezas: Item; 12 viñas que plantándolas de nuevo, daràn abundante y rico vino: Item; es señor en Galicia de un cerrito que produce excelentes criadillas: Item; tiene ademas 3 huertiños donde se crian coles tan altas como árboles, y se cojen nabos que sirven para sentones y mesas: Item; en tiempo de su abuelo existian tambien 200 puercos ó cerdos como burros de grandes de pelo blanco: Item; tiene 2 barcas de pescar, acaso las primeras que se construyeron, por cuya antigüedad son de mas mérito.

Está todo muy bien, dijo Doña Maria, pero primero es mirar la persona y sus costumbres, que sus rentas.

Siempre es bueno que Luisa sepa que su pretendiente no es pobre. Mi sobrina si desea su bienestar, debe casarse con él à cierraojos, y para toda su vida será feliz, porque reuniéndose las rentas de ambos esposos, se hará una casa poderosísima. ¡Cuántas envidiarán su suerte casándose con un hombre tan rico y bueno!

Y si se casan sin conocerse y sin amarse, replicó Doña Maria, y no congenian ¡pobre Luisa entonces!... Ella será la que envie á cuantas vivan contentas con sus maridos y tiernos hijos, y sin mas facultades que las precisas para vivir.

Muy preocupada está V., Doña Maria: todavía no he encontrado yo muger alguna que se lleve mal con su marido, como este tenga muchas onzas, y la muger libertad para gastarlas y divertirse con ellas.

Cierto que no es facil, yo convengo con V.: no soy tan preocupada como V. me considera, conozco el mundo, y se que ni los hombres ni las mugeres son lo que debian ser. Mas yo que cuento ya sesenta años, y que he criado á Luisa, la conozco muy

bien, y sé de qué pasiones está afectada; y por esta razón puedo asegurar que preferirá siempre los adornos del entendimiento á las galas del cuerpo. Y en caso de contraer matrimonio, vivirá mas contenta con el esposo que ella elija, que con el que la busquen.

— Pero no olvide V. Doña Maria, que el novio de mi sobrina es hombre ilustrado, que baila muy bien, y hace muy bonitos movimientos cuando anda, y pintadas figuras cuando habla, con otras muchas mas graciosidades que tiene, y que en fin, es un hombre que ha corrido muchas ciudades.

En eso de correr ciudades hay mucho que decir; porque muchos corren, y corren como caballos desbocados. Luisa sin haber andado tanto, tiene acaso mas instruccion que los que mucho han corrido.

Concluylamos Doña Maria, yo he molestado à V. con la relacion minuciosa del novio, y en esto conocerá V. que no quiero mas que el bien de mi sobrina.

Todo cuanto hablemos, señor D. Policurpo, y cuantas relaciones V. haga del caballero, es tiempo perdido mientras Luisa no le conozca antes como debe conocerse, esto es, tomandose tiempo; porque ella es la que se ha de casar, y no nosotros, con el novio que V. la propone.

Pero las noticias que yo doy sobre la persona y bienes del pretendiente conducen para que V. instruya à mi sobrina, y la persuada que lo que la conviene es casarse con un sujeto que reúne tantas circunstancias todas ventajosas.

Repito à V. señor. D. Policurpo que Luisa donde menos fijará su atención, será en esas riquezas que tanto ha ponderado.

— Si, porque mi sobrina no gusta de dinero... pues la gusta para comprar galas, y divertirse como todas hacen.

Luisa, replicó Doña Maria, gusta de andar decente y no hacerse ridícula, pero tambien procura no dejarse esclavizar de caprichos: concurre à las diversiones cuando puede y V. la dà licencia; pero no se mortifica si deja de ir: gusta de ellas, porque la diversion no viniendo mezclada con el libertinaje, no está reñida con la virtud.

Bien está; pero es preciso que V. conozca, Doña Maria, que Luisa está en la edad del peligro; que las pasiones en su edad son

vivísimas y temibles; que está en la época en que las mugeres reflexionan poco ó nada, y por consiguiente está espuesta á que se alucine con la vista de cualquier mozalbete, y haga una calaverada que á todos nos dé que sentir, y ella tenga que llorar por toda su vida.

Mucho moraliza V. hoy, dijo Doña Maria; todos estamos espuestos à errar, y en todas edades nos alimenta alguna ilusion. La instruccion desvanece muchas, y la esperiencia con los desengaños muchas mas. Luisa ha pensado mas que lo que corresponde á su edad: porque por su desgracia han sido mas los motivos que ha tenido para pensar, que tiempo para divertirse. En fin, descuide V. que yo hablaré á Luisa, y haré lo que esté en mi obligacion. Quiere V. alguna otra cosa mas.

Nada mas, contestó D. Policarpo, que encargar á V. mucho maneje este asunto con prudencia, pero sin dormirse en él, porque no descanso ya hasta ver su resultado.

Eleuterio padecia lo que es indecible, porque al natural sentimiento que le producía su propia desventura, se juntaba lo mucho que tenia que sufrir con las impertinencias y locuras de D. Policarpo, y lo mucho que le afectaban las penas de Luisa. Viendo lo que esta jóven virtuosa pasaba con su maniático tio, no podia mirar con indiferencia la triste suerte de una inocente, y huérfana. El mal tratamiento de aquel para con su sobrina, lo sentia como si con él fuese: porque en su sensibilidad, los males de un desgraciado le aflijan tanto como los suyos. Parece que estaba decretado que Eleuterio no habia de encontrar una hora de paz y de descanso, y que la fuerza del destino le conducia siempre á donde tuviese que penar. Otra amargura mas tuvo, y que fué motivada por su permanencia en casa de D. Policarpo, aunque entonces ignoró el origen, prueba aquel su destino; y fué una de las amarguras que no poco acibaró su corazon.

El picaro de D. Francisco envidioso del aprecio que D. Policarpo hacia de Eleuterio, pensó el modo de echar á este de casa; y no reparando en los medios, ni menos conteniéndole la consideracion del mal tan grande que iba á causar, le denunció secretamente á la policia, manifestando que era un emisario llegado de Gibraltar con el fin de conspirar en contra del Gobierno. Siendo de advertir, que antes que D. Francisco hiciera esta inicua

delacion; para prepararla, y poderla hacer con algunas circunstancias verosimiles, y que por otra parte Eleuterio no pudiese nunca sospechar de él, empezó á presentarle buen semblante, á tratarle con mucha afabilidad y cariño, y á darle finjidas pruebas de verdadera amistad, disimulando de esta manera tan hipócrita su dañina intencion; pues los alagos de los perversos encubren siempre alguna perfidia.

Con esta astucia y política infernal trataba de sonsacar á Eleuterio con el depravado fin de que este le descubriese, sino sus opiniones, por lo menos alguna parte de su vida, para tomar pie y componer la infame denuncia que premeditaba: porque ni D. Francisco, ni D. Policarpo sabian la historia de Eleuterio, ni en que tiempo habia este venido à Sevilla, ni cuanto hacia que estaba, ni con que motivo residia en dicha Ciudad. D. Policarpo no se habia cuidado de averiguar nada de esto, porque á él nada le interesaba mas que sus minas, ni ninguna otra cosa le importaba mas que el saber quien entendiase de Crisopeya, y en cuanto se hablase de otra cosa que no fuese de esta materia, no fijaba la atencion. D. Francisco, aunque con muy buenas ganas desde un principio de saber quien era Eleuterio y sus circunstancias, no habia quien se lo pudiese decir, como no fuese D. Pedro. Pero como estaba bien seguro que este no se lo habia de declarar, se abstuvo siempre de preguntárselo. Asi es que no tuvo otro remedio que acudir al engaño, aparentando que era la persona que mas queria à Eleuterio. Mas este ya muy experimentado de los fingimientos con que se encubren los malos hombres, porque los trabajos son maestros de la vida, tuvo la suficiente reserva y circunspeccion con D. Francisco, quien no pudiendo adelantar mas que haberle oido hablar de Gibraltar; sobre lo que le habia oido, fué urdiendo la tela de la vil delacion, que á su entender y segun la pasion le presentaba el caso, habia lo bastante para condenar á Eleuterio á un presidio por lo menos.

Con esta confianza, muy satisfecho de su maquiavélico plan, se apresuró á ponerlo en ejecucion luego, y tanto mas que el asunto urgia, porque estando negociando el casamiento de Luisa con el personaje que le habia buscado por novio como queda dicho, temia que estando en casa Eleuterio lo estorbase, ya aconsejando á D. Policarpo para que se retractase, ó ya de alguna otra ma-

nera, impidiendo que se verificase la boda, ó por lo menos que se dilatara.

No perdió tiempo: y así que dejó á D. Policarpo con el libro en qué estaban asentadas las fincas que poseía el novio, y su árbol genealógico, se fué derecho D. Francisco á presentar la denuncia á la policía, la que no anduvo menos activa; porque luego pasó á casa de D. Policarpo, y se llevó preso á Eleuterio; y sin manifestársele el motivo de su prision, quedó sepultado en una alacena calabozo, donde habrian concluido sus aventuras, si su amigo D. Pedro no hubiera practicado las mas eficaces diligencias para sacarle.

Este buen amigo al momento que tuvo noticia de tan impensada y triste ocurrencia, cuya noticia la supo inmediatamente, porque su sobrina Luisa no fué menos diligente en comunicársela, salió al instante de casa y antes de que otro motivo ú otro pensamiento enfriase su primera y piadosa resolucion; no dejó resorte que no moviese, hasta que tuvo la complacencia de ver otra vez en libertad á su amigo Eleuterio.

D. Pedro era hombre de mucho concepto en Sevilla, y por sus virtudes se habia merecido el aprecio de todas las gentes. Porque este es el efecto de la virtud, que en cualquiera parte que se halle, tiene no sé que nobleza y magestad, que se hace apreciable, aun de aquellos mismos que no la quieren imitar: y no hay cosa mayor ni mas digna de respeto en la tierra, que la verdadera virtud; y cuando esta habla, pone en sosiego á todas las pasiones. Como hombre virtuoso D. Pedro no habia persona que dejase de quererle, y que no le mirase con respeto. Sus razones eran escuchadas en todas partes, y para todos tenian una fuerza irresistible. Todo esto unido á sus muchas relaciones, que tanto pueden en la Sociedad que disputan el poder á las riquezas, porque se vé muchas veces que un buen influjo alcanza lo que no ha podido conseguir el dinero; hizo que D. Pedro, si bien le costó muchos pasos, sudores y trabajo, consiguiese la libertad de su amigo Eleuterio.

Mas no por esto dejó este de sufrir tormentos en su prision, aunque esta no fuera larga, y hubiese estado en ella solos cinco ó seis dias. Emparedado en el nicho donde le encerraron ¡qué congojas, qué aflicciones, que amarguras sufrió!... Verse encalabozado

de un modo tan sorprendente, cuando menos lo pensaba, ignorando el motivo, sin comunicacion con nadie, sin ver la luz del dia, cargado de cadenas, sin respiracion alguna, lejano de su familia, perdiendo las esperanzas de volverla á ver, cuando pocos momentos antes pensaba retirarse á su casa, abrumado y confundido con un ciento de dudas, combatido continuamente con pensamientos encontrados, agitado con las ideas terroríficas que aquel lugar, aquel cementerio de vivos presentaba á su imaginacion acalorada, ¡que situacion la suya tan tenebrosa!.... ¡que martirio para su ànimo, que pena tan grande para su corazon!... ¡Podrá todo el valor del mas valiente resistir á tantos males juntos que à un tiempo hacen la fuerza?... Sí podrá; pero el mas sereno y fuerte no podrá dejar de sentir, y de imponerle lo grande del mal, que le hará á veces retroceder algunos pasos; y la vista del suplicio ó la consideracion primera del peligro le vencerá antes que el se venza, y antes que el mismo héroe se haga superior así, y á los males que le cercan y cargan. Ningun héroe ha vencido, sin antes haber sido vencido.

Habiendo Eleuterio salido de la prision, fué recibido otra vez en casa de D. Policarpo con las demostraciones de alegria mas vivas, mas sinceras y afectuosas de parte de Luisa, de Doña Maria, y tambien de D. Policarpo; porque á la verdad este no era sabedor de la perversa tramoya de D. Francisco, y haciendo justicia á aquel, es preciso convenir que si hubiese tenido el mas ligero indicio de tan infame enredo, D. Francisco no habría subsistido una hora mas en casa, y para siempre perdido la la gracia de D. Policarpo. Pero este nada sabía, así como tampoco su hermano D. Pedro no supo por entonces quien había sido el delator de Eleuterio. Pero el desenlace feliz que tuvieron los asuntos de Luisa, vino á descubrir al autor de tan malvada delacion, como se verá en el capítulo siguiente.



CAPITULO 15.

*La constancia premiada, y el
ambicioso castigado.*

Es el hombre opresor de si mismo. Hacemos agudos nuestros males, aumentamos mas nuestro dolor con el pensamiento y la imaginacion. El temor de una desgracia incierta causa las mas veces una impresion mas funesta, que la certidumbre de un desgraciado suceso. O pensamos en las desgracias antes que lleguen, sintiéndolas por consiguiente dos veces si llegan, ó cuando alguna sucede sin haberla pensado, creemos que no tiene remedio, ó que es la mas grande de todas. En la prosperidad, la imaginacion es la que mas se ejercita, y por esto es donde hay mas gustos, caprichos y rarezas que nos esclavizan; y si no se pueden satisfacer completamente, nos atormentan con crueldad. Y como nos preocupe tanto la imaginacion, no vemos los fines de las cosas; y de aquí que cuando caemos, nos es mas dolorosa la caida; porque es mas grande, cuanto menos esperada. Por lo mismo, ni está bien una absoluta desconfianza en la desgracia, ni una ciega confianza en la prosperidad. Un ánimo sereno en todas las épocas, es lo que conviene para poder vivir. De este modo sentiremos menos las desgracias, y seremos mas cuerdos en la prosperidad. Tengamos siempre la atencion fija en el flujo y reflujo de las cosas considerando que la vida es un compuesto de bienes y males, que son estos mayores cuando el miedo los aumenta. Cualquiera que considere atentamente los sucesos varios y raros de la vida, se vencerá de lo que he dicho, y tendrá por verdadera esta historia que se escribe para enseñanza y divertimento, sin que se dude de la verdad de lo que se vá á referir en este capítulo, no obstante la singularidad de él.

Quando D. Policarpo y D. Francisco preparaban una esclavitud de por vida á Luisa; cuando esta se veía en el mayor compromiso y conflicto, cuando parecía que habia llegado al último trance de su desgracia, un desenlace feliz, como suele suceder en los negocios de la vida á tocar lo fatal, puso término á la suerte desventurada de esta jóven. A pocos dias de la proyectada boda, los crepúsculos de su prócsima dicha principiaron á anunciarsela con luz clara y mañana serena, en el dia que menos lo pensaba.

Su tío D. Policarpo así que dejó la cama, salió de su retrete cierta mañana muy alegre y placentero preguntando por su querida sobrina. En todo el dia no dejó de prodigarla alabanzas que rayaban ya en adulacion. Por la tarde se empeñó en que habia de ir á pasear con Doña Maria, fingiendo sentir no poder el acompañarlas, por tener que ocuparse en negocios importantes que se lo impedian. Cuando llegó la hora del paseo, las encargó mucho se divirtiesen previniéndolas que si por casualidad se encontrasen en el paseo con un caballerito que se acercaría á hablarlas manifestando deseos de quererlas acompañar, no se negasen, y le recibiesen con cortesanía y agrado, pues sentiría mucho que le desairasen, por ser jóven á quien apreciaba sobremanera.

Esta única prevencion hizo D. Policarpo, porque estando ya su cabeza desquiciada con las minas, daba ya por hecho que solo el señorito pretendiente de Luisa se habia de encontrar en el paseo con esta buscando ocasion de verla y obsequiarla. Pero el lector quedará no menos sorprendido que lo quedó D. Policarpo con el suceso siguiente.

Ya se há dicho en los capítulos anteriores que D. Pedro tío de Luisa tenía un hijo llamado Eduardo que se habian criado juntos siendo de una misma edad, y que se amaban extraordinariamente. Este Eduardo habia emigrado, y se ignoraba si era vivo ó muerto, creyendo mas bien esto último toda su familia, en razón á que no habian tenido noticia alguna de él. Mas hé aqui que se presenta en circunstancias las mas críticas. ¡Que cadena de tantos eslabones es la vida del hombre!... ¡que complicada está la de uno con la de todos! Quien es capaz de poderla separar, y saber hasta donde llega!...

Eleuterio habia salido tambien de paseo solo como tenía de costumbre; y sentándose á la orilla de un arroyuelo que corría

por una arboleda, oyó á poco suspirar un hombre. Dejó el libro en que leía, y ocultándose lo mas que pudo, puso toda su atención, y fijó todos sus sentidos hacia aquella parte que le pareció habian suspirado. Estuvo asi algun tiempo observando, pero sin volver á oír cosa alguna; y cuando ya iba á incorporarse para cojer el libro y continuar la lectura que habia suspendido con aquel motivo, vuelve à oír al hombre que esclamaba y decia.

„Delicioso y ameno sitio, retiro agradable de Luisa y Eduardo, cuna de nuestro amor, jardín de nuestros años infantiles, paraíso de verdaderos amantes, ¡ con que mezcla de afectos te vuelvo à ver despues de una tan larga y penosísima ausencia!... En otros dias mas felices te visitaba sin las dudas que agitan y atormentan ahora tanto mi corazón, y sin el tropel de reflexiones tristes que fatigan mi ánimo. En otro tiempo mas dichoso, este es el sitio donde mi alma venía à unir sus tiernos afectos con los poderosos imanes de la bellísima y encantadora Luisa. Mas ¡ ah! que ahora mi alma, flotando en un océano de dudas y de pensamientos encontrados, no siendo tocada de aquella atracción tan dulce que en otro mas dichoso tiempo la animaba y dirigía, está inquieta sin poder, ó sin saber que hacerse y adonde dirigir su rumbo!... Otra era la época mas feliz en la que mi corazón à la sombra de estos copados árboles rebotaba lleno de alegría y contento en risueña compañía con la hermosa y virtuosa Luisa. Dias venturosos y serenos que en este delicioso albergue gozábamos, ¡ con que rapidéz habeis pasado!... Luisa y yo en los hermosísimos dias del año veniamos à disfrutar de este amenísimo sitio esmaltado de aromáticas plantas y flores, que perfumando el aire se respiraba con mas libertad y alegría, que los cortesanos insípidos é impertinentes no gozan en los salones inclustados de plata y oro. El céfiro moviendo suavemente los frondosos árboles, formaba apacible ruido de sus mecidas ramas; el murmullo de las aguas cristalinas serpenteando por este arroyuelo, deleitaba al alma; los acentos sonoros de las aves la llenaban de alegría y júbilo, y todos los pajarillos con sus trinos parecía nos daban el parabien de la felicidad que gozábamos Luisa y yo. Haciéndose mil caricias y jugueteando amorosamente de rama en rama, nos enseñaban à amar, y gozar de las dulzuras de un verdadero amor; la hermosura y delicadeza de las flores nos apartaba de marchitarle, con-

siderándole flor mas preciosa y delicada; la vista de la cándida paloma nos representaba la inocencia, y procurabamos imitarla; y todo en fin nos inspiraba ideas justas, y nos mantenía en un amor firme y verdadero. Cuando ¡ay!... ¡al acordarme, mi pecho se siente penetrado del dolor mas agudo!... ¡Toda aquella felicidad desapareció como un sueño!... De placer que gozaba, pasé al sentimiento mas acerbo; de tan risueño estado fui arrancado por un uracau espantoso, y llevado á las ásperas montaña de la desierta Arábia. Todo fué obra de un momento. Pero el amor que me enseñó á ser constante, me ha servido para no abatirme en los grandes trabajos y mantenerme firme en los muchos peligros que he corrido; y por ultimo, el mismo amor me ha traído en sus alas, á mi patria. Solo me falta ya saber, si Luisa me tiene en su corazon, para que vuelva el contento y tranquilidad al mio... Pasos siento, ocultome entre estas madresevas, y desde aquí podré sin ser visto, ver que personas á este sitio se dirijen.”

Eleuterio que todo esto estaba oyendo, no dudó ya que era Eduardo primo de Luisa el que así hablaba. Mas dudaba que hacerse, si presentarse á él, ó volver á la ciudad á dar noticia al padre de Eduardo de su llegada, ó seguir á este los pasos á donde quiera que se dirijiese. Pero cuando en esto estaba pensando, sin atreverse á resolver ni á una cosa ni á otra, una nueva y singular ocurrencia le determinó á estarse quieto, y esperar el desenlace de la escena que se preparaba.

Es el caso que habiendo como se ha dicho, salido á pasear Doña Maria con Luisa, la habitual inclinacion de esta las llevó á aquel mismo sitio donde era natural se inclinase por un impulso de sus propios sentimientos. Eleuterio las conoció luego que las oyó; ¡Que tristes ideas me recuerda este sitio!... iba diciendo Luisa á Doña Maria, sola V., mi buena amiga que es la depositaria de mis confianzas, sola V. que sabe el amor tan entrañable que tengo á Eduardo, podrá formar idea del dolor tan penetrante que pasa mi corazon con lo agudo de la pena... me siento desfallecer... no puedo pasear mas... sentemonos..

Bien, hija mia, al pie de este árbol, y en lo blando de estos cespedes podemos descansar. Pero querida Luisa, hija mia, no te acongojes de esa manera, no te dejes vencer tanto del sentimiento, procura vencer esa tristeza que con violencia te conduce

al sepulcro. = ¡ Ah Doña Maria!... en el encontraría mi descanso, mi dicha sería morir, y muriendo unirme para siempre á Eduardo!

Con tal vehemencia y pasión pronunció estas últimas frases acompañándolas con un torrente de lágrimas, que Eduardo que todo lo estaba oyendo y observando, no pudo seguir por mas tiempo oculto, y de repente se pone á los pies de Luisa.

Si sientes y lloras por Eduardo, la dice, cesa ya tu sentimiento y amargo llanto: aqui tienes á tu constante Eduardo; yo soy, si, no lo dudes, soy el mismo con igual amor que tu le lloras perdido.

Luisa sorprendida se quita el pañuelo con que recojia sus lágrimas, y abriendo sus hermosísimos ojos empañados con el llanto mira á Eduardo y registrando prontamente con la vista sus facciones ¡ Gran Dios! ¡ qué veo!... esclama y repiten con eco triste los árboles, cayendo desmayada, y como muerta en el regazo de Doña Maria. Sale esta del aturdimiento en que quedó con la repentina aparición de Eduardo, para acudir al socorro de Luisa. Eduardo tiembla, y tampoco sabe que hacerse; pero si el amor le detiene á los pies de Luisa, el amor pone alas á sus pies para ir y traer agua del inmediato arroyo. Y Eleuterio que vé aquel conflicto en que están, acude tambien á dar auxilio.

¡ Qué conjunto de cosas! ¡ qué enlaces tan extraordinarios presentan á veces los sucesos humanos! ¡ Qué parecidos á aquella multitud de cosas raras, preciosas las unas, diformes las otras que se ven en el mar, y las forma el torbellino de sus aguas! ¡ Y qué es el mundo mas que un mar agitado? en sus revoluciones ó torbellinos políticos ¿ cuantas cosas laudables vemos á par que otras abominables? Virtudes que hubieran estado ocultas, crímenes que no se habrían pensado, hechos heróicos, acciones viles, un conjunto en fin de cosas, que unas admiran, y otras horrorizan y espantan.

Luisa estuvo bastante tiempo desmayada; pero con los besos y caricias de Doña Maria, con el cuidado de Eduardo rociando agua en su cara, y con el aire que hacía mover Eleuterio con el abanico grande que llevaba Doña Maria; fué recobrando poco á poco sus sentidos aquella, y volviendo á la vida, empezó á articular algunas palabras, y entre abriendo los ojos, decía. = Mi amada... mi buena Señora... vivo?... donde estoy?... quienes aqui están?... Personas todas que te aman, decía Doña Maria, vuelve en tí,

hija mia, ¿qué mal sucede para que tanto te acongojes? llora y respira, desahogate. Ahora que te habías de alegrar, y tu corazon ensancharse, te afliges de esa manera hija mia, y te acongojas en términos de esponer tu vida, y la de Eduardo?—Eduardo, Eduardo, repitió Luisa con muestras de querer reconocer á los que allí estaban. Vives, ó es ilusion de mi fantasía?... ¿donde estás?... En tu amor, amable Luisa, dijo Eduardo abrazandola.

No hay duda tu eres, quedando los dos abrazados. Tu en este sitio, preguntó Luisa despues que ambos se desahogaron en copiosas lágrimas mientras estuvieron abrazados, tu en este sitio, vestido de marinero, tan desfigurado que me cuesta trabajo conocerte apesar de ese lunar que estoy viendo, de esos ojos que brillan tanto, y de los golpes que á impulsos de nuestro amor, el corazon en mi pecho dà?... Tu en este sitio cuando ya perdidas las esperanzas de volverte á ver en él, te consideraba tranquilo en las mansiones eternas?... ¡pobre Eduardo!.. ¡cuanto habrás padecido!.. ¡Ah!.. ¡como yo había de esperar este momento tan feliz, despues de una tan larguísima ausencia sin saber de tí!.. Anegada en dolor desde el funesto dia de tu partida, quedó sumergida mi alma en la mas grande afliccion haciendo siempre las reflexiones mas tristes que, aun cuando no ha podido ni el tiempo borrar tu memoria y debilitar en nada mi amor, si á veces perdía la esperanza de volverte á ver.

¿Tan grande dolor, preguntó Eduardo, causó en ti mi ausencia?— Tan grande contestó Luisa, sí; y yo no tengo espresiones para explicarte el llanto amargo, el sentimiento tan acerbo que nuestra cruel separacion causó en mi alma. ¡Ah!... Sola la memoria de aquel dia triste, acordarme de dia tan tenebroso y aciago llena mi alma de tristeza y pesar, que oprimiendo el pecho y anudando mi garganta, no me deja respirar y articular palabra... En vano, en vano me esfuerzo para explicarte como mi alma mudó de aspecto à nuestra fatal separacion.... Con tu ausencia quedó marchita como las flores á la ausencia del sol... Al recuerdo de los venturosos paseos que los dos dábamos por estos mismos sitios, cuando plácida y contenta derramar solía los secretos mas profundos en tu seno, duros pensamientos en mi alma se incitaban anonadandola... Si, mi querido Eduardo, ¡cuan feliz me juzgaba á tu lado! ¡cuan dichosa!... Y asi toda era tuya, fa-

cil mis secretos te comunicaba, sin sospechar de tu honesto y legitimo amor. ¡O dulces instantes aquellos!... ¡plácidos momentos!... ¡Dias tranquilos y serenos que el amor formaba!... ¡cual vuestra memoria, ausente mi amor, acrecentaba mi feróz martirio! ¡cual desgarraba mi pecho enternecido!... Ni las cristalinas aguas que este ameno sitio riegan, ni los árboles undulando sus copas con apacible ruido, ni las aves inocentes mil conciertos entonando, podian distraer mi espíritu, y apagar la agitacion que mi corazon sentia. Embargada alguna que otra vez de las delicias y placer que el amor nos proporcionaba en estos hermosos y encantadores lugares, me parecia estarte viendo, y que contigo conversaba; mas luego atenta y reflexiva salía de este engaño, y no viendo lo que me parecia realmente ver, mi tristeza era mayor, y la pena mas me abrumaba.

No eran infundados mis temores, dijo Eduardo, no me engañé cuando te consideraba triste, llorosa, desconsolada, y abatida del dolor que causaba nuestra adversa suerte. En medio de tantos trabajos y peligros pensando siempre en mi Luisa, ocupado mi pensamiento con mi amor aun á la vista de la muerte, ni sentia los tormentos, ni tampoco temia á la segadora de vidas. Sola la reflexion de lo mucho que Luisa estaria padeciendo, era lo que me affigia, y anonadaba.

Dejen VV. esa conversacion, dijo Doña Maria, lo pasado, pasado. ¿A que recordar cosas que solo sirven para entristecernos en una hora que todo debe ser regocijo y alegria? Nada, hijos mios, olvidar todo lo sucedido; y tratemos ahora de lo que mas interesa, que es de retirarnos, pensando el modo como ha de presentarse Eduardo en casa: porque aqui ya estamos perdiendo tiempo, y no estamos bien. La hora, el sitio, las personas, las de VV. en la flor de la edad, y yo vieja, darán que sospechar persuadiéndose los que nos vean, que Luisa es cometa, y yo soy su cola.

Està muy bien prevenido, dijo Luisa, aquí no conviene que estemos mas: lo que hay que hacer que Eduardo con D. Eleuterio se entren tras de nosotras en casa de su tio D. Policarpo, donde debe estar mi tio D. Pedro segun convinieron citándose para tratar de un asunto, y quedandose en la antesala, aguardeen allí lo que yo disponga.

¿Qué tratas de hacer, niña, dijo Doña Maria, con una disposición que podrá comprometernos?— Por Dios Luisa, dijo Eduardo, que reflexiones bien lo que vas á hacer; porque tendré el mayor sentimiento por el menor disgusto que pueda sucederte.

No hay que tener cuidado alguno, contestó Luisa, amor y constancia todo lo vence. Una resolución pronta y firme es la que conviene en los grandes compromisos y apuros cuando los asuntos llegan á lo último.

Pues en este caso, dijo Doña Maria, no perdamos tiempo, retiremonos, y el cielo ponga acierto en tu pensamiento y obra.— Y nuestra union fin á nuestros trabajos, dijo Eduardo, separándose de Luisa con un abrazo.

— Cuando llegaron á casa ya era tarde encontrando afortunadamente en ella á D. Pedro que con su hermano D. Policarpo estaban tratando sobre la suerte de Luisa. Cuando esta con Doña Maria entraron en la sala donde aquellos estaban, D. Policarpo las dijo; largo ha sido el paseo, sin duda algun compromiso ha habido en el camino con alguna amiga que las habrá detenido á refrescar en su casa.

Han hecho bien, replicó D. Pedro, conocieron que nosotros lo habríamos hecho tambien, y que no las esperabamos.

Y bien preguntó D. Policarpo, han visto VV. á mi amigo el caballero de quien les hablé antes de salir de paseo, previniéndolas no despreciasen sus obsequios?— Si señor, contestó Doña Maria.— ¿Y habló á VV.? Si señor.— ¿Y que te parece Luisa? ¿es buen mozo? te gusta? ¿Te casarias de buena gana con él?— Es un jóven de mérito, contestó Luisa, y de casarme mejor con él que con otro, porque me agrada en todo.

Pues hija siendo asi, dijo pronta y alegremente D. Policarpo, desde luego á tratar de que se casen VV., porque la eleccion de estado y de sujeto debe ser á gusto del que ha de entrar en él. Yo no quiero, ni permítalo Dios, que trate de coartarte la voluntad. Se muy bien lo delicado que es el asunto del matrimonio, y las consecuencias que trae tan amargas cuando no se hace á gusto de los contrayentes, y solo se hace por miras particulares de los parientes. Si él te ama, y tu le amas no me toca hacer otra cosa que procurar los medios para que cuanto antes se

verifique un enlace que es tan á gusto y conveniencia de ambos. Pero ¿porque no ha venido acompañando á VV.?— Ha venido, contestó Luisa, hasta la puerta; mas no ha entrado por cortedad.

Mal hecho, replicó D. Policarpo: vaya veo que es jóven de mi aprobacion, porque manifiesta tener vergüenza, y que no es de esos jóvenes atrevidos y desvergonzados que se entran en todas partes sin ser convidados: pero siento de todos modos que no haya entrado.

Estando aqui mi tio D. Pedro mejor es que no haya entrado— ¿Que es mejor? preguntó este admirándose de lo que decia Luisa. No sé en que pueda perjudicar yo con mi presencia; deseo saberlo para procurar el evitarlo, si algun perjuicio se sigue con que yo esté aqui.

No es porque V. perjudique, no mi querido tio; sino que siendo el jóven que nos ha acompañado tan parecido á Eduardo, habia V. de haber tenido un sentimiento grande al verle, y por evitar á V. este mal rato, y que sepa antes que se le parece, y por consiguiente no le cause á V. tanta impresion luego que le vea, es por lo que he dicho que es mejor no haya entrado.

Dijo esto Luisa con tal ternura y mirar tan espresivo, que su tio D. Pedro que tenía mucha penetración, fijando la vista en el semblante alegre de Luisa, observando en ella una novedad que hacia muchos años no veia, corriendo velózmente por su pensamiento quanto esta habia referido, se dejaba sentir en su alma una estraña y dulce impresion, y su entendimiento y corazon parecia le anunciaban un suceso felicísimo. Conmovido vivamente con ideas y afectos tan inesperados como sentía, y deseando salir de la agitacion en que le habian puesto, dejó el asiento involuntariamente, y acercándose á Luisa, la dijo en tono suplicativo.

Mas es el sentimiento que tengo ahora por no haberle visto, querida Luisa, y tal es el deseo que en mi has escitado de verle, que ya no descanso mientras no le vea. Yo quiero ver y conocer à ese jóven, porque sin haberle visto, mi corazon se inclina instantamente á el, y yo no sé que presente. Dime Luisa ¿como se llama? ¿donde se hospeda? pues quiero visitarle y ofrecerle mi casa; en fin quiero verle, y yo espero me proporciones este gusto.

No es muy difícil se presente, en esta misma noche, supuesto

que mi tío D. Policarpo es gustoso, y que V. también lo desea.

Si, sí, que venga, que se presente, que no tenga cortedad. Dijeron ambos tíos.

Muy bien, ¿y V. de veras es gustoso en que me case con el jóven que digo? Preguntó Luisa à su tío D. Policarpo= Tan gustoso soy, contestó este cayéndosele la baba de contento, y tanto lo deseo que, yo estaba temiendo me dijeras que no querias casarte, y me dieras tan grande sentimiento que me habría matado.

Y V. preguntó Luisa sonriéndose à su tío D. Pedro, ¿me dá palabra de tener serenidad, y de no acongojarse cuando se presente al que desde ahora llamo mi esposo, y es tan idéntico á Eduardo?= Si hija, todo te lo prometo, dijo D. Pedro con toda la fuerza de su alma llena mas de dulces impresiones con la sonrisa y manera de esplicarse Luisa. Si hija, y viendo á ese jóven es el modo de serenarme y volver á mi tranquilidad, porque yo siento un desasosiego y un aletear en mi corazon, que no respiro ya, ni descanso hasta que le vea.

Pues siendo así, dijo Luisa, salgamos de incertidumbres y agitaciones, y entremos en bonanza= Y partiendo como un rayo, volvió como una exalacion trayendo á Eduardo en medio de ella y Eleuterio.

Considere ahora el lector que escena tan tierna se representaría en aquella ocasion. Eduardo corre á abrazar á su padre, este conoce luego á su hijo, y ambos abrazados se encuentran, sin poder articular palabra. Luisa, Doña Maria, y Eleuterio que recuerda cosas muy parecidas á las que vé entonces y le afligen, rodean a padre é hijo contemplándolos con triste silencio y derramando lágrimas. D. Policarpo sorprendido y sin saber que pasaba por el, quedó hecho una estatua en pié, con la boca á medio abrir, los ojos como los de un espantado, y los brazos bastante separados del cuerpo, y echados adelante. Quedó la figura mas feísima y espantable, así como los otros presentaban el cuadro mas patético y tierno

Despues de haber estado abrazados largo tiempo, y ya que con el llanto fué cediendo la opresion, habló el padre diciendo= Eduardo hijo mio, que Angel te hà custodiado y traído al seno de tu familia!... Tu padre ya te habia llorado como muerto ha-

biendo perdido las esperanzas de volverte á ver... ya me miraba en el desconsuelo de haber perdido para siempre á mi hijo, sin haber podido darle el último abrazo, el último á Dios... ; Que pensamientos tan tristes y dolorosos han sido los míos desde tu ausencia!... ; Cuantos esfuerzos he tenido que hacer para mitigar el cruel dolor que despedazaba mi angustiado corazón!...

Pues ensanchémosle ahora, dijo Luisa, alegrémonos, y aprovechemos el tiempo completando las satisfacciones.

Entiendo, hija mía, lo que me quieres decir; y tu tío D. Policarpo convendrá también gustoso, como he manifestado, en que se efectúe luego, luego, un enlace que es el único premio de la constancia de Luisa y Eduardo, la sola recompensa de su legítimo y verdadero amor, y el descanso más dulce de sus muchos padecimientos.

Aquí de Dios. D. Policarpo que con la sorpresa hasta el habla parecía haber perdido, tartamudeando, y con un movimiento de cuerpo como el que llevan los Santos cuando van en andas, dijo= Pero... es que... yo, yo... estaba con... prometido... con un... joven... muy... rico...

No andemos con compromisos, ni riquezas, replicó D. Pedro. Luisa solo está comprometida con mi hijo; y este con mis bienes y los de Luisa tienen sobradísimo para mantenerse. Si hasta aquí, se ha tolerado y sufrido, ya no se puede más; nos hemos cansado, y es preciso decidirse, porque así conviene por todos conceptos. La tolerancia, el disimulo, y la prudencia tienen también su término; hemos llegado á él. Tú hermano no has podido, ni puedes disponer de la mano de Luisa. Si tu te has comprometido con alguno, Luisa lo está hace mucho tiempo con Eduardo. A este es á quien quiere, á este es á quien ha amado siempre, con este solo tiene que corresponder, y con este ha de casarse. Si tu amigo tiene todas las conveniencias que ponderas, será útil tratar con él en otros asuntos propios tuyos; pero no en el presente donde el amor ha de presidir, y no ha de ser tu voluntad. Si Luisa no conoce á tu amiguito, ni este á Luisa, ni le tiene inclinación ; cómo se han de querer? y sino se quieren ; cómo han de vivir unidos? y si se unen ; qué felicidad pueden esperar de un tráfico tan vergonzoso, pues no se puede llamar, unión, donde solo se ha consultado la riqueza que con un sople

que la suerte dé, se evapORIZA? De ningún modo se casaría Luisa con tu amigote, no queriéndole como no le quiere. Por el bien de él mismo, por el de Luisa, y por el de todos, yo me opondría siempre. Porque ¿qué debe esperar un hombre ó una muger quo se casan solo por el interés? No debe estrañar entonces, si es el hombre, que su muger no le tenga cariño, y que le sea infiel al momento que se presente uno haciendola caricias. Y la muger que se vé trasladada á los brazos de un hombre à quien ni ha visto, ni él ha visto à ella, ni se conocen, y si se conocen, no se tienen inclinacion, ó el hombre no se la tiene á la muger ¿qué puede esta esperar de él? El ser despreciada y tratada como esclava. No es casarse, en una palabra, y si negociar, el hacer matrimonios por miras solo de interés.

D. Policarpo considerando el malísimo estado de sus intereses, acobardado con la pérdida que había tenido, segun se dijo en el anterior capítulo, y viendo la enérgica resolucion de su hermano y sobrinos, no estando en disposicion de oponerse á lo que estos habian ya decidido tan difinitivamente, no le quedó otro remedio mas que el ordinario de la protesta. Protestó sobre todo lo que se hiciese por aquellos. Pero como por lo comun valen tan poco estas protestas, Luisa se fué á casa de su tío D. Pedro aquella misma noche, y á los pocos dias se casó con su primo Eduardo.

Grandes disgustos y muchos males eran de esperarse de un rompimiento tan fuertemente pronunciado entre los dos hermanos y sobrinos, si luego no se desengañara D. Policarpo conociendo que su amigote D. Francisco era un bribon, y que este era la causa de la ruina de su casa, y de las desazones de su familia. Un suceso muy comun, y que si sucede frecuentemente entre los que se combinan para obrar el mal, no siempre es previsto por los mismos que mal obran apesar de toda su táctica pillesca, de toda su malicia y astucia; porque las obras de estos son como las que los albañiles hacen en falso, que al fin vienen á derruirse antes ó á muy poco de concluidas, no obstante el cuidado que pongan por cubrir con esterioridades y pinturas lo inseguro de su obra: un suceso de esta clase, con un resultado que pocas veces deja de verificarse entre los malos, vino á hacer ostensibles los manejos réprobos de D. Francisco, en términos

tales que, D. Policarpo sin embargo de estar preocupado y muy engañado por aquel, los vió y se desengañó.

Como á D. Francisco le hubiesen salido fallidos sus primeros planes, y viese en libertad y otra vez en casa de D. Policarpo á Eleuterio tan obsequiado ó mas que antes de su prision, ardiendo aquel en mayores deseos de venganza discurrió pronto otro medio para que Eleuterio saliese de la casa de D. Policarpo, y saliese tambien Doña Maria, porque tampoco esta era santa de su devocion, por ser una de las que mas estorbo le hacian en la ejecucion de sus intentos.

Y habiendo observado que una criada de la casa no estaba muy bien con Luisa, le pareció que el mejor medio era aprovechar esta ocasion y valerse de esta criada; y con tanta mas razon lo pensó así, por quanto que los criados son los enemigos mas prócsimos, y menos conocidos de los amos. Y sirva esto de aviso á jóvenes y viejos que tienen criados. Trató, pues, con la criada de conspirar en union contra Eleuterio y Doña Maria, aunque los tiros fuesen directos á Luisa, y esta fuese otra de las víctimas sacrificadas á su venganza, con tal que él consiguiese su principal fin, que era hechar de casa á Eleuterio.

Habló á la criada, y encontrando á esta muy dispuesta á todo, la instruyó de lo que tocaba á ella hacer; concertados en el plan, y en el modo de llevarlo á efecto, se juraron una eterna amistad; porque no hay cofradía ni junta por mala que sea, que no tenga sus juramentos, sin duda por ser cosa que vale poco, y se usa mucho.

Con todos estos requisitos y solemnidades convinieron en que la criada habia de declarar á su amo D. Policarpo las relaciones secretas que habia entre Luisa y Eleuterio, y como los habia visto por varias veces que cuando estaban los dos solos se entretenian divirtiendose en malos juegos. Y D. Francisco por su parte juró que apoyaría con fuertes razones la declaracion de la criada, diría que él tambien habia sospechado lo mismo que aquella declarase, y aconsejaría á D. Policarpo que convenia que saliesen de casa Eleuterio y Doña Maria; y que el lugar de esta lo ocupase quedándose ama de llaves la Francisquita; que este era el nombre de la criada, y tocaya habia de ser de D. Francisco para que ella no fuese buena, y él Francisco habia de

llamarse para que no fuese mal amigo y hombre intrigante como todo lo que toca, y atañe á Franc...

Mas la aparicion como milagrosa por lo inesperada de Eduardo, y la repentina salida de Luisa en aquella misma noche para la casa de su tio D. Pedro, esta singular é impensada ocurrencia trastornó el plan de conjuracion que tenían combinado los dos tocayos. No obstante que la Francisquita tuvo tiempo para hacer su calumniosa denuncia, que ya fuese por dejarla para mas adelante, ya porque la horrorizase la criminalidad de la accion pèrfida que iba á ejecutar, y no se atreviese, lo cierto es que ya no era tiempo de hacer su declaracion habiéndose dejado pasar la ocasion mejor. Y esto fué lo que irritó tanto à D. Francisco, y tanto le encolerizó, que su rabia fué la causa de su perdicion.

Reconvino agriamente á su tocaya por haber esta sido tan descuidada, no habiendo hecho luego que se combinieron en el plan la denuncia que tenían acordada, tanto la dijo, y tanto la insultó por haberse malogrado el asunto à causa del temor ó negligencia de la misma criada, que esta ofendida y muy resentida de los insultos y amenazas de D. Francisco, trató vengarse de este, y como sucede regularmente entre los que no tienen vergüenza, y se combinan para una picardía; se fuese derecha á la habitacion del pobre D. Policarpo que tendido estaba en la cama mas muerto que vivo rendido à fuerza del grande sentimiento y dolor agudísimo que le habian causado los sucesos de aquella noche, y puesta de rodillas á la cabecera de la cama de su amo, con llanto amargo y entre suspiros profundos, le dijo= Señor; yo soy una pecadora que vengo á pedir perdon por la ofensa mas grande que tenia premeditada contra el honor de su sobrina Luisita, y contra el decoro de sus tios. Yo he tenido una mala hora en la que seducida por un hombre vil, tuve el pensamiento de infamar á su sobrina de V. con una calumnia, que á mi misma me horrorizó cuando reflexioné en lo que iba á hacer, por cuya razon no la he llevado á cabo. Pero es tan grande el tormento de mi conciencia, que yo no encuentro ya descanso ni sosiego, que me quitan la vida los remordimientos, sinó me absolveis perdonandome del pensamiento que he tenido.

Muger, dijo D. Policarpo, á estas horas vienes á molestarme con eso, y sin reparar el estado aflictivo en que me encuentro,

vienes ahora á aumentar mis penas con otros nuevos disgustos?.. ¿Y quien es ese hombre vil que te ha inducido para que calumnies á mi sobrina?

Señor; contestó la criada, ha sido D. Francisco, que por echar de casa á Doña María y á D. Eleuterio, es el autor de todo el enredo, habiéndome enredado á mi en un engaño como este, abusando de mi simplicidad é inocencia.

¡D. Francisco!.. exclamó con admiracion D. Policarpo. No puede ser. Tu debes estar trastornada; medita bien en lo que has dicho; porque D. Francisco es incapáz de una felonía como la que tu quieres suponer en él.

Pues no ha sido otro, replicó la criada; y sino temiera molestarle considerando lo afligido que está V. ahora, le contaría cosas de D. Francisco que se habia V. de tapar los oidos, y había de....

No la dió lugar D. Francisco á que concluyese, porque' entrando furioso en la habitacion de D. Policarpo, empezó á descargar golpes sobre las costillas de la criada, y algunos latigazos que por casualidad ó adrede, alcanzaron á aquel, fueron mas poderosos á desengañarle que las razones de su hermano D. Pedro, los sermones de Doña María, las lágrimas de Luisa, y las revelaciones de la criada.

Con los latigazos que recibió, despertó de su letargo D. Policarpo, y llamando á grandes voces á los criados, acudieron estos luego; y mandándoles que echasen inmediatamente á D. Francisco de casa, ejecutaron puntualmente la orden del amo; pues con la mala voluntad que todos tenían á D. Francisco, de un empujón le hicieron salir de las habitaciones, de otro le hicieron bajar rodando las escaleras, y de un tiron le sacaron arrastrando á la calle.

D. Policarpo desengañado habría corrido á casa de su hermano á pedirle mil perdones, á abrazar á Luisa y á Eduardo, y á reconciliarse con todos. Pero por otra parte estaba tan abochornado que no se atrevió: porque si por desgracia de la humanidad, son pocos los hombres que se avergüenzan, mirando sus flaquezas con sus propios ojos, en honor de la verdad D. Policarpo no era hombre tan depravado, porque fuese un maniático. Mas habiéndose esplicado lo bastante con Doña María, esta ca-

ritativa y buena muger dió al otro dia cuenta de todo lo ocurrido y de las buenas disposiciones de D. Policarpo, á su hermano D. Pedro. Quien olvidando todo lo que habia pasado entre los dos, pasó á casa de aquel con Luisa y Eduardo, y un abrazo puso término à todos los disgustos, y reconcilió á toda la familia para que en lo sucesivo viviesen en buena union, y en paz.

Los locos proyectos de D Policarpo concluyeron como concluyen siempre todos los que se principian con poca meditacion, y se fundan en el aire, pues no es lo mismo dibujar un proyecto en el papel, que ponerlo luego en ejecucion.



CAPITULO 16.

*Reciense el lance gracioso y divertido que
ocurrió en un pueblo llamado el Ronquillo,
estando allí Eleuterio.*

Como Eleuterio no pudiese estar mas tiempo en Sevilla, y ya desease una ocasion para volverse à su casa, y allí consultar y resolver con su familia lo que mas conviniese á su principal asunto, que como se ha dicho tampoco tuvo lugar en Sevilla por la aparicion del diablo deslomado que con su presencia y diabolico influjo lo desgració, Eleuterio pues aprovechó la ocasion del casamiento de Luisa con Eduardo, para manifestar al padre de este su determinacion de retirarse. Y en efecto, pasados los primeros dias de boda, Eleuterio salió una mañana muy de madrugada con unos arrieros de su propio pueblo. Desde Sevilla al Ronquillo hay siete leguas, jornada bastante larga para andarla à paso de arriero encima de un macho cargado, haciendo todo el dia con el cuerpo *dongolondon, dongolondon*, que cuando se llega á las posadas, vá ya el espinazo del ginete partido, y las costillas y huesos hechos harina. En estos términos venía Eleuterio, y en tal modo tan molido llegó al Ronquillo.

Asi que llegando á la posada con mas ganas de tenderse que de cenar, se salió à la puerta de la calle huyendo de la bulla, y en un espacioso poyo que allí habia, tendió la capa y se hechó. Pero ni aun este descanso le duró mucho tiempo, porque un Capellan que caminaba á Sevilla, y habia llegado antes á la misma posada, le dió gana tambien de salir á sentarse à la puerta; Eleuterio que era muy atento no pudo menos de incorporarse, y cederle lugar para que se sentara.

Sin duda se ha echado V. fuera, preguntó el Capellán, huyendo de la bulla que tienen los borrachos en la posada?

Si señor, contestó Eleuterio, porque no me gustan funciones de borrachos. No habría fieras mas fieras que el hombre, si este no estuviese dotado de razon: con la borrachera se priva enteramente de ella; luego el borracho es mas fiero que las fieras; por consiguiente debe temersele mas que á estas. Yo le aseguro à V. padre capellan, que si mandàra, habia de castigar la embriaguez como delito grande; porque no puede haber delito mayor que privarse de la razon. En las tabernas no habia de permitir por buena policia beber vino ni ninguna especie de licorres, ni en puesto alguno donde los vendiessen, aunque no tengan el título de taberna, que en la substancia y en los efectos todos los lugares lo son cuando se reuen los borrachos á beber, y á blasfemar.

La providencia que V. indica, dijo el capellan, sería muy perjudicial para todos los de mi clase.

En nada, replicó Eleuterio, porque ¿qué tiene que ver su clase de V. con las tabernas y borrachos? Nada absolutamente. Por el contrario, debian VV. de alegrarse de que fuese lo que yo he dicho haria si mandase. Pues siendo VV, ministros de un Dios de paz, dedicados à predicar la sana moral, debiendo servir de modelo y regla à los demas hombres, y por consiguiente no solo no permitir que en su propia casa se dé ocasion á quimeras, sino que ni aun permitir que se profieran palabras indecentes y ofensivas á Dios y á los hombres. Por lo mismo, en vez de perjudicarles à VV. mi providencia, deberían alegrarse que asi fuese, por ser tan conforme á la sana moral, y por consiguiente tan consonante con el Evangelio.

Desengañese V. caballero, dijo el capellan, muy perjudicial para nosotros sería esa providencia y en dos palabras se lo demostraré. Todos los de mi clase, esto es, los clérigos que los mal intencionados llaman beneficiados simples por la razon que ni confesamos, ni predicamos, ni hacemos otras cosas que llaman útiles y provechosas á la sociedad, que nosotros no negamos que lo sean, pero si que tengamos obligacion á saberlas, y mucho menos á ejercitarlas, porque esto es propio de aquellos que han seguido estudios buscando en ellos los medios de subsistir, y no

nosotros que no hemos necesitado de esto y somos como los marquesitos de la iglesia con mayorazgos fundados de bienes de los fieles que van á morir ó están ya medio muertos cuando fundan estos mayorazguitos. Estos clérigos tienen viñas; y sino hubiera quien bebiese vino, perderían el fruto, ó por lo menos se sacaría muy poca utilidad de él. Y aquí tiene V. ya manifestado en dos palabritas el perjuicio que sufriríamos los clérigos de mi clase, y yo muy grande, que aun cuando la capellanía que poseo es pequeña, sin embargo está dotada con una docena de viñas, que es todo mi recreo, y las fincas que mas cuido son estas, aunque tambien tengo ocho olivares, seis huertas, y algunas casitas.

■ Dos palabritas há dicho V.; pero en ellas, y V. perdone la confianza dijo Eleuterio, ha padecido muchas equivocaciones. En primer lugar ha dicho V. que los de su clase beneficiados simples, no están obligados á estudiar porque no tienen el cargo de predicar. Ninguna razon hay que los esceptue del trabajo, sea el de la predicacion ú otro: al contrario están doblemente obligados. Lo están como individuos de la sociedad, de que son parte y mucho mas aquellos que reciben bienes tan superabundantes de la misma sociedad, y que ademas no tienen cuidados, y viven descansadamente, y pueden mejor que nadie emplearse en hacer descubrimientos provechosos, experiencias interesantes, é investigaciones que faciliten en todo género los progresos del entendimiento, y los trabajos útiles de la sociedad. Como individuos de esta tienen obligacion de contribuir á su bien y adelantos. Considerados como ministros de la religion, están obligados bajo este segundo concepto á estudiar y trabajar como obreros que son en la viña del Señor, destinados por este á enseñar la verdad, y combatir el error. El ministro de la religion que esto no hace, no cumple con su deber; y por mas que trate de acallar su conciencia persuadiéndose que todas sus obligaciones están cumplidas con el rezo y decir algunas misas, no engañarán á los hombres instruidos y verdaderos religiosos que aman á su patria, y se sacrifican por el bien de esta, aunque no son recompensados, porque no siempre es la virtud estimada, y el beneficio agradecido, por ser generalmente los beneficios como las flores, que no se estiman, sino recientemente cogidas.

■ Yo dijo el capellan, no entiendo de filosofias, retóricas, y

alegorías; porque como he dicho á V. antes no hé necesitado romperme los cascos para encontrar de comer; pues aunque mi capellanía es corta, renta lo preciso para mantenerse uno con decencia, y en nuestro estado no debe ambicionarse mas. A mi me hizo capellan un padre grave del convento de mi pueblo, y que frecüentaba mucho mi casa; el mismo que me enseñó el latin, las cérémonias de la misa, y algunas preguntas para el confesonario, en caso que tuviese gusto de confesar alguna vez. Este padre era muy entendido, y reputado por sabio en toda aquella tierra y nunca le oí una palabra sobre esas obligaciones que V. quiere imponer á los clérigos de mi clase. Por el contrario, me decía que la vida del clérigo es la mas descansada, y la mas libre; que despachando su rezo llenaba todas sus obligaciones, y ni Rey ni Roque tenian que ver con el, ni importarle asunto alguno de este mundo, aunque todo se lo llevase el diablo, con tal que no se llevase sus capellanías, ni sitiase el alcazar de sus conveniencias.

Buena doctrina enseñaba el padrecito. Siempre sería él como otro padre grave que yo conocí, dijo Eleuterio, que seguía los mismos principios, y practicaba la mismísima doctrina: y llamaban por esto el padre conveniencias. Este padre grave que estaba mas regalado que el Papa, apurado un dia en conversacion particular con un seglar, sobre los abusos introducidos en la religion, no teniendo razones para contrarrestar los argumentos que el seglar le hacía, ni menos pudiendo responder cuando el seglar le preguntó „*ad quid venistiis ad religionem?* contestó el fraile muy enfadado, y con mucho descaro” *ad manducandum rationem*— Y hechándose la capilla sin decir chus, ni mus se fué saliendo á la calle.

Hasta en estos tiempos, dijo el capellan, que hay tan poca religion, no he oido que los clérigos beneficiados tengan mas obligacion que la de rezar el oficio divino, decir su misa, y ayunar cuando puedan y estén buenos.

Señor capellan y amigo mio, dijo Eleuterio, lo que en este tiempo se dice, es lo que se practicaba en los tiempos felices del verdadero cristianismo, en aquellos afortunados tiempos en que los fieles estaban animados de un solo corazon, y un solo espíritu; cuando los ministros del altar eran unos

Angeles de paz, unos modelos de caridad, unos ejemplos vivos de todas las virtudes religiosas y sociales. En prueba de ello véase la historia de la primitiva Iglesia, y se verá que lo que ahora se dice, no es nuevo, (*) ni menos son invectivas contra el estado eclesiástico y contra la religion, como piensan y vociferan los hipócritas solo porque se vá contra sus conveniencias é intereses. Bien conocen estos egoistas que el descubrir los abominables abusos introducidos en la santa disciplina de la primitiva Iglesia, no es ir contra esta, sino despojarla de las malezas que á su alrededor se han criado. Porque, ¿cuando resplandeció mas el evangelio, sino cuando estuvo libre de las supersticiones que le rodean ahora? Y el atacar á estas, como á las quiméricas invenciones inventadas por los padres de aquellos abusos, ¿es negar la divina ley? ¿es hacer guerra á la religion? ¿es destruir la Iglesia? ¡Ah! que bien conocen los propagadores de patrañas que es verdad lo que yo digo! Pero no tienen la virtud y la religion suficiente para desprenderse del vil interés, y confesar la verdad que conocen, y quisieran no conocer segun los esfuerzos que hacen para ahogarla, y sofocar los pocos estímulos de su conciencia. Asi es que han inventado é introducido una lógica particular para interpretar la ley divina tan clara y tan espresamente manifestada en el Evangelio. Sin obscuridad habló Jesucristo en términos que le entendiesen los entendimientos mas rudos. A sus discipulos dijo, y les encargó serveramente cuando les envió á predicar el Evangelio por todo el mundo, que no llevasen consigo ni báculo ni alforjas, previniéndoles al mismo tiempo que no hechasen en sus bolsillos ni oro ni plata, ni dinero alguno, dándoles de todo esto por razon = *dignus est enim operarius mercede sua*” manifestando que los ministros del Señor no deben buscar el Evangelio y reino de Dios por la comida, porque en este caso antepondrían el alimento corporal al reino celestial, y sacrificarían, como dice S. Agustin, no voluntariamente sino por necesidad. Y para mayor prueba de que los

(*) Esta conversacion entre el capellan y Eleuterio fué en el año de 1323, en cuya época apesar del despotismo, no faltaban hombres que predicasen la verdad.

ministros del altar no deben estar ociosos creyendose exentos de toda carga y obligacion, mas que la de rezar el oficio divino, y ayunar cuando les toque, y que deben contentarse con una decente manutencion, sin aspirar á reunir riquezas, ni anhelar cosa alguna del siglo, decia S. Juan Crisóstomo = „Y así, hermano mio, has de saber, que aunque te acose el hambre, aunque co- mas ceniza, y aunque te resuelvas en continuas lágrimas, que no son muy sublimes estos ejercicios, si con ellos no aprove- chas al prójimo”

Claro está, que hasta los mismos doctores de la Iglesia, las lumbreras del cristianismo predicaron, y enseñaron las verdades mismas que se tienen ahora por tan injuriosas al estado eclesiástico que tanto se resiente de ellas, y con razon por su parte, porque son verdades que amargan á los que están acostumbrados á que todo sea dulce. Y por este motivo no es de estrañar se quejen tanto: bien que si fuesen lo que debian de ser, no se quejarían llevándolo todo por Dios, y esto en el caso que no se concede de que reciban injuria, porque con la paciencia se gana el cielo, que debe ser objeto predilecto y principal del que se consagra al servicio de Dios, desprendiéndose con heroicidad de todos los intereses y conveniencias de la tierra. Semejantes quejas no dicen bien con la humildad del Evangelio, porque vemos que van acompañadas con toda la acritud de la venganza en esas persecuciones sanguinarias y crueles que sufren los que ningun mal han hecho al prójimo, con desear el bien general y querer que se restablezca el orden, que reine la justicia y la igualdad y que se reformen las costumbres y las clases.

Las mentiras, las falacias, y las seducciones con que engañan al pueblo sencillo é incauto, y los medios sacrilegos de que se valen para infundir las falsas ideas, y hacer concebir odio contra los que hablan con el lenguaje de la verdad, y con la expresion de verdaderos sentimientos, tales medios y tales predicaciones son bien antievangélicas, por ser enteramente opuestas á la doctrina dulce, amorosa, fraternal y toda celestial de Jesucristo. Y he dicho medios sacrilegos, porque ponen á este y á su doctrina por pretesto para disimular sus intenciones dobles y sus sentimientos egoistas. Pero como dice el adagio castellano. „*Aunque malicia obscurezca verdad, no la puede apagar.*” El tiempo

aunque tardo en sus pasos, es seguro en su llegada; y al fin viene recogiendo hechos para luego manifestarlos con toda claridad, y que todas las personas los vean desenvolviendo el lienzo de los siglos.

Amen, dijo el capellan, y haga punto aqui la conversacion, porque V. caballero se va desenvolviendo demasiado con el calor de sus filosofías, sin acordarse de que yo soy capellan: y esto no lo digo por hacerle á V. daño, sino para significarle que tras de la puerta suele estar el diablo escondido. Yo es verdad no estoy bien con las ideas del dia; pero tampoco me gusta que los de mi estado se metan á delatores, y malos informantes arruinando tantas pobres familias de liberales.

Pues yo, dijo Eleuterio reflexionando de pronto lo mal que habia hecho en hablar tan claro, crea V. que aborrezco la mordacidad del malicioso censor que sin respeto, y muchas veces sin justicia, censura atrevidamente á las personas. Yo á estas las respeto siempre, y solo me dirijo á las cosas, á los abusos. Soy tan amante de la religion y de mi patria, que no puedo disimular este amor, ni tampoco es fácil disimularlo cuando este es verdadero. Cualquiera cosa que tienda á manchar la pureza de la una, ó á perjudicar la salud de la otra, es para mí un motivo tan grande de incomodidad que no soy dueño de mí para contenerme en la defensa de dos prendas tan queridas, aunque por otra parte conozca el peligro. Y no hay duda, digan lo que quieran los que dicen lo contrario, porque lo contrario piensan, cuando hay un afecto sincero, un amor verdadero hacia una cosa, sea ella cualquiera, no se puede disimular por mas política que el hombre tenga, ó por lo menos no puede, por mas que se esfuerze, obrar en sentido contrario. Esto si es lo que se ha hecho moda, la versatilidad, y la indiferencia egoísta que han venido á unirse con la supersticion y las preocupaciones formando un solo cuerpo para afirmar mas el reinado de la tiranía.

Yo no puedo comprender bien las opiniones de V., dijo el capellan: por un lado veo un fondo de bondad, de honradez, y de religiosidad en V.; y por otra deja descubrir la maldita hilaza de la tela revolucionaria, segun lo que pardean sus ideas.

No sé que tengan de pardo mis ideas, dijo Eleuterio; porque lo que yo digo, me parece que está dicho en los escritos de los

Apóstoles; y que es todo claro como la razon que lo dicta. San Pedro hablando á los del estado eclesiástico, les dice= Apacientad el rebaño del Señor, que se os ha confiado, velando sobre su conducta no por fuerza, sino por un afecto enteramente voluntario que sea segun Dios: no por miras de un vil interés, sino por una caridad desinteresada: no con un dominio despótico sobre la grey del Señor, sino haciendooos los modelos del rebaño con un ánimo sincero. ¿ Y que mas razonable que los que se consagran al servicio divino, se desprendan de los intereses del mundo, para de este modo poder servir á Dios con toda aquella pureza de corazon que debe haber en los ministros del Señor? Como dice el Evangelio de S. Mateo. Ninguno puede servir á dos Señores, porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro: ó al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podeis servir á Dios, y á las riquezas. No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra; donde orin y polilla los consume; y en donde ladrones los desentierran y roban. Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo: porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.=

Pues bien: ¿esta doctrina, que es la del Evangelio, no reprueba esa ostentacion, ese lujo, esas riquezas, y ese afan por poseerlas? Luego porque han de pardear mis ideas, porque haya dicho que es contrario al Evangelio, todo aquello que el mismo Evangelio reprueba en los servidores del Señor? ¿No está á la vista, no es un hecho que todos ven, no es una verdad que todos conocen, que la disciplina de la primitiva Iglesia no es hoy la misma que Jesucristo y sus Apóstoles dejaron establecida? Comparese lo que hoy es, con lo que entonces era; y se verá con claridad lo que debe ser, y no es.

Los Apóstoles y sus inmediatos sucesores no cuidándose de las cosas temporales, y solo buscando el reino de Dios, se contentaban únicamente con las oblaciones que los simples fieles ofrecian para su manutencion, que siendo muy moderada y escasa, aun quedaba para alimentar á una multitud de pobres y miserables cristianos. Justificados, sanos en su doctrina, é irreprehensibles en su conducta, fomentaban por todas partes la felicidad espiritual de los hombres, único objeto de su verdadera mision. El conocimiento de sus ovejas, el sacrificio por ellas, la

predicacion del Evangelio; la administracion de los sacramentos, y sobre todo el apacentarlas con el ejemplo de buenas obras, era el intento y fin primario de todos los operarios en la viña del Señor. El Obispo, el presbitero, el diácono, todos, todos cumplian esactamente con el lleno de sus obligaciones, y altos deberes para los que fueron instituidos por Jesucristo. Incorporados todos á cierta y determinada Iglesia trabajaban incensantemente cada uno en sus respectivas obligaciones sin privativo peculio: aun era desconocida esta voz entre aquellos operarios evangélicos: comían y bebían de comun, y este beneficio era por su indispensable oficio por trabajar en la grande obra de la santificacion de las almas.

Esto es cierto: y como lo es tambien lo que hoy se vé, dedúzcase la consecuencia de lo que será mas verdadero: si lo que hoy es obra de los hombres, ó lo que entonces fué obra del mismo Jesucristo. Es decir, si debemos estar á lo que este divino Señor predicó, y legisló en su celestial código el Evangelio; ó á lo que los hombres han hecho despues.

Aquella divina disciplina, aquella conducta toda celestial, ha variado y sufrido luego un trastorno en su mayor parte. Empezando por los soberanos pontífices, estos confundiendo lo espiritual con lo temporal quisieron absorverlo todo: se hicieron árbitros de los imperios y reinos: impusieron á manera de príncipes terrenos, contribuciones estraordinarias sobre el clero, anatas, medias anatas, quindemios, décimas papales y otras gabelas: todo por último se sujetó á la silla apostólica. Los Obispos, hermanos del Papa, quedaron casi sin autoridad ni jurisdiccion: los cabildos de la de su propio prelado: los sagrados cánones de los cuatro primeros concilios generales, de quienes decia S. Gregorio que veneraba como á los cuatro evangelios, se entregaron al olvido: en su consecuencia menosprécianse los estatutos de los sínodos posteriores: crece el desorden hijo de la ignorancia, y unas falsas decretales inspiradas por la adulacion salen á luz para acabar de introducir el trastorno y la confusion. Ya no se celebran los concilios provinciales, que segun los decretos de los padres de Nicea, debían celebrarse dos veces al año: ya no pertenece al metropolitano la convocacion de los sínodos, ni estos tienen vigor sin la autoridad pontificia: ya no se juzgan las causas

de los Obispos en los concilios segun los cánones; y ya en fin todo se há trasladado á Roma, y en Roma se hace y deshace todo, sin haber quedado facultades algunas á los pastores para cuidar su rebaño, y que las ovejas no se escarrién.

Estrañeza y admiracion causa en verdad, que Roma acostumbrada á guardar inviolablemente por nueve siglos las reglas y constituciones de nuestros primeros padres, viniese despues á defender una doctrina que tantos perjuicios ha ocasionado á la Iglesia, y á la sociedad civil; y que los Papas olvidando la mansedumbre de Jesucristo, por engrandecer ellos su autoridad, empeñasen las guerras mas crueles y sangrientas. S. Gregorio dijo que la autoridad del Papa, como Obispo de Roma, es la misma que la de todos los demas Obispos; que en esto eran perfectamente iguales los Apóstoles á S. Pedro; que los demás Apóstoles eran lo mismo que Pedro, y estaban condecorados como el, con igual porcion de honor y potestad. S. Cipriano que en su libro de la unidad de la Iglesia dice que los demas Apóstoles eran ciertamente iguales á S. Pedro; y recibieron con el, la misma dignidad y el mismo poder. S. Gerónimo tambien dijo que todos los Apóstoles reciben las llaves del reino de los Cielos, y la Iglesia está igualmente fundada sobre todos. ¿Que dirían ahora estos Santos Padres, y otros y otros que dijeron lo mismo, si viniesen ahora y viesen el trastorno que ha sufrido la Iglesia? Y que Jesucristo declaró esto mismo? Pues cuando caminaba á Capharnaum, como los Apóstoles en el camino altercasen entre si, sobre cual de ellos sería el mayor, luego que estuvieron en la casa, Jesucristo les preguntó ¿que iban tratando por el camino? Y como callasen, se sentó y llamando á los doce Apóstoles les dijo: *si alguno quiere ser el primero, será el postero de todos, y el siervo de todos.*

Pero se quiere un hecho mas al alcance de todos, que prueba el olvido de la divina doctrina? Fíjese la vista en la corte de Roma llena de lujo, de fausto y ambicion, y parállese esta corte con la Iglesia que gobernaba S. Pedro, y se verá el contraste monstruoso que forman las dos. Lo mas sensible que el daño no se há limitado solo allí, y que há salido cual rio de madre inundando todo el campo cristiano y encharcándolo con aguas sucias y cenagosas donde se há estado bebiendo la mala doctrina, con

el estímulo del mal ejemplo. Y como nada hay que impresione mas á los hombres que el ejemplo, y en particular el de aquel que los gobierna; los abusos se han generalizado en todas partes, y el interés particular ha encontrado mas defensores que la razon. Porque como dijo Clemente XIV. es imposible el hacer entender la razon à aquellos que han adoptado un modo de pensar conforme à sus intereses.

La relajacion de la divina disciplina, el olvido de las máximas del Evangelio han favorecido á muchos para sus intereses. Y como los intereses particulares hacen olvidar facilmente los públicos, teniéndose mas cuenta con aquellos que con la religion, y con hacer los hombres lo que deben, es la causa de que no se practique lo que por el Evangelio se preceptúa, y que se presenten tantas contradicciones, y tantas anomalías en la sociedad santa que tanto perjudican à la verdadera creencia. Con la relajacion de la disciplina se enfió el espíritu evàngelico, las cosas de la tierra ocuparon mas que las del Cielo; y por consecuencia necesaria los bienes de los legos pasaron á otras manos que no debían tocar las cosas del siglo. Ya los servidores del Señor dejaron de ser operarios de su viña, y se convirtieron en poseedores de la tierra. Los bienes de esta fueron un estímulo poderosísimo, para que muchos atraidos por la conveniencia y el regalo, procurasen entrar en la Iglesia sin ser llamados, sin vocacion verdadera, y solo con el fin poder gozar asegurando una subsistencia abundante y libre de las cargas que pesan sobre los ciudadanos padres de familias. Y hé aquí el origen de la pluralidad de beneficios en una misma persona; dispensa para no residir ninguno aunque todos sean curados; nombramiento de extranjeros contra las leyes pátrias; multitud de clérigos sin ocupacion ni destino en la viña del Señor, hechos unos señoritos ociosos todo el dia y vagamundeando por calles y plazas, sin ciencia ni virtud, privando de los oficios á los que la tienen, y cuya conducta está averiguada casi desde su niñez en los colegios y universidades.

Todo eso está muy bien, dijo el capellan, y no se puede contradecir lo que V. acaba de decir. Pero yo de ningun modo puedo convenir en que los ministros del Altar carezcan de los medios de vivir. Porque si se les priva de poseer bienes, es

echarlos al moridero. Y entonces ¿quien ha de servir al Altar?

No he dicho yo, replicó Eleuterio, que se les reduzca á pobreza. Estoy muy lejos de tal idea. Pero sí que no posean mas bienes que los necesarios para vivir. En una palabra, que como en otro tiempo nuestra nacion, que abrazó el Evangelio casi desde los primeros dias de su nacimiento, mantuvo sus ministros con la decencia, respeto y honor debidos à los dispensadores de los misterios del Salvador, de la misma manera y en iguales terminos los mantenga ahora, sin separarse un apice de lo que nuestros padres, que eran mas religiosos que nosotros, hacían.

Como que V. me convence, dijo el capellan, y no teniendo razon que oponer á lo que V. dice, será mejor que pasemos á otra conversacion, y hablemos de nuestro primer asunto que quedó pendiente sobre la utilidad ó daño que resulta del vino, porque ya deseo oír á V. sobre este particular.

Entre la buena simiente, dijo Eleuterio, está la mala: yo fijo bien la vista para separar esta, y me detengo para escoger aquella. Y para que V. me comprenda mejor,, yo no soy rutinario ni fanático de ningun color, para que me deje arrastrar de las primeras impresiones que causan una especie de locura cuando son fuertes y nuevas para el sujeto. Conozco que entre las cosas buenas vienen envueltas muchas malísimas; tal sucede en el mundo moral y político. En uno y otro veo preocupaciones de muchos colores, y varios géneros de locuras, y que todas, aunque de distinto origen, vienen á unirse con el fanatismo, que es un Gigante de los mas grandes, mas viejo, y mas temible que ecsiste desde los principios del mundo, y ecsistirá hasta el fin, con mas ó menos mando y poder. Este Gigante tiene siempre los brazos abiertos para recibir con amor fingido á los hombres preocupados, sin distinguir de opiniones y de comuniones, siendo de los ciegos y fanáticos, à todos los recibe, y los encanta de tal modo, que sin conocerlo ellos, los tiene esclavizados, y lo que es mas, les ciega para que no vean la verdad, y teniéndolos privados de la vista, es tal la fuerza de su encanto, que preocupados los que así se dejan esclavizar, se persuaden de que ven mas claro que los demas hombres.

Pero una vez que V. quiere volver á la conversacion del vino, que fué nuestro primer punto, voy á decir á V. lo que siento

sobre esto, y me parece razonable. Las causas y motivos de que abunda esta vida miserable para ocasionar angustia, tristeza y dolor, no son comprensibles á la razon del hombre; porque si lo fuesen, y las considerase aun por poco tiempo, le matarían con sola su consideracion. No tiene que echar menos especie alguna de quebranto; porque nada le falta de lo que incluye ahogo, y perturbacion. Esta es su desdicha, esta su condicion; pero la providencia soberana no miró á nuestra vida con tanto desamparo, que nos dejase sin arbitrio para aliviar nuestras tristezas. Tan de antemano miró el criador por el alivio de los hombres, que desde los tiempos de Noé le preparó su divina clemencia. ¿Qué afligido, qué angustiado, qué melancólico se hallaría Noé con toda su familia al salir del Arca, no encontrando en la tierra mas compañía que cadáveres, estragos, aridez, y lo mas funesto de la desolacion? Pues en este fracaso asistió el Señor al Santo Patriarca, dándole luces para que aprendiesen á hacer el vino con que él, y sus hijos recreasen el ánimo; por ser este licor el que destierra la tristeza, refocila la mente, cura sus achaques, é infunde la alegría. *Cuando bebo vino, dice Anacreon, entonces duermen mis cuidados.*— Si el hombre no hubiese pecado, no hubiera tristezas en el mundo: arrojose á la culpa, y hechó sobre sí todos los desconsuelos, aflicciones, y calamidades, en que todos gemimos. Y para remediarnos en tantas *amarguras, dice Cornelio Alapide, que Dios crió el vino; mas no para que el hombre torciese este subsidio hacia la embriaguéz.* Y en prueba de esta realidad nos manda el Señor en los proverbios, que usemos de su ayuda en los lances que aprietan las congojas. *Dad, dice, sícera ó cerbeza á los tristes, y vino á los que tienen el ánimo lleno de amarguras, para que con este refrigerio se olviden de su pena, y su dolor.*

No puede hacerse apología mejor á favor del vino, dijo el padre capellan. Ya veo yo que es V. amigo de él, apesar de lo que ha dicho antes en su contra; y que puede decirse ahora de V., lo que se dice del enemigo de las mugeres que cuanto mas mal habla de ellas, mas le gustan, y mas las solicita.

Yo, replicó Eleuterio, soy amigo de todo lo útil, mientras se usa como conveniente. Si me he alargado haciendo la apología del vino, y he traído para probar su bondad algunos testos de

la Sagrada Escritura, es para que luego no dudase V. de mi creencia católica. y me dijese que mis ideas pardean.

¿Porqué motivo lo habia yo de decir, no teniendo este asunto relacion alguna con el anterior? dijo el padre capellan.

Si señor, le contestó Eleuterio, y se conoce bien, que V. no ha estudiado mas que la gramática, ni leído mas libro que alguno viejo de ceremonias, probando V. con esto lo que dijo antes, que no ha estudiado por no tener obligacion de estudiar. El asunto de antes tiene relacion con el de ahora, como se lo demostraré á V. Ha de saber que los Maniqueos, Encratistas, Severianos, y otros hereges, desintieron á la verdad católica de que el vino es recomendado por el mismo Señor como tengo dicho. Por lo que, como yo me hubiese opuesto al principio de nuestra conversacion á la venta del vino, no habría sido extraño que V. me hubiese confundido entre estos hereges. Por lo mismo, yo he tratado de prevenirme con los textos de la Sagrada Escritura, para que se persuada que voy conforme con esta, y con los Santos Padres. Pues S. Juan Crisóstomo confuta el error de dichos hereges, diciendo” *Que Dios fué el Autor del vino, y el diablo de la embriaguez: este daño no proviene del vino, sí de la locura de aquel que le usa con exceso, á quién debes culpar, y no á la criatura formada por la mano de Dios.*

Conforme con este Santo Padre, he dicho que prohibiría por buena policia beber vino en las mismas tabernas ó casas de cosecheros. Porque en estos lugares se reunen los verdaderos viciosos, los que beben no con el fin de reparar las fuerzas físicas, y recrear el ánimo abatido, sino con el objeto de encontrar canorra, como ellos dicen, y se reduce á blasfemar, á contar historietas las mas asquerosas, y muchísimas veces á concertarse para ejecutar un robo, un asesinato, ú otro delito. Por manera, que tales lugares se pueden llamar la bolsa de los viciosos, de los holgazanes, de los ladrones y asesinos.

El vino bebido en casa no causa tan malos efectos, porque el hombre se contiene mas teniendo otros respetos que le sujetan; aunque en el dia son bien pocos ó ningunos, por haberse verificado lo que pronosticó Séneca. „*Que vendría tiempo en el cual se haría honra y bizarría de emborracharse.*” Pero apesar de esto, siempre en casa rodean al hombre objetos que le paran en

medio de sus devaneos y locuras, y le hacen pensar.

Amigo, dijo el Capellan, bostezando y abriendo los brazos todo será muy cierto y bueno lo que V. dice; pero yo repito lo que dije al principio de la conversacion, que si se hiciese lo que V. dice con la venta del vino prohibiendo beberlo en las casas donde se vende, yo perdería muchísimo: y ya que con su providencia quiere quitarme la venta de mi vino, le pido á V. no me quite el sueño que tengo, y le suplico que quedando aqui la conversacion, disimule le deje solo, porque me voy á acostar.

Es V. muy dueño de hacer lo que guste, dijo Eleuterio; ¿pero no cena V. antes de acostarse?

No señor, me he comido antes de V. llegar, una perdiz en blanco, unas magritas de jamon frito, unas pringadillas, y con estas frioleras, algunos postrecillos, y un poquito de vino que no habrá llegado á tres cuartillos; tengo lo suficiente para pasar la noche, porque yo no soy muy tragon.

Ya se vé, dijo Eleuterio, que comparadas estas frioleras con media ternera, y una arroba de vino, no es mucho que digamos. Sin embargo, yo con esas frioleras que V. ha referido, tenía para cenar cuatro noches.

Con esto se concluyó la conversacion: el capellan se fué á acostar, y Eleuterio luego que cenó un poco de arroz á la valenciana, hizo su cama en un rincon bajo de una escalera como S. Alejo. No le faltaba sueño, pero el bayle y la bulla que tenian en un cuarto inmediato al zaguan, no le dejaban dormir. Ya era bastante tarde cuando aquella gente rendida á sus excesos, dejaron de aullar, porque cuando cantaban parecia que aullaban, y á la infernal gritería se siguió un triste silencio: digo triste silencio, porque se oía quejarse como si estuviese alguno agonizando; y en cuando en cuando se oía tambien un ruido como el que hace el agua que sale de una tinaja cuando se rompe por algun lado. Nada de esto asustó á Eleuterio, porque conoció que el ruido lo causaba el vino que á borbollones salía de las cubas de los de la bulla, luego que empezó á cocer en sus estómagos. Con este convencimiento no hizo caso, y se quedó dormido.

Pero estaba decretado que Eleuterio no durmiese bien aquella noche. Entre una y dos de la mañana se formó una tormenta, ó mas bien se levantó un huracán en el cuarto donde habian en-

trado à dormir un andalúz y una andaluza de los que mas habian bebido, y bulla habian hecho, que saliendo con impetuosidad el aire inflamable que allí se habia concentrado, apagó la candileja que ardía en el zaguan, y llevaba un ruido tan estrepitoso que parecía que el firmamento se unía á la tierra. Entonces si que Eleuterio despertando en el primer sueño con tan repentino estruendo, temió una mala aventura. Y el caso no era para menos. Con ninguno otro podia compararse aquel horrendo ruido, sino con la idea que se tiene del dia del juicio. Pues la voz ronca del andalúz parecia la trompeta del juicio final segun se oyó en todas partes tan espantosamente que á todos despertó, y atemorizó de manera tal que, las caballerías que estaban en la cuadra, y hasta las que se hallaban en el campo relincharon, y rebuznaron à un tiempo como si tubieran sentimiento de acercarse su última hora. Todos los que como muertos estaban en la posada durmiendo, se levantaron: la luz como se há dicho, se apagó, y quedó toda la posada en tinieblas. El posadero que fué á encender el candil al fogon de la cocina, le dió el andalúz un fuerte palo en las espaldas creyendo se lo daba á la andaluza su maja que era la causa ó motivo del alboroto; y entonces el huésped poniéndose á la ofensiva y defensiva agarró un tizon de la lumbré tan grande como la tranca de la puerta, y empezó á sacudir tizonazos à las mil maravillas que parecia un diluvio de fuego segun lo que ardía, que iba á abrasar y reducir à cenizas á toda la posada, y á todo el mundo entero. Esto ocasionó una batalla reñidísima, porque cada cual agarrándose á lo primero que encontraba, hizo lo mismo que el huésped de ponerse á la defensiva y ofensiva. Todos hablaban, ninguno se entendia, los palos menudeaban, y el tizon arrojaba cada vez mas fuego. Con el tropel, venian abajo las mesas, bancos, sillas y demas muebles, y las tinajas de agua rompiéndose, lo inundaba todo. Por manera que parecia que la tierra se abría sacudido con tantos temblores, que las peñas se arrancaban, se allanaban los montes, y que la mar se embravecía subiendo sus olas tan altas que bajando con furia cubrían la tierra de agua.

Lo mas gracioso de todo fué que el capellan se cerró por dentro á los primeros rugidos del huracán. Pero de nada le sirvió, porque se agolparon unos cuantos á la puerta, y á fuerza de

empujones bregando unos con otros las abrieron. Como entraron hechos un peloton, arrojaron al capellan que en paños menores salió al instante de la cama, y le hicieron rodar por todo el cuarto que ya estaba lleno de agua de la que se habia derramado de las tenajas que se rompieron. Y no fué esto lo peor, sino que los palos que se enviaban unos á otros, todos iban á descargar á las pobres costillas del capellan, cuyo cuerpo fué además muy lindamente pisoteado por los arrieros con los zapatos de vacueta que tenian puestos.

Su fortuna estuvo en que habiendo huido de la chamusquina el mozo de paja de la posada, se fué á dar parte de lo que pasaba, al Alcalde del pueblo. Este luego que reunió la ronda, llegó al meson á tiempo de estar el capellan haciendo el acto de contricion entre los pies y garrotes de los arrieros que estaban tan aturridos, y como estaban tambien á obscuras sin conocerse, se tiraban unos á otros á inatar siendo todos amigos. Quiso Dios que con la luz que llevaba la ronda, se conocieron; y conocieron tambien al capellan, y antes que la justicia los viesse, temiendo algun mal resultado, se metieron en sus respectivas camas. Mas la maja del andalúz huyendo de este y de la justicia se fué á güarecer tras del capellan, abrazándose á él por las espaldas tan fuertemente que no podía librarse de ella, siendo un gusto verlos á los dos en paños menores con unas camisas tan cortas que que les llegaban al ombligo. El Alcalde reparando en ellos, empezó á reprenderlos con aspereza, y á declararlos por criminales y verdaderos autores del alboroto.

El capellan ofendido con reprension tan amarga, y juicio tan injusto que de él hizo el Alcalde, se acaloró en términos tales que llamó á este mendrugo, insolente, follon y mal Alcalde. No le dió lugar el Sr. Alcalde á que siguiera diciendo mas; porque mandó á los corchetes que prendiesen inmediatamente á los dos de las camisas cortas que seguian con tanta desvergüenza y atrevimiento abrazados delante de la justicia, manifestando, como el decia, que habian estado durmiendo juntos haciendo picardías, y que no era necesaria mas prueba para conocer que ellos eran los autores de todo lo sucedido.

El capellan se habria avanzado al Alcalde, pero embarazado con la andaluza que seguia abrazada al primero, y conociendo la

inferioridad de sus fuerzas para luchar con dos corchetes que remangadas las mangas de la camisa, cubrían sus brazos un bello como cerdas de jabalí, tuvo miedo; y lo que hizo, fué bajar la cabeza para que le viesen la corona, y á grandes voces decir que era Sacerdote, que el que pusiese las manos en él, cometía sacrilegio, y quedaba *ipso facto* escomulgado.

Los corchetes que tal oyeron, y que no habrían tenido escrúpulo de dar por su gusto una puñalada á S. Pedro, se quedaron mirando al Alcalde, este al Escribano, y todos temiendo que el Cielo descargase su ira sobre ellos, si prendian al capellan. Sin saber la justicia que hacerse, en esta perplejidad, andaba el capellan y la andaluza dando vueltas por el zaguan de la posada, haciendo fuerza el primero por librarse de la andaluza, que mas se apretaba á su cuerpo, sin duda porque ya había experimentado el buen arrimo que es la Iglesia. Hasta que por último, el Alcalde aprocsimándose al andalúz le preguntó, porque siempre se toma por consejeros y son atendidos los malos, que si alguna otra persona de las que allí estaban era criminal, y cuales eran que lo declarase.

Entonces el andalúz adulando al Alcalde con mil zalamerías y embustes, dijo que la muger que estaba agarrada al Sr. Cura era la causa de todo el alboroto, y la mas criminal de las mugeres. Y como siempre los pícaros son creidos en todo, el Alcalde satisfecho con lo que habia dicho el andalúz, sin pararse en mas averiguaciones, mandó que aquella muger fuese al instante arrancada de las costillas del padre cura, y que vestida la llevasen presa. La andaluza que oyó este mandato del Sr Alcalde, mas se apretó al capellan, tanto que, este medio ahogado decia que por Dios se la quitasen, porque si seguia mas agarrada á él le iba á partir por medio. Y tanto por este aprieto en que estaba, como por no ser ni sobrina, ni ama del capellan, no opuso la ecepcion de fuero, y consintió muy gustoso en que los corchetes la echasen mano, y á fuerza de sus membrudos y belludos brazos la desprendiesen de su cuerpo como habia mandado el Alcalde.

Mucho gritó la andaluza, mucho se disculpó; pero no hubo remedio, la hicieron vestir, y se la llevaron presa. Los demas quedaron libres en la posada, el capellan bien aprensado, el an-

dalúz bien vengado, el huésped maldiciendo de todos por las tinajas y muebles que le habian roto, Eleuterio debajo de la escalera riyéndose de aquellas escenas, y los demas atónitos sin saber, ni poder adivinar en que habia consistido aquel alboroto.

Pronto lo supieron, porque la muger del huésped muy sabedora de todo, y llena de sentimiento por la pérdida de sus tinajas y pucheros, se desahogó descubriendo el pastél que habia entre la andaluza y el andalúz, tratando à este de pícaro y tunante. De cuyas espresiones resentido, hubo de levantarse para castigar à la huéspeda, y se habría renovado la pelea, á no ser por la mediacion de los que allí estaban, y por las exhortaciones del padre capellan que consiguió con ellas moderar á la huéspeda y á su marido que ya estaba armado con otro tizon tan grande como una vara de carreta.

No estuvo tan obediente y sumiso el andalúz; porque cuando se dirijió á este para reprenderle por sus escándalos, y por haber sido la causa de todo el alboroto, en vez de enmendarse con las amonestaciones que el padre capellan le hizo, insultó á este diciéndole que no necesitaba de sus consejos, sino de pesetas; y que si le seguía molestando con sus sermones, le haría callar arrancándole la lengua.

El capellan entonces se retiró á su habitacion con las manos puestas en la cabeza aturdido con lo que acababa de oir al desalmado que con tanto atrevimiento y con tan poco temor de Dios le insultó. Y como se quejase teniendo todo su cuerpo lleno de cardenales por los golpes y pisotones que recibió en la refriega entre los arrieros y los de la posada, y apretones de la andaluza cuando estaba abrazada á él; Eleuterio entró á verle, y confecionando luego un remedio con vinagre y manteca le untó y con un refresco cargado de azúcar que tambien le hizo tomar, empezaron à mitigarsele prodigiosamente los dolores. Y asi que se hubo aliviado, empezó á lamentarse de la corrupcion del siglo, y decía á Eleuterio. ¿Vé V. caballero que atrevimiento tan grande de hombre amenazarne que me arrancaría la lengua, si continuaba dandole consejos? ¿Podrá darse insulto mayor? Está visto, ya no hay buena crianza en los hombres, ni tienen estos respeto á las personas, ni temor á las leyes, ni amor á la religion.

Pues nunca se ha hablado tanto como ahora de religion, dijo

Eleuterio. Pero VV. á quienes el gobierno tiene encargada la enseñanza y educacion, ¿cómo no cuidan mas de ella, y que sea mejor? Desengañese V. padre capellan, la religion se ha venido à reducir á formulas, y V. no podrá menos de convenir en lo que le voy á decir. Y es que la sociedad santa que fundára Jesucristo ha venido à decaer, sino en sus dogmas, sí en su disciplina y costumbres: asi como la sociedad civil ha venido á corromperse, sino en sus primeros principios por la necesidad que todos conocen, é interés que todos tienen de vivir en sociedad, sí en los modos de gobernar esta y de vivir en ella.

Una y otra sociedad cristiana y civil, necesitan de grandes reparos. El tiempo, los abusos, los vicios, y sobre todo una desmedida ambicion han corroido el grandioso edificio de ambas. Y por esto los verdaderos patriotas y los verdaderos religiosos se quejan y lloran, como S. Bernardo lo hacia amargamente diciendo. *¡Ojalá pudiera yo ver antes de morir la Iglesia de Dios en el estado que se encontraba en sus primeros dias!*

Ya vé V. padre capellan que yo lamento como V. el abandono en que se encuentra la educacion: y conozco que la ignorancia de leer y escribir en el pueblo está causando muchos daños á los intereses domésticos, á la sociedad civil, y á la religion; que una educacion rutinaria es la que se conoce, y asi como en lo moral se dá solamente una enseñanza muy pobre y superficial, asi tambien en lo religioso està reducida á simples esterioridades. Y mientras no se dé una educacion por la que los hombres sientan en su corazon los principios de la moral y las verdades de la religion, en vano es esperar que sean buenos. Con saber solo de memoria cuatro oraciones, recitar maquinalmente algun precepto de la Iglesia, entrar alguna que otra vez en ella sin pensar donde y para que se entra, y solo llevado por una costumbre, cuando no sea conducido por algun motivo torpe, con esta entrada sola y tomar el agua bendita, no se hacen los hombres cristianos: supersticiosos y fanáticos sí, están mas en ocasion de ser.

Ese mismo hombre que ha insultado á V., no tendrá escrúpulo de robar y matar, y lo tendrá si deja de ayunar por olvido en algun viernes de cuaresma, ó de quitarse el sombrero por estar distraido al toque de oraciones. Hé aquí porque el sabio y

virtuoso Clemente XIV. dijo que la ignorancia lleva tras si un sin número de males, particularmente cuando se inclina al fanatismo. ¿Y que es lo que causa el fanatismo, sino las preocupaciones que son el resultado de la esterilidad, y mezquina educacion en lo moral y religioso? Una educacion puramente maquina, una educacion que deja en abandono y sin ejercicio la razon, que no habitúa al entendimiento á juzgar, ¿que efecto ha de producir, ni como el corazon ha de sentir bien?... ¿Y cuanto mas grande será el mal si á una mala educacion se junta el mal ejemplo? Las consecuencias mas funestas y trascendentales son de temer, porque los ejemplos duran mas tiempo que los hombres. Y por esto es necesario, como dijo Cornelio Tácito, mirar los que dejemos á nuestros descendientes. (1)

(1) Los escritores que escriben panegíricos de algunos titulados héroes, como están escribiendo hoy y ya el público habrá visto el que se hace de una persona, que yo por no manchar mi pluma ni aun quiero escribir su nombre que tanto me horroriza, pero que es bien conocida por el tigre; los escritores que celebran y colocan en la línea de héroes á hombres que se han singularizado por sus injusticias, por sus violencias las mas crueles, por sus muchos y enormes delitos, los escritores pues que tal hacen, ó no previenen el daño que causan á la sociedad, ó alguna afeccion ó espíritu de partido los ciega. Porque celebrar á unos hombres que por sus crímenes atroces, por sus crueldades se han hecho famosos, y que al frente de otros tan criminales como el jefe que los capitaneaba, los peores de cada pueblo, lo mas malo de los presidios, han desolado provincias corriéndolas como bandidos, entrando en los pueblos indefensos, y despues de martirizar á los vecinos por los medios mas crueles é inauditos, de violentar á las doncellas, de asesinar á los ancianos, y de degollar á los niños; han incendiado poblaciones enteras, y que jamas han esperado, y siempre han huido á ocultarse en las breñas como fieras, y solo favorecidos por la traicion es como han podido sorprender á los valientes; celebrar á hombres tan criminales y feroces, es alentar á los malos para que sean peores, y es dejar á la posteridad un ejemplo de maldad que imitar. Mas no hay que estrañarse de esto; por ser muy frecuente que el vicio se adore como virtud. Todo lo puede la adulacion. Luis XIV, que ordenó la destruccion del Palatinado, que fué un salvaje tan cruel como Atila, fué alabado por los Poetas.

A los hechos nada puede oponerse, dijo el capellan; y quedo muy convencido de cuanto V. ha dicho, porque los mismos hechos lo comprueban. Y por esta razon temo que ese desalmado hombre que me ha insultado, entre en mi habitacion, y ejecute sus amenazas segun lo encolerizado que está. Por lo que yo suplico à V. me haga el favor de no retirarse, y que me acompañe todo lo que falta de noche. Como asi lo hizo Eleuterio muy gustoso, despidiéndose luego que vino la mañana, del capellan, quien reconocido ofreció su persona y bienes á su bienhechor.



CAPITULO 17.

*Cuéntase lo apurado que se vió Eleuterio
media legua antes de llegar á Monasterio.*

Un mal trae otros males, y los trabajos entonces se suceden unos à otros, hasta que ó acaban con el desgraciado, ó este arrastrado por la rápida corriente del infortunio encuentra una tabla donde salvarse.

Un oficial del Ejército Español casado con una señora natural de un pueblecito de Castilla, que por razon de haberse disuelto el ejército en el año de 1823, segun las capitulaciones solemnes celebradas con los generales y gobierno francés, que no se cumplieron, y por cuya razon se causaron males sin cuento, se retiró con su familia á Sevilla, donde entabló su purificación. No hay necesidad aqui de referir los trabajos, las miserias, y la persecucion tan horrorosa que sufrieron los verdaderos defensores de la patria en aquella época del terrorismo. Las generaciones futuras nunca iguoraran unos hechos que por su grande iniquidad, y por la injusticia tan inaudita con que se trató á tantos millares de beneméritos militares no es fácil poderlos ocultar á los siglos ni la esponja del tiempo podrá borrarlos jamás. Baste decir que militares de mas de 40 años de servicio, cubiertos sus cuerpos de cicatrices de heridas recibidas en el campo del honor por sacar á su Rey de una durísima prision, y defender al hombre civil, al propietario, y al eclesiástico, del enemigo mas fuerte y poderoso que à todos los hubiera esclavizado y uncido al carro de su triunfo para arrastralos despues, fueron sumidos en la miseria por aquellos mismos que tan deudores eran á soldados tan valientes.

Este oficial de que hablamos, tuvo la sobredesgracia que cuan-

do estaba ya su expediente de purificacion en buen estado (1) fué acusado de conspirar contra el gobierno que regía entonces; porque en aquella época eran muy frecuentes las delaciones falsas, ya para vengarse de una persona, ya para quitar á uno el empleo, y luego pretenderlo y dárselo al delator, y ya por último con alguno otro mal fin. Tuvo la suerte que un amigo suyo le dió aviso anticipado de la calumnia que se habia fraguado contra él, y escarmentado ya de lo poco que habia que fiar del gobierno, de la poca garantía que las leyes prometian entonces, y del modo tan injusto con que se trataba al inocente; obstigado con tantas picardías, é irritado con tantas infamias, se resolvió á emigrar dejando á su familia en Sevilla, para que á la primera ocasion se retirase á Castilla.

Su muger estaba en víspera de tres hijos: y sin embargo de estar en esta disposicion, y bastante avanzada, se determinó á ponerse en camino para su tierra por verse estremamente estrechada por la necesidad, y en el mayor desamparo en una Ciudad donde no conocia á persona alguna que pudiese socorrerla. En su pueblo tenia parientes, tenia amigas de su infancia, y conservaba una casa propia donde poder vivir sin aquella inquietud que tanto aflige á todo padre de verse espuesto á la inclemencia por no poder pagar casa. Ajustó pues, su viaje con los mismos arrieros que llevaban á Eleuterio, los que convinieron tambien en conducirla con sus hijos hasta el pueblo de aquel; en cuyo pueblo hay proporcion todos los dias de otros arrieros que caminan á Castilla con aceites, y retornan á Estremadura granos.

La cuenta que la pobre militar se echaba respecto á su embarazo, era la de poder llegar á su pueblo, y darla todavia tiempo para descansar antes que llegase su trabajo. Pero esta cuenta salió equivocada en la suma. Porque ya fuese por la jornada larga y pesada del dia anterior, ya por el susto de la noche causa-

(1) En Sevilla fueron pocos los que salieron impurificados. Porque en honor de la verdad el desgraciado General Quesada que mandaba entonces la Provincia de Sevilla, fué acaso el mas justo; y el que mandó en aquella época con mas circunspeccion, prudencia, y tino.

do en la posada por el andalúz y la andaluza, ya porque la señora iba errada en la cuenta desde su principio, lo cierto es que como cosa de media legua antes de llegar à Monasterio, pueblo situado en la misma Sierramorena, y que es término de las dos provincias de Andalucía y Estremadura, sintió dolores tan pronto y agudos que la pobre no pudiendo sufrirlos por ser tan fuertes, pidió por Dios que la bajasen de la caballería suplicando en términos los mas tiernos que no la abandonasen.

Eleuterio que era verdadero liberal, y por consiguiente hombre muy caritativo, mandó parar la recua, puso pies en tierra, bajó á la señora, y al instante hizo una cama con mantas y capas para que se echase. Mas no aliviándose, considerando su crítica situación, y que se quejaba de muchos dolores, dispuso que quedándose uno de los arrieros con él para acompañarle y asistir á la enferma en lo que se ofreciese, los demas se hicieron cargo de las caballerías del que quedaba y siguiesen al pueblo, y luego que hubiesen acomodado la recua, buscasen inmediatamente al cirujano para que volviesen con este al sitio donde quedaban con la señora. Pero los dolores de esta se fueron aumentando cada vez mas, y por pronto que los arrieros quisieron despachar, se tardaban mucho en llegar con el cirujano atendiendo à la prisa que daba el estado de la parturienta. Por manera que Eleuterio se vió en el apuro mas grande careciendo en aquella Sierra de todos los medios precisos para socorrer á aquella desventurada.

Sin embargo, no estuvo ocioso mucho tiempo pensando en lo que habia de hacer. Lo primero que hizo fué recoger toda la ropa que allí habia quedado, y con ella y unas almohadas que la señora llevaba, apoyó la cabeza y la espalda de esta de modo que descansase el cuerpo cómodamente. Mandó en seguida al arriero que le acompañaba, que fuese á buscar agua y romero. Este buen hombre se dió prisa, y estuvieron prontas ámbas cosas, que pusieron á calentar el romero en vino. Y para cuando llegase à nacer la criatura, reunió tambien unos cuantos pañuelos para que sirviesen de pañales, y se quitó la chaqueta interior de balleta que llevaba puesta, con el fin de tenerla pronta para abrigar la criatura sirviéndola de envuelta.

No fueron inútiles estos preparativos, y muy pronto sirvieron. Llegó la hora terrible para las pobres mugeres, y Eleuterio

sin mas esperiencia que lo que habia visto hacer con su muger en lances iguales, y algo que hubiese leido sobre esta materia en los autores facultativos, desempeñó con destreza y habilidad, la profesion de cirujano sin serlo. Como asimismo, no fué menos inteligente en la asistencia á la madre y al recién nacido, habiendo estado tan solícito y cuidadoso, como una hermana de la enferma pudiera estarlo, y digo hermana, porque las mugeres en este caso son las mejores asistentas, y mucho mas si son hermanas ó madres.

El contento que alegraba á Eleuterio por ver á la pobre señora libre ya de aquel apuro tan peligroso, era igual á la dulce satisfaccion que su corazon sentía por el bien que acababa de hacer. ¡Ah! cuantos si se hubiesen hallado en semejante caso, en vez de socorrer á la paciente, habrían renegado de ella, y maldecido la hora en que se conocieron como compañeros de viaje!... Eleuterio era liberal verdadero, y recibía un placer cuando hacía bien, sintiendo en su corazon no poder ejercitar la caridad con todos.

Si sus émulos le hubiesen visto tan solícito, tan oficioso, y tan ocupado en asistir á su desgraciada compañera de viaje, mucha burla habrían hecho de él. Unos refregandose las manos con caras de hipócritas, y alientos de reptil venenoso, se habrían regocijado de verle peregrinar por la tierra buscando alivio á sus males, y que no encontraba mas que tristes y azarasas aventuras; otros jactándose de hombres de ingenio y de mucho donaire, habrían hecho una crítica grosera é indecente del suceso referido en este capitulo, diciendo alguna necedad, que habrían celebrado á carcajadas en la tertulia de algun satrapa. Gran novedad, señores, diría el que hiciese de payaso entrando en esta sociedad de Mongibelos. ¿Sepamos cual es? preguntaría otro con vigotes de chocolate: y los demas se pondrían á escuchar enseñando unos los dientes, otro sacando la panza y doblandose para atrás de puro finchado con un lente en la mano; otro bajando la vista traidora y alargando el pescuezo, y otros tantos como hubiese, todos reirían cuando oyesen decir que Eleuterio habia servido de partero, ridiculizando todos la caridad de este, y alegrandose de saber el mal resultado de sus pretensiones.

Tal es el cuadro que presentaba en aquella época la sociedad

que tanto se preciaba de cristiana, y tales las maneras de los que se jactaban de hombres de juicio y de moderacion. Pero aunque la hipocresía era grande, y por todas partes se habia estendido como enfermedad contagiosa entrando el mal en los corazones de muchos liberales, sin embargo ecsistian todavia algunos que siendolo en realidad, se habian conservado con heroicidad admirable.

El Cura de Monasterio, este hombre piadoso, benéfico, liberal, verdadero ministro del Señor se hallaba casualmente en casa del cirujano del pueblo cuando entraron los arrieros con la noticia del mal estado en que habian dejado en el camino á una Señora, suplicando al cirujano que en caridad fuese servido de pasar con ellos al sitio donde se hallaba la enferma, que no habia podido arribar al pueblo apesar de estar cerca, por los dolores tan fuertes que padecía, y que tan de repente la habian puesto en aquel estado de imposibilidad para acabar de llegar al pueblo.

El Cura que oyó esta novedad, contestó al instante á los arrieros que todos irían y él tambien; y volviendose al cirujano le dijo: = Vamos vecino á hacer el oficio mas grande que pueden hacer los hombres, y que mas los eleva á lo celestial, aprocsimandolos á lo divino: no puede haber ningano mas sublime ni mas alto que el de socorrer á la humanidad: un momento que pase, podrá ser fatal para esa pobre muger, y la última desgracia para sus hijos. Nuestras caballerías están prontas para conducir á VV. dijeron los arrieros siguiendo el ejemplo del cura. Tambien servirán, contestó este, con dos hay bastante, una para el cirujano y otra para mí; y en un carrito que yo tengo, se pondrán dos colchones, y tambien vino y aguardiente para si fuese necesario usar de estos licores. En poco tiempo estuvo todo dispuesto, hasta caldo y algunas cosas mas que parecieron necesarias.

Eleuterio que los estaba esperando, así que los vió ir, se adelantó lleno de gozo á recibirlos. Y despues de los saludos acostumbrados, y de decirles que la enferma habia salido del cuidado y que seguía bien, les refirió lo que habia hecho segun lo que él habia alcanzado y parecido mejor. El cirujano le dijo que habia acertado, y hecho cuanto podia hacerse en un sitio donde

todo faltaba; que muchos facultativos no habrían hecho otro tanto, aunque hubiesen hablado mas.

El Cura vió en Eleuterio unos sentimientos iguales á los suyos, é impulsado por esta simpatía se acercó á él dándole un tierno abrazo, y llamándole amigo con el acento mas sincero. El corazon sensible de Eleuterio se conmovió con impresion tan dulce. Se figuró transportado á aquellos tiempos felices del siglo de oro, y reproducidas las encantadoras costumbres de los antiguos cristianos, cuando los clérigos sin el ruidoso aparato del dia, cuando eran mas pobres que ahora, servian de amparo y proteccion á las viudas, á los huérfanos, y demás personas afligidas y menesterosas, siendo por esto tan estimados de todas las gentes, y respetados hasta de los potentados. Con haber encontrado Eleuterio un corazon como el suyo en el del cura, creció mas la satisfaccion que ya tenía por los buenos oficios que acababa de hacer. ; Poderosos de la tierra! Gustad por una vez de estos placeres del alma, y quedareis convencidos de su realidad, é inclinados por una fuerza irresistible á emplear vuestras riquezas, vuestra proteccion, y todo vuestro poder y valimiento á favor del verdadero desgraciado!

Aprocsimóse Eleuterio á la enferma, y preguntándola como estaba, contestó muy aliviada, y muy agradecida. Pues bien, dijo Eleuterio, acaban de llegar dos buenos hombres que son el cura y el cirujano del pueblo que está inmediato, y traen un carro bastante acondicionado con colchones para que V. pueda ir con alguna comodidad: el pueblo está media legua, si V. se encuentra tan aliviada será mejor que emprendamos desde luego la marcha; y antes se calentará un caldo que el mismo cura trae á prevencion para que le tomáseis.

Todo cuanto VV. dispongan, contestó la enferma, està bien dispuesto, porque hombres que tanto bien me hacen, no pueden disponer sino lo que mejor me esté. Yo aunque sin fuerzas, como VV. pueden conocer, me hallo sin embargo capáz de poder llegar al pueblo supuesto que no falta mas que media legua; y que esos dos buenos hombres se han esmerado tanto para que vaya con comodidad. Haced que se aprocsimen que deseo besar sus benéficas manos; yo quiero conocerlos y estampar en mi memoria una idea siempre permanente de tan particulares bienhe-

chores, y en mi corazon grabar un agradecimiento eterno.

Acercáronse el Cura, y el Cirujano, y tomando la palabra el primero, dijo= señora, os damos la enhorabuena por tan feliz alumbramiento; y nosotros mismos nos la damos por tener el honor de conoceros, y de poder ofrecer nuestros pequeños servicios. Estamos enterados por los arrieros de la suerte tan triste que os ha alcanzado, y nos compadecemos verdaderamente de toda la familia de V. Pero señora, debemos conocer que los males y los bienes están tan enlazados, que no puede ser, haber nacido la criatura, y vivir exenta del acibar de la angustia; porque su sinsabor es comun á toda criatura racional. No lloreis señora, decia el cura viéndola llorar, no os acongojeis, no aumenteis mas vuestros males dando pábulo con vuestra tristeza á vuestro dolor: procurad vivir siquiera para que puedan vivir estos vuestros pequeños hijos....

Aqui hizo una suspension el cura; porque la vista de aquella desgraciada familia le arrancaba lágrimas que caian en su corazon. ¿Y quien no lloraría por empedernidas que tuviese las entrañas, contemplando aquella escena de dolor?— No os asusteis, mamá mia, decian acariciando á su madre los tiernos niños, que el mayor no pasaba de seis años; no os asusteis que estos hombres que han llegado son amigos de D. Eleuterio, que los hemos visto abrazarse, y no son malos como los que iban á prender á Papá.

Hijos míos= dijo la madre abrazándolos y estrechándolos contra su pecho, sin poder articular mas palabras. Hasta que despues de un copioso llanto con el que se desahogó su oprimido pecho, pudo alentar, y volvió á decirles= Hijos míos pedazos de mi corazon, no me asusto, porque de nada puedo ya asustarme habiendo visto los abismos donde nos han precipitado tan inhumanamente: lo que si me admiro de haber encontrado en este desierto, cuyos pocos habitantes serán tenidos y mirados en la gran sociedad como salvajes, ser hombres mas humanos y benéficos que esos que los desprecian é injurian llamándoles palurdos cuando van á la Corte, ó entran en las Ciudades. No perdais tiempo, hijos míos, corred y postraos á los pies de tan dignos protectores, y manifestar con tan humilde obsequio vuestro sumo agradecimiento, y el de vuestra madre.

El Cura, el Cirujano, Eleuterio, y los honradotes arrieros que

habian guardado un triste y profundo silencio, y vertido lágrimas de compasion al presenciar un acto tan tierno, cogieron á los dos niños en brazos, les besaron, y el cura sacó de las alforjas con que convidarlos, y sacando tambien un poco de fiambre mandó á un arriero lo pusiese á calentar para que aquellos niños comiesen, y mientras se calentaba tambien el caldo que habia de tomar la madre, volvió á la cama de esta, y viendola que seguía llorando, aunque mas sosegadamente, la dijo= Señora, muy poderosos son los motivos que causan vuestro amargo sentimiento: sus males de V. son muchos y grandes: pero por lo mismo que son tantos, conviene que V. haga por minorarlos. Nosotros los mortales sino podemos con solas nuestras fuerzas evitar los males, podemos con nuestra resignacion quitar en parte su amargura. Como no falte la paciencia, no serán muchas las desdichas. Los males que no vienen como pena de nuestros pecados, son como una ligera tempestad que nos trae nuestra serenidad: de tal suerte se disponen entonces los sucesos, que con admirable alternativa vá el Señor tejiendo la vida de la criatura de alivios y quebrantos: y el impulso que arroja los quebrantos, es preparacion de los alivios. En las mismas aflicciones suele venir envuelta la dicha. ¿Qué importa que la lanza de Achiles maltrate con su bote la salud de Telefo, si convertida en polvos le sanó la herida? ¿qué le daña à Camilo el destierro en Ardea, si este contratiempo fué preservativo de su vida, contra la opresion de los Sessones, para ensalzarle muchas veces á la dignidad de Dictador? De los males saca la mano omnipotente grandes bienes. Los hijos de Jacob hermanos de José, envidiosos del amor que el padre tenía à este como mas pequeño, le vendieron por no tributarle adoraciones, y le adoraron porque le vendieron: proyectaban su muerte: fraguaban su despojo: disponian su infamia; y en el mismo intento con que le desnudaban, y oprimian, le iban edificando la diadema, la púrpura y el honor de los mas inmediatos à la magestad. Que entendimiento pudiera llegarse á persuadir, que de un antecedente tan lleno de malicia, y digno de castigo, como el que maquinaron los hijos de Jacob, se habian de seguir unas premisas tan felices, que hiciesen verídico el dicho de José, en que les aseguró, que para dicha de ellos mismos le habia enviado la providencia soberana

al Rey Faraon? En vista de lo que puede la mano invisible del omnipotente, ¿porqué la criatura que se haya inocente ha de abandonarse à su dolor, desterrando absolutamente de su pecho toda esperanza de alivio cuando no sea de mejora? Ea, señora, moderar vuestro dolor, alegraos de haber salido felizmente de vuestro apuro; quien ahora os ha dado un hijo, os restituirà otro dia á su padre; quien ahora os ha salvado, mañana os obsequiarà con otros favores. Alégrese V., y supuesto que está en disposicion de continuar la marcha al pueblo, tomarà V. antes un caldo, y en seguida pasado un poco de tiempo marcharemos todos reunidos.

Con esta piedad, con este cariño, con términos tan modosos y cristianos, se fué consolando la pobre señora, y con reflexiones tan oportunas y tan racionales, su espíritu se tranquilizó, respirando mas libremente. Cuando pareció tiempo, la colocaron en el carro; el cirujano se hizo cargo de llevar un niño en su caballería, y Eleuterio de llevar tambien otro. Fueron caminando muy despacio, para que fuese mejor la paciente. Los arrieros iban muy gustosos apesar que perdian la jornada de aquel dia. A las tres y media de la tarde llegaron felizmente al pueblo. El cura no permitió se fuese à la posada, y les hizo seguir à su propia casa donde pararon, y se quedó la señora con sus niños; y tambien Eleuterio que no pudo escusarse por las instancias repetidas del cura que gusto tanto de su conversacion y compañía. Cuando llegaron, tenía ya el ama del primero preparada una muy limpia y decente cama para la enferma, y comida para todos. La humanidad y agrado de esta en nada se parecía à la afectada liberalidad de algunas señoras que se tienen por despreocupadas y por muy liberales con solo repetir en los fastuosos estrados algunas frases mal entendidas, y peor aplicadas, descubriendo en tantas otras cosas su mala hilaza; porque su coquetería, su presuncion, su orgullo, y en fin su fanatismo de etiqueta manifiestan muy á las claras lo poco que hay que esperar de ellas.

El ama del cura asi que oyó ruedas, se asomó à la ventana, y viendo llegar à sus huéspedes, voló à recibirlos abriendo las alas de su corazon. Con un semblante iluminado con los colores de la afabilidad, bajó del carro à la paciente, la dió un abrazo de verdadera amistad, y la ayudó à subir à la habitacion que

estaba dispuesta. Esta caritativa muger era tan diligente, tan activa, y tan hecha al gobierno doméstico que á todo atendía, y en todas partes estaba. En vez de molestar con preguntas de curiosa, como hacen muchas, y de hacerse fastidiosa con visitas impertinentes, y ceremonias ridículas, empezó á desnudar á la huésped, á tratarla con franqueza como si fuese amiga muy antigua, y á animarla con reflexiones del caso. Luego que la puso en cama, la besó y se retiró para ir á hacer otros oficios. A los niños que los encontró todavia en el zaguan sentados los pobrecitos entre la demás gente, los hizo entrar con esta en una salita, los acarició, y llamó á otros de su edad de los que el cura educaba, para que jugasen con los primeros, y los divirtiesen. Con la misma diligencia puso la mesa para comer; entró en la despensa para sacar el vino y algunas frutas; visitó la cocina, guiso algunos manjares, y ordenó á la moza lo demás que habia de hacer. Pasó luego á ver otra vez á la enferma, y encontrándola muy sosegada, y pareciéndola que ya era hora de otro caldo, se lo llevó, y luego que lo tomó, la acarició y arropándola bien, cerró las puertas del cuarto para que no sintiese ruido, y pudiese dormir. Y en seguida avisó á los hombres para comer, sentando á los niños en una mesita pequeña.

La comida sin dejar de ser abundante, fué moderada. No fué con el aparato de aquellos grandes convites que con excesivo lujo y superabundancia de guisados compuestos por un cocinero de París, se ven las mesas de las Cortes y Ciudades, donde se sientan tantos y tantos comiéndose la substancia de tantas y tantas familias. Sopas muy bien condimentadas, legumbres muy tiernas y sazonadas, volateria esquisitamente guisada de varios modos por el ama, varios otros guisados de conejo y cabrito, dulce y frutas, sin faltar el vino de cosecha, y licor muy sabroso compuesto tambien por el ama, fué todo lo que se presentó á la mesa, y con lo que todos quedaron tan satisfechos.

Se levantó la mesa cuando concluyeron; el cirujano se fué á visitar sus enfermos, los arrieros á cuidar sus mulos, y el cura y Eleuterio se metieron en el despacho ó cuarto de estudio. Allí los dos entraron en conversacion sobre diferentes materias, se fondearon mutuamente, y acabaron de conocerse. Mucha fué la satisfaccion de ámbos descubriendo que unos mismos sentimien-

tos los aprocsimaba tanto.

A poco tiempo empezaron á entrar niños de uno y otro sexo en la casa del cura, y muy en breve se llenó todo el zaguan. Esta reunion llamó la atencion de Eleuterio, y no pudo menos de preguntar al cura ¿que objeto tenia aquella reunion de niños en su casa á aquella hora? El cura le dijo, que tuviese un poco de paciencia que luego que los despachase, le explicaría por menor lo que significaba aquella reunion.

Mandó poner en órden á los niños, y formados en hilera guardando silencio, entró el cura en la despensa, sacó un costal de pan, y un buen pedazo de tocino que dividió en tantas partes como niños eran, y dando á cada uno la suya con media libra de pan, un poco de queso, y algunas frutas secas, lo echaban todo en un saquito, y desfilando por el órden que estaban formados, salían diciendo " *Hermanos siempre somos: trabajemos para comer; comamos para vivir y vivamos para amarnos.* "

Cuando acabaron de salir, volvió el cura á entrar con Eleuterio en el estudio, y dijo á este = Voy, amigo D. Eleuterio, á explicar á V. como le tengo prometido el objeto de esta reunion. Este pueblo es bastante pobre, como V. habrá ya conocido: por consiguiente, no puede mantener un maestro regular de primeras letras. Para remediar este mal, que es tan grande en toda sociedad por los muchísimos que tras sí trae la falta de educacion, y aliviar en parte la miseria del pueblo, pensé un plan, que habiéndole puesto en práctica, ha correspondido hasta ahora á mis deseos. Me dediqué á enseñar los niños, y mi ama que es muy propensa á hacer bien, y nunca está mas distraida que cuando està ocupada en algun trabajo, se hizo cargo de educar á las niñas. Mientras dura esta enseñanza observamos el genio é inclinacion de cada niño ó niña: y segun lo que hemos observado durante esta enseñanza, luego que los niños llegan á la edad de diez años, los dedicamos á un oficio en el mismo pueblo si puede ser, y cuando no fuera de aqui donde yo tengo algunas relaciones, les busco acomodo. Luego que salen del aprendizaje, y que empiezan á ganar algun jornal, ellos nada reciben, si no es alguna cosa que se les dá los dias de fiesta, y no todos, para que se diviertan. Todo lo recibo yo por mano de sus amos ó maestros haciéndome caja, y llevando una cuenta esacta de lo

que cada uno gana al año, para entregárselo reunido todo á su debido tiempo con las deducciones necesarias. Porque una tercera parte es para el fondo de donde sale la manutencion de los niños, y es como una paga ó retribucion de lo que ellos han comido cuando lo eran: y otra parte es para vestirse, no necesitando gastar en comer por hacerlo en casa de los amos ó maestros donde están acomodados: y la otra parte que resta se deposita ó entra en fondo separado, que se entrega íntegro á cada interesado al tiempo de casarse ó establecerse. Y si llegase el caso de que alguno se casase antes de los 20 años, pierde esta parte depositada, y entra en el fondo comun. La misma regla se observa respecto à las niñas. Pero como estas no tienen tantas salidas como los varones, y únicamente hasta que toman estado, pueden emplearse solo de domésticas en alguna casa, el salario que ganan, y se recauda del mismo modo que el de los varones, tiene igual distribucion que la de estos, y pierden la parte que se las reserva si se casan antes de cumplir los 18 años. El trabajo de estas como medias, camisas &c. se vende, y lo que se saca, entra en el fondo comun. Además, teniendo yo amigos pudientes en algunos pueblos, me remiten el desecho de ropas de sus casas, y que yo aprovecho en vestidos para los niños. A estos, como V. ha visto, los habito desde luego á no hacer mas que dos comidas al dia, y estas muy sencillas; y los vé V. tan sanos y tan robustos.

Eleuterio cada vez mas admirado y sorprendido con el patriotismo del cura, le dijo= No necesita el hombre comer mucho, para vivir mucho. Lo que necesita el hombre es tener lo necesario que comer, y que no le suceda con esta comida lo que sucedió con el convite entre la zorra y la cigüeña, que esta fué engañada por la zorra que se lo comió todo. Quiero decir con esto que los hombres nos hemos reunido en sociedad cediendo mucha parte de nuestros naturales derechos, por afianzar mas nuestra seguridad y subsistencia: que convidados por estas ventajas trabajamos y contribuimos á sostener esta sociedad; pero en ella se crían zorros de mucho hocico y muy golosos, que todo lo comen y limpian, dejando en ayunas à los demás. Para evitar este engaño habia de haber en cada pueblo tres patriotas tan activos como V., y con tanta influencia. Porque desengañémonos, la mi-

seria viene de un mal gobierno. La tierra es bastante pródiga para mantener á cuantos hombres puede haber. La naturaleza que en nada yerra, calculó sabiamente y con arreglo al número de personas que pueden ecsistir, proporcionó los alimentos necesarios para todas. No se salga de este órden natural y sencillo, y no se conocerá tanta miseria. El gobierno en vez de oponerse á un sistema social que se aprocsime y marche con la naturaleza, protéjalo, y no fomente las quimeras de la vanidad, ni apadrine los agiotajes de la ambicion, ni tolere en manera alguna los satélites de la tirania que son tambien unos buenos zorros disfrazados con piel de cordero. Por último, Sr. cura, el método que V. sigue con los niños es muy acertado, y seguro está que con las dos comidas se muera ninguno de hambre.

Por excesivo que fuese el lujo, y la superfluidad de las mesas en los tiempos heróicos, como se vé en los autores griegos y latinos de aquellos tiempos, y particularmente en Atheneo, nunca llegó al estremo en que se halla al presente entre nosotros, y no obstante fueron mas héroes, y gozaron mas felicidades que nosotros. Horacio con ser Epicúreo, cuenta por su comida ordinaria legumbres y yervas, y no ofrece otra cosa á un amigo suyo, á quien convida á cenar. Con ser esta la comida ordinaria de Horacio, comida que prodiga la tierra, vivió muchos años, y no sintió el hambre. Lo que mas continuamente comia el Emperador Augusto, era pan comun, queso, higos, datiles, uvas, y pececillos. Tampoco el Emperador Augusto dejó de ser respetado, ni su lustre ni rango disminuyó en cosa alguna con comida tan parca. Se hallará una infinidad de ejemplos de esto mismo en la historia antigua. En aquellos tiempos era regular no hacer al dia mas que una gran comida, y esta era por la tarde, despues de haber despachado todos los negocios, y que cada uno se habia retirado á su casa; esto era cenar. Lo que ellos llamaban *prandium*, mas era un desayuno, que una comida segun usamos nosotros; pues aquel era solamente un corto refrigerio para sobrellevar lo largo del dia; y aun muchos no lo acostumbraban. Entre los excesos de Vitelio se cuenta, que hacia muchas veces cuatro comidas, y diariamente tres. En una palabra, aquellos hombres se aprovechaban mas de los frutos que la tierra nos alarga con mano liberal, y en estos encontraban el alimento bastante para

su subsistencia, mientras que nosotros haciendo poco caso de sus beneficios, dejamos podrir tan ricas producciones, prefiriendo ser primero víctimas del hambre que salir de los usos que el gran tono nos ha traído.

En esto de aprovechar las producciones de la tierra, dijo el cura aprovecho yo tambien el tiempo para dar algunas noticias interesantes sobre ellas á los vecinos de este pueblo. Por las noches, muchos concurren á mi casa, y formamos una tertulia rústica, pero de mas utilidad que muchas de gran tono: porque en nuestra tertulia no se trata de asesinar á nadie con el cuchillo sutil de la murmuracion; pues para mi son los murmuradores sombras de la muerte y su semejanza; porque asi como esta quita á todos la vida, asi el murmurador roba á todos la fama, sin exceptuar á los mas ajustados. En nuestra tertulia que en invierno es en la cocina, y en el verano al fresco á la puerta de la calle, no se habla mas que de agricultura. Yo les he hecho partícipes de mis pobres conocimientos, y ellos poniéndolos en práctica, sacan mucha utilidad. Por egemplo, para suplir la cebada y el heno; aprovechan el ramaje de los árboles que limpian; cuya limpia ó poda se hace durante el estío por ser esta estacion la mas favorable para dicha operacion; porque estando la sábia entonces en gran movimiento, las heridas que se hacen al árbol, se curan mejor y mas facilmente. Para esto separan las ramillas tiernas ó los cogollos, de las ramas mas gruesas y leñosas, las ponen estendidas al sol, y las revuelven para que se oreen bien por todas partes, y sin esperar á que estén enteramente secas, estando aun en cierto estado de verdor, las hacen haces, y atándolos con mimbres, dan este forraje á las mulas, caballos y ganado vacuno, que lo comen con preferencia al pienso ordinario de heno y aun de cebada. Y está probado que estando bien oreadas y conservadas estas ramas son un nutrimento sano y muy socorrido durante el invierno. Los arboles que se despojan de sus hojas, recojen estas los vecinos, y las conservan para el mismo fin. Esta cosecha se hace en todo el mes de Septiembre por ser la estacion mas favorable para hacerla: porque retardándose esta operacion, las heladas quemarian las hojas, y sería mas difícil prepararlas por falta de sol. Y las hojas secas, que por sí mismas se caen, contienen menos principios nutritivos que las

que se cojen verdes. La hora en que se cojen por ser mas favorables es hacia mediodia, cuando el sol está en su mayor fuerza, porque si se cojiesen por la mañana ó por la tarde, el rocío ó la humedad que cojerían, las enmohecería, y se opondría á su buena conservacion, ó les daría un sabor ingrato, que no las comería el ganado. Estas hojas las estienden al aire libre en tiempo caliente, y cuidan de esparcirlas bien, y de removerlas de cuando en cuando durante tres ó cuatro horas; y luego metiéndolas en toneles ó donde tienen proporcion, las aprietan cuanto pueden, y cuando el tonel ó el lugar donde las han metido está casi lleno, cubren las hojas con arena ó tierra seca apretándola bien con una pala.

Del mismo modo que les he hecho conocer la utilidad tan grande que dan las hojas que antes las dejaban podrir, y servian de sepultura á las caballerías que se morian de hambre, porque sus dueños no tenian noticia de otro nutrimento mas que del comun de cebada y yerba, de que carecian las mas de las veces; asi tambien les he hecho conocer muchas raices que cojidas en su debido tiempo, tostadas, y pulverizadas, se hace una masa muy escelente para engordar cerdos, y dar de comer á cualquier clase de animal. De las patatas que es un nutrimento muy esquisito y que dá mucho, saben hacer un sabroso pan. El panizo que en cualquier tierra es bueno y dá tanto, es un recurso que no se puede ponderar sino es viendo la utilidad que sacan de él. Basta decir, que le hacen harina, y tomando tres ó cuatro libras de esta por la mañana, y otras tantas por la tarde, con cinco ó seis libras de agua en una olla, lo ponen todo al fuego, la dejan hervir, hasta tanto que se hincha dentro la olla, que entonces la sacan del fuego, y menean bien la harina con un palo redondo, hasta tanto que se rompe la masa, y se afina; despues la sacan de la olla, cortan la masa con un hilo, y haciéndola tajadas, la comen con queso, ó con manteca salada; y como no coman con esceso, no les hace daño y les mantiene tan grandemente: y cuando se sienten con peso en el estómago por razon de haber comido mucho, ó no haber hecho cocion, ya saben tambien el remedio de la purga que ellos mismos se buscan y componen con raices de malvas puestas á cocer con un cuartillo de agua con miel ó pasas hasta que queda en la mitad, que dividen en dos tomas.

Entre otras muchas cosas que han aprendido en mi tertulia agrícola, continuó el cura diciendo, ha sido la de hacer colchones de musgo que cogen en los meses de Agosto y Setiembre por ser el más suave el que se coge en estos meses: lo secan á la sombra, lo batén sobre zarzos para desprender toda la tierra, y hacen luego los colchones, que los batén de cuando en cuando con unas varas para ahuecarlos, y que subsistan blandos. En fin, mis convecinos que todas estas utilidades han sacado de las tertulias que tenemos, han aprendido y se aprovechan también de algunas máximas de economía doméstica, y saben que toda cocina abundante produce testamento pobre = Que los locos dan grandes mesas y festines, y los falsos amigos los disfrutan = Que el que compra lo superfluo, no está lejos muchas veces de vender lo necesario = Que más vale plebeyo de pie que noble de rodillas = Que el vanidoso almuerza con la abundancia, come con la pobreza, y cena con el oprobio = Que el que quiera tener un criado fiel y que le ame de veras, ha de servirse á si mismo con vigilancia y actividad = Que la misma confianza en otros ha sido la ruina de muchos = Que cada uno atienda á su negocio, y no se fie nunca del cuidado ajeno = Guarde cada uno su casa, si quiere que su casa le guarde = El ojo del amo es á veces más activo y provechoso que sus manos = Que la falta de cuidado es á veces más perjudicial que la ignorancia = Que el que no está vigilante con lo que hacen sus jornaleros, hace lo mismo que si les entregara su dinero para que lo malgasten = Que la hilandera activa, nunca está sin camisa = Que el que labra la tierra mientras duerme el perezoso, tendrá grano para vender y guardar: y obra hecha venta espera = Que la industria paga las deudas, la ociosidad las aumenta, y produce la aflicción y la desesperación = Que la hambre mira las puertas del hombre laborioso, pero no se atreve á entrar por ellas = Que el que se levanta tarde, se afana todo el día, y le coje la noche sin acabar la tarea = Por último, que la ociosidad es para el hombre, lo que el orin para el hierro.

Y el patriotismo es para la sociedad, lo que el espíritu para el cuerpo, dijo Eleuterio. En una nación donde hay patriotismo, hay prosperidad, paz y contento. Por el contrario, los males crecen, la miseria se aumenta, y las fuerzas se debilitan, donde el

egoismo está. ¿Qué diferencia tan notable entre un pueblo que tiene la dicha de conocer á un hombre patriota, á otro que siente el diente de un egoista? En el primero no se ven pobres, á todos los vecinos se les vé siempre ocupados, se observa en ellos costumbres sencillas, semblantes alegres, modos de buena crianza, mucha cortesanía y afabilidad, y una presencia que si humilde, causa al mismo tiempo respeto. Vice versa en el pueblo que tiene la desgracia de ser la güarida de un culebron egoista. En este pueblo no se vé mas que miseria, modales toscos en las personas, pensamientos bajos, la ociosidad y la truhanería, y en medio de esta miseria esclavos todos, y todos sujetos à trabajar en beneficio del culebron, que levanta la cabeza entre tantos miserables, para tragarselos à todos. ¡O pueblos! ¡cuando conoceries vuestro sólido bien!... ¡ministros del Altísimo! acercaos al omnipotente como este mi amigo que tanto bien hace á sus semejantes; pues el hombre tanto mas se aprocsima á lo divino, cuanto mas beneficios hace. Es la beneficencia clara resplandeciente luz, toda consuelos hacia el menesterozo en la obscura noche de su adversidad. Es màgica prodigiosa que muda en risa el llanto; la pena, en gloria; en venturas, las desgracias; el golfo, en puerto; en dichas las infelicidades; la adversa, en favorable fortuna; en gozos, las tristezas; en sosiegos, las tribulaciones; en alivios, las congojas; en quietudes, los afanes; en cielo, un infierno de disgustos; y todo un diluvio de males, en el consuelo de esperados proseguidos bienes. Y no es benéfico el que se vende al ruego, que este no dà con liberalidad, sino vende el beneficio.

No hacer bien, cuando se puede, á los hombres con quienes vivimos en sociedad, es violar el pacto social, es ser injusto. Y la beneficencia no está reservada esclusivamente á los grandes y poderosos: todo hombre que tenga virtud puede ser benéfico dentro de la esfera en que la suerte le ha colocado. ¡Hombres grandes, medianos, y pequeños, ser todos benéficos, y sereis todos felices!



CAPITULO 48.

Feliz encuentro que Eleuterio tuvo en Sierra-morena con un amigo suyo antiguo.

Dejamos á la recién parida muy bien asistida en la casa del cura, quien como igualmente su ama no permitieron á la primera continuase el viaje, suplicándola se quedase hasta restablecer su salud, como en efecto lo hizo á las vivas y cariñosas instancias del cura y ama que hablaban el language de la sencillez y franqueza.

Eleuterio y los arrieros despidiéndose del cura, del ama, y de la enferma, volvieron á continuar su viaje al siguiente dia del suceso referido en el anterior capítulo. Esta despedida fué muy sensible para el cura y para Eleuterio á los principios de una amistad que era hija legítima de unos verdaderos afectos, porque nacía de unos mismos sentimientos. Y por esta razon es tan apreciable un verdadero amigo, y es un encanto la buena amistad; y la dificultad de encontrarla, aumenta mas su precio. ¡Felices los hombres sino hubiese tantos Calippos simulando amistades con Demetrio, para asesinarle; sino hubiese tantos Doras fingiendo finezas con Jonatas Pontífice para extinguir su aliento y tantos Judas descubriendo caricias en los labios, y ocultando traiciones en el alma! Violencia es para un hombre sencillo tener que respirar dudas antes que admitir un amigo; pero es mas grande el sentimiento que se tiene cuando se encuentra uno verdadero, y hay necesidad de separarse á poco de haberle hallado.

Bien experimentó esta verdad Eleuterio, y bien á las claras manifestó su sentimiento por todo aquel dia. Caminaba triste y silencioso pensando solamente en el amigo que dejaba, tan abismado en este pensamiento, que es bien seguro, no hubiera acer-

tado á contestar, si se le hubiese preguntado si iba á pié ó á caballo. Toda su atencion, y todas sus potencias parecia que se ocupaban solo de su amigo. Reflexionaba de cuanto alivio le habria sido, particularmente en aquellas circunstancias tener por compañero à un hombre de tan nobles sentimientos, de maneras tan liberales, y de conocimientos tan generales; porque estando en su compañía, habria participado de aquellos conocimientos, habria tenido muchas satisfacciones teniendo un amigo à quien franquear su corazon y desahogarle de sus penas. Las artes, la agricultura, la física, decia hablando consigo mismo, serian los objetos de nuestras gratas conversaciones en el paseo, y por las noches en nuestras casas; cuyo estudio al tiempo mismo de distraernos aliviando nuestro espíritu de los cuidados y penas que tiene la vida de cada uno, nuestros entendimientos se ilustrarían á mas con este estudio, y adquiriríamos nuevos conocimientos, y haciendo experiencias con su auxilio llegaríamos á descubrir ya una virtud en una yerba, ya una substancia en una planta, ya una nueva màquina, y ya en fin algun invento provechoso de los que tanto promete el estudio útil y agradable de la física. ¡Que satisfacciones estas tan grandes! ¡Y cuanto mas sirviendo estos trabajos para alivio de los necesitados, y aumento de bienes de un pueblo! En nuestras juntas de caridad que celebraríamos una ó dos veces en la semana, en nuestras tertulias políticas económicas ¡cuanto se adelantaría! Además de estas satisfacciones, que dilatacion para un corazon oprimido el poder desahogarse en el pecho de un amigo, consultar con él los asuntos mas delicados, y esperar con toda confianza los consejos mas sinceros! Que una desgracia sucede, que la suerte se declara enemiga, y persigue á una persona hasta reducirla á la mayor miseria; y quando á vista de esta desgracia los hombres se espantan y retroceden, se vé al amigo que se acerca y estiende sus brazos, y con esto solo que haga ¡que alivio tan grande se experimenta entonces! ¡que consuelo tan vivificador para un corazon afligido!

Lo lamentable es que este bien de la verdadera amistad sea tan raro. La dobléz y la falsedad en las amistades, es lo que mas se vé generalmente. Se reunen las personas, se relacionan, parece se aman entrañablemente, pero en muchísimas es todo apariencia. El interés las junta, y el egoismo las divide luego.

Mientras dura el interés, parece están unidas: mas así que este vá faltando, se van separando poco à poco; sino es que se separan á arañazos y á garrotazos, por ser este último modo de concluir amistades, muy usual en el mundo.

Por esta razón es preciso ser muy circunspecto en las amistades; porque no todas las personas son buenas para elegir las por amigas. No se debe creer amigos á todos los que lo parecen, porque esto sería demasiada sencillez creerlo. La experiencia debe ser nuestra guía en la elección de amigos. En las adversidades es donde mejor se conocen; porque en ellas es donde se quilatan los que lo son verdaderos. Como en el fuego el oro, se prueba en la adversidad el amigo. Pues en las bonanzas nos acompañan muchos; mas en las tempestades nos dejan solo. En las desgracias es donde se experimentan los desengaños; y donde se ofrece á la vista lo mas retirado de un corazón engañoso. Los males nos aleccionan con los desengaños. ¡Ay de aquel que no aprende en aquellas lecciones de la experiencia! El mal es todo mal para él.

Y para elegir amigo debe examinarse en lo poco, para conocerlo en lo mucho, y saber si con otros ha sabido guardar secreto, por ser el silencio indeleble carácter de la amistad. Como tampoco puede ser buen amigo, el que para otros ha sido inconstante: porque ser hoy uno y mañana otro, es ser variable; y el todo de una verdadera amistad es la constancia, porque no caben mutabilidades en amistades perfectas. Amigo inconstante, mañana es infiel.

Reflexionando consigo mismo caminaba Eleuterio y cada vez iba separándose sin advertirlo del camino Real. Tanto se separó, que se metió en las gargantas de Sierra-morena; y tan distraído iba que no conoció se había extraviado hasta que la caballería tropezó en aquellos matorrales y dieron ambos en tierra. Entonces Eleuterio como aquel que despierta de un profundo sueño, se sorprendió, como era natural, de verse en medio de aquellos sitios, sin conocer al pronto como se encontraba allí. Si hubiera sido hombre preocupado y supersticioso, como todavía hay centenares en el mundo, habría creído que estaba encantado, puesto que tenía tantos enemigos que le habrían hecho esta gracia, si hubiesen podido. Lo mismo sucedió á Eleuterio que

á una muger que acostumbraba á ir todas las madrugadas á la fuente con su cantaro por agua: una noche soñó esta muger que la llamaban por ser ya hora de ir; vistiose, cogió el cantaro, y se puso en camino para la fuente: al poner el cantaro ya lleno sobre una piedra, cayósele á los pies, y se quebró; con lo cual ella despertó, y se vió en medio del campo á deshora de la noche. La causa inmediata de este caso fué un ensueño, y la del suceso de Eleuterio una completísima distraccion: ambos casos consistieron en estar los sentidos embargados. Así lo conoció Eleuterio luego que salió de su enagenamiento, y levantandose, dijo: si de este caso tienen noticia mis enemigos ¿con que risotadas lo celebrarán alegrándose de esta caída, al mismo tiempo que sintiendo no me haya matado? Unos dirán que es castigo del cielo; y otros no tan supersticiosos, pero sí de tan mal corazón, dirán que bien empleado se me está. Yo les diría, sino huiesen de mí y pudiese hablarles, que el que conoce las cosas de la vida, poco se embaraza con la oposicion de las molestias; que en carroza de contradicciones llegan las gentes al templo de la fama; y como dice Séneca, es pension de lo grande la enemistad de la fortuna: y á los primeros, esto es á los supersticiosos, les diría que no es tan tirano el cielo como ellos piensan que siempre esté castigando; que mi caída ha sido efecto de un enagenamiento por venir pensando en una cosa divina, en la que ellos no han pensado jamas.

Esto dijo, y aparejando la caballería que habia roto la cincha con la fuerza de la caída, se puso á discurrir la direccion que tomaría para salir al camino Real. Pero en medio de aquel laberinto de vueltas y revueltas que hace Sierra-morena, no acertaba á encontrar salida. Anduvo, y volvió á desandar lo que tenía andado, y de tanto dar vueltas por entre aquellas gargantas de la Sierra donde el Sol refleja tanto, iba ya tan fatigado con una sed tan grande, que no podía alentar. Sentóse á descansar á la sombra de un peral silvestre, y á poco de haberse sentado sintió el susurro de un arroyo, que antes cuando iba caminando con la caballería de diestro, no habia sentido á causa del ruido que con sus pasos hacia, y el que hacían las jaras por donde iba rompiendo. Pusose á escuchar, y conoció que el arroyo corría cerca. Volvió á caminar, y guiado por el susurrar del agua, llegó

al arroyo deseado. Bebió, apagó la ardiente sed que tanto le abrasaba, y pareciéndole aquel sitio bastante cómodo y delicioso para descansar, y con buena yerva para que la caballería comiese, se sentó, y contemplando aquellos sitios desiertos que pudieran ser la morada y riqueza de millares de familias, hizo naturalmente las siguientes reflexiones conversando consigo mismo.

Metida en cultivo esta tierra, decía, ¿cuanto pudiera producir? ¿á cuantos miles de hombres mantener? ¿cuanto se aumentarían las fuerzas del estado? ¿Cuantos robos, y cuantas muertes se evitarían?.. Se mira generalmente como cosa que ofrece muchísimas dificultades poblar y cultivar esta tierra, asi como otras muchas de España, particularmente en la despoblada Provincia de Extremadura. Pero todas estas dificultades que se presentan, están en nuestras costumbres, y en nuestra legislación; no en la falta de medios, y de brazos. Cuando la Corona de España estaba reducida à solo el reino de Castilla, sin el de Leon, Navarra, Aragon, Cataluña, y las Andalucías, mantenía un ejército de doscientos mil hombres con un soberbio tren de sesenta mil carros, no había palmo de tierra sin cultivar, la poblacion se aumentaba empezando por pequeñas Aldeas, y concluyendo en Villas y Ciudades con el aumento que progresivamente tenian. Hoy apenas se puede mantener un pequeño ejército, y las poblaciones que hay están en estado de ruina. ¿En que consiste este mal? Es claro que en nuestras costumbres. La locura que causan los pasatiempos de la ociosidad, los banquetes ruinosos, el tren costosísimo, la gala insoportable, y otros excesos de esta línea, que desconocieron los pasados, producen la diversidad que hace tan otra á la España moderna de la antigua. Esta en los tiempos ancianos no se conoció tan fecunda de plata, oro, diamantes, y otras riquezas esquisitas; pero las que gozaba en aquella edad, eran mas opulentas por el buen uso que tenian. Estaban destinadas á las precisiones de la guerra, á la construccion de puentes y caminos, à la reparacion de Ciudades, al sustento preciso y moderado de sus habitantes, no á la gula, no á la magnificencia de banquetes, no á los trajes soberbios que tanto varían todos los dias á voluntad de los estrangeros que se utilizan con este movimiento tan continuado de las modas logrando por este medio introducir sus géneros y bujerías, no al tren descomunal, ni á otras difusiones.

sin medida, con que se pierde la virtud, y se debilita el valor, causando como en Roma, la ruina de la república. Entonces habia para todo aquello que era conveniente al lustre y provecho de la patria, porque los caudales no se disipaban en superfluidades ostentosas, que arruinan las haciendas, y corrompen á los empleados públicos que para sostener este inmenso gasto, lo venden todo y otros se comen los caudales públicos. No se daban los antiguos españoles á la torpeza de los ocios, y abrian las entrañas del campo, para que á impulsos del cultivo les restituyese en fertiles cosechas cuanto merecian sus sudores. Ponian, como aquellos que reedificaban á Jerusalem, una mano á la tierra, y otra á la espada; y en esta providencia fatigosa defendian su reino, estendian sus límites, y le llenaban de frutos abundantes. ¡Que diferencia de tiempos! ¡Como estos manifiestan que hay recursos, donde hay buen gobierno!... Dirán no se puede hacer todo, porque no hay medios para tanto= Pero hay para hacer funciones donde se gasta mas que provecho dan; y para levantar edificios de lujo que cuestan mas que vale una provincia: y la poblacion que es mas necesaria y productiva se abandona. ¿Cuanto sudor de pobres labradores, y fatiga de gentes infelices, se gastará en una de las funciones regulares, y no de las mas sobresalientes que cada dia se hacen en la corte? ¿Cuanta desnudez de aldeanos míseros, esa costosa bizarría con que visiten nuestros cortesanos? ¿Cuanta hambre de pueblos destruidos, esa abundancia con que cubren sus mesas? De las penurias del arado, de la fatiga de la siega, de las vueltas del trillo, y del afan del azadon nace la substancia con que este abuso se sustenta. De aqui se sigue la desolacion de los lugares, la escasez de gentes que permanece en ellos; pues como sus haciendas, y sus frutos los arrastra la corte para engrosar la vanidad, se ven precisados estos infelices á venirlos siguiendo para adquirir con segundas fatigas en ministerios laboriosos tal, ó cual migaja de las superfluidades que se caen de los banquetes de la corte. Aquí se encierra todo, aqui se consume, pero con fortuna tan desafortunada, y malogró tan desperdiciado, que no por eso sus habitantes se pueden llamar ricos. Por lo comun son los mas adeudados, y sin riquezas propias de cuantos hombres tiene el Reino. No son archivos, arcas, ó depósitos de aquellas rentas,

sueños, y granjerías que entran en sus manos; son unos canales de corriente tan prodiga, que en cambio de estofas esquisitas, y bugerías extranjeras derraman cuanto tienen, para que el raudal de la plata, y el oro no detenga su curso hasta salir fuera de estos reinos.

Nuestra legislación conspira tambien contra la poblacion. Pues debía permitirse que todo padre de familias pudiese libremente cultivar y edificar en estas tierras, haciendolas suyas propias hasta cierto número de fanegas. Es muy natural que muchos aprovechandose de esta libertad, se viniesen á esta Sierra. El primer dia formarían una choza; otro ya sería una casa, y al cabo de tiempo habría muchas que harían un pueblo. Sueños, delirios de la imaginacion, dirá tal vez alguno que es este pensamiento. ¡ Que trabajo, que acedía encontramos para entrar en el fondo de las cosas !.. Tan grande es, que todo lo que sea sacarnos de la superficie, todo lo que sea profundizar un poco, y salir del camino trillado que materialmente vemos, lo juzgamos como locura. Pero es lo cierto, y no es sueño de ninguno, que Roma, señora del mundo, por chozas empezó; y todas las ciudades y cortes del mundo chozas fueron sus principios, ó humildes casas.

Los ociosos y vagos que tanto apestan las poblaciones, debiera recogerlos la ley y conducirlos á trabajar en estas tierras, que es la pena mas proporcionada á esta clase de culpados; y para que no se fugasen, serían custodiados por destacamentos de tropas que en tiempo de paz yacen tambien en una ociosidad que los inhabilita para el tiempo de campaña. Y de este modo se remediarían dos males, y á muy poca costa el estado conseguia aumentar la poblacion, y por consiguiente los recursos y las fuerzas. Para otra clase de reos tambien convendria emplearlos en estas obras, y la misma tropa que los custodiase, tendría cuidado de no permitirles en sus conversaciones salirse de los límites de la decencia contando historietas y cuentos perjudiciales, para que el menos malo no se hiciese peor, y el malísimo debilitase sus habitos malos. (1)

(1) Segun tengo entendido, el actual ministerio se ocupa hoy
T. 4º

Aquí hizo punto Eleuterio en sus reflexiones, que hubiera continuado, á no haberle distraído llamándole la atención un hombre con mucha barba, sombrero de palma, vestido de campesino, un báculo, y un barril en la mano, manifestando ser algún pastor que iba por agua. Como no llegase precisamente al mismo sitio, y se pusiese á cogerla un poco mas arriba de donde estaba Eleuterio; se levantó este, y dirigiéndose á aquel hombre, le saludó luego que llegó á él, y preguntándole, ¿qué senda habría para salir á camino Real? le contestó entonces el de las barbas, que senda no habia, pero que el era muy gustoso de ponerle en camino por sitios cómodos, si aceptaba y quería que le acompañase hasta salir al camino. Eleuterio le dio las gracias, y le dijo que no habia necesidad de que se incomodase tanto, que bastaba le diese señas por donde habia de ir. No es bastante, replicó el de las barbas, porque el sitio en que estamos es tan difícil dar señas, como facilísimo el estraviarse, mucho mas si V. se empeña en salir solo no teniendo conocimiento

de un proyecto sobre poblacion en Sierra de S. Pedro en Estremadura, promovido á instancia de algunos vecinos de Cáceres y su sexmo. Si este proyecto se lleva adelante realizándose, será un estímulo poderoso para que se promuevan otros muchos respecto á los varios terrenos incultos y abandonados que hay en España: y por consiguiente, que la poblacion se aumente en esta desventurada nacion, trayendo las grandes ventajas que la harán grande supuesto que reúne tantos elementos de grandeza, faltando solo que estos se aprovechen. ¡Dios dé acierto á los gobernantes para que así sea! Y ya que los inmensos bienes de los frailes y del clero, han sido tan poco aprovechados para la nacion; porque los bienes del clero, parte ha debido quedar á este, la que se conceptuase necesaria para su decente subsistencia y manutencion del culto, y la superflua y sobrante ha debido distribuirse á los guerreros, ó venderse en otra forma, ya que en esto no ha habido acierto, como tampoco lo hubo en las ventas de los bienes monacales, que haya siquiera voluntad decidida de parte del gobierno á proteger las nuevas poblaciones que solicitan muchos ciudadanos; y que los pueblos empiecen ya á experimentar los beneficios de unas instituciones liberales, que han ganado á fuerza de tantos sacrificios. Y que cansados ya de tanto padecer, y de tanto contribuir tengan algun respiro, y sientan algun alivio tocando mejoras positivas.

de este terreno. Yo le tengo medido á palmos, y acompañando á V. saldremos muy pronto sin incomodarme yo, al camino Real, lo que V. solo no acertaría aunque estuviese andando meses.

Su presencia de V., dijo Eleuterio, sus maneras, sus expresiones, y los sentimientos que manifiesta, me hacen creer que es V. algun desgraciado que ha venido á abrigarse en este desierto; y si es asi, como no lo dudo, entre desgraciados debe haber confianza, y mutuo auxilio= Es decir que V. lo es? preguntó el de las barbas= Puede que no sea tanto como V., contestó Eleuterio= Pues si entre desgraciados debe haber confianza, dijo el hombre desconocido que no apartaba la vista de Eleuterio, V. me dirà como se llama.

Se lo dijo Eleuterio; y entonces el de las barbas abrazándole estrechamente, le llamaba con la emocion mas grande, amigo, compañero mio.... Eleuterio sorprendido con tan estraña novedad guardaba silencio, hasta que el desconocido dejando de abrazarle y viendo que Eleuterio no hacia sentimiento con tan feliz encuentro, le dijo ¿no me conoces?... ¿No te acuerdas ya del mejor amigo que tuvistes en Salamanca, de tu fiel Enrique?... ¿Enrique en este desierto! ¿tu Enrique!... replicó Eleuterio todo asombrado, quedando en aquella indecision del que duda.

Si, yo soy tu compañero Enrique, aquel verdadero amigo en quien tu depositabas todos tus secretos, porque tenias de él la mas grande confianza, con la misma que yo te correspondía, y éramos los mayores amigos y mas felices; y para que no dudes que soy el mismo Enrique, vé aqui una prueba, quitándose el sombrero y descubriendo la frente, que te convencerá: esta cicatriz que aqui ves, es la herida que en tu defensa recibí, y para mas prueba...

No necesito mas, interrumpió Eleuterio abrazándole. Y despues que estuvieron abrazados por un poco de tiempo, sin poder hablar por la alegria tanta que ámbos sentian, Eleuterio agarrándole una mano, y llevándola á su corazon, le preguntó mucho mas asombrado que antes ¿tu en este lugar, Enrique?... ¿quien te ha conducido á este desierto? ¿porque acontecimientos has venido á sepultarte en él? ¿Esa barba larga, ese vestido que significan?.

Sentémonos, dijo Enrique; y en medio de esta soledad, con el silencio de estos sitios oirás mi desventura— No fuera mejor, replicó Eleuterio, que te vinieras conmigo, y tendrías mas tiempo para contarla, y yo mas gusto para oirla?— ¡ Ah!... es imposible, contestó Enrique. Sentémonos, la referiré con brevedad, y luego que la hayas oido te convencerás que yo tengo de quedar en esta soledad, para librarme de otras desventuras mayores. Se sentaron los dos amigos al pie del arroyo, y Enrique dió principio á su historia del modo siguiente.

HISTORIA DE ENRIQUE.

A los dos meses de nuestra separacion, te acordarás querido Eleuterio, te escribí mi salida de Salamanca para mi pueblo, á donde te encargaba me contestases— Si me acuerdo, contestó Eleuterio. ¡ Ah!... en tu carta venia otra que me escribia mi adorada Elisa— Asi es, dijo Enrique, yo tambien me acuerdo de este particular, tanto que, hago memoria que cuando me entregó su carta para que la incluyese en la mia, estaban sus mejillas con un color de rosa tan vivo, y sus ojos tan encendidos que indicaban claramente que habia llorado, y yo no pude menos de decirle que estaba escrita con lágrimas aquella carta. Y si tu me contestastes, yo no la recibí— Sí contesté; dijo Eleuterio dando un suspiro con la violencia que latía su corazon que se habia conmovido fuertemente con la memoria de Elisa— Es verdad que yo, prosiguió Enrique diciendo, estuve pocos dias en mi pueblo, y no es extraño que no la recibiese, mácsime con las salidas de unos empleados, entrada de otros, y trastono de todas las oficinas. Yo abracé el partido de agregarme á un Regimiento de línea que pasó por mi pueblo con destino para Cádiz, donde permanecí hasta que la traicion nos vendió.

Entonces un comerciante inglés que se hizo amigo mio en el tiempo que hacia estaba yo en Cádiz, viéndome en el duro conflicto de no saber que partido tomar, por hallar inconvenientes en todo lo que pensaba; porque de retirarme á mi pueblo, pre-

sentía entrar en un calabozo; y de quedarme en Cádiz, ó ir à otra parte sin recursos para subsistir, me esponia á morir de necesidad, compadeciéndose aquel amigo de mi, me propuso si quería acompañarle en sus expediciones mercantiles, no me faltaría nada, estaría seguro en su compañía, y el tendria el mayor gusto. Me hizo esta proposicion con tanta naturalidad, que aunque hacia poco que yo habia tratado al inglés, me pareció sincera su proposicion, é hija legítima de un corazon verdaderamente liberal. Acepté el partido que me hacía, y el tiempo acreditó la bondad de aquel tan verdadero amigo, que luego he tenido el grande sentimiento de haber perdido. Le acompañé á Londres para donde partimos á muy pocos dias. Fuí bien recibido, y muy obsequiado por toda su familia, nada me faltaba, y nada sentia sino es la ausencia de mis padres. Y aun este sentimiento tenia su alivio: porque ¿que sentimiento por grande que sea no le alivia el trato de un amigo verdadero? Tan poderoso medicamento es que dá un espíritu vigoroso para manutencion de nuestro aliento. Y esto mismo decia yo á mis bienhechores cuando me preguntaban, que lo hacian con mucha frecuencia, si me hallaba bien en su compañía.

Estuve en Londres cuatro años, aunque no continuos por haber estado mucha parte de tiempo en otros paises acompañando á mi amigo que viajaba por razon de sus asuntos de comercio. Hace medio año que estos mismos asuntos le trajeron á España, donde ha muerto, y yo he quedado llorándole. Caminando à Sevilla le atacó una calentura inflamatoria en Monasterio, que aun quando dió lugar para traer facultativos acreditados, y medicinas de Sevilla, nada sirvió, y à los once dias espiró en mis brazos despidiéndose con tanta ternura que á todos los que en su habitacion estábamos, nos hizo derramar lágrimas, muriendo con tanta resignacion, y con entereza tal, que el mismo nos consolaba, y nos suplicaba que nos tranquilizásemos diciéndonos que la muerte es salir de la vida temporal para entrar de asiento en la vida eterna; y decia al cura en cuya casa estábamos hospedados, que mientras la muerte acababa de ejercer su oficio, le estuviere leyendo los salmos de David.

Omitiré explicarte la impresion que esta muerte hizo en mí, y quanto la sentiría: tu que eres verdadero amigo, y sabes apre-

ciar la amistad porque conoces el valor de esta, conocerás tambien sin que yo necesite decirlo, cual sería mi sentimiento. No así omitiré la circunstancia que he indicado de estar hospedados, y haber muerto mi amigo en casa del cura del pueblo de Monasterio—Y yo te suplico, dijo Eleuterio, que me la expliques porque me interesa.

A los dos dias de estar en dicho pueblo, y principio de la enfermedad de mi amigo, continuó Enrique, se acercó á mi el cura, y con mucha dulzura me dijo; que habia sabido, y era verdad, que yo habia andado buscando casa donde acomodar á mi compañero para que estuviera mejor alojado y fuera de la bulla é incomodidades de las posadas, y mácsime cuando estas no tienen proporcion alguna para poder estar ni aun los que están buenos; y que no habia podido encontrar acomodo, porque unas casas eran pobres, y en otras no querian admitir enfermos: que si gustaba, podia trasladarse mi compañero á la suya, y aunque no estuviese muy bien asistido, estaria siempre mejor que en la posada, y con mucha mas tranquilidad. No puedes figurarte, querido Eleuterio, cuanto me sorprendió esta oferta tan singular en unos tiempos como los presentes. Me pareció al pronto ver correr al tiempo con una rapidéz increíble y que al presente sucedian aquellos siglos de caridad cristiana, trayendo los consuelos de la fraternidad y piedad, y alejando del mundo los odios, las supersticiones, la intolerancia y el fanatismo con todos sus errores.

Mucha fué tu sorpresa, dijo Eleuterio, sigue haciendo tu explicacion, que cuando concluyas Enrique tus aventuras, no te sorprenderás menos con lo que oigas en las mias relativo á ese cura.

Acepté lo que este hombre singular me propuso, continuó Enrique diciendo, dile las gracias con la espresion del mas vivo agradecimiento, y trate luego de trasladar à su casa mi amigo: para lo que el mismo cura ayudó con sus disposiciones y asistencia. Entramos en aquella casa, ó mejor diré, en aquel templo de hospitalidad, santuario de amistad, donde la humanidad, la caridad, la liberalidad, y la beneficencia servian de sacerdotisas. Todas las virtudes estaban compendiadas en el cura y su familia. El ana asistía á mi amigo con igual amor, con la misma

afabilidad, y con la solicitud que una madre asiste à su hijo querido que está enfermo. El cura en las horas que le permitian sus ocupaciones, que eran siempre en bien de sus semejantes, prodigaba sus cuidados y consuelos al enfermo. Con su filosofía y su persuasiva hacía que la muerte ejerciese desde lejos su furibundo y terrible oficio, para que de este modo no martirizase tanto con su horrendo aspecto, al enfermo. Asi desviaba aquellas fantasmas, y debilitaba aquellas tetricas, y antirreligiosas ideas, que hemos alimentado los mas de los hombres con una educación supersticiosa unos, y con una filosofía impía otros.

A los diez dias de estar en su casa recibiendo tantos favores, y tantas pruebas de amistad, murió mi amigo; y aquel mismo dia que murió, parecía dia destinado para probar mi valor. A las diez de la mañana se le dió sepultura, á cuyos funerales asistió mucha parte del pueblo por relaciones con el cura. Este que à las seis de la tarde habia salido de casa con un aviso que tuvo, y volvió á poco tiempo, me hizo entrar en el despacho, y estando los dos solos á puerta cerrada, me dijo: mucho siento, Sr. D. Enrique, verme en la precision de aumentar su sentimiento con otro. Pero no puedo menos de comunicarle un asunto desagradable, para que aprovechemos los momentos, y lo hagamos menos funesto, por ser asunto que urge, y que mañana no tendrá tan fácil remedio. Es V. hombre racional que sabe sentir moderando su sentimiento: con tantos trabajos como V. ha sufrido en el primer periodo de su vida, ha adquirido aquella fortaleza que es necesaria para navegar en el borrascoso mar de los infortunios: estos mismos le habrán dado á conocer á V., los varios estados de la suerte; que la fatiga es preludeio de la tranquilidad; y la tranquilidad es proemio que induce à la fatiga; que bienes espera el que padece, y males el que goza. En fin, como dice Séneca, la suerte no siempre ultraja, tal vez afloja el arco de la ira; muchas veces despacha los trabajos, para que sean precursores del alivio. En la afliccion en que V. está ahora por la muerte de su amigo, y en los trabajos que le amenazan, conviene que V. se valga de su razon, y que se abroquele con la esperanza de mejor dia, resignándose hasta tanto á sufrir cuantos males le puedan sobrevenir. La justicia de este pueblo acaba de recibir una requisitoria de la policia de Madrid buscando á

V. y previniendo que en cualquier parte que se le encuentre, sea preso, é incomunicado sea conducido à la Corte con cuantos papeles se hallen en poder de V.

Ya puedes conocer, querido Eleuterio, cual me quedaría yo con semejante noticia en aquellas circunstancias tan trises, para mi. Sin embargo, hice un esfuerze para no abatirme, y tuve la serenidad bastante para pensar en aquel lance tan apurado é impensado: y no se, si atribuir esta serenidad al valor que habia yo adquirido en la adversidad, ó al espíritu de fortaleza que derramó en mi alma aquel hombre tan singular, aquel eclesiástico tan lleno de virtudes. Pensamos en lo que debia hacerse, y convenimos en que me ocultase en esta sierra, donde él tenia seguridad en todos los pastores, que le amaban, le respetaban, y le estaban muy obligados: que en lo mas interior de la sierra tenia su cabaña un anciano, donde vivia en compañía de un hijo: que ámbos estaban reputados por los hombres mas buenos de la comarca, siéndolo en efecto, porque con dificultad se encontrarían en el mundo otras dos personas mas virtuosas. Esta misina noche, me dijo el cura, pasaremos á su cabaña, y sin haber necesidad de descubrirles nuestro plan, bastando solo con decirles que es V. un amigo mio que se retira del mundo, y que no quiere ni ver, ni que le vea persona alguna, ni que sepan absolutamente de que V. vive en aquel sitio. Con esta sola prevenccion puede V. quedarse con toda seguridad; y yo procuraré visitarle en las ocasiones que me parezcan oportunas.

Esto me dijo, y yo conformándome en todo con su idea, la pusimos luego en ejecucion. Hasta ahora nos ha salido tan bien que nadie nos ha incomodado por estilo alguno, y yo vivo contento y tranquilo entre mis dos compañeros pastores, siguiendo su vida que no me disgusta del todo. El cura no me ha olvidado, y de cuando en cuando me visita. Y como él se encargó de remitir papeles y dinero de mi amigo el inglés, á los parientes de este en Londres, les escribió haciéndoles una relacion de todo lo sucedido, menos de que yo estaba oculto en esta sierra, supliendo esta parte con decirles que me habia ausentado, y no se sabia de mi. Los padres de mi amigo fueron puntuales en contestar á esta carta que escribió el cura, dándole las mas expresivas gracias por sus buenos oficios despues de manifestar el sen-

timiento tan grande que tenían por la infausta noticia del fallecimiento del hijo, y ausencia mia; concluyendo suplicándole que no omitiese medio por saber de mi, y en caso de saberse mi paradero, hiciera cuanto pudiese porque yo volviese á Inglaterra, donde ocuparía el lugar del hijo que habian perdido. El cura me manifestó esta carta, y acordamos se contestase de un modo que diese esperanzas á los padres de mi amigo, que algun dia se cumplirían sus deseos segun las diligencias esquisitas que hacia por saber de mi.

Con este motivo, se escriben con alguna frecuencia aquellos, y el cura ya me ha hablado sobre el punto de volverme á Inglaterra, proponiéndome el modo de hacerlo con seguridad. Yo estoy bastante tímido en resolverme por las noticias que me dá de la policia, que está con ojos de Argos á causa de las recientes ocurrencias políticas en Cataluña. Por lo que, sigo como ves disfrazado, y este es el misterio de mis barbas y vestido; esta es mi historia en compendio desde que nos separamos en Salamanca.==

¡ Separacion cruel que tanta amargura derramó en mi corazon!... exclamó Eleuterio. ¡ Oh Elisa idolatrada!... ¡ Ilusion mia que en tiempo mas venturoso tenias encantada mi alma con fluiciones las mas dulces!... ¡ Aun palpita mi corazon!.. Sí Elisa bella, aun está palpitando desde aquel abrazo que nos separó; tus lágrimas de amor que cayeron en él durante despedida tan dolorosa, aun no las ha apagado el tiempo con sus seis años, y parece le vivifican con el mismo calor que entonces. ¡ Ah Elisa! No ha sido bastante el tiempo, ni los trabajos, nada ha podido resfriar el amor que desde que te conocí, te tuve. Por el contrario, si mas pudiera amarte, mas te amaría. No lo dudes Elisa querida, no lo dudes. Pero ¡ ah!... es preciso sujetarse á la fuerza del destino, y amarte con otro amor!...

Quedó suspenso un poco de tiempo Eleuterio, como quien medita, y luego continuó. Disimula Enrique estos delirios de la imaginacion, no te es desconocido el amor tan entrañable que nos profesábamos Elisa y yo; nada debes extrañar. El verdadero amor, que enlaza los corazones de aquellos que se quieren, no viven sujetos á la tiranía del olvido; porque si le falta el material sustento de la vista, se nutre con la inspeccion mental de

los ojos del alma; sabe mirar con la memoria. Y con esto prevengo tu pregunta, diciéndote que he amado á Elisa, y no he dejado de amarla un momento, creciendo mas este amor cuanto mas dificultades lo han querido impedir. Pues si la ausencia y las circunstancias han podido hacer que no me una á ella, no han podido causar en mi el olvido.

Voy á referirte ahora mi historia desde el dia que nos separamos. Te acordarás, mi querido Enrique, que por disfrutar de la vista de Elisa algunas horas mas, mi salida de Salamanca fué á las doce dadas de la noche. La obscuridad de esta, su fúnebre silencio, el camino cubierto de nieve, mi sentimiento, todo hacía triste mi situacion. ¡Que noche!... hasta los elementos parecia se habian concertado para hacerla mas horrorosa!.. A las dos horas de camino se levantó un viento tan bramador que con sus horrisonos silvidos hacía temblar á los corpulentos y agigantados robles. Desencadenados, salian furiosos de las prisiones, y buscando venganza corrian con tanta violencia y rabia tanta, que las masas de nieve que levantaban de lo llano del camino, y caian sobre los árboles inmediatos, los mutilaban desgarrando sus ramas. Huyendo de ser sepultados bajo de estos grandes pelotones de nieve, nos metimos entre el robledal no muy separados del camino para no perdernos, y caminar mas defendidos. Pero huyendo de Scila nos precipitamos en Caribdis. La misma obscuridad de la noche nos hacia tropezar en los árboles, prender en los matorrales, caer en barrancos, y por último andar de una parte para otra hasta que nos estraviamos. El que me acompañaba, iba yerto de frio, los caballos con el ruido y batidero del viento no querian andar, ni podian por un terreno tan quebrado y malo, lumbre no podia hacerse por estar la leña toda mojada con la nieve, hacer alto era para sentir mas el frio; y andar era para estraviarnos cada vez mas.

En este conflicto, en esta duda sin saber que resolver, oigo que ladra un perro; ya concebimos esperanza de hallar pronto un asilo, ó por lo menos de encontrar alguna persona que nos dirija, por ser el perro tan compañero del hombre que ó está siempre junto, ó no se ha de hallar lejos. En efecto, damos voces pidiendo auxilio, y si antes era un perro solo el que se oia ladrar, luego eran muchos. Por lo que conocimos que cerca ha-

bía majada. Seguimos dando voces, y los perros esforzaban mas su ladrido. Ya por último los sentimos mas cerca, y de pronto nos vimos cercados por hombres que yo no dudé eran pastores á causa de los perros, razon porque nada me asusté, y mucho menos cuando ellos mismos dijeron, que entregásemos las armas, y caminásemos al chozo, y luego que nos reconociesen, nos las devolverían. Llegamos al chozo, y los hombres no pusieron duda en nuestras personas, asi que vieron la clase de armas, los uniformes de nacionales, y mucho mas los pasaportes, asi como nosotros tampoco dudamos ya de que eran pastores los que habian salido á reconocernos. Nos volvieron las armas, nos franquearon lo que tenian, y echaron mas leña al fuego para que nos calentásemos.

A la hora y media de estar en la cabaña, empezó á amanecer, y á echarse el viento. Compusimos un almuerzo, y nos desayunamos juntos con los pastores. Uno de estos fué guiándonos hasta que nos puso en camino del que nos habíamos apartado como un cuarto de legua. Yo mostrándome agradecido le dí una buena propina, porque tu sabes que llevaba bastante dinero, y el pastor luego se retiró despidiéndose muy contento y agradecido. El dia se presentó mas regular; porque la fuerza del aire habia cedido, y habiendo dejado de nevar, habia templado mucho el frio. Esta fué la mayor incomodidad que tuve en toda la marcha desde Salamanca hasta mi pueblo. Mas grandes y mas largas han sido las que he sufrido en este, como vas á oir.

Los sucesos que te sacaron de tu casa me alcanzaron á mi en los umbrales de la muerte, donde me puso, no se si la enfermedad, ó la impericia de los médicos, despues de yo haber llegado á la mia. Desde el lecho del dolor estaba oyendo la gritería de un pueblo ignorante y supersticioso que acaudillado por el fanatismo y la ambicion, sin saber lo que pedia, pedia su propia ruina. Gritería precursora de las desgracias y escenas que iban á suceder, y que preveyéndolas yo en medio de mi moribundéz me era mas dulce y ventajoso morir. Mas ¡ Ah!... estaba destinado á otra muerte mas cruel, por ser mas prolongada. Ambas muertes se juntaron, y se disputaron acaloradamente la víctima. Pudo mas la muerte civil, y arrebatando la presa, empezó á inmolarme á su furor. Los insultos, la calumnia, el robo, los atro-

pellamientos, y una persecucion continua, han sido los potros, las parrillas, y las ascuas que se emplearon para martirizarme. Cuando estuve en disposicion de poder librarme de sus garras, y en ocasion que los verdugos se escondieron abandonando las víctimas, por un accidente que los hizo temblar, aunque poco duradero, me aproveché de esta ocasion para ausentarme de un lugar tan peligroso. La necesidad, motivos otros poderosos, y la creencia que el tiempo lo acaba todo, me obligaron, y yo me determiné à volver á mi pueblo. Llegué á este. Pero ¿á que tiempo?... A tiempo que las furias andaban mas alborotadas buscando víctimas que sacrificar. Mis desgracias se alcanzaban ya unas á otras, formando un encadenamiento de sucesos todos funestos que hasta ahora, aun no se vé el último eslabon de la pesada cadena. Referiré los mas principales que por su singularidad forman las aventuras mas peregrinas con la del dia.

Contó muy compendiosamente Eleuterio las aventuras que hasta aqui hemos historiado, cuya narración escitó efectos varios, y admiracion mucha en su amigo Enrique, y mas particularmente la del dia anterior. Si el cura, dijo Enrique, hubiese sabido que éramos tan íntimos amigos, es seguro que habría procurado que la noche la hubiésemos pasado reunidos. ¡Que sorpresa le causará la noticia de este feliz encuentro, luego que lo sepa!.. ¡Que sentimiento tendrá por no haberse visto reunido con nosotros!..

No estará así escrito en el libro de los destinos, dijo Eleuterio, como lo estaba el que nos encontrásemos tan inesperadamente en estas montañas, y por un motivo tan extraordinario. Mi contento no puede esplicarse con palabras.

Ni el mio tampoco, contestó Enrique; á las nueve nos encontramos, y son ya las cuatro de la tarde. Te puedo asegurar que me parece un sueño este encuentro, y que hace un minuto que nos abrazamos. — Yo quisiera, dijo Eleuterio, estar aqui toda la vida contigo, ó que tu te vinieses conmigo. Pero no pudiendo ser ni una ni otra cosa, es fuerza que nos separemos, y que la conformidad obre en los dos. Siempre nos queda el consuelo, de que siendo el cura amigo de ámbos, podamos saber uno de otro por este seguro medio.

Y puesto en camino Real Eleuterio abrazó á su amigo para

despedirse; ámbos sienten las mas tiernas conmociones; sus corazones laten con la mayor aceleracion; y se separan por último con lágrimas de ternura.

Si Eleuterio no se hubiese encontrado con el arriero que le buscaba, á poco de haberse aquel separado de su amigo, era muy regular se hubiese vuelto á perder en la misma Sierra-morena. Tantos sucesos, tan extraordinarios, tan seguidos, y al mismo tiempo la imaginacion viva de Eleuterio, arrobaban su espíritu á tanto grado que, no sentía lo que á su alrededor habia. Asi es que el arriero que le buscaba, le encontró como estasiado en medio del camino. Vaya, Señor, le dijo luego que á él se acercó, en que zozobra nos ha tenido V. todo el dia sin querer parecer. ¿Donde ha estado V. metido hasta ahora? Sin duda se ha echado á dormir al abrigo de alguna peña, y se ha estado durmiendo hasta ahora segun indican los ojos, mientras que nosotros hemos estado buscando á V. con el sentimiento de no hallarle.

No compañero, dijo Eleuterio, no he estado durmiendo, y si perdido; y los ojos los tengo como V. advierte, no de dormir, sino de un poco de estilacion que me ha cargado. Yo siento muchísimo la molestia de VV., y el que hayan perdido por causa mia el dia.

El dia, contesto el arriero, no le hemos perdido del todo: porque luego que llegamos al pueblo, y que pasaron dos horas sin V. parecer, determinamos buscar cargas que nos faltaban, y quedarnos en Fuente de Cantos por hoy. Las hemos proporcionado, y en vista de que V. no parecia, salimos en seguida por distintas direcciones en busca de V. Gracias á Dios que le he encontrado despues de tanto andar, y sino bueno del todo, no comido de lobos, ni con otro algun daño de los que yo temia, y me tenian tan desasosegado. Ya solo resta que lleguemos con bien al pueblo, y que no nos estraviemos los dos, y lo pasado, pasado.



CAPITULO 19.

Para aventura sucedida en Fuente de Cantos con un triste y un loco, ambos enfermos por una misma causa.



Cuando Eleuterio llegó á la posada de Fuente de Cantos con el arriero que le acompañaba, habian llegado ya los otros que habian salido en su busca sin encontrarle, y cada cual discurría á su modo sobre la pérdida de aquel. Cual, decia, vendria dormido y cayendo de la caballería se habrá despeñado en la Sierra= No, decia otro, porque entonces le habríamos sentido caer= Bien ha podido caer, replicaba aquel, y no haberlo nosotros sentido, porque viniendo en la pajarita que no está todavía hecha á seguir la rueca, puede haberse quedado atrás, y en este caso si han caido en algun barranco, no hemos podido sentir el golpe= Pero en tal caso, insistió el otro arriero, le hubiéramos encontrado á D. Eleuterio muerto; pues por mucho que hubiese rodado, no habia de haber rodado tanto que, haya ido á parar un cuarto de legua del camino= Yo estoy pensando en otra cosa, dijo otro, si habiéndose quedado atrás, se habrán valido de la ocasion algunos pícaros que estuviesen ocultos, para salir y llevárselos á lo interior de la Sierra con el fin de robarle y asesinarle.... pero tá, me parece que he oido la voz de Juan ¿ si habrá encontrado á D. Eleuterio? vamos á ver.

Salen todos á la puerta, y ven á los dos que llegaban. La pesadumbre se convirtió pronto en alegría. De repente mudaron de humor, y los semblantes tristes, se vieron como por encanto alegres. Rodearon á Eleuterio, y con el deseo de saber lo que le habia sucedido, preguntaban unos y otros á un mismo tiem-

po. Sentóse Eleuterio para referirles lo que le habia pasado, y todos guardaron silencio fijando la vista en él, y esperando con inquietud oír la causa de su tardanza en parecer. Eleuterio empezó á hablar, y los arrieros pendientes de su voz, no pestañeaban. Pero no les contó todo, porque ocultó las circunstancias del hombre que habia encontrado en lo interior de la Sierra, y que era su amigo antiguo. Solo sí les dijo, que habiéndose dormido, la caballería quedó en libertad de pararse, ó andar, ó hacer lo que quisiese. Que como iba dormido, no sabe si pararía á pacer ni tampoco la vereda por donde entró en la Sierra; porque no despertó hasta que la caballería tropezando cayó con él en tierra. Entonces mirando á todas partes luego que se levantó, se vió solo y fuera de camino y conoció que se habia extraviado. Procuró volver á él, pero cuanto mas andaba, mas se perdía. Que cansado de dar tantas vueltas, y fatigado de sed, sintió el ruido que hacía la corriente de un cristalino arroyo que se deslizaba entre guijas y pizarras. Se encaminó á él, y habiendo apagado la sed que tanto le fatigaba, se sentó á descansar, y á gozar de la belleza de la naturaleza en aquel sitio pintoresco y alegre, donde vagaban multitud de avecillas de varias especies, que con sus trinos y variado canto convidaban al hombre solitario; y donde muchos árboles silvestres y apiñados ofrecían á la vista un bosque fresco y sombrío. Gozando dentro de mí mismo estaba, de espectáculo tan variado y agradable, cuando ví bajar por una de las colinas un hombre apoyándose en un báculo con un barril en la mano. Le aguardo, y cuanto mas se acerca, mas respeto infunde su presencia. Su semblante grave, sin ser zeñudo; su barba larga, pero aseada; su vestido pobre, pero limpio; le hacían parecer un filósofo de la antigüedad. Y lo era en efecto; porque luego que llegó al sitio donde yo estaba, y que pasaron los saludos de una y otra parte, llenó su barril de agua, y se sentó inmediato á mí. Pregúntole si era pastor, y me contesta que no: pero que vivía entre pastores, y su casa era una choza que me ofrecía. Dile las gracias, y volví á preguntar ¿que como se mantenía en aquella sierra no siendo pastor? Muy bien, me contestó, y para que V. lo entienda, diré en pocas palabras como vivo en esta Sierra, y la causa que me ha traído á ella.

Entonces el Pastor dijo: perseguido de la suerte, y desengañado, me retiré á esta Sierra á tener una vida mas natural y pacífica. Cuando tomé esta resolucion, era solo; porque mis padres habian muerto, y hermanos no he conocido, ni pariente otro alguno. Vendí las fincas que tenia en la poblacion y todo el mueblaje de mi casa; y con el dinero que hice, compré aperos de labor, y algunas herramientas, dos vacas, cien cabras y unas doscientas ovejas. Estas las pastorean con otras suyas los pastores vecinos; y yo unas veces me dedico y ocupo el tiempo en la labor, otras en la carpintería, y otras en leer y escribir, segun la disposicion en que se encuentra mi ánimo. Esta es mi vida, y la paso con tranquilidad; y si los dias me son alegres, las noches no me son pesadas en compañía de los pastores mis vecinos que se reúnen en mi cabaña, y formamos una tertulia rústica, pero sin chismes, zelos, ni envidias, ni ceremonias impertinentes. No envidio la suerte de los que en el día viven en las Ciudades. En estas se está á cada instante tropezando con las intrigas que tanto abundan, no se encuentra otra cosa mas que un puro egoismo, y...

Suspendió aqui Eleuterio la relacion del hombre solitario, porque llegó al mismo tiempo un coche con tanto aparato, que llamando la atencion de todos, se levantaron para ver las personas que venian dentro. Estas eran tres, un clérigo anciano, una jóven bastante hermosa aunque la tristeza cubria su semblante, y un caballero que parecia venir enfermo, y que á su corazon oprimia una pena grande. El cura y la jóven le ayudaron á bajar del coche, y apoyado en hombros de ámbos caminó con paso trémulo, con los ojos hundidos, y semblante cadavérico. Entraron en el cuarto ó habitacion que les dieron en la posada, y cerrando la puerta, quedaron en silencio. Los arrieros como las demas personas que en la posada estaban, creyeron fuese algun alto personage que iba á tomar aires, por ser la medicina que comunmente se aplica á los difuntos, como que es la mas adecuada á los que caminan para los campos santos.

Los arrieros volvieron á sentarse en los respectivos sitios que antes ocupaban, y suplicaron á Eleuterio que continuase con la relacion que habia suspendido. Eleuterio que era muy complaciente, y amigo de dar gusto á todas las personas, dijo= No se

encuentra mas en las ciudades, me decía el filósofo de Sierramorena, que un puro egoismo, y muchísima falsedad vestida con una mala política. Es la sociedad del día una refinada hipocresía, que en la superficie es todo vistoso, y en lo interior es toda corrupcion y engaño. La avaricia con sus hijas la traicion, falsedad, calumnia, ambicion é impiedad, todo lo han corrompido: y la farandula que esconde los premios, que la justicia debe repartir, dispone de las cosas de tal modo que, el digno en vez de gratitudes, recibe agravios. Yo me considero dichoso con vivir en las entrañas de esta Sierra separado de una sociedad que no posee virtud alguna, y en la que los socios en vez de protegerse y auxiliarse, se calumnian unos á otros, y se persiguen cruelmente. A mi nada me falta para vivir en este desierto. Y para que formeis una idea de la comodidad con que vivo, de la tranquilidad en que reposa mi alma, y del desahogo en que respira mi corazon, seguidme y vereis mi cabaña que está, subida esa colina. Mucho siento le dije no poder aceptar, pues esta mañana me separé de mis compañeros de viaje y habiendome perdido en esta Sierra, he procurado salir al camino andando toda la mañana, y en vez de encontrar salida, me he extraviado mas. Cansado de tantas vueltas como he dado y sediento, ví este arroyo donde vine á apagar la sed y convidado de tan delicioso sitio me he sentado á descansar, como veis. Si sois humano y virtuoso, como pareceis serlo, yo os suplico y espero de vuestra bondad que ejerciteis conmigo la caridad poniendome en camino, que como practico en este terreno, no dudo sabreis la direccion que se ha de tomar para salir de esta Sierra. Si que sé, me dijo, y con mucho gusto seré vuestro guia, celebrando la ocasion de poderos servir, y ser útil á mis semejantes en todas partes. ¿Pero no habreis comido? Es verdad que no, le contesté, porque á muy poco de haber salido de Monasterío, me perdí. Pues ya es mas de mediodia, me dijo mirando al Sol, yo tampoco he comido; por lo que es preciso que sin ceremonia me acompañeis à comer, y con esto verá V. mi rústica casa. Y si mis compañeros, dije yo, me andan buscando, será mas chasco para estos. No, replicó, esta hora es de comer y no de buscar; y es muy regular que cansados estén tambien comiendo, y para cuando hayan concluido, tambien nosotros lo babremos he-

cho, y V. estará á su oportuno tiempo puesto en camino. Con estas razones, y pareciendome que no correspondía con este hombre sino aceptaba su convite, quité la manea á la mula, y cogiendo el ronzal subimos á la colina; y hasta que no estuvimos en la misma cabaña, no vimos esta. Estaba situada en la cima, pero rodeada y defendida de peñas que formaban naturalmente una muralla. Entre las mismas peñas habia sembrados claveles, rosales, siemprevivas, lirios y otra multitud de flores y plantas aromáticas que presentaban el paisaje mas pintoresco, vistoso y alegre. Desde la entrada de la muralla ó circulo de peñas hasta la cabaña habia dos filas de naranjos y limoneros, y alrededor de la misma casita á una regular distancia habia muchos árboles frutales de distintos géneros. Estaba tan bien situada, y los árboles plantados de modo que, en el invierno no impedían la entrada al Sol, y en el verano servian de sombra y frescura. Fuera de este amenísimo albergue, en otras rinconadas que las peñas hacían, estaban colocados los chozos de algunos pastores que hacían compañía al hombre filósofo. Todos estaban en disposición tal colocados, que solo subiendo á la misma cresta de la colina, podian verse. Cuando entré en la cabaña, quedé admirado de lo acondicionado que estaba todo, de lo bien distribuido, del aseo y comodidad de toda la cabaña, y de los útiles de que estaba proveida. Habiendolo visto todo, nos pusimos á comer una merienda frugal; pero bien sazónada y apetitosa: el vino que se sirvió á la mesa hecho por mano del filósofo, era cosa esquisita. Despues que concluimos de comer, me enseñó y esplicó varias máquinas que habia tambien trabajado el mismo. En seguida agarrando su báculo bajamos la colina, y guiandome por las sinuosidades del terreno, me puso en camino Real. Aqui nos despedimos dándonos un abrazo fraternal. Y á poco de habernos separado, me encontré con Juan subido á una alta peña inmediata al camino como registrando con la vista si podia encontrarme.

Ya conocerás, querido lector que Eleuterio contó á los arrieros cuanto le habia sucedido, pero de un modo tan prudente que sin ofender á la verdad, supo disimular lo que convenia callar. Los arrieros quedaron gustosos con la narracion que habia hecho y se hubieran alegrado mucho mas, si hubiese sido mas larga.

Pero fué lo bastante, para que tuviesen materia de que hablar. Y segun la mayor impresion que en cada sujeto habian causado los particulares de la historia, asi cada uno hablaba de ellos. Cual habiendo sido afectado su ànimo mas con la pérdida de Eleuterio, no dejaba hablar sobre este particular: otro á quien el filósofo de la sierra llamaba mas la atencion, interrumpia para hablar de él; y asi los demas. Pero todos manifestando igual gusto quando se hablaba de la cabaña ponderándola mucho. En esta conversacion estaban, cuando nuevos sucesos vinieron á causar nuevas impresiones.

En el cuarto donde se habian encerrado el cura, el caballero y la dama que venian en el coche, se quejaba una persona tan amarga y tristemente que partía el corazon de cualquiera que la oyese. Eleuterio y los arrieros movidos de compasion, dejando los asientos y la conversacion en que estaban tan entretenidos, se dirigieron al cuarto de donde salian los lamentos, con ánimo de ejercer los oficios de caridad, si menester fuese. Mas como estaba cerrado, no se atrevieron á llamar, y se quedaron á la puerta con el fin de si podian conocer la causa de aquella novedad. A poco de estar alli, cesó de quejarse el que padecia, y no le volvieron á oír mas.

Mas sí oyeron à otra persona que decía= Vamos Sr. D. Jacinto, modere V. ese sentimiento que le conduce al sepulcro. Si V. ha perdido el pleito del mayorazgo que disputaba, conserve V. la vida que debe serle mas interesante que todos los mayorazgos del mundo. Sin ese mayorazgo, que aun no llegó á poseer, ha vivido en opulencia con los bienes que posee, sin que nada le haya hecho falta. Si V. no destierra esos melancólicos pensamientos que tanto le martirizan, vendrá à perder el juicio ó la vida, y con ella los pingües mayorazgos que está V. disfrutando quieta y pacíficamente sin que nadie pueda disputárselos. Y antes que á V. se le presentase el derecho legítimo ó ilegítimo que ha disputado con D. Pedro, vivía V. con grande anchura, y muy divertido al lado de esta su virtuosa y bella esposa. Pues ¿porque ahora no ha de vivir V. lo mismo con los mismos bienes? Yo bien considero que despues de haberse presentado aquel derecho al mayorazgo de la disputa, se creyó V. desde luego dueño de él, y por lo mismo empezaría à formar

planes muy lisonjeros que han fallado, y dejado un vacío grandísimo en la fantasía con la desaparicion de sueños tan gratos; y que ahora agovian el espíritu las cavilaciones tristes que han sucedido. Pero á esto buen remedio, si la fantasía obró entonces tan lisonjeramente y la imaginacion crea ahora males, el talento de V. trabaje, y la reflexion disipe esas aprehensiones que infunden los dolores que tanto le angustian. ¡Que bien, cuando dijo Séneca, padecen los hombres, no tanto en la realidad, como en la opinion de su capricho! No es la adversidad la que molesta al hombre; el mismo hombre, dice S. Ambrosio, es el autor de su adversidad. ¿Quien le parece à V. que causaba aquel daño, que tanto sintieron los Hebreos, cuando enojosos con la vida aceptaban los sepulcros de Egipto? ¿Quien imagina V. que al impaciente Achitophél le arrojó á la muerte? ¿Quien juzga V., que á Aman le quitó la vida? ¿Quien considera V. fué la causa de aquellas alteraciones, que mostraron Nabucodonosor, Holofernes, Herodes, y Helio, hijo de Barachél? Contempla V. acaso, que padecieron todos estos, á impulsos de la desazon, que traian consigo sus calamidades? Pues ninguna de sus molestias gozaba méritos, para desquiciarlos de la paz, si ellos mismos no las diesen armas con el falso carácter, que las aplicaron de miserias. Nuestra errada aprehension, que es quien hace á los hombres, segun indica la escritura, verdugos de si mismos. Por lo que conviene que V. se desimpresione, y no se precipite desde tan lejos en el abismo, donde otros que están mas cerca no caen, porque se sostienen en su prudencia y recto juicio que hacen de los bienes y de los males. Sea V. Señor de si mismo, sujete su imaginacion, y en vez de que esta le domine, domine V. á ella. El mundo es una pura mojiganga, donde el engaño de los hombres forja ridículas figuras en el taller de su apetito. Procure V. tranquilidad para poder gozar de lo mucho que posee, y no se asesine con falsas aprehensiones. Y ahora lo que conviene, es que V. tome algun alimento.

Asi que los arrieros oyeron esto, se retiraron, y preguntaron á Eleuterio. ¿Qué juicio habia formado de lo que habia oido? Eleuterio les dijo, que segun lo que el habia comprendido, entendia que, las tres personas que habian visto bajar del coche, la que venia enferma debia ser un caballero muy rico, y

la dama su esposa, y el clérigo algun amigo, pariente, ó capellan. Que la enfermedad del caballero era de espíritu, y sin duda causada por el sentimiento de algun pleito que habría perdido: porque así se dejaba entender por las reflexiones que el cura le hacía para animarlo.

Yo he comprendido lo mismo, dijo un arriero; y mas me parece, que el pleito era sobre algun mayorazgo, y que este mayorazgo aun no habia llegado el caso de poseerlo, y sin duda lo que pleiteaba, era esto.

Tambien yo he comprendido otro tanto, dijo otro; y que el tal caballero estaba persuadido de que lo ganaria, y en esta confianza echaría cuentas muy galanas, como las que regularmente solemos echar todos: lo perdió, y viendo que sus cuentas habian salido erradas, se creyó del todo perdido: ha dado sin duda en cabilar sobre este asunto, y ha conseguido una enfermedad.

Entonces, dijo otro arriero, ha perdido no el mayorazgo que disputaba y no poseia, sino otro mayorazgo mejor y mas grande, cual es el de la salud, pues con salud se pueden gozar pocos bienes, y sin salud, los muchos bienes no se disfrutan. Si es tan rico ese caballero ¿de que tiene que entristecerse? Si hubiese quedado á pedir limosna, ya habia razon para que hiciese sentimiento; y tambien tendria disimulo su tristeza, si el mayorazgo que ha pleiteado lo hubiese estado poseyendo, y disfrutando. Mas haber quedado con los mismos bienes que poseia, y tan rico como antes, y solo haber perdido un pleito sobre una cosa que en su opinion creia pertenecerle, y esperaba disfrutar, nada ha venido á perder, si por su culpa no hubiese perdido la salud. ¿Que dice V. á esto Sr. D. Eleuterio?

Que tiene V. razon tio Francisco, contestó Eleuterio al arriero. =

Pero V. que ha estudiado, volvió á preguntar el mismo arriero ¿que dice sobre estas estravagancias de los hombres?

Que quiere V. que le diga, dijo Eleuterio, que nosotros somos enemigos de nosotros mismos, causadores de nuestros propios males. Nuestra fantasía caprichosa llega á escitar una sed tan inestinguible de riquezas, que ningun bien del mundo es bastante para apagarla. Quanto mas poseemos, mas deseamos, y menos disfrutamos: porque esta sed nos sofoca, y produce aquella agita-

cion, é inquietud convulsiva que tanto atormenta á aquellos que con nada se sacian. Las riquezas que deben servir para proporcionar nuestro bien, y son los medios de nuestros gozes, los convertimos en instrumentos de nuestra desdicha. Y esto que parece una paradoja, es lo que realmente sucede. La prueba la tenemos á la vista en ese desgraciado caballero. Lo que pasa á este, sucede por lo general á todos. El deseo de acumular riquezas fatiga los espíritus de los mas: la inquietud congojosa de guardarlas, les quita el sueño: el dolor de perderlas, atormenta cruelmente su corazon; y este deseo, esta inquietud, y este dolor junto con el ansia de poseer mas, no les permite disfrutar con sosegado y verdadero gusto, las poseidas. Se hacen esclavos de ellas, dejando de ser señores de si mismos. Tan esclavos se hacen algunos que por adquirir mas de las que lícitamente pueden, son tan viles que no hay bajeza que no ejerciten. ¡Qué aflicciones, qué solicitudes, qué ruindades, qué envidias, qué rencores, qué guerras inducen en el ánimo el anhelo fogosísimo de las riquezas!

Si los hombres moderando sus deseos templasen este ardor, no les abrasaría tanto, gozarían mas, y las riquezas estarían mejor distribuidas. De modo que todos vivieran desahogados y contentos: porque no se conocería el monopolio y agiotaje que el ansia de las riquezas ha introducido, por cuyos medios se estancan en poder de unos cuantos, que con su misma ansia no aciertan á disfrutarlas con mas gusto, haciéndose ellos esclavos, y á los demas víctimas de la necesidad. ¡Cuanto ganaría la sociedad si aquellos medios, si aquellos abusos en las ganancias, desapareciesen!... ¡con qué gusto se viviría en ella!... El trabajo y la aplicacion haría ricos á los hombres, y estos serían mejores ciudadanos.

La cábala, la intriga, el fraude y el engaño, al mismo tiempo que imposibilitan la igualdad que puede darse en las riquezas ó fortunas de los individuos de una sociedad, hacen á los hombres enemigos unos de otros, y de su patria. Las riquezas bien repartidas producen el bien y la felicidad de un estado; ellas aumentan la industria, y conservan las costumbres, que la grande opulencia obtenida por medios infames, corrompen y destruyen. ¿Quien deshizo aquella animosa fortaleza, ca

que muchos siglos se mantuvieron los Romanos, sino las riquezas que adquirieron con tanta ansia? ¿ Quien la dominante magestad de los Tarentinos, sino la posesion de sus delicias que debilitaron su poder? ¿ Quien la opulenta armada de los Pelopouenses, sino el exceso de su propia fortuna, de que tanto abusaron? ¿ Quien el imperio de los Hierosolimitanos, Babilonios, Cartagineuses, y otros innumerables, sino el auge feliz de todos sus dominios, que no supieron conservar? La sed del oro no solo seca los corazones haciendo egoistas y duros á los hombres, sino que dejan áridos los campos de la industria. El ansia con que se anhelan y acumulan las riquezas no solo causa el dañino efecto de estancarlas, sino que obstruye los mineros de donde salen, esto es, entorpece la industria que es la verdadera fuente de las riquezas de un estado.

La industria y el trabajo á mas de producir riquezas, aumentan la fortaleza, dan ánimo, briosidad y apartan á los hombres del ocio, alejándolos del crimen. Por el contrario, cuando el ansia del oro introduce el agiotaje y el monopolio en una sociedad, esta se pierde cuando mas parece que prospera. Porque la industria se abandona por ser los otros medios mas sencillos para hacer mas pronta y mayor ganancia: pues están reducidos á sacar el dinero del bolsillo de muchos, y guardarlo en el de unos pocos. Esta especulacion que es la que mas gusta, es la que mas se pega, y mas se generaliza. Por consiguiente, cada cual trata de ejercitarla hasta donde puede, como puede, y en donde puede. De esto resulta, que la industria y el trabajo se hace odioso, de lo que huyen todos. Y aqui como dedicados á engafiarse los mismos que viven juntos, se estafan unos á otros, y de fuera vienen otros que estafan á todos los de dentro. Y cuando ya están perdidos estos, y quieren volver á la industria, ni la encuentran, ni tampoco tienen fuerzas para usar de ella. Entonces se paran á mirar, y sus ojos no ven mas que miseria por todas partes. Los que han sacado alguna ganancia por tan infames medios, viendo que la miseria rodea sus magníficos palacios, y và creciendo por momentos la calamidad, tiemblan por la pérdida de las riquezas que guardan, y se acongojan porque no pueden ó no encuentran donde sacar mas.

Y es tan cierto lo que dice el Sr. D. Eleuterio, que es preci-

samente lo que en el día se está viendo, dijo un arriero que era bastante instruido en su clase. El cultivo de los campos se abandona, porque unos se meten á contrabandistas, otros á cavilas, y si vale decir verdad, los mismos del gobierno no satisfechos con los sueldos y pensiones que tienen, se hacen monopolistas. En mi pueblo hay un caballero preso por lo que voy á contar.

Se trató de componer el puente de Badajoz, y el tal caballero que con su aplicacion se habia hecho un consumado ingeniero, y que por esta razon habia calculado lo que podia costar la compostura, ofreciendo el darlo compuesto por lo que calculó, acogió sus proposiciones la Ciudad poniendo la obra del puente en sus manos. Este fué un motivo para que los manipulantes de la provincia como el General, su Secretario, el Intendente, &c. &c. viendo que el tal caballero les iba á perjudicar en sus manejos, fingiesen una conspiracion contra el estado suponiendo estar en ella el tal caballero: con esta infamia le prendieron, y formándole causa, no solo han conseguido su intento que es el de sacar á la provincia para meter en sus bolsillos cuatrocientos ó quinientos mil rs. con el pretesto de gobernar el puente, que no solo ha quedado como estaba, sino que han derretido tambien el capitalito de aquel pobre caballero, despues de estarle haciendo sufrir las vejaciones de una prision.

No hay duda señores, dijo Eleuterio, esta pasion de riquezas que llega á convertirse en epidemia, es la misma que impele á los ladrones para salir á robar en los caminos. Hacer bolsillo á poco trabajo con abandono del cultivo y la industria, es la táctica que mas generalmente se ha adoptado. Y esta es la causa de haber tantos monopolistas que ansiosos de aprovecharse de las calamidades de sus conciudadanos, son los verdaderos autores de su miseria. Por esta razon, el comercio no es lo que debia ser; porque el negociante que en relacion con su propio pais, es el agente y proveedor del labrador, trastornando este orden cambiaba no lo sobrante con lo que el terreno de su pais no produce, sino materias muy ricas con fruslerías que cuestan bien caras al individuo y á la nacion, en la que se hace un comercio tan perjudicial. La pasion desordenada de enriquecerse, apaga en el comerciante el fuego patriótico siempre que se presenta alguna ventaja, aunque sea haciendo el comercio mas contrario á los

intereses de la nacion. Esta misma pasion es la que produce tantos contrabandistas, que no solo fomentan las pasiones de los individuos de una nacion con los objetos que aquellos introducen, irritan su vanidad, y escitan sus locuras y caprichos, sino que ademas introducen la ociosidad y con esta, otros vicios demasiadamente conocidos por desgracia en la sociedad. ¡Pero que extraño que abunde el contrabando tanto, si hay compañías de seguros para la introduccion de él en Madrid, y demás pueblos del Reino! Mil rs. cuesta la introduccion en Madrid de cada carga de géneros finos extranjeros. De este modo, Señores, es como se entorpece la industria, y se abandona el cultivo, sin el que ninguna nacion puede ser rica, poderosa ni feliz. Pues las riquezas que entran en una nacion por otros medios que el de un justo comercio, y el de un cultivo floreciente, son como los torrentes y avenidas que destruyen los terrenos por donde pasan, dejando seca la madre que formaron con tanta violencia y estrépito. Y de esta inundacion, no se libran los monopolistas, y factores que han roto los diques; porque los primeros son robados á su vez por el extranjero, y los segundos se hallan espuestos á ser abandonados al punto que las naciones extranjeras hallen mas ventaja en servirse de otros comisionados ó agentes para hacer su comercio en otra parte.

Yo conocí á un jugador, dijo un arriero, que á los novatones los engolosinaba dejándoles ganar al principio; y cuando conocía que ya estaban viciados en el juego, entonces les ganaba cuanto tenían. No paraba en esto solo su engaño, sino que daba dinero á estos para que viciasen á otros; y de este modo consiguió pelar á todos. Porque los primeros ganaban ó robaban á los segundos; y luego el principal jugador robaba á los primeros el dinero que les habia dado, y el que habian ganado á los segundos. Este juego es muy parecido á lo que V. Sr. D. Eleuterio ha referido; y á mi modo rústico de comprehender las cosas, la comparacion no me parece que deja de estar esacta. Yo no tengo tiempo para leer gacetas; sin embargo, mi aficion á leer me hace que las lea alguna que otra vez; y me acuerdo que en una que leí, señalaba un Rey á sus embajadores que se yo, cuantos millones para hacer esta especie de juego. De lo que yo infiero, que los extranjeros juegan con nosotros.

No discurre V. muy mal, amigo; dijo Eleuterio. Mas ya parece que se trata de cenar, y podemos aprocsimarnos á la mesa.

Lo hicieron asi; y estando cenando en donde habia otras varias personas, y entre estas un criado del caballero que habia venido en el coche, á quien como fuese preguntado ¿que padecía su amo? Contestó, que una grande melancolía producida por la pérdida de un pleito que habia seguido con otro caballero sobre un mayorazgo, que à no haberlo perdido, habria sido el hombre mas poderoso con los muchos y buenos que ya poseia. No muy bien hubo dicho esto el criado ó ayuda de cámara del caballero, cuando otra de las personas que alli estaban, se puso inmediatamente en pié, y dando un fuerte golpe sobre la mesa, dijo con una fuerza de pulmon que atronó toda la posada "— *eso no, eso no*: ninguno mas poderoso que yo, si á no haberme temido los hombres, no me hubiesen encerrado; y cualquiera que diga que otro ha podido ser mas rico que yo, es un mentiroso, es un bellaco, que me las habré con él, sino se desdice, y me dá una completa satisfaccion.

El criado del caballero que se sintió injuriado con tales palabras y denuestos el cual tenia un genio que no sufría pulgas, alzó su menbrudo brazo, y dejándole caer con gran violencia, dió una fuerte puñada al que le habia insultado de aquel modo. Entonces el otro que le habia ofendido, cogió una silla, y con furia la quebró en las costillas del criado del caballero; quien mas irritado con esto, tiró otra à aquel abriéndole una gran brecha en la cabeza. Todos los circunstantes dejaron la cena para mediar en aquella pendencia. Pero el herido mas ciego, y como un furioso echando espumarajos por la boca arremetía, y con todo lo que podia coger, tiraba ya á unos ya á otros, dando gritos como un loco. La posada se alborotó, acudió gente, y á fuerza de hombres y de sogas sujetaron al furioso.

Ya le tenian atado, y trataban de llevarle á la justicia, cuando llegó el que caminaba en su compañía, que estaba fuera por el pueblo comprando comestibles. Cuando vió que á su compañero le tenian atado, adivinó luego lo que podia ser. Le contaron lo que habia sucedido, y él refirió la locura de aquel hombre diciendo. Que era una persona muy bien acomodada; pero que habiéndose empeñado en ser el mas rico de España, se le habia

trastornado el juicio pensando siempre en los medios de hacerse con las riquezas de todos. Que pasando años sin curar de su locura, y teniendo muchos dias de furia, su familia se habia visto en necesidad de encerrarlo en la casa de locos de Sevilla. Que en esta habia estado cuatro años; al cabo de los que dándole por sano los facultativos, escribieron à sus parientes para que fueran á entregarse de él. Me comisionaron á mi para este efecto, y aseguro á VV. Señores que puedo decir con verdad no haber observado despropósito ni señal alguna de locura en este hombre en los diez dias que hace ya está en mi compañía. Todo lo contrario, en las conversaciones que hemos tenido, ha hablado siempre muy apropósito y concertadamente.

Le creemos á V., dijo Eleuterio, y no es el primer loco á quien los médicos han dado por sano. Tal fué la respuesta de un loco á quien un médico daba por libre de su locura, en la cual afirmaba que era el Padre Eterno: pasó por delante de la jaula donde otro loco estaba, que se tenia por el hijo de Dios que habia venido al mundo; y el loco á quien daban ya por sano, se sonrió, y muy compadecido de la locura del otro, dijo= ¡ Pobrecito ! ¡ que disparate se le metió en la cabeza ! Dice que es el hijo de Dios; y yo que soy el Padre Eterno no me acuerdo de haber enviado jamás al mundo tal hijo= Al instante aseguraron otra vez al loco que salia y daban por sano, le volvieron á encerrar. Asi lo mejor es que V. haga lo mismo con ese pobre hombre, volviéndole á la casa de locos de Sevilla de donde ha salido; pues su locura no está curada.

No hay otro remedio, dijo el comisionado que iba encargado del loco, y por esta noche tendrá que estar atado y encerrado, hasta que mañana disponga el modo de volverlo con seguridad á Sevilla.

CAPITULO 20.

El Zeloso, y las Supersticiosas.

Se encerró al loco, de quien se habló en el capítulo anterior: mas no por esto durmieron con tranquilidad los que en el meson estaban. Hay varios géneros de locura en el mundo; y una de ellas es la aprehension ó la enfermedad que en la imaginacion causan las preocupaciones. Porque una persona preocupada ó supersticiosa es un verdadero enfermo. Así como es otro género de locura la que los zelos causan; y locura temible por el furor que trae consigo.

Es el caso, que la muger del mesonero tenia la aprehension que se la presentaban por la noche algunos de los huéspedes que en su posada habia tenido, y que ya eran muertos. No sabemos con que motivo se la presentarían: tal vez sería, como luego se dirá en boca de su criada, para que por sus almas mandase decir algunas misas en compensacion de lo mucho que se habría cobrado mas de lo justo por el hospedaje de aquellos en el tiempo que vivían, y habian hospedado en su casa. Lo cierto es que ella andaba inquieta y muy desazonada con la aparicion de los que eran ya huéspedes en el otro mundo: y que cuando estos se le aparecian, empezaba á dar gritos como una loca. Y aquella noche que en su meson se hospedaba un loco, y el caballero que moría de pesadumbre por el pleito que habia perdido, segun se ha referido en el anterior capítulo, fué una de las noches que mas loca estuvo, y mas alborotó.

Ya fuese efecto de que aquella noche hacía ocho que habia muerto su primer marido, ya porque se afectase, aunque menester es mucho para afectarse una mesonera, con los tristes quejidos del caballero que en toda la noche dejó de suspirar, y que

por la analogía que estos lamentos tenían con las almas en pena, la imaginacion de aquella tomase vuelo en la region de las fantasmas; el resultado fué que á la hora de haberse todos los huéspedes recogido, y estar en el primer sueño, salió de su cuarto la mesonera dando gritos corriendo de una parte para otra huyendo de su propia sombra, y haciéndose cruces con ambas manos con ligereza tanta que parecía que un enjambre de abispas tenía en la cara segun la prisa con que se sacudía. La luz lúgubre de la lámpara mugrienta que colgaba en el zaguan de la posada y que tanto imitaba á un moribundo, contribuia mucho á los estravios de la agitada imaginacion de la mesonera. Porque la imaginacion de los supersticiosos y tímidos, calidades que suelen andar juntas, á la escasa luz las sombras se aumentan, y figuran objetos espantables que se representan en la imaginacion como si fuesen reales y existentes. El pavor desordena entonces el movimiento de los espíritus, de tal suerte, que si el miedo es excesivo, se perturba la fantasía en términos que no solo parece que se ven las imágenes estrañas y horribles que como errantes se presentan á los ojos, sino que los oídos, ó la imaginacion por ellos participa de este mismo engaño, creyendo que oye articuladas voces.

Esto era lo que pasaba en la cabeza de la mesonera; y es lo que pasa á todas las personas crédulas y supersticiosas, que por desgracia son tantas y tantas, y lo peor de todo lo poco que procuran de salir de sus errores por medio de una lectura sana y verídica. Esta supersticion es un mal grave, nacido del gentilismo; mal que la religion cristiana, enemiga irreconciliable de toda supersticion, ha desterrado en parte: si bien la mucha ignorancia de sus servidores no ha dejado de fomentarla por otros medios, y producir otras supersticiones muy parecidas. La creencia de que los espíritus se aparecen, es muy antigua y muy general en todo el mundo: y esta creencia ha tenido siempre su origen en la ignorancia y en el interés de los sacerdotes idólatras, que tanto otros de su clase han imitado despues. Los antiguos idólatras abundaron mucho en estas patrañas. Basta ver á Tito Libio que con ser escritor sin duda admirable y discreto, fué tan tonto y crédulo en esta materia de prodigios y apariciones de almas, que toda su historia la atestó con narraciones de

estos embustes. Y no menos crédulo lo fueron otros historiadores. En Herodoto se lee el espíritu, que apareciéndose á Xerxes, le aconsejó la guerra de Grecia; en otros autores griegos las sombras errantes, que hacian inaccesible el campo Marathonio, despues del horrendo estrago que en él padecieron los Persas: en Plutarco, la muger en traje de furia, que vió Dion Siracusano: y el mal genio que se apareció á Bruto la noche antecedente á la batalla Filipica: en Suetonio, las fantasmas del palacio que habitó Calígula, despues de muerto este emperador: en Plinio el Junior, la sombra agigantada, que infestando una casa de Atenas, la hizo inhabitable, hasta que el atrevido Athenodoro, entrando en ella, ahuyentó la fantasma.

Y para que se vea cuan general es esta supersticion, esta creencia de la aparicion de las almas, que en la Australia se cree en las almas por la influencia de sueños, hechizos y sortilegios; y los Australianos atribuyen á estas influencias perniciosas casi todas sus enfermedades; y no se atreven á pronunciar en un determinado transcurso de tiempo el nombre de un difunto despues de su muerte, por temor de provocar por semejante acto la aparicion de su *quoit* (alma); y como pueda suceder muy bien que dos individuos tengan el mismo nombre, el homonimo debe trocar el suyo por otro mientras dura el tiempo de la interdiccion. En Heiou, isla de Archipiélago Pomotou se cree que las almas visitan de cuando en cuando el terreno donde yacen los muertos; y por esta razon tienen la costumbre de depositar en aquel sitio agua y viveres para su uso. En el Archipiélago Salomon los salvajes que le habitan, creen que los hombres despues de su muerte suben al cielo, y bajan á la tierra de vez en cuando para visitar á sus antiguos amigos; y las almas de los tales difuntos hacen estos viajes de noche para anunciar las noticias buenas ó malas, y designan los mejores puntos para la pesca.

Pero volviendo á la mesonera de Fuente de Cantos, que ya la ibamos dejando abandonada en el mayor apuro, no fué sola su locura la que alteró el sosiego de los huéspedes que dormian con el mejor sueño descansando de los trabajos del dia. El marido de aquella que tambien padecía otro genero de locura, y locura grande, que consistía en que era zeloso en extremo: ad-

virtiendo que estaba recién casado, y con esto se explica aquel dicho de que los zelos son efecto de mucho amor, por cuanto que nunca falta en los recién casados siquiera en el primer día, aunque luego se desprecien y arañen.

Juan Espárrago que así se llamaba el marido de la mesonera, no sabemos si por lo seco que era, ó por ser el verdadero apellido de sus padres, despertando á los gritos de su muger, y no encontrándola en la cama, ni en el cuarto donde dormían, salió en su busca; y como la hallase en el zaguan, en camisa, y entre las camas de los huéspedes acurrucada, se asustó, no de miedo que tuviera de las fantasmas que se aparecian á su muger, sino de las cosas que los zelos en su imaginacion pintaban tan á lo vivo, porque el zeloso es á veces un niño que se asusta de los monstruos figurados en las tinieblas por su imaginacion. Espárrago que vió de aquel modo á su muger Rita Criadilla que así se llamaba esta, concibió de pronto contra ella las sospechas mas fuertes que los zelos, causando un volcan en su pecho revolviendo la bilis que hirviendo subia á ahogarle, y á encender sus ojos. Irritado y ciego de cólera no veia ya en su Rita Criadilla la redondéz del cuerpo de esta que parecía un rollo de calicanto ni el color de tierra de las carnes de su muger que tanto le ilusionaba; no veia mas que una muger infiel, la mas horrible criatura. Porque con la misma facilidad que el amor se enciende, los zelos lo apagan: y entonces sucede, que hasta lo mas hermoso aparece feo para el que padece los zelos.

La Criadilla iba á ser ahogada por su marido Espárrago á no haberse interpuesto Tecla Chaparro, criada que servía de muy antiguo en el meson, y que impidió con su mediacion y maña que su ama fuese víctima del furor de Espárrago. Detente, dirijiéndose á este y separándole con las manos de corteza de encina, le dijo luego que su cuerpo de alcornoque se puso en medio: tu muger Criadilla no te es infiel; si te dejó dormido en cama, y tu la has encontrado en este sitio, en esta forma, y entre estos hombres no es á ellos á quienes ha venido á buscar; las almas del otro mundo han traído á tu muger á este lugar.

¿Las almas del otro mundo han sacado á mi muger de la cama?... ¿qué dices?... Preguntó Espárrago atónito y asombrado, á Tecla Chaparro.

Yo te lo diré, Espárrago, no me interrumpas, dejame que concluya, escucha y presta atencion= Y Chaparro continuó diciendo= Tu antecesor Juan Retama, marido que fué primero que tu de Criadilla, y que Dios tenga en su santa gloria por los siglos de los siglos amen, se ha aparecido algunas veces á Criadilla; y cuando se aparece, es siempre por las noches, y por lo regular suele presentarse á Criadilla su muger cuando esta entra en el pajal, aunque alguna vez suele tambien presentarse en el mismo cuarto que dormiis,

¿Y con que fin se aparece Juan Retama? ¿que trae à este mundo? ¿que quiere ó que hace con mi muger cuando se la aparece? Cuéntamelo pronto, que quiero saberlo todo.

Sino te sosiegas, y no me escuchas con calma, no te contaré mas; y te dejaré abrasar en tus rabiosos zelos, que si antes los tenias de los vivos, veo ahora que tambien los tienes de los muertos. Si Juan Retama viene á este mundo, y visita á tu muger, no es para el fin que tu piensas; y aun cuando viniese con tal fin, derechos tenia para escisir lo que pidiera; porque primero fué Criadilla de él que lo fuese tuya; y si la dejó ausentándose de este mundo, lo hizo contra toda su voluntad, pues el no quería morir; y así es que la dejó por acá con ánimo de volver por ella el dia de la resurreccion de los muertos, conservando siempre el derecho que sobre ella había adquirido para repetir contra el que la poseyese. A mas que no es solo Juan Retama el que se aparece á tu muger; otras mas almas del otro mundo se la aparecen tambien.

Pero ¿que quieren todas esas almas que tan unidas andan y vienen á visitar á mi muger? ¿que puede esta hacer por ellas, ni en que puede servir las? Yo quiero que me lo espliques claro, y no me confundas mas de lo que estoy.

Te lo voy á explicar en muy pocas palabras, porque tengo compasion de tí considerando el estado lastimoso en que te tienen los zelos. Pero te advierto que si me vuelves á interrumpir, nada mas te diré aunque me mates.

Y Espárrago dando palabra á Tecla Chaparro de no interrumpirla en la esplicacion del motivo porque se aparecian las almas á Rita Criadilla, continuó diciendo= Las almas que se aparecen á Criadilla son aquellas de los que cuando vivian y caminaban

por este mundo, solían hospedarse en este meson: y lo que quieren y vienen ahora pidiendo que se las diga misas con el dinero que se las llevó de mas. Para esto es para lo que visitan á Criadilla; para que esta mande decir misas por aquellas, y de este modo quede compensada la deuda, porque todo lo que llevó mas de lo justo, es de aquellas almas, y deuda que debe á las mismas. Pues no porque hayan muerto se ha de dejar la deuda sin pagar: y si no se paga en vida, las almas la reclaman apareciéndose al deudor. Por esto dice el refran, *que no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague.*

Pero el alma de Juan Retama, continuó diciendo Chaparro, quiere otra cosa, y se aparece en la misma forma, y con el mismo vestido que usaba antes de morirse. Mas apesar de presentarse de este modo, y que toda su figura es la misma que tenia cuando estaba viviendo en este mundo, con la misma voz, y en toda su persona igual, no obstante ser esto asi, Criadilla con solo saber que viene su marido del otro mundo, es tanto lo que se asusta, que empieza á gritar y huye despavorida. Y con este miedo no dà lugar á que Juan Retama la declare cosas importantes que tiene que comunicarla; y no pudo hacerlo antes de morirse, por la prisa que le daba el que le estaba ayudando á morir, y voces que le aturdian. Cosas que yo en parte sé de algunas de mucho antes que Retama pensase en hacer un viaje tan largo. Una de ellas, y que estoy muy cierta debe declarar, es el sitio donde està un cántaro de onzas, que yo sé dejó enterrado, aunque ignoro el lugar: y que no será posible dar con él, si Retama no lo declara. Por lo que, en vez de enfadarse con Criadilla y quererla pegar por haberla encontrado de esta manera fuera de su cuarto, se debe mas bien animarla é infundirla valor para que espere á Retama, y no huya de él cuando se presente. Este es él único medio posible de descubrir un tesoro que puede hacer la felicidad de cualquier dichoso que tenga la fortuna de encontrarlo.

Y Criadilla debe buscar á Retama si posible fuera en el otro mundo, aunque pasase por la pena de morirse para hacer este viaje; dijo Espárrago, que con la golosina del cántaro de onzas se endulzó rápidamente su carácter convirtiéndose el furor de sus zelos en almivaradas esperanzas de encontrar el tesoro que su

antecesor Retama habia dejado enterrado. Y quedó tan otro, que si los zelos antes le ahogaban por haber encontrado á su muger en camisa fuera del cuarto y entre las camas de los huéspedes, con la esplicacion que hizo la criada Chaparro se reia luego de alegria, y ya quisiera que su muger Criadilla saliese al instante en busca de Retama, aunque fuese encueros, y anduviera buscándole entre las camas de un cuartel. No hay como una criada diestra para estos casos, por ser la mejor mediadora: y en todos es el mejor conciliador el oro, por ser el mas poderoso mágico que transforma á los zelosos en humildes siervos.

Con las oportunas esplicaciones de la criada, que ya fuesen hechas á propósito y con estudio para sosegar á su amo, ó ya porque supersticiosa creyese lo mismo que decia, el resultado fué, que conjuró una tempestad que habria causado muchos daños en toda la posada, si la nube hubiese llegado á descargar; y que Eleuterio preveyéndolos, se preparaba á evitar los que á él pudieran tocarle, ya que no pudo evitar que Espárrago al salir en busca de Criadilla, pisotease la cabeza de aquel con la impetuosidad que salió del cuarto.

¡Cuantos males traen los zelos, cuantos causan las supersticiones! Pero ya que aquellos no se pueden desterrar absolutamente, por ser pasiones naturales en todos los hombres, estirpense las supersticiones dando á los pueblos la instruccion que conviene, y que tan necesaria es para el buen orden y adelantamiento de la sociedad. El miedo mantiene las supersticiones: arránquese el miedo que los interesados en mantenerlas han procurado causar en las personas crédulas con patrañas y cuentos, y las supersticiones desaparecerán. Y el modo mas ventajoso es cortar el mal en su propia raiz. Hacer lo que hizo Pomare 2º Rey de Taití.

Pomare 2º á su regreso al reino, viendo que ecsistian los elementos necesarios para una gran peripecia religiosa, decidió consagrar por medio de un acto público su adhesion oficial al culto evangélico; y con este acto y de una vez desterrar la idolatría y desvanecer las supersticiones tan arraigadas en las cabezas de los Taitíos por el miedo que tenían de tocar á sus ídolos, y faltar á lo que respecto á las cosas de estos, los Sacerdotes habian hecho concebir á aquellos. Cierta dia ofrecieron á

Pomare 2.^o una tortuga, animal esencialmente tabou, ó sagrado entre los Taitíos, y que no podia prepararse mas que en el recinto del morai, sacando la parte que correspondia al Dios oro. En vez de aguardar la consumacion de la ceremonia habitual, ordenó Pomare cocer el animal al horno como las carnes ordinarias, y se lo ofrecieron inmediatamente sin reservar nada para el ídolo. Este mandato escitó un gran rumor y escándalo entre la servidumbre del palacio y los sacerdotes del templo. No dudaban ver al Rey herido del rayo por tan espantosa violacion del tabou, ó almenos ahogado por la tortuga que engullía con tanto sacrilegio. Nada de esto sin embargo ocurrió, segun puede presumirse: el banquete tuvo lugar con mucha tranquilidad, sin que la tortuga fuese por esto menos sabrosa ni menos saludable. En cuanto Pomare hubo consumado esta notable violacion de las antiguas adoraciones, se levantó y arengó al pueblo. = Ya veis, le dijo, lo que son los dioses de vuestra fantasía; ni buenos ni malos; impotentes asi para auxiliaros como para perjudicaros. Haced como yo hago, y nadie tendrá que arrepentirse = Muchos efectivamente imitaron su ejemplo: el nuevo culto, bueno y consolador, no ofrecía ninguna de aquellas sangrientas espia-ciones á que el pueblo estaba adicto mas que por simpatía por temor. Habituóse poco á poco á tener menos fé en el poder de tan misteriosos ídolos; los temió menos; llegó á despreciarlos, y todo se concluyó. Y para añadir mas influencia á los medios de conversion al nuevo culto, quiso Pomare desnudar á los viejos ídolos del prestigio de respeto y de poderío de que aun estaban revestidos, y les insultó de un modo tan brutal y tan público, que cada uno se halló curado del miedo que le inspiraban. Para esto envió algunos guerreros escojidos á Tautira, donde se encontraba á la sazón la famosa estatua de oro, y en virtud de las órdenes recibidas penetraron aquellas tropas en el morai, y en presencia de los Sacerdotes del ídolo, y de los adoradores escandalizados, destruyeron los soldados los altares, pillaron las ofrendas y los sagrados retretes, derribaron el ídolo, lo decapitaron, que era un pedazo de casuarina groseramente esculpido, y depositaron su cabeza á las plantas de Pomare. Al principio afectó este servirse de ella para los usos mas bajos, tales, como tajo de cocina, y en seguida la arrojó al fuego. Esta ejecucion,

realizada públicamente sin que el Dios pudiese vengarse; fué la señal de un auto de fé universal para todos los morales y todos los ídolos de la Isla. La idolatría no ecsistía ya en Taiti, y en breve fué estirpada de las islas vecinas, que siguieron el ejemplo de la metropoli; y en el espacio de seis meses desaparecieron del Archipiélago los templos y los dioses falsos.

Las supersticiones hacen á los hombres idólatras, y los aleja del conocimiento del verdadero Dios. Por lo mismo, los ministros de la religion deben ser los mas interesados en que desaparezcan aquellas, y los que mas deben trabajar porque la religion aparezca siempre pura, limpia, sin mancha alguna de idolatría, que la verdad sola con toda su propia claridad alumbre y dirija á los hombres por el sendero de la santa virtud, sin necesidad de añadir embustes y patrañas que solo sirven para aterrorizar, pero no para convencer, é inspirar amor.



CAPITULO 24.

Refiérese el susto que tuvieron unos acarreadores de granos con ocasion de un peregrino: y se cuenta la historia particular de este mismo.

Como á dos leguas de Villafranca de los Barros, junto á un sitio que llaman las bodegas, sesteaban bajo de un grande y copado olivo, dos hombres que con cinco jumentos conducian trigo. Inmediato á estos, Eleuterio con sus compañeros de viaje hicieron parada, y á la sombra de otro árbol se pusieron á comer. Y cuando estaban en la última vuelta de la bota, sucedió el caso mas raro que puede el lector imaginar y fué el siguiente.

Uno de los hombres que á la sombra del olivo sesteaban, levantándose de pronto y echando á correr, se metió en medio del rancho que hacian Eleuterio y los arrieros, é hincándose de rodillas con las manos cruzadas, y todo temblando, escupiendo como si hubiese mascado hiel, decia= *Señor perdonarme, tener misericordia de mi*= El otro que despertó al tiempo de levantarse su compañero, vino corriendo y dando chillidos tras de él, y escondiéndose detrás de los arrieros, sacaba los brazos, y haciendo cruces con los dedos pulgar é índice de ámbas manos, se puso á rezar tan desconcertadamente que el padre nuestro, el ave maria, la salve, el credo, y la letania, todo lo rezaba á un tiempo, porque de cada una de estas oraciones espresaba una palabra enlazándolas unas con otras de tal manera, que si se hubiesen

ido escribiendo conforme él las decía, habría resultado una nueva oracion sacada de todas las otras que el quería rezar.

Eleuterio y los arrieros sorprendidos con estos entremeses, y sin saber la causa, se quedaron como quien vé visiones. Ya por último Eleuterio preguntó al que estaba de rodillas ¿qué motivaba aquella huida, y qué significaban aquellas gerigonzas, aquella postura, aquel rezar, y en fin que les habia sucedido que tan asustados y devotos estaban?

—A lo cual contestó, que el cielo le castigaba, y él sentía el azote.==

— Pues que ha hecho V., volvió á preguntar Eleuterio, para que el cielo le castigue, y cual es la pena con que le castiga?==

—Yo señor, dijo el hombre, tengo una lengua muy sacrílega; y hoy desde que salí de la posada hasta que me heché á dormir, no he cesado de maldecir y blasfemar. Estando durmiendo la siesta, desperté al gusto de orines rancios que sentí caer en mi boca; y como caian de arriba no me ha quedado duda que son aguas vertidas del infierno, con las que Dios quiere castigarme corrompiendo mi descomunal lengua con unas aguas tan infestas; y he aquí la razon porque he venido huyendo á acogerme entre VV., para que con sus oraciones templen la ira del Señor, y pidan me perdone.==

—No he oido otra, dijo Eleuterio, que el cielo castigue con orines corrompidos: vaya, cuanto mas uno viva, mas tiene que oír y ver: yo estaba creido que en el cielo habia mas policia, y que allí la gente no orinaba.==

—Parece que V. no lo quiere creer, dijo el hombre, y que se chancea: pues aplique V. las narices á mi boca y se convencerá que lo que yo he dicho es verdad.==

—No es necesaria la prueba: y mas creo yo que huele á olla podrida (era muy chato el penitente y le olia el aliento á larga distancia) porque antes que V. llegase aquí, dijo Eleuterio, ya á mis narices habia llegado el mal olor: y ahora que está V. mas cerca, no lo pueden resistir; por lo que le suplico se retire un poco, y se tape la boca.==

—¡Ah señor! ojalá yo no la hubiese abierto nunca, no me castigaría ahora el cielo tan cochinemente.==

—Es V. un simplon, dijo Eleuterio, y no sabe lo que se dice.

Dios no necesita de esos castigos, ni anda de aquí para allí como un ejecutor castigando á este y al otro, y mucho menos con penas tan indecentes. Dios lo ordenó todo maravillosamente, y dispuso todas las cosas con tanta sabiduría, que la pena vá naturalmente unida al delito, y no puede haber delito que quede impune; porque al tiempo oportuno se siente la pena, y tal vez cuando menos se esperaba, pero que llega cuando conviene. Y por eso se dice que *no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague* = La simplicidad de V. y las preocupaciones en que se habrá criado, le disculpan del error en que está. Yo no dudo que en su boca se hallan orinado, tal vez algun compañero para chasquearle.

Eso no señor, salió diciendo el otro compañero que continuaba con las manos haciendo cruces, eso que V. dice no puede ser de ninguna manera, porque estábamos los dos solos, y yo no me he orinado en la boca de mi compañero, porque estaba tan dormido ó mas que él. Lo que yo pienso es, que sino es el demonio, es algun brujo el que ha orinado.

=Este si que es otro tal que baila, dijo Eleuterio y le preguntó ¿pues en que se funda V. para decir que es demonio ó brujo? =

=Me fundo, dijo el hombre, en que al tiempo que yo desperté al ruido que hizo mi compañero cuando se levantó, me quedé como estaba echado panza arriba, y entonces fué cuando ví que entre las ramas del olivo estaba una figura de la corpulencia de un hombre con barbas largas, y vestido todo de negro. Yo que ví aquella figura, y que mi compañero corria dando gritos, me llené de miedo, y sin esperar á mas, me levanté corriendo, y hé llegado aquí todo asustado, como VV. han visto siguiendo á mi compañero. =

=Esta es aventura graciosa, dijo Eleuterio á los arrieros; y mejor será que vayamos al sitio, y veamos lo que estos hombres no han podido ver por estar dormidos. Pero hemos de ir armados, porque me parece que algun picaro se ha subido al olivo para amedrentar á estos simples, y robarles burlándose de su simplicidad. =

=Señor, dijo uno de los asustados, yo pienso que sería mucho mejor avisar á Villafranca para que el cura ó algun eclesiástico á quien encargase, vinieran á conjurar á este diablo ó brujo,

no sea cosa que todos quedemos embrujados si nos acercamos donde aquel está. —

Calle, replicó Eleuterio no diga disparates creyendo en brujerías. Eso de brujas son cuentos de viejas supersticiosas ó mugeres mal intencionadas. Si tiene miedo de que le embrujen, quédese muy enhorabuena; y sino tiene valor para pelear con otro hombre igual, no venga, que nosotros bastamos.

Entonces Eleuterio y los arrieros cogiendo las escopetas se dirigieron al sitio donde estaba el supuesto diablo ó brujo, y cuando ya se aprocsimaron á las cargas del trigo, vieron sentado con mucha calma en un costal á un peregrino que los saludó levantándose luego que llegaron á él. Eleuterio le contestó con igual cortesía, y en seguida le preguntó ¿quien era, si hacia mucho tiempo que estaba en aquel sitio, y si habia visto en él alguna persona mas?

Yo, dijo, como VV. ven, soy un peregrino; llegué fatigado del camino haré como tres horas, y habiendo comido del pobre repuesto que traigo en este zurrón, me subí á este olivo á dormir la siesta, á que estoy acostumbrado hacer en los árboles, porque la necesidad me obliga las mas de las veces á dormir en el campo: por cuya razon, para dormir con mas sosiego, y sin el cuidado de que me dañen algunos animales, traigo conmigo esta red que VV. ven en mi hombro, la que con cordeles que tiene en los extremos, los ato y aseguro en los brazos de los árboles, y hechando mis trapos en ella, hago una cama pobre, pero muy cómoda, y donde se duerme muy á gusto. Así lo hice como he dicho en este olivo, luego que comí. Me quedé dormido á muy poco, y tan profundamente que no sentí llegar estas cargas. Pero habiendo despertado por una necesidad natural que desde el mismo árbol empecé á hacer, ví que dos hombres uno tras de otro salieron corriendo tan despavoridamente que, aunque los llamé, ó no me oyeron, ó no quisieron contestar. Entonces yo recogí mi cama, bajé del árbol, y encontré enteramente abandonados estos bienes. Reflecionando sobre el caso, y haciendo mil cálculos si será esto, si será lo otro, he creído que los dueños de las cargas sin duda llegaron á sestear á este mismo sitio, no miraron al árbol, ó si miraron, no me vieron: y sin duda despertando luego con las aguas que

caian, me habrán visto, y teniéndome por algun facineroso se han huido. Considerando yo que irian à dar parte al pueblo, y que no tardaría la justicia en venir, he esperado, tanto para hacer ver el error que han padecido los pobres hombres que aquí estaban, como para guardar su hacienda que tan ligeramente habian abandonado. Y ahora por lo que veo, no me he equivocado; pues me parece que VV. los de las armas son la justicia, y los dos hombres que temblando y desemblantados se ocultan tras de VV. son los dueños de estas cargas. = En esto último, dijo Eleuterio, no se engaña V.; pero si se ha equivocado en cuanto á ser nosotros individuos de justicia.

Declaró Eleuterio quienes eran, contando lo que habia pasado, y no rieron poco á costa de los dos hombres, que apesar de su rusticidad, y por consiguiente de su poca aprehension, no dejaron de avergonzarse. Ya veis, dijo Eleuterio dirigiéndose á los dos rústicos, como vuestra fantasía alimentada con los engaños y quimeras forjadas por hombres interesados, os han hecho caer en un error que ha podido causar estravio en vuestra hacienda, á no haber sido por la generosidad de este peregrino á quien habeis tenido por brujo. Mas, no es pequeño el mal que estais sufriendo con tener vuestro espíritu sujeto á tantas supersticiones. Este daño que sentiis, es el verdadero castigo de vuestra culpable ignorancia, con la que tanto ofendeis al Ser Supremo creyendo en las mentiras y patrañas en que os meten hombres egoistas, á los que escuchais vosotros como oráculos, sin querer oir á otros que os dicen y manifiestan la verdad, y que dan pruebas de su recta intencion con una conducta desinteresada, y un trato sencillo y franco. Los hombres interesados en que prevalezcan estas y otras supersticiones, se sirven de ellas como de un talisman poderoso para estraviar vuestra imaginacion, apocar vuestro espíritu, esclavizar vuestro entendimiento, y aprovecharse de vuestra ignorancia. (1) Este ha sido

(1) En todas partes el interés ha producido estas suspercherías. En las Islas Tongas y en todos los grupos polinesios los sacerdotes de aquellas islas reciben inmensos dones y tienen la mas grande influencia sobre aquellas gentes, por la calidad que

el principio de los duendes, de las brujas, y de otras tonterías como estas. Después los mismos engañados han contribuido de buena fé á engañar á otros, y á que se haya estendido mas esta clase de supersticion. Digo que de buena fé han contribuido á engañar á otros, porque preocupados con tales ideas ha llegado á depravarse su mente en términos de creer, y hacer creer á

afectan poseer de mágicos é inspirados por el espíritu. Y cuando en virtud de estas inspiraciones tienen que adivinar sobre algun asunto de los muchos que se les consulta diariamente, es preciso preparar al mágico y adivino una gran comida. Porque en este estado de inspiracion, el sometido á la influencia del espíritu que le inspira, es al principio melancólico y sombrío; parece luchar contra una fuerza irresistible que quisiera vencer, hasta que vencido cede y habla con una voz sorda como forzado y violentado: y elevándose insensiblemente á paratismos convulsivos, agolpa sus palabras, las despidе vibrantes, y se coloca en una actitud de reto y de amenaza. Entonces comienza una especie de temblor epiléptico y nervioso; el sudor cae gota á gota de la frente del inspirado; su boca se agita en continuos tiros; sus dientes crujen, y sus labios ennegrecen. Su pecho jadea, su pulso es sofrenado, y llegaría á espirar sinó saliesen de sus párpados abundosas lágrimas. Esta expansion le alivia, se recobra de este acceso aterrador, y come en seguida á dos carrillos como cuatro hombres.

Estos Sacerdotes mágicos é inspirados son igualmente consultados sobre los enfermos que se pasean de capilla en capilla. Cuando un niño está moribundo, su madre lo lleva delante la casa del Sacerdote, acompañada de amigas y de parientes cuyo cuello vá adornado de hojas de *techi*, se acurruca en medio del círculo, y pide para el niño las palabras del exorcismo que debe arrojar la enfermedad. El Sacerdote las pronuncia y acepta en seguida algun presente, especie de remuneracion.

En las Islas Nitendi ó Santa Cruz, sus Sacerdotes ejercen la misma influencia sobre los naturales, valiéndose de iguales artimañas para adquirirla y sostenerla. Los supuestos inspirados gesticulan, rien, gritan y hablan como un verdadero espiritado. Y cuando los dones que se le presentan son pocos ó de poco valor, entonces soplan con mas fuerza, vociferan y echan espumarajos, en señal de que el espíritu le atormenta mas que nunca, en prueba de que la inspiracion es mayor, y por consiguiente de que la ofrenda debe ser tambien mayor.

los demas que hay efectivamente tales brujas, porque las tales personas se persuaden haberlas visto, y juran, y vuelven á jurar de que es cierto, cuando es lo verdadero que ellas mismas se engañan creyendo como realidad lo que es fantástico, y solo ilusion de su imaginacion estraviada que por la noche presenta aquella imágen de procesion de brujas, que queda convencida la tal persona que padece esta debilidad de cerebro, que ha visto efectivamente una procesion de brujas. Esto lo cuenta á otras tan preocupadas como ella, que lo creen como si lo hubiesen tambien visto, y aun añaden algunas circunstancias mas. En fin, este engaño le sostienen, y lo escriben hombres interesados en que se propague la preocupacion. Y lo peor es que se toleren, y no se castigue á tales hombres. ¿Por que cuantos robos, cuantas muertes, cuantas infamias se ocultan con las brujerías? Y con apariciones de angeles y de santos, cuantas veces se ha encubierto un comercio infame, y sacrilego?

Tambien ha contribuido mucho á mantener estas preocupaciones hasta en la clase de corbata limpia, el poco cultivo de las ciencias naturales, cuyo estudio por razones de una política tiránica ha estado poco menos que prohibido. Por lo que, algunos hombres con el auxilio de la física y de las matemáticas hicieron cosas que parecieron y pasaron por sobrenaturales. Y otros que con sutiles juegos de manos, pasan por hombres prodigiosos é inspirados siendo unos meros titiriteros.

Las hechiceras y brujas son aquellas mugeres que teniendo alguna malevolencia, ó enemistad con algun sujeto, le hacen daño con manzana ó cualquier otro manjar preparado con veneno que le dan, y recibe incautamente el sujeto que se deja engañar de las zalamerías y cariño artificioso que tan bien saben fingir esta clase de mugeres; y cuando no buscan ocasion, y discurren otro medio de dañar. Para hacer esto, cualquiera conocerá que no es necesario mendigar el poder del diablo, pues cualquiera mugerzuela mal intencionada y de perverso corazon puede usar de estas que llaman brujerías. Lo cierto es que ya son rarísimos los casos de brujería desde que la gente es menos crédula; así como los falsos milagros se han disminuido desde que hubo un poco de libertad para poder estudiar las ciencias naturales.

De milagros podemos nosotros, dijeron los arrieros, referir

el que pasó en Sevilla en el año de 1822, que estando nosotros en aquella ciudad, fuimos como otras muchas personas á ver, y con ánimo de coger un poco de habito del santo milagroso que era un fraile de S. Francisco que habian muerto segun se dijo luego; y por lo que se nos convirtió toda nuestra devocion en corage, asi que á vista de la multitud de gente que allí habia concurrido se descubrió la farándula del milagro. =

Yo tambien, dijo Eleuterio, aunque no lo presencié, me indignó el tal milagro cuando me lo refirieron personas verdaderamente religiosas; y que por lo mismo no podia menos de creerlas, por no caber en ellas una fábula de esta clase. Y si no fuera porque bastante hemos entretenido á estos pobres y sencillos hombres, vendría bien que le contásemos el milagro de Sevilla para que no creyesen tan supersticiosamente con ofensa de la misma Divinidad, y perjuicio de sus cabezas. De brujas y duendes, ya me parece que van con los ojos un poco abiertos, para no creer en tantas mentiras ¿es verdad señores? les preguntó Eleuterio. =

Si señor, contestaron, tanto que se nos ha quitado el miedo que teniamos, y respiramos mejor, y sin sentir peso en la cabeza que nos atolondraba. =

Asi debe ser, replicó Eleuterio, porque las preocupaciones están produciendo continuamente escrúpulos, y estos engendran malos humores que corroen los sesos, y las entrañas. Y V. buen peregrino habrá pasado su mal rato viéndonos venir tan armados y fuera de camino. Si no le es molesto, y gusta, puede venirse á nuestro rancho, y comerá con nosotros gaspacho muy rico que se vá á hacer antes de continuar la marcha, porque todavia falta mucho para llegar á Villafranca. =

Yo doy á VV. las gracias, contestó el peregrino, por la fineza, y agradezco infinito la voluntad con que la ofrecen. No me he asustado, porque estoy acostumbrado á mirar con serenidad los sucesos de este mundo. Tengo experimentado tanto que, la historia de mi vida es un enlace de cosas las mas estraordinarias. =

Mucho gustaría de oirla, dijo Eleuterio, y si posible es, os agradecería infinito que nos la contaseis =

No hay inconveniente, contestó el peregrino, y supuesto que

todos caminamos á Villafranca, iremos reunidos, y la contaré por el camino. =

Pues manos á la obra, dijo un arriero, y ayudemos á nuestros dos compañeros que con el susto no habrán quedado muy ágiles para cargar su trigo =

En pocos momentos estuvieron todos prontos, y llegando á donde estaban las otras cargas de los otros arrieros con quienes caminaba Eleuterio; mientras hacian el gaspacho, el peregrino dió principio á su historia del modo siguiente.

HISTORIA DEL PEREGRINO.

Yo, señores, no conozco á mis padres naturales. Solo sé decir que me crié en Navarra bajo la tutela de un labrador honrado y rico que me tuvo en lugar de hijo, porque él no los tenía. Este labrador me dió la primera educacion poniéndome en una escuela de primeras letras luego que tuve edad, de donde salí, en dos años que estuve, para estudiar latinidad con un preceptor que habia en el mismo pueblo, y en cuyo estudio hice tan rápidos progresos como habia hecho en las primeras letras. Por manera que, el buen labrador estaba conmigo loco de contento, y conociendo mi capacidad para las letras, no dudó que haría brillante carrera enviándome á una universidad. Un dia que estabamos solos los dos me descubrió su pensamiento, y me dijo = Ya experimentas querido Ricardo, que este es mi nombre, el cariño que te profeso, y el que te mereces por tu aplicacion y conducta. Por este camino conseguirás tu bienestar, y puesto que tienes tan bella disposicion para los estudios, pienso enviarte á Salamanca para que sigas una carrera que te haga hombre, y yo te ayudaré como he venido haciendo hasta el presente; y si tu sigues siendo hombre de bien y aprovechando en los estudios, cuando yo muera, te alegrarás de haber seguido el camino de la virtud, y de haber ocupado tan útilmente el tiempo, porque entonces te adoptaré

por hijo, y quedarás heredero de mis bienes. = ¿ Pues qué, pregunté yo con sorpresa, no es V. mi padre legítimo? = No hijo, me contestó con la mayor dulzura, no eres mio legítimo, ni natural. Pero el amor de un verdadero padre, no puede esceder al que yo te profeso. Mas ya es tiempo de que sepas la causa porque estás bajo mi tutela. Yo siento manifestartela, porque no quisiera contristarte. Pero conviene que la sepas; y confiado en tu mucho talento, y en tu alma grande, no puedo menos de decirte lo que vas á oír.

En mi casa de labor, segun relacion que me hizo el casero y su muger que hace mas de 40 años que me sirven y los tengo experimentados por personas buenas y verídicas, llamaron à media noche á la casa pidiendo hospitalidad un caballero y una señora que iban en un calesin. El casero conociendo por la finura de la voz que era persona bien criada la que llamaba, y oyendo que la señora se quejaba, no dudó fuese gente que habia perdido el camino, y padecido alguna avería. Por lo que se determinó á abrir, y luego que entraron en la casa, y vió que no se habia equivocado en cuanto á la calidad de las personas, se ofreció con alma y corazon á servirles en cuanto pudiese. El caballero, que tal vez no esperaría un recibimiento tan á sus deseos, y que en la ocasion mas crítica encontraba un hombre tan obsequioso y afable que con aire afectuoso de hospitalidad le recibia, lleno de gozo y abriendo el corazon á la confianza, empezó à indicarse con el casero diciéndole que si tenia muger, y era tan atenta y caritativa como su marido, sería la que mas sirviese en lo que por entonces mas necesitaba atendiendo al estado tan apurado en que se veia la señora que venia en su compañía = Muger tengo tan compasiva como buena esposa, contestó el casero = Y á poco de haberla llamado, que ya estaba recogida, bajó donde estaban los huéspedes, á quienes despues de haber saludado, preguntó en que podia serles útil, pues estaba pronta á complacerles = El caballero contestó, que en socorrer á aquella señora que veia reclinada en el banco sufriendo por vez primera los dolores de la que vá á ser madre = De nueve hijos lo he sido yo, caballero, replicó la casera, por lo que podeis considerar si tengo motivos para saber lo que son esos dolores, y los socorros que se deben á la muger que los pa-

dece. = ¡ Ah!... exclamó la señora, que no son solos estos los dolores que yo padezco!... y derramando lágrimas no cesaba de suspirar. = El caballero sentándose junto á la paciente, la empezó á consolar con las espresiones mas dulces y cariñosas, y con la mayor ternura la decía = No temas, hija, no des lugar á las cavilaciones, cierra la entrada á toda idea triste, animate, y aprovecha tu valor en las ocasiones. El cielo nos ha encaminado á buena parte: estas dos benéficas personas que aquí ves, serán los que cuiden y llenen á satisfaccion los oficios de padres del fruto de tus entrañas. No lo dudes querida, el corazon me predice que así lo harán, y yo les prometo recompensarlos con mi amistad, y con mi fortuna. = No debeis dudarlo, dijeron marido y muger, que ya conocian que lo que estabau viendo era un amor desgraciado, y por lo mismo mas enternecidos prometiendo un religioso silencio, repitieron con la misma afabilidad que antes sus ofertas. = Si habeis descansado, dijo la casera á la señora, subiremos á las habitaciones del piso segundo que son las mejores de la casa, donde se pondrà una cama para que os recojais, y esteis mas cómoda: y no os dé cuidado alguno, que mi marido y yo somos solos en esta casa; y nuestro amo que es un rico labrador, no vendrá ya á vernos hasta pasados veinte dias. Con estas noticias, y el favorable recibimiento que habian tenido, parecía que la señora respiraba mas tranquilamente, á lo que contribuía mucho el agrado y reflexiones del caballero, el que contemplandola mas serena, y que las cosas se iban disponiendo cual pudieran desearse, se veía en su semblante irse desvaneciendo rápidamente las opacas sombras de la tristeza, á la manera de las nubes espesas y oscuras que habiendo ocultado al Sol, se disipan repentinamente dejándole ver mas hermoso y radiante. Dispuesta la cama entró en ella la señora, y á muy poco los dolores se avivaron haciéndose mas fuertes y seguidos, tanto que, á las dos ó tres horas de haber llegado á la casa, era ya madre de un hermoso niño. Habiendo salido felizmente, y quedado bien, á las dos horas determinaron la marcha, y quedar al cuidado de la casera la criatura para que buscando inmediatamente un ama de leche la llevase á vivir con ella. La muger de mi casero se opuso á esta marcha tan repentina por lo peligroso que esto era para la señora; pero viendo que

esta era la que mas instaba, apesar que al separarse de su hijo manifestaba sufrir mas dolor que antes de darle á luz, conoció que tal vez seria mayor el peligro si se quedaba, y no volvió à oponerse mas. El caballero antes de partir, entregó un bolsillo de onzas al casero, y unas cifras, y le dijo= A tu cuidado y al de tu muger dejo mi hijo; sacrificio que hago, porque la necesidad me obliga por evitar daños mayores: marchó con el consuelo que así como habeis recibido y obsequiado á sus padres, así tambien tratareis al hijo: pero ahora no conviene ni á vosotros ni á nosotros que sepais cual es el nombre, apellido y clase de sus padres: cuando le bautizeis, le pondreis por nombre Recaredo: espero que á nadie revelareis lo que habeis visto: y estas cifras que os entrego, serán las señales para que à nadie entregueis el niño sino á aquella persona que os presente por contraseñas otras iguales á estas. Yo prometo recompensaros; y por ahora recibid un abrazo de amistad, hasta que el cielo determine que pueda libremente y sin peligro deciros quienes somos esta señora y yo. No perdieron tiempo mis caseros, y buscaron inmediatamente un ama de cria, que guardando el secreto que tanto habia encargado el caballero, pasó por madre del niño, y parienta de aquellos. La que te dió el pecho, murió à poco de tu haber salido de la lactancia; y mis caseros estuvieron á los umbrales de la muerte á resultas de unas calenturas tan malignas que causaron la muerte de muchos. No quedàndoles esperanza de vida, y creyéndose víctimas de la enfermedad que padecian, me llamaron un dia, y estando los tres solos me descubrieron tu misterioso nacimiento en los términos que has oido, y me entregaron el bolsillo de onzas y las cifras que ves aquí.=

Me enseñó entonces mi tutor las cifras estampadas en cartulina que aumentaron mas mi confusion, y volviendolas á guardar en la cartera de donde las habia sacado, continuó diciendo= Yo prometí à mis caseros guardar el mismo secreto; y como ya te habia cobrado cariño por las veces que te habia cogido en brazos cuando iba á la casa de campo, me encargué con muchísimo gusto de tu educacion, y ya hace once años te tengo en mi casa, no como pupilo, sino como si fueses realmente mi hijo. En todo este tiempo, ni antes que tu vinieses segun me han dicho los caseros, nadie se ha presentado con la contraseña de las ci-

fras. Por lo que estoy persuadido que tus padres aun no han podido verificar su himeneo, porque á haber muerto alguno de ellos, ya me parece lo hubiésemos sabido. Decidiéndote ahora á marchar á Salamanca, quedaré yo con el original de las cifras para si tus padres se presentan, ó algun encargado con la contraseña. Y tu que tienes tanta habilidad en la pluma, sacarás una copia que lleves, para si por casualidad pudieses descubrir los autores de tu ser. =

Ya pueden VV. considerar dijo el peregrino cual quedaría yo al oír esta declaracion. Fué para mi alma lo que el solano para las tiernas plantas, que las marchita. Pensando en la desgracia de mis padres y en la mía, abismado en un caos de tristes reflexiones, me quedé como pasmado con los ojos fijos en tierra sin hablar palabra. Por último, salí de esta enagenacion desahogando mi pecho con suspiros y lágrimas; abracé á mi tutor, ó mas bien á mi padre por el amor que me tenía y bien que me habia hecho y estaba haciendo, à quien prometí un cariño y obediencia toda filial. Y le dije que estaba pronto á partir para Salamanca ó donde él quisiese, apesar que entonces mas que nunca sentía separarme de su grata compañía por lo conmovido que mi corazon habia quedado con la declaracion que me acababa de hacer. = No será tan pronta tu partida, dijo, todavia pasará mas de un mes antes que llegue el dia de tu marcha: lo que te he indicado no ha sido mas que para prevenirte, y ver si convienes con mi pensamiento. = Solo un ingrato, le contesté, podrá desaprobarme: yo por reconocimiento, por obligacion, por mi propio interés debo seguir sus sanos consejos: y desde luego estoy pronto á marchar cuando V. disponga. = Pasó mes y medio, y llegó el dia de nuestra separacion, que para ambos fué bien triste. Cuatro años estuve en Salamanca, donde estudié tres años de filosofía y uno de leyes; sin dejar las horas que eran compatibles con este estudio, de emplearlas en el de humanidades como lengua inglesa, francesa y retórica. Al cabo de estos cuatro años se cansó la suerte de favorecerme, y arrugando su frente para mi, empezaron mis nuevas desgracias que referiré en el camino, y harán la segunda parte de mi historia. = Mucho siento, dijo Eleuterio, que se interrumpa; pero es muy justo que descanséis, y tomeis aliento merendando ahora con

nosotros. Ya tenian los arrieros hechos dos cuencos de gaspacho, y dividiéndose en dos corros, Eleuterio se sentó junto al peregrino, porque las desgracias unen por simpatía á los desgraciados. Todos merendaron en buena union, con gusto y alegría; pues en el campo parece que se acercan mas los hombres á la naturaleza, y que respirando otro aire, se disipan aquellos humores, y se dejan aquellos habitos que los aleja tanto de su madre. Cuando ya hubieron concluido de merendar, los arrieros cargaron sus machos, y puestos en camino, el peregrino continuó su historia del modo siguiente.

2.^a PARTE DE LA HISTORIA DEL PEREGRINO.

A los cuatro años de estar en Salamanca continuó el peregrino refiriendo su historia, recibí la noticia fatal que mi tutor, mi protector, mi padre estaba atacado de un accidente mortal. No me detuve en pensar lo que habia de hacer en aquel caso. Seguí los movimientos de mi corazon, y con toda prontitud me puse en Navarra. Entré en casa de mi segundo padre. Mas ¡oh Dios!... ¡que golpe tan tremendo para mi corazon!... Ya no ecsistia aquel! Y habiendo muerto intestado, sus parientes que no le conocian sino para heredarle, habian ya tomado posesion de todos sus bienes. Me recibieron con señales de disgusto, y aunque me hospedaron en su misma casa, por el bien parecer y que no hablasen las gentes, al tercer dia me dijeron que pensase en lo que debia de hacer; que ellos iban á vender las fincas todas, y volverse repartida que fuese la herencia, cada uno á su pueblo respectivo; y que por sus apuradas circunstancias no podian auxiliarme con cosa alguna; y acababan de coger una pingüe herencia. Esto fué políticamente echarme á la calle, y decirme que yo nada tenia ya que hacer alli, ni que esperar. No aguardé á que repitiesen la misma frase, ó buscasen otra igual en el cajon

de la política. Les ahorré este trabajo despidiéndome de ellos en aquel mismo día que manifestaron su mala voluntad. No saqué nada de aquella casa que abandonaba con lágrimas, mas que lo que no podían impedir que sacase, como eran mis ropas y libros, con las cifras originales que supliqué me entregasen, y no tuvieron reparo en darlas por no ser de oro, ni de plata, razon porque mi padre anduvo muy cuerdo en no dejarlas gravadas en ninguno de estos dos metales para evitar la ocasion de que fuesen robadas ó desaparecidas de otra manera. Me fuí á hospedar á la casa de campo que fué mi cuna, y donde todavia vivian los que me recibieron en sus brazos cuando vine al mundo quedando haciendo las veces de mis padres, que me encomendaron al cuidado de aquellos. Rebosando en gozo al verme otra vez en su compañía, esplicaban las emociones de sus sensibles corazones con tiernos abrazos y caricias. No querian que volviese á separarme de ellos, diciendo y asegurando que primero les habia de faltar á ellos la subsistencia que á mi. Por lo que, considerando el disgusto que les causaría, no quise por entonces manifestar que tenia pensado pasar á Pamplona y correr otras Ciudades, con el objeto de ver si por casualidad descubria á mis padres. Mas viendo que el tiempo pasaba, que nadie parecia, y que yo nada adelantaba, me determiné al año de estar con mis padres los caseros, á declararles mi pensamiento. Ellos me querian con tanto extremo, que empezaron á acongojarse y á llorar. Los dejé desahogarse con el llanto y cuando me pareció oportuno, les hice algunas reflexiones, y les dí claras esperanzas de que pronto me volverian á ver, y tal vez con mas gusto. Con esto se consolaron; y yo entonces les dije, que ellos se quedarían con el original de las cifras, para si en el caso de volver mis padres á aquella casa, ó de parecer alguna otra persona con la contraseña, no se viesen chasqueados no encontrándome alli, escribiría yo un correo sí y otro no, y de este modo sabiéndose donde me hallaba, no andarian vagando inutilmente en busca mia. Ya mas conformes convinieron; y ellos tambien me propusieron que para subvenir á los gastos de mi viaje, me llevase el bolsillo de onzas que les entregó mi padre, y que los pobrecitos caseros conservaban. No quise aceptar, y á fuerza de instancias y de ruegos, me guardé treinta onzas. Llegó el día de la despedida

tan sensible para los viejos, como para mí. Abrazados á mi cuello no sabian cuando dejarme. Por último los dejé llorando, y yo enternecido seguí el camino de Pamplona sumergido en un abismo de reflexiones. Cuando llegué á esta ciudad, me hospedé en una posada pública; y al dia siguiente me mudé á una fonda por ser punto donde mas facilmente podia averiguar por la mucha gente que concurre. A poco tiempo ya tuve conocimientos con algunas personas, y relacionado con estas, los tuve con otras, y preguntando á todas pudieron decirme que en aquella ciudad habia vivido una familia que tenia el mismo apellido que por la quien yo preguntaba, porque es de advertir que ya habia yo adivinado el significado de las cifras á fuerza de tanto estudiarlas; y me dijeron que aunque aquella familia tenian una hija muy hermosa, no podian decirme el nombre de esta, ni el de su madre; pero que hacía ya años que se habian ido á establecer á Madrid, que era lo único que pudieron decirme ignorando donde estuviese entonces. Y fué cuanto yo pude averiguar en cuatro meses que permanecí en Pamplona. Pero que fué lo bastante, para que al cabo de todo este tiempo saliese inmediatamente para Madrid continuando mis investigaciones en averiguacion del paradero de aquella familia que por las señas que mi madre la casera me habia dado, por lo que yo habia podido comprender en las cifras, y mas que todo por los movimientos de mi corazon, no dudaba que aquella hermosa jóven que habia vivido tan enclaustrada en Pamplona, fuese la que me dió á luz, y la que podia, si tenia la felicidad de encontrar, darme tambien noticias de mi padre.

Llegué á Madrid, y me hospedé en una fonda como lo habia hecho en Pamplona. Pasaron seis meses, y ninguna noticia pude adquirir en todo este tiempo, no obstante mis relaciones con muchos Pamploneses que pude conocer con las cartas de recomendacion que llevaba, y de haber concurrido á las funciones públicas donde muchas veces se suele ver la persona que se busca. Pero nada conseguía de lo que yo deseaba, y la paciencia y el dinero se iban apurando. Entré en cuidados, y nuevos y tristes pensamientos se juntaron á los que ya tenía. No sabia que hacerme. Por una parte, no me parecía conveniente salir de Madrid persuadido de que en la corte hallaría á mis padres;

y por otra el dinero que me quedaba para poder subsistir mas tiempo, era tan poco que me costaba trabajo encontrarle en el bolsillo, y no me atrevia, por serme cosa dura, pedir á mis viejos una letra. Todo un dia con su noche me llevé pensando sobre lo que haría en tan apurado caso, hasta que á mi espíritu agoviado con mil pensamientos encontrados sin poder fijarse en ninguno, se presentó la idea de buscar acomodo en alguna de las millaradas de oficinas que hay en Madrid, y en último apuro de no encontrar donde acomodarme, me resolvia entrar de mayordomo ó sota mayordomo en cualquier casa.

Amaneció el dia siguiente, y aunque me sentia bastante desazonado con unos fuertes dolores de cabeza por no haber dormido en toda la noche, salí de casa para poner en movimiento á los amigos que tenia en Madrid, con el objeto de que estos me diesen noticia de algun acomodo y sirviesen de empeño para conseguirlo, ó cuando ellos no lo fuesen, sus amigos se empeñasen, y si estos tampoco pudiesen, los que lo fuesen de estos últimos; en una palabra que corriendo la recomendacion de amigo en amigo, si llegando el último tampoco pudiese, se empezará otra vez el juego por las mugeres, donde tal vez se encontraría alguna que pudiese influir: porque este es el camino por donde hacen su carrera muchos de los que se emplean, y sin costarles fatiga.

No erré el cálculo. Una señora que me mostraba bastante afecto, y que concurría á la misma tertulia que yo, y á quien yo no me atrevia á desdeñar, porque no me convirtiese en tierra, como las mugeres de Tracia hicieron con Orfeo, habiendo llegado á entender mi pretension, se me ofreció un dia para hablar al ministro de hacienda, de quien parece habia sido en otro tiempo muy íntima amiga, y aun conservaba algun cariño hacia ella. Esta señora, ó mas bien aquella vieja compuesta como moza, consiguió acomodarme de secretario privado del ministro. En obligacion de ser agradecido, me fué preciso, aunque con bastante repugnancia de mi estómago, ser obsequioso con la que habia sido tan servicial. Por esta razon no tuve el gusto tan completo apesar de ser todo un secretario privado del Sr. Ministro de Hacienda.

No duré mucho en este empleo, porque su Exccia. que era

dueño de muchas haciendas, quería que sus secretarios fuesen de su genio; y como experimentó que yo no era tanto como el quería, no obstante las indicaciones que el me hacía, me dijo un día = Ricardo, me gustas por tu mucha disposicion, y siento separarte de mi lado: pero por lo mismo que tanto te aprecio, quiero sacarte del laberinto de estos negocios de secretaría que te serán bien pesados, y emplearte en la primera intendencia que quede vacante. Espera un poco de tiempo en Madrid, ó donde tengas por conveniente, que pronto puede vacar alguna. = Señor, le contesté, yo doy à V. E. las gracias por la estimacion en que me tiene, y favor que quiere hacerme: no se ha engañado V. E. cuando ha pensado que yo no era bueno para Secretario privado de V. E.; y por esta misma razon creo que tampoco seré bueno para Intendente, porque las cuentas de un Ministro de Hacienda, de un Secretario privado, y de un Intendente, me parece que son las mismas, por versar sobre un mismo asunto, y que todo se dà la mano. = Pues bien, me replicó, te colocaré en otra cosa. = Y volviendo las espaldas me dejó solo en el gabinete, de donde salió como incomodado de mi contestacion, segun lo que observé.

Con esta ocurrencia me retiré á mi habitacion donde volví otra vez á pensar en mi suerte, y lo que haría en aquel caso. No me embaracé mucho en la resolucion; porque á muy poco de haberse marchado S. E., vino el mayordomo mayor, y me dijo que debia quedar mi habitacion desocupada en todo aquel dia para el nuevo Secretario. = ¿Es decirme que debo yo retirarme? pregunté al mayordomo, quien contestó = Que cuando quisiera, y me acomodase. = En este caso, le repliqué, ahora mismo va á quedar desocupada, y yo muy gustoso en dejarla, porque á la verdad, es tan humeda toda la casa, que cuanto entra en ella, se pega á sus suelos.

Hice llamar un gallego que en un viaje trasladó todo mi equipaje á la casa de la señora que me habia sacado el empleo de secretario privado del Sr. Ministro de Hacienda. Pagué al gallego, y quedando solo con la señora, que no teniendo antecedente alguno de tan repentina mudanza, quedó sorprendida, la conté en pocas palabras todo lo que habia pasado, y concluí diciéndola que no habiendo tenido sueldo, ni otra alguna ganan-

cia, y sí gastado de lo mio cuanto tenia para sostener el toño de secretario de un Sr. Ministro, que sin motivo y de un modo político me habia puesto en la calle, me veia en la necesidad de serla gravoso albergándome en su casa, hasta que se me proporcionase otro destino que pudiera desempeñar mas à mi gusto y conciencia. Convino gustosa en que me quedase en su compañía, y me dijo que ya buscaria otro destino en el que acomodarme sin salir de Madrid: y que aunque habia preguntado al Sr. Ministro de Hacienda si estaba gustoso conmigo, y la habia contestado que era muy escrupuloso para Secretario privado, no por esto habia sospechado que estoviese á disgusto conmigo.

A los dos meses de haberme sucedido este chasco con el Sr. Ministro de Hacienda, mi señora me presentó á una tertulia, donde advertí que la principal de la casa empezó à mirarme con alguna curiosidad. No me equivoqué, porque no dejó pasar mucho tiempo sin preguntarme ¿de donde era? ¿como me llamaba? ¿y si hacía mucho que estaba en Madrid?— La contesté que era Navarro, y me llamaba Recaredo Agreda.— ¿Y no tenéis otro apellido mas?— No señora, la dije.— Perdonar, dijo, tanta curiosidad, y que os haya importunado con tantas preguntas. Sois tan parecido á un primo mio, que si tuvieseis el mismo apellido que él, diría que erais su hermano: Navarro es tambien, y Recaredo se llama.—

Un vuelco dió en el pecho mi corazon cuando oí explicarse de este modo á la señorita é hice un movimiento con todo mi cuerpo, y la pregunté con tal prontitud y viveza, si su referido primo habitaba en Madrid, que pudo haber conocido en mis acciones y pregunta el interés con que la hacia. Pero no lo conoció, porque no tenia antecedente de mi nacimiento, ni sabia toda la historia de su primo, como luego me dijo, y asi es que contestó naturalmente, sin prevencion alguna, que no habitaba en Madrid— Ya, dije yo, habitará en Navarra cuidando de sus bienes— Tampoco, contestó la señorita, pues aunque tiene muchos, están al cuidado de su padre, y de un hermano, que es á quien yo no he visto, y será poco mas ó menos de la edad de V. Mi primo á quien conozco es capitán, y no hace un mes salió para Sevilla donde está su regimiento— Yo conozco, la dije, un paisano mio capitán con el mismo nombre de Recaredo, que

tal vez podrá ser su primo de V.: ¿se servirá V. decirme, si gusta, su apellido?— F... es su apellido, me contestó— Pues si que le conozco, mucho, es muy íntimo amigo mio, nada ha habido reservado entre los dos. Le conocí hace tres años en Pamplona, y apesar de la distancia que hay entre nuestras edades por ser mayor que yo, nos hicimos los mas íntimos amigos.— ¿Y le ha contado á V. sus amores? me preguntó la prima.— Algunas veces hacíamos conversacion; pero conociendo yo que se entristecía demasiado cuando se hablaba sobre este asunto, no le daba lugar á que se esplicase y procuraba siempre distraerle con otras cosas: por cuya razon no supe mas que estaba muy enamorado, pero sin saber las circunstancias de sus amores.

Y lo está, dijo la prima, y lo estará hasta que muera. Veinté años no han sido bastantes para olvidar á la que adora.—

Cuanto mas oia decir á la señora, mas me iba convenciendo de que aquel capitan de quien hablaba era mi padre, y mas mi corazon se alborozaba queriendo salirse del pecho á unirse con el que buscaba. Me esforcé y disimulé cuanto pude, y apesar de que ya no me quedaba duda respecto á que era mi padre el capitan primo de aquella señorita, la supliqué me refiriese, si tenia á bien y no la molestaba la historia de los amores de su primo. Ella muy gustosa convino en referirla, que lo hizo del modo siguiente.

SE CUENTA LA HISTORIA DE LOS AMORES DE LOS PADRES DEL PEREGRINO.

Habitaba en Pamplona un caballero que sino era muy rico, su nobleza era antiquísima, porque descendia del Rey Witibamba segun el árbol genealógico que colgaba en la sala de su casa puesto en grande cuadro de madera dorada con letras muy gor-

das. Este caballero era viudo, y tenia sola una hija tan hermosa que no habia otra en todo Navarra. Mi primo estando de guarnicion con su regimiento en el mismo Pamplona, se enamoró de la hija del caballero. La declaró sus amores cuando tuvo oportunidad, teniendo la dicha de verse correspondido. Trataron de casarse; pero el padre de la jóven envanecido con su árbol genealógico y envuelto en sus pergaminos, se opuso luego que averiguó que mi primo aunque de una casa muy rica, era un hidalguito. Emplearon todos los medios, buscaron todos los empeños de mas influencia que hablasen y persuadiesen al padre; pero nada fué bastante para despreocuparle, y hacerle desistir de su temeraria resistencia. Siguió siempre oponiéndose, é hizo mas, que fué mandar à la hija que no saliese absolutamente de casa, ni se dejase ver de persona alguna no estando él presente: y cuando se ausentaba de la ciudad, dejaba encargado bajo las mas graves penas á los domésticos que no la dejasen salir sola ni acompañada, ni hablar con nadie, dándole inmediatamente aviso si llegase à salir ó hablar en caso de que algun criado por interés ó por compasion se dejase engañar. En una palabra, el padre poniendo en práctica el consejo de un sabio que decia, que solas tres veces habian de permitir los padres de familias el que sus hijas saliesen de casa, una para recibir el bautismo, otra para casarse, y la tercera cuando las llevasen á la sepultura, puso á su hija en prision rigorosa incomunicándola con todas las personas. Pero como entre los asuntos dificiles del mundo sea uno el guardar à una muger; hubo entre los Gentiles quien dijese, no pudo conseguirlo Argos con cien ojos, porque no faltó arbitrio para que Job, hija del Rey Inaco, saliese de su guarda, tampoco la faltaron á la querida de mi primo. La misma vanidad del padre abría las puertas al amor de la hija. Criada esta por un aya, siempre á su lado, acariciada por ella, y no conociendo otra persona que mas amor la mostrase, porque el padre siguiendo el gran tono, pocas veces la veia; el aya por la costumbre de vivir con ella y experimentar sus tiernas caricias, era la persona que mas conocia, y la que haciendo de madre, ocupaba tambien el lugar de una amiga, en cuyo pecho depositaba sus confianzas. El interés de esta por la que habia criado, por la que miraba como hija,

y el descuido del padre que con regañar y dar órdenes crueles, se le figuraba cumplir con las obligaciones paternas, bastaron para que los dos amantes pudieran verse y hablarse. Asi pasaron tres años, al cabo de los que, mi primo siguiendo el regimiento que fué relevado y destinado de guarnicion à Valladolid, tuvo que ausentarse. ¡Funesta ausencia!... ¡Tu distes á beber la muerte en la fatal copa á la bella, á la tierna, y virtuosa amiga mia!...

Aqui hizo suspension para limpiarse las lágrimas, y desahogar su corazon con algunos suspiros; y yo que sentía palpitar aceleradamente al mio con lo que acababa de oir, la pregunté con ansiedad ¿Murió señora?—

No murió tan pronto, me contestó, pero su muerte fué mas penosa, porque fué mas prolongada. La ausencia de mi primo la dejó sumergida en una tristeza tan profunda que la fué poco á poco debilitando, contribuyendo mucho el mal humor y caprichos del padre que empeñado en oponerse al casamiento con mi primo, se encaprichaba mas, cuanto mas le aconsejaban que era el medio único que debia adoptar para dar la salud á su hija. A todo accedía, menos á que se casase con mi primo. Determinó traerla á Madrid para ver si mudando de aires y de objetos se distraía: pero nada adelantó, porque la enfermedad continuaba desenrollandose por grados, hasta que por último despues de haber estado padeciendo muy cerca de diez y seis años, vino á morir.—

Al oir esto, estuve al punto de desmayarme: mi corazon se comprimió; un temblor empezó á agitarme con movimiento convulsivo causando en mi interior una desazon tan grande que parecia barrenaban mis huesos: un sudor frio humedecía ya mi piel; la vista se me turbó, y cuando creía que mi vida iba á evaporizarse, llamé mis fuerzas, y reuniéndolas, me serené un poco. La señora que conoció mi indisposicion, suspendió otra vez la narracion de la historia, para preguntarme que tenía, y si queria algun alimento ó bebida, pues estaba viendo lo desembantado que estaba. Yo la dije que no se asustase, porque no era nada mas que un desvanecimiento que padecia efecto de los estudios; y que luego me pasaba pronto. Por lo que, podia ya continuar con el hilo de la historia de los dos amantes, contando como habia sido contraer amistad con la querida de su pri-

mo, siendo así que el padre de esta era tan opuesto á que se casasen, y tan zeloso en estremo para permitirle relaciones con una persona tan inmediata al novio. =

Lo era, continuó la señora contando la historia que habia yo interrumpido; pero nada hay difícil para el amor. Luego que mi primo tuvo noticia que la prenda de su corazon habia venido con su padre á establecerse en esta corte, trató de averiguar en que casa vivian, y que personas entraban. Supo que la que mas frecüentaba su casa, y mas acompañaba á mi amiga, era una señorita de Pamplona. Como mi primo habia estado tres ó cuatro años en aquella ciudad, le fué facil encontrar personas que le sirviesen dándole cartas para mi: y de este modo consiguió relacionarme con la señorita, de hacerme amiga de ella, y que las dos lo fuésemos íntimas de la adorada de mi primo. Tanto que las tres éramos inseparables, y nada habia oculto entre nosotras. Cuando declaré á mi nueva amiga que era yo prima de Ricardo, no supo que hacerse conmigo manifestando aquel dia una alegría que hacía muchos años no habia tenido. ¡Infeliz!.. fué uno de los pocos dias buenos que tuvo! La corrosiva tristeza habia ya penetrado sus huesos. Yo la prodigaba las mas tiernas caricias y consuelos, con la mas dulce esperanza. Pero nada bastaba á contener el mal, ni la esperanza, este bien que aunque imaginario á veces, es tan prodigioso que sin él no pudieramos ecsistir, porque dando nuevo vigor á la poderosa imaginacion, produce placeres reales, la esperanza que renace continuamente como el Fenix de sus cenizas, no alcanzaba ya á reanimar á un espíritu tan abatido como estaba el de mi cara amiga. La propusimos se casase de oculto, se lo aconsejamos como medio único y honesto; y siempre se negó diciendo que no queria hacer infeliz á quien amaba tanto, y por quien daría la vida; que su padre que con tanta tenacidad se habia opuesto á que se casase con mi primo, llevaría su venganza mas allá del sepulcro buscando motivo de desheredarla. = No necesita mi primo, la dije yo, de mas bienes que los suyos; y con poseerte tiene todos los del mundo. = Sí, replicó, pero no tendría tranquilidad y reposo mientras mi padre viviese, y ecsistiesen personas corrompidas é interesadas que depusiesen sobre un crimen supuesto: no, mi amiga, no consiento en casarme de la manera

que se me propone: sé lo que el mundo dá de sí, pues aunque no he vivido en él, le tengo estudiado en mi encierro. — Mi primo con su talento y con su amor la animaba las veces que venía á Madrid. Pero así que se ausentaba, volvía mi amiga á caer en su profunda tristeza. Los años se fueron pasando, y hará como tres meses que la enfermedad no encontrando ya que destruir, acabó de cortar el hilo de la vida de aquella que vivirá eternamente en mi memoria. Cual sería el dolor de mi primo cuando recibió la infausta noticia, solo un amante tan sensible y tan tierno como él puede figurárselo. No pudiendo vivir en España, aunque todavía amando á su prenda después de muerta, pidió y obtuvo pasar á uno de los regimientos de lanceros de América. Hará un mes que me escribió desde Cádiz diciéndome que iba á partir el navío que salía con la expedición. Desde el día que recibí esta carta no he vuelto á tener otra; por lo que presumo que ya marcharon dándose á la vela. ¡Desgraciada de mí!.. perdí á mi mejor amiga; y á mi primo ya no le volveré á ver mas!

Concluyó llorando la triste y lamentable historia de los dos amantes, que ya no dudaba yo eran mis padres, y mi corazón oprimido con el peso de ideas tan tristes no podía alentar, y deseaba el momento de que la tertulia se concluyese para retirarme á casa, y encerrándome en mi cuarto poderme desahogar. Precisamente aquella noche duró mas tiempo que otras; y para mas tormento mío tambien se le antojó á mi protectora luego que estuvimos en casa, hablar mas de lo necesario. La maldita de la vieja habiendo visto que todo el mas del tiempo que habia durado la tertulia, habia estado solo hablando con mi tia en un confidente, mientras los demás concurrentes unos bailaban, otros jugaban; y que observó luego mi tristeza y agitacion, infiriendo de esto diabluras, entró en zelos, y empezó á satirizarme por este lado. Tanto dijo en ofensa de mi tia, y tanto me hirió, que la dije que su alma estaba tan arrugada como su cuerpo, y que no me volviese á hablar mas ni acordarse de mi, que yo no volvería á verla mas. Con esto que la dije se puso hecha un basilisco, su lengua era un escorpion, y sus ojos arrojaban fuego. Por último, ella se encerró en su cuarto dando un fuerte golpe, y yo atranqué bien la puerta del mio; porque á la verdad,

la temía; y es para temer á una muger airada. Toda la noche la pasé pensando en mi situacion, y reflexionando sobre lo que debia de hacer. En nada podia fijarme, á nada resolverme, porque esto sucede cuando faltan medios para ejecutar los pensamientos. Yo tenía poco dinero: y no me atrevía á descubrirme á mi tia persuadido de que ignoraba mi nacimiento, parte tan esencial de la historia que ella me habia contado; y este particular le quería yo ocultar, creyendo que cuando no le habia referido, mis padres no se lo habian revelado. Yo debía marchar en busca de mi padre para darme á conocer, y consolarle en sus afficciones. Por tierra podia ir hasta uno de los puertos pidiendo limosna: mas embarcado no podia hacer esto. ¿Qué haría en estas circunstancias? Me resolví por último á vender la ropita buena que tenía, y con el dinero que me diesen por ella, y con el poco que yo reservaba, volverme á Navarra y favorecerme de mis pobres viejos que me habian criado, y me querían tan entrañablemente. Muy duro me era diezmar tanto el bolsillo de onzas que mis padres les habian dejado en recompensa de la hospitalidad que tubieron la noche que yo nací, y cuidados que yo tenía que dar en mi crianza. Pero por otra parte consideraba que siendo unos ancianos que tenían sobrado para mientras viviesen, y que no teniendo hijos, ni mas parientes, ni allegados que yo, era muy equitativo que entoncés mas que nunca necesitaba de aquel dinero, me aprovechase de él, antes que los galafates lo espoliassen.

Resuelto á seguir este partido, aguardé en mi cuarto que fuese hora de ponerme en la calle para no volver á ver mas la bruja empalagosa; estas sí que son verdaderas brujas, y no las que se creen que vuelan. Mas ¡pícara suerte mia!... Yo no habia dormido en toda la noche, y habiéndome quedado sosegado con lo que habia ya resuelto hacer, el sueño me sorprendió cerca ya de venir el dia. Cuando desperté, era ya media mañana. Me vestí, y al salir del cuarto me encontré con la harpia de la señora. Y como nada la dije, ni aun los buenos dias la di, me llenó de desvergüenzas y de insultos; y yo tomé el partido de no hacerla caso, procurando ponerme lo mas pronto en la calle, por huir y alejarme de aquella desesperada. Hice entrar por las maletas á un gallego, que el pobre sufrió tambien una buena des-

carga de insultos, que todos los llevó con paciencia por estar ya acostumbrados sus oídos como sus costillas, á sufrir esta carga de mugeres que visten y se titulan señoras, siendo bien indecentes en sus cosas. Mañana en el camino continuaré mi historia, pues ya estamos en Villafranca.

CAPITULO 22.

Continúa su historia el Peregrino.

Al dia siguiente de la llegada à Villafranca, puestos en camino los arrieros, Eleuterio y el peregrino, continuó este contando su historia del modo siguiente. =

Luego que me ví libre de aquella hija de Acheronte, entré en una ropería seguido del gallego que llevaba las maletas: saqué la muda que me pareció, y la demás ropa la dejé por lo que me quisieron dar, que ya se deja entender que sería por mucho menos de lo que ella valía. Un reloj de plata con un par de sortijas enagené á un platero, que el mismo fué juez y parte poniendo el precio á las alhajas, y era valuarlas dos veces, atendiendo al que el platero pondria cuando las vendió. Hecha ya la almoneda, pedí un cuartito en la posada donde paraban los navarros, y en la que habia á la sazón uno que habia de salir dentro de tres dias con su galera para el mismo Pamplona. Le hablé, y quedamos convenidos en precio y demás relativo al viaje. Desembarazado sin tener por entonces asunto que me ocupase, empleé el tiempo en despedirme de los amigos, que sintieron mi ausencia tan pronta é inesperada; y me hicieron fuerza á que me quedase prometiendo que ellos trabajarían unidos á fin de sacarme un empleo en la misma corte. Yo les dí las gracias diciéndoles que me era impo-

sible aceptar por razon de tener que pasar á Navarra para cierto arreglo de negocios domésticos: que jamas me olvidaría de ellos, y si el tiempo me volvía otra vez á Madrid, los buscaría para estrecharlos en mis brazos. Quedaron conformes; pero no así mi tia que apesar de verme por segunda vez, pues la primera habia sido la noche anterior á mi despedida, hizo un empeño tal porque me quedase en Madrid aunque no fuese mas que por un mes, asegurándome que nada me faltaría, y ofreciéndome su casa para que dispusiese de ella: tanto me dijo y tanto me prometió, que me puso en un compromiso. Pero yo temiendo que al fin descubriese mi nacimiento, y dudando si convendría á las miras de mi padre que no lo supiese, me resistí cuanto pude, y de la manera que no se ofendiese creyéndolo desaire, ponderándola que me hacía absolutamente necesario hallarme en casa de mis padres para arreglar cierto asunto urgente, y que concluido prometía volverla á ver. Con esto salí del compromiso en que me puso; mas no permitió que continuase en la posada, y me obligó á pasar en su casa dos ó tres dias que estuve en Madrid. En todo este tiempo no se cansaba de preguntarme si me habia dado el pecho mi madre, si esta vivía, si tenia mas hermanos, y otras preguntas parecidas á esta que me hacía, que á no haber estado yo prevenido para contestar, me habría descubierta, ó por lo menos cogido en muchas contradicciones.

Llegó la hora de la despedida, nos abrazamos y su corazon y el mio se movian simpáticamente. Arrivé á Pamplona, y sin detenerme por haber llegado á buena hora, busqué un hombre que con una caballería me condujo á casa de mis viejos. Encontré á estos tan sanos que sentados al fuego hablaban de la otra vida, preparandose para recibir la muerte como fin de sus trabajos. Así que me conocieron, se levantan para abrazarme con tanta alegría como amor me tenian. ¡ Ah!... ¡ quien habia de habernos revelado que nos habiamos de volver á juntar, ellos para morir, y yo para ser testigo de su muerte!...

A los ocho dias de mi arribo murieron sin mas enfermedad que sus muchos años, pues entre los dos contaban mas de doscientos. Su muerte tranquila fué un verdadero sueño. No manifestaron sentirla, aunque la previeron dos dias antes disponiendo de todos sus bienes á mi favor. Habiendo cumplido con mis

bienhechores haciendo los últimos oficios, reduje á dinero toda la herencia. Con este dinero entré en Francia, y me embarqué luego para América. Arribé á la Habana, adquirí noticias de mi padre, y no paré hasta que le encontré retirado en la Isla de Sto. Tomas padeciendo gravemente en su salud por la melancolía que se habia apoderado de él. Cuando llegué, y me dí á conocer, recibió tanta alegría que su corazon alborozado no cabia en el pecho. Pero ¡ah!.. ¡esta alegría iba mezclada con mucha pena, representándose mas vivamente entonces la idea de mi desgraciada madre!... Mi padre derramando lágrimas de ternura me estrechaba contra su pecho prodigándome el dulce nombre de hijo. Y entonces los golpes de su corazon no eran tan violentos, y la alegría serenaba su frente. Mas ¡ah! que ninguna puede ser completa en este mundo! La memoria de mi madre volvía á agitar su corazon, y con esto á cubrirse su semblante con las negras sombras de la tristeza. Temiendo oprimir mas su sensible corazon, no me atrevia á referirle mi historia, y se pasó mucho tiempo sin tocar á esta. Pero ya un dia que se presentó mejorado y que me indicó deseos de saberla, le conté todo lo que me habia sucedido desde mi niñez; la proteccion y cariño del rico labrador que me llevó á su casa, y cuya muerte fué tan sentida por mí; como tambien el amor de los viejos que me vieron nacer y me criaron, como estos habian muerto pacíficamente en mis brazos y aun mismo tiempo los dos, lo que me habia pasado en Madrid, y como conocí á mi tia á quien debí las primeras noticias que me determinaron pasar á América. De todo hice una larga y circunstanciada relacion á mi padre; y habiéndola concluido me dijo. =

Hijo mio, no te he tenido olvidado: la suerte que tan cruelmente nos ha perseguido á los dos envolviéndote en las desgracias de tu infeliz padre, ha hecho que yo no haya podido correr á tu socorro. Por motivos poderosos, y por asegurar mas tu suerte futura, te dejé en España para yo poder venir con mas prontitud á América, y desde aquí poder disponer lo que pareciese mejor. Ya iba á escribir á tu tia para que se presentase con la contraseña á nuestros bien hechores, cuando recibí una carta suya en que me decia que dos noches antes de escribirla, habia concurrido á su tertulia un jóven, y que por uno de aque-

llos presentimientos, cuya razon no alcanza á entender la humana sabiduría, y que sin embargo no engaña en todas ocasiones, así que le vió y habló, le pareció ver el fruto de mi amor. Seguia refiriéndome como te habia recibido en su casa, y como por lo que habia observado en tí, y por tu nombre y fisonomía no la quedaba duda de que eras tu mi hijo. Y que la escribiese luego, y la dijese que habia de hacer en el caso que tu volviesses à Madrid como la habias prometido. Cuando recibí esta carta, que no hace mucho, me sentía tan malo y abatido, que me creí prócsimo al término de mi angustiada vida. Por lo que, calculando que aun cuando yo te llamase, no llegarías á tiempo, queriendo librarte de las incomodidades y peligros de un viaje tan largo, me resolví à escribir á tu tia dándola intrucciones de lo que habia de hacer respecto à tí, remitiéndola el testamento en que te nombraba por heredero universal. Cuando reciba esta mi carta, saldrá inmediatamente á buscarte, y no encontrándote en la casa de nuestros bienhechores, como quedará de sentimiento aquella prima que tantas pruebas me tiene dadas de su cariño!... Ella y la aya de tu desgraciada madre, que á poco siguió á esta al sepulcro, eran las dos únicas personas que sabían circunstanciadamente el amor que nos unía á tu madre y à mí. De aquí puedes inferir cuanta será la confianza que tengo en tu tia, cuanto la debo, y por consiguiente, cuanto obligado quedas tu á corresponder con ella, ya que yo no puedo, porque mi vida es ya corta para que pueda pagarla. Si, hijo de mis entrañas, tu tia quedará ocupando el lugar de tus padres, porque yo voy pronto á unirme á tu desgraciada madre: te encargo mires á aquella con respeto, y sigas los consejos que te dé, y que nunca la abandones. Yo que me encuentro ahora con algun alivio, y despejo de mis facultades intelectuales, voy á hacer lo que por un trastorno de mis ideas no he hecho ya, que es á escribirla que no se canse en averiguar tu paradero, que te hallas en esta, y á encargarla que guarde en su poder los papeles que la remití hasta que tu vuelvas á España, que será luego que la muerte nos separe.— Prometí á mi padre hacer todo cuanto me mandase, rogándole que por su parte procurase distraerse y vivir ya que no quedaba otro remedio, y que considerase que en la tierra no habia otro padre para mí.

A los cinco meses recibimos contestacion de mi tia, en que nos decia los dias tan amargos que habia pasado desde que llegó á Navarra y no me encontró, hasta que recibió la que nosotros la escribimos. Su carta estaba escrita con tanta ternura, con sentimientos tan vivos, y con espresion tan animada que nos hizo derramar lágrimas cuando la leimos, particularmente mi padre cuya alma estaba tan afectada, y era con quien mas hablaba la carta haciéndole las reflexiones mas enérgicas á fin de que procurase desterrar la negra melancolía que le consumía. Nada bastó: tan arraigada estaba ya en su corazon, que apesar de haberse animado con mi presencia, y de esforzarse por no dejarme tan pronto, al fin el desgraciado vino á sucumbir á muy poco tiempo de habernos reunido. Mi situacion era bien triste como VV. pueden considerar. Pero estando connaturalizado con la desgracia por haber nacido en ella, he podido resistir á tantos trabajos.

Hechos los funerales à mi amado padre, me embarqué para Méjico; y estando ya cerca de las californias esperimenté otro nuevo infortunio. Cuando mas sosegado estaba el mar, y menos se temía de correr peligro, se manifestaron de pronto señales ciertas de una horrible tempestad. A la parte del mediodia se formó una nube pequeña, que por momentos se fué estendiendo y haciendo cada vez mas grande quitando la luz á la luna, y ocultando las estrellas: las aguas empezaron á agitarse con el viento rápido que se levantó; siguieron los impetuosos huracanes: las tinieblas cubrieron el mar: los relámpagos le iluminan de repente y hacen mas espantosa la obscuridad: las nubes impulsadas con los fuertes vientos chocan, y el horrisono trueno suena: el choque se hace mas grande, los rayos rompen las nubes, los aquilones braman, y sobre el monte de espumas que hacen con su brabura, levantan el navío hasta las nubes, y luego le precipitan hasta las profundas arenas del mar. En estas subidas y bajadas se estrelló en un banco de arena, y se deshizo en mil pedazos. La muerte esforzó à los que íbamos en el navío, para que no pereciésemos. Cada uno haciéndose fuertemente á los despojos de aquella casa flotante, pudo salvarse. Yo salí del peligro habiéndome arrojado una ola á un espacio de playa que rodeaban unas escarpadas rocas. Por muy largo tiempo estuve sin poder

móverme tendido en la arena sintiendo dolores agudos en todo mi cuerpo herido. Reuní todas mis fuerzas para levantarme y andar, y cuando quise trepar por aquellas rocas, volví á caer al pié de ellas. Mas apesar de lo agudo de los dolores, el sueño vino á aliviarlos embargando mis sentidos con un dulce letargo, del que salí para encontrarme en otra afliccion. Unos Indios me habian recogido, y me conducian en una estera de palma á sus ranchos, y cuando ya estaban cerca de estos, hubieron de tropezar los que iban delante y dejándome caer, desperté al golpe que recibí.

Consideren VV. cuanta sería mi sorpresa, asi que abrí los ojos y me ví entre aquellos hombres medio desnudos ó desnudos del todo, atezados de tanto como el sol abrasa en aquel clima. Me preguntaron de donde era, y como me hallaba en el sitio que me habian encontrado, cuando por alli no habitaban mas que Indios. Les declaré que era español, y que habiendo muerto mi padre en la Isla de Sto. Tomas, me volvia á España cuando la tempestad destrozó el navío en que iba, y asegurado en una tabla me habia salvado. Y que por el Dios que adoraban, les pedía no me hiciesen daño. Entonces uno que hacía como de principal, y hablaba bien el castellano, me dijo, no temas español que en esta cabaña encontrarás hospitalidad, y cuando ya te hayas restablecido, nosotros mismos te acompañaremos hasta el puerto primero donde puedas embarcarte, si es que no gustas quedarte con nosotros. Volvieron á ponerme en la estera, y entre cuatro Indios que se agarraron á las puntas, me entraron en la cabaña principal, dentro de la que había una cama de yerbas muy cómoda y tullida donde me colocaron. En seguida me hicieron beber un ron despues de haberme desuadado, y con el mismo licor frotaron todas las coyunturas de mis huesos. Luego trajeron pájaros asados y algunas frutas para que comiese. Me dejaron solo despues de haber comido para que descansase, y todo quedó en reposo y en el mayor silencio. Volví á dormirme, y con mas gusto que cuando me encontraron; porque con las friegas que me dieron, no sentía ya tanto los dolores.

Habiendo despertado despues de un largo sueño, se acercó á la cama el principal indio, y me preguntó si estaba mejor, y si

se me ofrecía algo. Le contesté que me sentía muy aliviado, que nada se me ofrecía, y me atreví á preguntarle ¿como era que hablaba el castellano, y si habia estado en España? No he estado, me contestó, pero sí he vivido muchos años entre españoles. Yo nací, me dijo, y me crié hasta la edad de catorce años en estas montañas. Un dia que vagando con otros indios de mi edad salimos fuera de estos sitios, nos alejamos tanto que fuimos sorprendidos por unos marineros franceses, que luego nos entregaron ó vendieron á un mercader español. Este nos aplicó al trabajo de sus ingenios de azúcar, donde estuve seis años penando en tan infeliz estado. Al cabo de este tiempo conseguí la libertad y con ella la vida, en premio de haber librado á mi amo de ser devorado por una serpiente que le perseguía, y yo maté poniéndome con inminente peligro entre los dos. Como estuve tantos años oyendo el español, le he aprendido, así como aprendí otras habilidades que me sirven ahora en este estado que los europeos llaman salvage, y á los que en él vivimos nos tienen por bárbaros. Y en esto nos hacen una grande injusticia. Porque si entramos á ecsaminar despreocupadamente las costumbres de los europeos, y la vida de los indios, con mas razon deberían llamarse bárbaros los primeros, que los segundos. Estos tendrán sus imperfecciones, como todos los demas hombres; cuyas imperfecciones miradas por los ojos de los europeos acostumbrados á ver las cosas de otra manera, serán grandes defectos, cuando entre nosotros son tan naturales que no hacemos caso de ellas, como sucedería á los mismos europeos si se acostumbrasen á verlas todos los dias. Como por ejemplo, nos afean porque andamos en carnes descubiertas: entre nosotros es como andar vestidos, y no nos incita esto á la lascivia, como á los europeos provocan sus discursos y acciones. Que no vivimos en sociedad: en esto se equivocan, porque vivimos unidos en familias, y mas unidos en fraternidad que los mismos europeos que están siempre como perros y gatos, y mirándose unos á otros con mala voluntad, y peor intencion. Que aun cuando vivimos unidos, es en ranchos y no en sociedad civil: sino vivimos en la civil, vivimos en la natural, en la patriarcal que es mas sencilla y la mas antigua del mundo, como que es la primera. Nuestros padres ancianos son cabezas de tribus, son los reyes

que las gobiernan con amor y zelo, no como déspotas que reinan sobre esclavos; son nuestros magistrados los que administran recta justicia, y no se tuercen por el interés, ni por respeto alguno humano. Nosotros los indios, es verdad, no hemos adelantado en las artes y en las ciencias; pero sabemos lo bastante para fabricar una cabaña y tenemos los medios necesarios para proporcionarnos la subsistencia, y por instinto y con sola la luz natural buscamos las yervas que conocemos para curar nuestras enfermedades; ejercitamos las virtudes que gravó en los corazones naturaleza, sin haberse estos corrompido todavía con los vicios que consumen à los europeos. La adulacion, la hipocresía, la calumnia, y sobre todo la ambicion que no los deja disfrutar con gusto los placeres de la vida, no interrumpen nuestros gozes naturales, y así disfrutamos de mas sosiego y mas alegría. En estos ranchos no se conoce el egoismo que tanto agita en las sociedades civiles, y que sin él, no hay duda que entonces la sociedad civil sería el paraíso. Pero donde está el egoismo, está el infierno; porque todo lo abrasa, y por todas partes se percibe su pestilencia. No hablo à V, por no cansarle, de la intriga que se usa en Europa para arruinar à las familias, y lo que es peor todavía, y no hay barbaridad que se pueda comparar con el bárbaro placer que se tiene de verlas arruinadas y muriendo en la miseria. Esta barbaridad no puede compararse con ninguna otra. No es sola, otras muchas pudiera citar. Pero repito que no quiero cansar à V.; y concluyo, que habiendo experimentado de la vida de los indios y de la de los europeos, conseguida la libertad preferí volver à la primera. No obstante, despues de haberla conseguido, à muchos ruegos de mi amo que me quería mucho estuve todavía cuatro años mas en su casa; y como tengo buena memoria, y en la esclavitud aprendí à leer, porque mi amo siempre me distinguió, he leído y aprendido alguna cosa en los cuatro años que estuve libre. Mi patrono que conocía mi buena disposicion, tuvo un sentimiento grande cuando supo mi determinacion de volver à buscar mis parientes los indios. Ahora soy el mas anciano de todos los de esta tribu; y por consiguiente, el que hago de cabeza. =

No tuve que responder al indio cuando concluyó, porque tan convencido quedé de lo que había dicho, que tomé el partido

de callar. Ocho dias estuve en su cabaña sin hacerme falta cosa alguna. Restablecido ya, y capáz de ponerme en camino, él mismo con cuatro indios me acompañaron hasta ponerme por sendas conocidas solamente por ellos, en el puerto mas inmediato donde pudiera embarcarme para Méjico. Aquí estuve detenido un mes manteniéndome de limosna, hasta que habiendo tenido la dicha de encontrar unos amigos de mi difunto padre, me han socorrido con algun dinero para poder embarcarme, para España; porque yo todo lo perdí en el naufragio, menos los papeles que pude salvar conmigo. Hoy hace veinte y cuatro dias que aribé á Cádiz, y ahora me dirijo à Badajoz donde he de cobrar unos créditos de algunas cantidades que entregué en la Isla de Sto. Tomas, y son los que con otros papeles interesantes pude reservar de la tempestad. Desde Badajoz pasaré á Madrid á unirne con mi tia. Y esta es, Señores, mi historia.

NOTA. En las circunstancias tan dificiles en que se encuentra la España por razon de lo mucho que el fanatismo trabaja, y que todo lo explota para volver á las ollas de Egipto, no en vano se clama taoto contra la supersticion en este capitulo. Y euando ya estaba en prensa, los periódicos han publicado hechos muy recientes que comprueban lo mismo que se dice en dicho capitulo sobre este particular. Cuyos hechos deben siempre tenerse presentes, para que jamas se olvide que la supersticion es un enemigo muy terrible para la tranquilidad privada y pública, por los graves males y de tan inmensas consecuencias que produce.

Los sucesos ocurridos en 25 de Noviembre del año anterior de 1841, en la provincia de Tayabas en las Filipinas, promovidos por un Apolinario de la Cruz, ex-donado del Convento de S. Juan de Dios de aquella capital, son unas pruebas positivas aunque tristes de los males que la supersticion causa. El fanático Apolinario sin respetar al Obispo de Camarines, ni al M. R. Metropolitano Arzobispo de Manila, desobedeció abiertamente y de una manera hostil los mandatos de estos dos Prelados, que ámbos habian prohibido á aquel la cofradia que fundara como inspirado, continuó haciendo lo contrario que se le prohibía, y afiliando multitud de ilusos con los que reunidos en cierto punto provocó una rebelion en el país que gozaba de profunda paz.

Otros periódicos publican cosa igual con referencia á cartas de Stokolmo de 8, de Marzo del presente año 1842, en cuyas cartas hacen mención de una manía singular que reina en Suecia, especialmente en la provincia de Jonkoping. Trátase de de un fanatismo religioso entre los jóvenes de ámbos sexos de 10, á 16, años de edad, los cuales pretenden estar inspirados por una fuerza sobrenatural, y de tiempo en tiempo caen en un acceso de entusiasmo inaudito en su edad, predicán y hacen predicciones en público: están en gran voga y en algunas parroquias se han visto mil ó mil y doscientas personas reunidas para oír las predicciones de estos jóvenes, la mayor parte de los cuales profetizan desgracias terribles— Al principio no parece se hizo atención á esto, pero el mal ha empeorado en términos que el gobierno ha creído deber tomar medidas para combatirla.



CAPITULO 23.

Encuentro que Eleuterio tuvo con unos ladrones: y cuéntase de que modo tan ingenioso se libró de ellos, y libró á otros viajeros que aquellos tenían ya atados para robarlos.

A una legua de Mérida y junto su famosa charca que por su estension parece un mar, hicieron alto los arrieros para pasar la noche á prado. No le dieron pena á Eleuterio por hacerle dormir al raso. Todo al contrario, se alegró mucho, porque siendo tan amante de su familia, y el amor no sufre dilaciones, deseando verla pronto para tener consuelos, y alivio en sus trabajos, porque el amor como dijo un sabio, es una gota celestial que los Dioses han derramado en el caliz de la vida para endulzar su amargura, Eleuterio se alegró mucho con la determinacion de los arrieros, porque si estos tenían el provecho de proporcionar á su ganado buenos pastos, aquel tenía la satisfaccion de faltarle una legua menos que andar para llegar á su casa, y de aprovechar la mañana empezando á andar la jornada del otro dia mas de madrugada que si hubiesen quedado en posada, por lo mucho que se retarda la salida de esta con el ajuste de cuentas.

La noche estaba serena, la luna clara, y el sitio cómodo y agradable; propio para presentar á un poeta bellísimas imágenes, y á un filósofo objetos grandiosos sobre que meditar. Asi es que Eleuterio estuvo muy entretenido contemplando parte de la grande obra del universo, mientras que los arrieros andaban muy

ocupados ya acomodando el ganado, ya haciendo las camas, ya preparando la cena. Mientras esto hacian los arrieros, el alma de Eleuterio se elevaba con las reflexiones que hacía sobre tantos objetos maravillosos que estaba viendo, y su vista se recreaba suavemente con una noche tan apacible. ¿Y que alma no se arrebatara contemplando las maravillas de la naturaleza? Ella es el primer ministro de Dios: se compara á un gran laboratorio. ¿Se podrá pues escluir al gran químico? ¿Se podrá observar la naturaleza, sin pensar en su autor, sin llegar á conocerle?

Eleuterio á la par que contemplaba y admiraba la encantadora belleza del universo, se elevaba á su autor, y olvidando las miserias de los hombres, se consolaba con los beneficios del Omnipotente. Su imaginacion se encantaba viendo los espacios que parece forman una dilatada bóveda azul tachonada por todas partes de hermosos diamantes, pues asi parecen las estrellas con su centellear como diamantes que brillan; algunas tan grandes y de luz tan clara y serena que quieren competir con la de la luna; otras con un temblor é inquietud continua escitaba mas su atencion, cuando con la vista mas se empeña en observar su belleza; la luna llena que salia por el horizonte con un grandor extraño, de color encendido como de fuego, que parecia un sol ardiendo, y como que venia un nuevo dia; el reflejo de su luz en las aguas de aquel mar ó grande laguna que parecían sus aguas líquida plata, brillaba y resplandecía como la misma luna; el ruido que á manera de cascada hacia el agua que vertía la charca; los plateados peces saltando por la superficie del agua; el arroyuelo que desliziéndose tranquilo por el valle florido se dejaba oír su armonioso ruido en el lóbrego silencio de la noche, y con susurro lento á ocultarse iba al lago vecino; de otra parte las flores de la retama y tomillo y de plantas mil aromáticas que su ambar soltando venian á dar al sentido mil placeres nuevos; el céfiro suave que corriendo de flor en flor y empapando sus alas de aroma fragante, con su soplo delicioso complacía y animaba disponiendo el espíritu para observar y discurrir; el alma de Eleuterio contemplando tantas maravillas se remontaba al autor de todo lo criado, sintiendo su espíritu la presencia de Dios en todas partes llenando con su infinito poder la inmensa creacion y ostentando á un tiempo su gloria inefable, encontráan-

dole infinito en todo desde el átomo al Sol, que en la alta cima del cielo ardiendo el universo anima; de la yerbecilla mas sutil al monte que sobre la tierra á las nubes se eleva y esconde en el abismo su honda planta; del invisible insecto al elefante; y conociéndole benéfico y liberal acorriendo á todas las criaturas con los dones que derramó en la creacion. ¿Y que espíritu por pesado y abatido no se pasma en cualquiera de las cosas criadas, y que entendimiento por limitado que sea, no conoce la existencia de un Ser supremo, criador del universo, omnipotente, infinito y bondadoso en todo, cuando sus divinos atributos están reverberando hasta en la yervecilla que pisamos?

Así se complacía Eleuterio à par que su entendimiento dilatava mas los senos de su comprehension para formar idea del gran poder de Dios que crió el universo, le conserva, le gobierna, y le hace obedecer á todas sus leyes. Consideraba la magnitud del Sol un millon de veces mayor que la tierra ardiendo siempre como una inmensa hoguera sin menoscabarse nada: los satélites ó criados que giran constantemente al rededor del mismo Sol sin separarse una línea de sus órbitas que corren Mercurio á la distancia de nueve millones de leguas, Venus á la de diez y ocho millones, y nuestra tierra que dá una vuelta de veinte y cinco millones de leguas, y Marte, Júpiter, Saturno y el nuevo planeta Herschel ó Urano que giran á mucha mayor distancia; y lo mas pasmoso de todo que desde que el mundo es mundo, desde el principio de la creacion vienen siempre corriendo sus órbitas sin salirse de ellas un punto observando constantemente las leyes que el criador les impuso, viniendo á los *Perihelios* ó cerca del Sol cuando llega el tiempo que tienen prefijado por aquellas leyes eternas sin discrepar un minuto en tantos millones de veces como les ha tocado llegar. Consideraba las estrellas que pareciendo á nuestra vista la luz de una vela, es cada estrella un Sol, á cuya distancia no alcanzan los cálculos humanos, y que por consiguiente no pueden medir su grandeza, ni alcanza à conocer los satélites que tendrá cada estrella como los tiene el Sol.

Del cielo descendia Eleuterio con su consideracion à la tierra considerando la estructura tan sabiamente dispuesta de este globo que habitamos. En él la alternativa de las noches y los

días hace que ni el calor nos abrase, ni el frío nos hiele; rodeada la tierra de la atmósfera del aire, que continuamente levanta con su peso los vapores del agua, que formando nubes no solo nos defienden de los ardores del sol, sino que destilando sobre los campos la oportuna lluvia los fertilizan, ó ya juntándose por las grietas de la tierra en las cavernas de los montes se detiene en ellas y forma los preciosos tesoros de agua para alimento de las fuentes, y sustento de los hombres, ganados y demás vivientes que acuden á apagar su ardorosa sed; y la demás del agua que corriendo por diferentes declives se reparte en rios, y estos vienen á formar los mares, por los que los hombres con la industria de que el mismo Dios les proveyó construyendo naves se comunican, se relacionan, se acercan como hermanos, y todos formarían una sola familia, si los hombres llenasen sus deberes siguiendo la ley de la razón que Dios les dió, para que gobernándose por ella fuesen felices; pero de la que se apartan haciéndose desgraciados, por desconocer el verdadero sistema de gobierno que es aquel que mas se acerca al que Dios fijó para dirección del universo, y está reducido á no salir de la órbita que cada cual debe andar por sí, y todos andando por un mismo camino llegar al centro comun, que debe ser el bien de todos, constituyéndose este bien en la union general, en la fraternidad, y el mútuo auxilio. Consideraba la infinidad de maravillas que en la tierra se ven, y que muchísimas por ser tan comunes y estarse viendo siempre no se admiran, pero que cada una es un prodigio, es un misterio para el mas lince entendimiento: la mas insignificante florecilla es un verdadero encanto para un filósofo y para cualquiera que sepa reflexionar; ¿á quien no suspende, si para un poco la la consideracion en un campo sembrado de una multitud de florecitas, todas de hechuras, formas, y colores enteramente diversos, pero todas de suma gala y delicadeza, sin que entre tanta variedad haya confusion, ni cosa que no merezca nuestras admiraciones? ; ver lo delicado de las hojas, el gusto de su recorte, la gracia de sus matices, lo fino de su figura, la viveza de sus colores, lo particular de su mezcla, la indecible variedad de sus especies, y la prodigalidad con que cada una en su especie se multiplica, cubriendo los campos, adornando los vallados, her-

moseándolo todo, é impregnando el aire con los aromas que suelen para vivificar con su ambrosía á las criaturas. Pasando á los placeres del oido consideraba en el canto de los pajarillos, que igualmente nos recrean el oido con sus gorgeos, y la vista con los colores y matices de sus agraciadas plumas; reflexionaba sobre la delicadeza en los órganos del mas pequenito pajarillo, y en las fibras imperceptibles de la mas sutil y delicada florecilla; se pasmaba en considerar en los vientrecillos de esta para recibir el suco nutricao, y en los fuellecitos de aquel para levantar su canto y oirse á larga distancia. Pasando al sentido del gusto, consideraba la infinidad prodigiosa de frutos con diferente sabor, color y olor que cada uno tiene, sin que puedan encontrarse dos que sean enteramente semejantes.

Pero todavia era mayor la consideracion de Eleuterio, cuando estas reflexiones le conducian al ecsamen de la admirable fábrica del cuerpo humano: este portento de sabiduría que todos debieran ecsaminar y considerar para ver en él la ecsistencia de un Dios que crió el mundo y le gobierna. ¿ Porque quien habrá que deteniéndose á ecsaminar el cuerpo humano, no se pasme al ver los innumerables órganos de que está compuesto, y la estructura y conecion que estos mismos órganos tienen para ejecutar una infinidad incalculable de movimientos? En este ecsamen se encuentra á cada paso una maravilla que admira, y un acto continuado de la omnipotencia creadora: cuantos resortes é instrumentos ha inventado la inteligencia del hombre para el movimiento de sus máquinas, otros tantos y muchos mas, labrados con mucha mayor perfeccion y delicadeza se hallan dentro de la máquina humana, que está ostentando la grandeza, el poder y sabiduría de su autor, porque obra tan portentosa en su construccion y en su conservacion, no puede ser obra sino de una sabiduría infinita. Porque ¿ como la concertada armonía de tantos órganos, tan varios, fabricados con tanta delicadeza, unidos con tanta proporcion, y tan oportunos todos para sus respectivos usos, pudo ser obra del acaso ó producida por una causa desnuda de toda luz y conocimiento? Y la admiracion que escita el ecsamen de la fábrica humana no se disipa, antes se aumenta cuando se llega á esplicar cada parte de por si: en la contestura de cada una se van descubriendo piezas mas, y

mas sutiles sin término, hasta que su estremada delicadeza se huye al ecsamen de todo microscopio: pero se aumenta mas la admiracion si el ecsamen se lleva á los mas pequenitos animales á un insecto; en él vemos los mismos vasos, los mismos conductos, los mismos órganos proporcionales á los que se ven en el cuerpo humano: un insecto el mas pequenito de todos, se mueve, se nutre, escruta, tiene el movimiento circular de la sangre, y ejerce todas las funciones vitales y animales que el hombre; luego tiene los mismos órganos é instrumentos que en el cuerpo humano se observan, y que á proporcion de la cantidad incomparablemente menor del todo que componen, son tambien incomparablemente menores: y siendo tan delicada la estructura de los del hombre, que sus menudas piezas son insensibles á la vista ayudada del microscopio, ¿cuales serán las piezas proporcionales á aquellas en el insecto? Cualquiera que reflexione debidamente todo esto se arrebatará, como lo hacia Eleuterio, con un sagrado estupor á la contemplacion de una obra tan portentosa, y con esta consideracion sola volará la imaginacion á aquel sapientísimo artífice, cuya infinita habilidad fué solo capaz de fabricarla; ¿y para que fin la fabricaría, y obraría tantos prodigios en la creacion? Para muchos, porque obrar sin fin, es obrar sin inteligencia: y como sea tanta la que Dios desplegase en toda su obra, debió tener su objeto en la creacion, que comprendiese unos fines que correspondiesen á la asombrosa estructura y armonía de su obra; porque ¿como podría haber armonía y proporcion entre las partes de una grande máquina, sin haberla hecho con aquel fin á que todo vá dirigido? Crió Dios las flores y las plantas para varios fines: para lisonjear la vista del hombre con su hermosura, recrear su entendimiento, y para que se sirviese de ellas en los varios usos de la vida, y encontráse medicamentos para su salud; y en todo cuanto Dios obró en el Orbe, lo hizo mirando siempre á la comodidad, deleite y utilidad del hombre; y para que donde quiera que este mirase, viera con sus propios ojos á su padre celestial en las obras de este supremo ser, y viéndole, le amase, le adorase, y le sirviese haciendo obras buenas como Dios empezó á hacerlas creando el

universo, y continúa haciendo conservándole. (4)

Todo distraía agradablemente á Eleuterio, y todo le elevaba á sublimes pensamientos, que si no le llaman para cenar, es bien seguro habria venido la mañana, sin él haber sentido pasar la noche. Cenó con gusto; y en seguida hizo la cama junto una frondosa retama quedándose muy pronto dormido con la fragancia que sus sentidos percibian de las olorosas flores del campo, y con el murmullo regalado del rio ondisonante. Mas cuando en su dulce y mejor sueño estaba en aquel pacífico sitio y valle silencioso, un ruido siente cerca y que la retama se mueve. Despierta, ¿y quien será se pregunta, el que mi sueño interrumpo, y á estas horas y á este retiro viene á impedirme que goze el descanso en que estaba? Levanta la cabeza para ver lo que era, y vió un mulo el mas grande de la recua que se le iba echando encima; y con la sombra y en los términos en que estaba y le veia, abultaba mas su grandeza tanto que parecia el elefante mayor del mundo; y á haber sido medroso Eleuterio, hábríase espantado de ver junto á sí, á aquel animal castillo, y se habría accidentado con el miedo que otro creyéndole un elefante habria tenido. Mas Eleuterio cogiendo el palo ó báculo que tenia junto á la cama, hizo retirar al mulo que obediente á tan significativos avisos dejó en paz á Eleuterio. Pero este ya desvelado, por mas que hacía para volver á su anterior sueño, no podia conseguirlo; y mucho menos con la destemplada orquesta que componian haciendo de triples unos grillos, de contraaltos las ranas y unas cigarras, de tenores una media docena de tábanos, y de bajos dos burros que habia entre la recua. Ya puede el lector considerar que música era esta tan agradable y tan apropósito para hacer volver el sueño á un desvelado: se deja entender con que agradable cadencia, con que acento delicado la música sonaría; y baste decir que con sonidos tan armoniosos y voces tan melifluas de los grillos, ranas, cigarras, tábanos y burros los sesos á Eleuterio se le desprendian de sus

(1) Sobre este punto religioso en que se habla de la existencia de Dios, y sus atributos, y verdad del evangelio, el autor de las *Aventuras del Proscrito* publicó una obrita en el año de 1828, titulada *tardes de la Quinta ó el verdadero Cristiano*.

cascos, y que sueltos en la bóveda de su cabeza bailaban con música tan infernal.

Al fin vino el día, y las avecillas dejando el nido para saludarle con mil cantos alegres, empezaron á aliviar con su peregrina música á Eleuterio que la cabeza tenia magullada con las desentonadas y chilladoras voces de los cantores de por la noche. Con la presencia de la esplendorosa aurora que abriendo la puerta al nuevo día empezaba á iluminar la alta frente de los montes, Eleuterio volvió á su dulce entusiasmo, y dejando la cama para respirar el sople blando del aura matinal, se puso á observar la salida del sol que radiante tras de la bella aurora corre, y con su benigna lumbre veíasele alentar á los vivientes, y vivificar el campo que en nublosos vapores adormeciera el hielo de la noche. Ya la vista de las flores á Eleuterio entretienen que mil visos de luz hacen con sus colores varios y perlas transparentes: ya las plantas aromáticas que mecidas por el blando céfiro, sacuden el rocío llenando el ambiente de fragrantés perfumes que por oblation tributan al astro del día; ya el plácido aroyuelo que corriendo suavemente por la llanura cual cristal resplandece; ya los pajarillos alborozados y alegres entonando sus cánticos melodiosos; ya los pastores que se veían sacar unos el ganado del redil, ya á otros que mas diligentes conducían los corderos á las frescas praderas; y ya en fin ese tumulto, ese gozo universal, ese movimiento general de los vivientes que causa el benéfico influjo del sol naciente. Todo entretenia, todo emblesaba á Eleuterio, y todo le llenaba de gozo, y su alma se conmovia con tantos primores, con tantas maravillas, y con tantos placeres.

Llegó el momento de la partida: los arrieros tenían ya cargados los machos; y Eleuterio siguiendo la costumbre de hacer un largo paseo todas las mañanas, echó á andar solo y á pie el camino adelante, y cuando ya tendria andada una legua, como viese una majada no muy separada del camino, se dirigió á ella para beber un vaso de leche. Pero como se hubiese detenido algun tiempo, luego á la vuelta, y al salir del monte donde estaba la majada situada, se encontrase con dos caminos, no sabiendo cual sería el que los arrieros llevaban, le ocasionó esto un quebranto, porque habiendo seguido un camino distinto, tu-

vo que andar solo y á pie mas de tres leguas hasta que vino á encontrarse con aquellos.

Este quebranto no habría tenido Eleuterio, ni tampoco las incomodidades de los caminantes fueran tan fatigosas, si en estos tiempos permaneciera la política y buena costumbre que observó la antigüedad, estableciendo útiles providencias en beneficio de aquellos para que su trabajo fuese menos penoso. Mirando á la fatiga que es tan comun porque á cada paso se le ocasiona al viajante, que es errar el camino, ponian en todas las carreras, en aquellos sitios en que se dividían, distintas piedras con varias inscripciones, que señalaban el lugar á donde dirigía la vereda: con cuyo método se evitaba el extravío ó la detencion perjudicial, que suele hacer el caminante en los sitios dudosos, esperando á que llegue alguna otra persona que le pueda guiar. Además del provechoso oficio que ejercitaban estas piedras para la oportuna direccion del pasajero, hacian otro no menos provecho y de utilidad mas noble, que era instruirle dándole doctrina en la leccion de algunas espresiones morales, que en ellas se esculpían; á cuyo propósito afirma Didimo, que los sabios de la antigüedad escribían varias sentencias, y las colocaban en los caminos, con el fin de que los pasajeros las leyesen; y leyéndolas y considerando su concepto, tomasen amor á la virtud. Tambien inventaron los antiguos otro subsidio para los caminantes, que fué construir á los lados de las carreras públicas, á ciertas distancias una especie de poyos ó abultadas piedras, ya para sentarse tomando algun reposo que aliviase el cansancio del camino, y ya para montar á caballo con mas facilidad, y sin peligro de no poderlo hacer por ir cargada demasiado la caballería, ó de que esta pudiera falsear si aquella diligencia se practicase desde el suelo. Y esta providencia, dice Plutarco, que en gran parte se le debió á Graco, quien atendiendo al bien comun, dispuso que los viacures, que eran unos hombres á cuyo cargo se fiaba el cuidado de las veredas militares, estuviesen atentos y cuidadosos á que no faltasen de los caminos diversas piedras de tal tamaño, que pudiesen servir para montar en su viaje el pasajero. Otras providencias de general provecho se leen en los autores que practicó la antigüedad respecto á esta materia; cuya estudiosa vigilancia es rubor vergonzoso de lo que sucede en nuestra edad, especial-

mente en varias partes de España, cuyos tránsitos, caminos y veredas se hallan tan sin la mano del artificio, tan sin cuidado, y en tan punible abandono, que parece conservan la naturalidad inculta en que las dejó el diluvio universal.

Reunido ya Eleuterio con los arrieros, que pudo al fin alcanzarlos à fuerza de andar, de atrochar, y de preguntar à toda persona chica ó grande, viejo ó mozo que veía, que nunca serían muchas las que se encontrase en aquellos campos desiertos, llegó à la hora de comer reunido con aquellos, pasado que fué el monte y jarales tan abundantes y espesos que hay en todo el camino de Mérida y Casas de D. Antonio, de aquellas tierras tan incultas que están como el primer dia de la creacion del mundo, siendo asi que es un camino de los mas concurridos, porque es por donde se transportan los frutos de las Castillas y Estremadura á las Andalucías.

Con prevencion no quisieron los arrieros pararse á comer en aquellos sitios tan montuosos y despoblados, porque ya sabian que andaba por ellos una partida de ladrones: los que no tardaron mucho en presentarse, y en sitio nada favorable para defenderse los arrieros, que fué lo que mas en apuro puso á estos: y de cuyo apuro los sacó Eleuterio con lo que este discurrió.

Al llegar al sitio que llaman el Ollanquillo, hay una cuesta tan pendiente y en forma de caracol que viene á concluir á un regato, sitio muy pantanoso y de mal paso. A la mitad de esta cuesta estaban apostados los ladrones esperando á que los arrieros llegasen á aquel punto para sorprenderlos en sitio tan proposito para hacer el robo sin miedo alguno de que pudieran molestarles, ni menos impedir que lo ejecutasen: porque teniendo que ir las caballerías una tras de otra en hilera, y no siendo posible formar con ellas el cuadro en una cuesta tan pendiente y angosta, quedaban los arrieros privados absolutamente de este medio de defensa, al mismo tiempo que los embarazos eran mayores para no poderse defender bien por razon de lo desventajoso del terreno teniendo que llevar mas cuidado con las cargas en pasos tan malos, para evitar que estas con la bajada se vayan mas á un lado que á otro, como suele suceder cuando se bajan cuestas, y hacer caer con el peso de las cargas à las caballerías con esposicion de perniquebrarse estas.

Los arrieros comprendieron bien su mala posicion, y conociéndola, aunque eran valientes y ya se habian batido por diferentes veces con partidas de ladrones bien amaestrados en el ejercicio de salteadores de caminos y muy pertrechados, sin embargo en esta ocasion quedaron como acobardados y sin saber que hacerse. Entonces Eleuterio concibió de pronto un medio de defensa; que fué cortar los cordeles que aseguraban las cargas y abandonar estas, y bien montados todos los que allí iban en las caballerías, sin aquel embarazo de las cargas retirarse al momento á sitio mas ventajoso, donde con mas tiempo y fuera de tanto peligro acabaría de presentar su plan de defensa y ataque: que como luego se dirá, fué el que los salvó: porque el valor evita mas los peligros que el miedo; y nos presenta en el mismo peligro un medio de salvacion, y un peligro suele ser remedio de otro peligro: y así es que tan malo es ser insensible y temerario en el peligro, como temblar y estremecerse á la vista del menor riesgo que amenaze.

Los arrieros que de todos modos se veian perdidos, y que estaban bien persuadidos que no solo perderían toda su hacienda, sino que tambien sus personas no lo pasarían bien, porque sabian las ganas que los ladrones tenian de coger á cualquier arriero de aquellos para degollarlo en seguida, por haber matado un ladron de los de la partida en otra refriega que habian tenido en uno de los viajes anteriores; por estos motivos los arrieros no se pararon á pensar sobre el medio de defensa que Eleuterio indicó, y desde luego se decidieron por hacer lo que él decía se hiciese, empezaron á cortar cordeles y echar cargas en tierra, y á prepararse para la defensa que habia de empezar por una retirada fingida.

Mas un fraile que en compañía de los mismos arrieros caminaba por ajuste hecho con estos para conducirlo á donde se dirijía, empezó á oponerse con varias razones á lo que proyectaba hacer Eleuterio, queriendo con ellas convencer á los arrieros que era mejor estarse quietos, suplicándoles que reflexionasen en lo que iban á hacer, que las consecuencias serían funestas sino desistían de su loco empeño, porque á todos los degollarían luego; que fuesen mas detenidos y no hiciesen resistencia, y que una capitulacion con los ladrones era mas prudente que

no hacer armas contra ellos, que al fin vendrian á quedar victoriosos, é irritados porque se les habia hecho fuego, no perdonarian la vida á ninguno de los arrieros que cogiesen.

Eleuterio que ya estaba montado en un macho de los de la recua, y armado con una escopeta daba prisa á los arrieros, muy enfadado con las importunaciones del fraile que no les dejaba obrar con libertad en aquel lance tan comprometido y arriesgado, le dijo, que se dejase de capitulaciones que siempre serian como todas un engaño y una trampa como las que se habían celebrado con el ejército español en el año de 1823, que por consiguiente, teniendo una esperiencia tan triste y tan reciente de lo que son tratados, de lo poco que en estos hay que fiar, y de lo dificil que es persuadir á los Reyes á que cumplan los empeños contraidos por los tratados, aunque estos se hayan celebrado con la mayor solemnidad, y ratificado del modo mas auténtico, ¿ que podria esperarse de unas capitulaciones que se hiciesen con unos ladrones? Que mas acertado era que cogiese una escopeta y montase en un macho, y uniéndose á los arrieros aumentaría la fuerza, y los ladrones tendrían uno mas á quien temer, y asi libraría mejor; y no que con la cobardía y el miedo no calculaba bien, y no sabía lo que se decía; porque la cobardía y el miedo todo lo acrecientan, y abultan mas el peligro que lo que es en hecho de verdad, pues mas daña el miedo del mal, que el mal mismo: y por último que si aquel partido no quería tomar, que se quedase á experimentar el trato de los ladrones y á hacer capitulaciones con ellos, y dejara obrar á los demás que la diligencia urgía.

Y en efecto, los ladrones habiendo visto que los arrieros habian hecho alto en la cuesta, y que se daban prisa á echar las cargas en tierra, empezaron á recelar de todo esto que observasen y se iban moviendo del sitio que ocupaban como para apresurar la acometida temiendo no se le frustrare del todo la empresa. Por lo que á Eleuterio se le hacian los minutos años conociendo que cada momento que pasaba, se hacía mayor el peligro; y que lo que convenia en aquel caso, y era urgente salir pronto de aquella malísima situacion en que se encontraban. De la que al fin salieron con la prisa que Eleuterio daba á los arrieros para que aligerasen; y puestos ya todos á caballo, y con las

escopetas prevenidas, dejaron al fraile entre las cargas por no haber querido seguirlos.

Eleuterio y los arrieros se internaron en un manchon de altas madroñeras, y allí ocultos y mas en proporcion, les dijo el primero— Mi plan, señores, es que de los doce hombres que aqui nos hallamos reunidos, nos dividamos en tres partidas de cuatro hombres cada una, y la del centro marchará por el camino Real adelante, y las otras dos por derecha é izquierda flanquearan la cuesta. Y todas tres á la señal que se dé, que será un tiro que ha de disparar la partida de la derecha, harán á un mismo tiempo una descarga cerrada sobre los ladrones. Los que si apesar de esta descarga general, se viese que se mantienen firmes, en este caso se hará un fuego en guerrilla; y si esto no bastase para hacerlos ceder, y la accion nos fuese desventajosa ya por la pérdida de alguno de nuestros compañeros que disminuya nuestras fuerzas, ya por la falta de municiones que lleguen á escasear, ó ya por alguno otro accidente que pueda ocurrir, entonces se emprenderá la retirada sosteniéndola con el mismo fuego de guerrillas. Y el ataque debe ser en este momento que estarán los ladrones muy ocupados y distraidos registrando al fraile y las cargas que hemos dejado abandonadas. Este es el momento mas precioso, y la ocasion mas oportuna para nosotros: ahora que ellos nos creen huyendo y ya lejos de estos sitios, es cuando debemos sorprenderlos por medio de un ataque repentino é inesperado. Yo me encargo de la partida del centro, é iré midiendo el tiempo hasta calcular el que necesitan andar para flanquear la cuesta; y para mas asegurarme de que ya están en proporcion de hacer la acometida simultánea, es el haber prevenido que la de la derecha dé la señal de romper el fuego general, por ser la que mas debe tardar en llegar segun la fragosidad del terreno que la toca andar. Cuya señal luego que se dé, y se haya hecho la descarga general, tocaré yo este pequeño clarin que llevo de encargo, y servirá ahora para atemorizar mas á los enemigos, que oyéndole se creerán que alguna compañía de tropa carga sobre ellos.

Se aprobó el plan de ataque en todas sus partes como le propuso Eleuterio, y se ejecutó con tan feliz éxito que los ladrones sorprendidos y sin acertar á defenderse, de aturdidos que queda-

ron, murió uno de ellos, y otros dos quedaron mal heridos entre las cargas, y los demás se dieron prisa á huir bajando la cuesta á todo correr, y pasando el regajo de un vuelo.

A este tiempo se oyeron unas voces pidiendo auxilio unos que estaban atados boca abajo junto al regajo. Acudió Eleuterio con parte de su gente, y vieron que eran mas de doce personas que los ladrones tenian alli atadas, y habian sido robadas. Y de esta manera se libraron unos y otros por la resolucion de Eleuterio. Solo el buen fraile fué el que quedó muy mal parado, porque habiéndole despojado hasta de la camisa le dejaron como su madre le parió.

FIN DEL TOMO 1.º

con las personas de ellos y otros dos que se dicen en la cuenta
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes

A este tiempo se oprimen unas veces y otras tantas veces
estas y otras cosas que se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes

de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes

FIN DEL TOMO 4.

de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes

de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes
de los bienes y los demás se dicen en la cuenta de los bienes



INDICE

de los capítulos contenidos en este primer tomo.

INTRODUCCION, AL LECTOR.	Págin.
CAPITULO I.= Principio de la historia de Eleuterio Mendieta..	5.
CAPITULO II.= Del sueño que Eleuterio tuvo en las Casas de D. Antonio en Estremadura caminando para Sevilla..	8.
CAPITULO III.= Refiérese el casual encuentro que Eleuterio tuvo con una jóven en el rio de Azucen á media jornada de Mérida..	21.
HISTORIA DE ELENA F...	23.
CAPITULO IIII.= Cuéntase el susto de los primos, y como pasaron en un chozo la noche: dase cuenta tambien de la historia del Pastor..	33.
HISTORIA DEL ANCIANO PASTOR..	34.
CAPITULO V.= Refiérese el encuentro y conversacion que Eleuterio tuvo con unos caballeros á dos leguas antes de Villafranca: tambien se cuenta en este capítulo, como hicieron noche en un chozo de otro pastor, con la conversacion instructiva que tuvo este con Eleuterio.	43.
CAPITULO VI.= Chasco sucedido á Eleuterio en Villafranca de los Barros; y aventura ocurrida con un caballero que encontró caminando á Fuente de Cantos.. . . .	59.
CAPITULO VII.= Reúnese Eleuterio con sus compañeros de viaje; el arriero refiere la fiesta del toro de S. Marcos; con otras cosas curiosas.	71.
CAPITULO VIII.= Jornada de Santa Olalla: cuéntase lo que sucedió á Eleuterio con un barbero..	80.
CAPITULO IX.= Las brujas de las ventas de la Pajanosa.	87.
CAPITULO X.= Eleuterio y sus compañeros llegan á Sevilla: Elena y su primo se detienen cuatro dias en esta	

<i>poblacion; y pasados se despiden de su íntimo amigo em- barcándose para Cádiz..</i>	403.
CAPITULO XI. = <i>Acomódase Eleuterio en casa de un rico propietario de Sevilla..</i>	413.
CAPITULO XII. = <i>Continúa la narracion del capítulo an- terior, con otros sucesos dignos de contarse en este.</i>	426.
CAPITULO XIII. = <i>Lo que es un sueño.</i>	442.
CAPITULO XIV. = <i>Lo que ciega la adulacion; y cuanto precipita la codicia..</i>	454.
CAPITULO XV. = <i>La constancia premiada, y el ambicioso castigado..</i>	472.
CAPITULO XVI. = <i>Refiérese el lance gracioso y divertido que ocurrió en un pueblo llamado el Ronquillo, estando allí Eleuterio..</i>	488.
CAPITULO XVII. = <i>Cuéntase lo apurado que se vió Eleu- terio media legua antes de llegar á Monasterio..</i>	210.
CAPITULO XVIII. = <i>Feliz encuentro que Eleuterio tuvo en Sierra-Morena con un amigo suyo antiguo..</i>	227.
HISTORIA DE ENRIQUE.	236.
CAPITULO XIX. = <i>Rara aventura sucedida en Fuente de Cantos con un triste y un loco, ámbos enfermos por una misma causa..</i>	246.
CAPITULO XX. = <i>El Zeloso y las Supersticiosas..</i>	260.
CAPITULO XXI. = <i>Refiérese el susto que tuvieron unos acarreadores de grano con ocasion de un peregrino: y se cuenta la historia particular de este mismo..</i>	269.
HISTORIA DEL PEREGRINO.	277.
2ª PARTE DE LA HISTORIA DEL PEREGRINO.	282.
SE CUENTA LA HISTORIA DE LOS AMORES DE LOS PADRES DEL PEREGRINO.	288.
CAPITULO XXII. = <i>Continúa su historia el Peregrino..</i>	294.
CAPITULO XXIII. = <i>Encuentro que Eleuterio tuvo con con unos ladrones: y cuéntase de que modo tan ingenioso se libró de ellos, y libró á otros viajeros que aquellos te- nian ya atados para robarlos..</i>	304.

